La Mirada De Las Furias

Javier Negrete



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Presentación

Para muchos comienza ya a resultar evidente que Javier Negrete posiblemente sea el más brillante entre los nuevos escritores de la ciencia ficción española de los años noventa. Incluso un critico tan duro y poco condescendiente como Julián Diez reconoce que la obra publicada de Javier Negrete es *"la gran aportación del Premio UPC a la pequeña historia de la ciencia ficción española"*.

Y es que, hasta hoy, la obra publicada de Negrete consta de las cuatro novelas cortas que, a lo largo de cinco años, el autor ha presentado con diverso éxito al Premio UPC de ciencia ficción. Con LA MIRADA DE LAS FURIAS que hoy presentamos, Negrete publica una novela larga, aunque no es la primera de las que escribe con esa extensión. Hace ya unos años recibí el original de LA JAULA DE LA BUENA SUERTE, una larga novela de fantasía de gran interés, cuya publicación no fue posible debido sólo a su longitud. No obstante, ello no impidió que se despertara mi interés por un nuevo autor que, casi sin querer, hacía gala de sus amplios conocimientos de la cultura helénica.

Después, el nombre de Negrete se hizo casi habitual al abrir las plicas del Premio UPC de ciencia ficción. Obtuvo por dos veces el segundo premio: en 1991 con LA LUNA QUIETA y en 1995 con LUX AETERNA; fue finalista en 1992 con ESTADO CREPUSCULAR (que obtuvo después el Premio Ignotus, el Hugo español); y en 1993 presentó NOX PERPETUA. Cuatro novelas cortas escritas y publicadas en sólo cinco años es un récord que nadie más puede ostentar en España, donde es muy posible que Negrete haya sido el autor con más títulos publicados en la ciencia ficción escrita en castellano de la primera mitad de la década.

Pero dejemos que el mismo Javier Negrete se explique:

Nací el 21 de noviembre de 1964 en Madrid. Estudié Filología Clásica en la Universidad Complutense y desde 1988 trabajo como profesor de griego. Los azares del Ministerio de Educación me enviaron en 1991 al Instituto Gabriel y Galán de Plasencia, en la provincia de Cáceres, y desde entonces divido mi tiempo entre esta ciudad y Madrid.

Empecé a escribir novelas cuando tenía diez años, y enseguida me decanté, como era lógico dada mi edad, por el género de aventuras con toques de fantasía y ciencia ficción.

A la vez que obtenía mi licenciatura, terminé la primera obra que consideré publicable, una novela de fantasía titulada LA JAULA DE LA BUENA SUERTE que, seg£n dicen las malas lenguas, es un tanto larga. Tal vez ésa sea una de las razones que ha impedido su publicación hasta la fecha.

En 1991, el mismo año en que llegué a Plasencia, se convocó el primer Premio UPC, y desde entonces mi destino ha ido ligado a este certamen. Por aquel entonces estaba escribiendo la primera versión de LA MIRADA DE LAS FURIAS, y a toda prisa la condensé para que se acomodara al formato exigido. Por aquel entonces se titulaba En el vientre de la ballena, y lo cierto es que los martillazos se notaban por doquier. Mientras mi hermano la revisaba, en un par de días que me quedaron libres, se me ocurrió retocar una novela que había escrito un par de años antes. Los retoques consistieron más bien en recortes drásticos, de modo que la obra quedó reducida a la mitad. Al final, fue ésta, y no la novela de Éremos, la que corrió mejor suerte. LA LUNA QUIETA obtuvo la mención especial -yo suelo decir el segundo premio, que me gusta más-, y fue publicada al año siguiente en la colección NOVA.

En 1992 presenté ESTADO CREPUSCULAR al Premio UPC, y de nuevo logré llegar a la final. Miquel Barceló, que ha sido una especie de mecenas para mí desde que leyó "La Jaula", la publicó en Quaderns UPCF. Posteriormente ESTADO CREPUSCULAR consiguió los premios Ignotus y Gigamesh al mejor relato del año.

En 1993 insistí con NOX PERPETUA. No llegó a la final, pero tiempo después, tras una revisión, fue publicada en "La Calle de la Costa".

En 1994 dejé descansar al jurado del Premio UPC. Pero en el 95 volví al ataque con LUX AETERNA y de nuevo se me concedió el segundo premio, de modo que esta novela también apareció en la colección NOVA.

En cierto modo ahora se cierra el círculo con la presentación, de nuevo en Ediciones B, de LA MIRADA DE LAS FURIAS, que en su primitiva versión fue la primera obra que presenté al Premio UPC.

No obstante, como espero que el porvenir de este certamen sea tan brillante como ya lo es su presente, quién sabe si...

De momento no hará falta esperar a la siguiente convocatoria del Premio UPC (que Javier sigue empeñado en ganar y los hados le siguen negando...) para leer una nueva novela de quien ya ha dejado de ser la mayor promesa de la ciencia ficción española de los noventa para convertirse en uno de sus más ricos y seguros exponentes.

He tratado personalmente a Javier Negrete en diversas reuniones de especialistas y aficionados a la ciencia ficción, y aún sigue sorprendiéndome su casi imposible versatilidad temática, su riqueza estilística y, sobre todo, su gran calidad humana.

Tengo para mi que, a menudo, los escritores suelen mostrar cierta tendencia a lo que yo llamaría una versión sui géneris del complejo de Narciso. Casi siempre se otorgan a si mismos, en el aspecto literario al menos, una importancia que demasiadas veces sólo reconocen ellos o sus familiares más allegados. Entre las escasas excepciones figura Javier Negrete, uno de los pocos que, en la ciencia ficción española, podría reivindicar la excelencia literaria. Negrete parece valorar siempre su trabajo con cierto relativismo, como si no le otorgara la importancia que a todas luces tiene.

Javier Negrete es, en este sentido, una persona distinta y me atreveré a decir que excepcional. Este escritor tan despegado es capaz de considerar casi como “una obra menor” esa brillante especulación que compone LA LUNA QUIETA, uno de los textos mejor escritos y más sugerentes de la moderna ciencia ficción española. Tras pasar ágilmente y con gran éxito (premio Ignotus) por la versión humorística y desenfadada de la narrativa de género que ilustra ESTADO CREPUSCULAR, Negrete ha sido capaz de escribir una historia como NOX PERPETUA, que para un critico superficial y poco certero podría parecer una simple obra de aventuras, pero que supone también una interesante especulación sobre la ciencia y las creencias humanas. Y, siempre sin darse importancia, Javier Negrete es también el autor de formación clásica capaz de escribir Lux AETERNA, un espectacular despliegue de brillantes figuras estilísticas con las que logra la traslación de un mito clásico como el de Orfeo y Euridice a los clichés más manidos de la ciencia ficción.

El conjunto supone una variedad de registros que, simplemente, maravillan al lector. Aunque aquí deba ceñirme a LA MIRADA DE LAS FURIAS, no está de más recomendar a quienes todavía no las hayan leído todas y cada una de las novelas cortas que Negrete lleva ya publicadas. Por distintas razones, todas valen la pena. Se lo garantizo.

Uno de los más destacados especialistas de la ciencia ficción española, Pedro Jorge Romero, ha sintetizado hábilmente los aspectos más destacados de la particular magia de la escritura de Javier:

> *La obra de Negrete se caracteriza por el cuidado del estilo, el argumento inteligente y la economía narrativa. Dispone de un claro dominio de la narración y de la capacidad de provocar emociones con unas pocas palabras cuidadosamente elegidas.*

Una vez más, Pedro ha dado en el blanco.

La génesis de LA MIRADA DE LAS FURIAS no parece haber sido muy distinta de las anteriores obras de Negrete. Al pedirle yo “una novela larga”, Javier desarrolló hasta la longitud de una novela convencional la temática y el personaje central de su relato EN EL VIENTRE DE LA BALLENA, que fue una de las dos narraciones que presentó al Premio

UPC de 1991. Gestada a lo largo de 1996, dispuse de la versión prácticamente definitiva de esta obra en las Navidades que, tal vez por ello, resultaron especialmente agradables.

Javier volvió a sorprenderme. LA MIRADA DE LAS FURIAS es una obra que sugiere el alto grado de profesionalidad como novelista a que puede llegar un excelente profesor de griego. Se trata, a primera vista, de ese extraño híbrido que sería una "novela de aventuras con personajes". El protagonista, Éremos, parece tener poco que envidiar al típico aventurero a lo James Bond, aunque en este caso el personaje disponga del curioso privilegio de la duda.

Éremos, cuyo nombre significa en griego algo así como "desierto solitario", es un clon todopoderoso al servicio de una gran corporación, y la novela narra sus múltiples aventuras y desventuras en el desempeño de su misión. Esta trama que parece tan simple, no lo es en absoluto en manos de Javier Negrete, el más dotado estilista de la moderna ciencia ficción española y uno de sus más firmes representantes.

La referencia del título a las míticas Furias incorpora, en una novela escrita por un profesor de griego, una implícita reflexión sobre la culpa. Por otra parte, el comentario sobre un texto de Tucídides en el primer capítulo del libro alude a la responsabilidad en el uso del poder. Dos aspectos que tal vez conviertan en atrevida frivolidad la anterior referencia a James Bond.

LA MIRADA DE LAS FURIAS demuestra que es posible proporcionar motivos de reflexión al tiempo que entretenimiento. No les voy a contar más. Pasen y vean. Sin embargo, no les quepa la menor duda de que, con o sin Premio UPC, Javier Negrete reaparecer pronto en esta colección. Al menos, yo así lo espero.

MIQUEL BARCELÓ

Agradecimientos

Aunque suene a adulación dar las gracias a un director de la colección en esa misma colección, sería injusto si no reconociera la deuda que tengo con Miquel Barceló, que me ha apoyado desde que hace unos años le envié "La Jaula" y por cuatro veces ha sido mi editor.

También debo un agradecimiento a Alvaro (añado su seudónimo, León Arsenal, que si no su atrabiliario temperamento le hace rugir), por las numerosas sugerencias que me ha hecho desde que retomé esta novela; a Yolanda, por ser la primera persona que leyó el borrador completo, por sus ánimos y por sus correcciones; y a mi hermano José, que también me ha ayudado con sus comentarios.

Y de paso, a todos aquellos que han estado dándome la paliza día tras día: "Escribe", "¿Has escrito mucho hoy?" "¿Cuántas páginas has escrito esta semana?", "¿Qué tal va la novela?", "Pero ¿todavía no has terminado?" Aunque en aquellos momentos llegaba a odiarlos, a la larga debo agradecerles su persistencia.

A mi madre

Furias o Erinias: Divinidades nacidas de las gotas de sangre con las que se impregnó la tierra cuando Crono mutiló los genitales de su padre Urano. Se representaban como genios alados, con serpientes entremezcladas en su cabellera y antorchas o látigos en las manos. Vivían en la Tiniebla de los Infiernos, el Erebo, y su misión era la venganza del crimen. Cumplían su tarea persiguiendo al culpable de asesinato hasta hacerlo enloquecer. Eran tres, como las Parcas, y sus nombres eran Tisífone (la vengadora), Megera (la que odia) y Alecto (el olvido de la nada).

Creemos ser rectas justicieras: contra el hombre que puede mostrar limpias sus manos no se dirige nuestra cólera, y puede vivir su vida sin sufrir daño.

Pero si alguien ha pecado como este hombre y esconde su mano asesina, nos erigimos en testigos de los muertos y aparecemos ante él como vengadoras de la sangre hasta la última gota.

Coro de las Erinias en Las Euménides, de Esquilo.
Versos 312-320.

Veinte Años Atrás

Cuando Clara Villar, una brillante joven de diecisiete años que acababa de emprender sus estudios superiores en Madrid, conoció a Éremos en septiembre del 2096, no podía sospechar que bajo el aspecto sereno de aquel profesor se escondía el asesino más valioso de la compañía Honyc. Y aunque los acontecimientos posteriores hicieron que revisara sus recuerdos en un minucioso tamizado, hubo de reconocer que en ningún momento había tenido el barrunto de que aquel hombre, después de alterar el rumbo de su vida con unas pocas palabras, tardaría veinte años en reaparecer en ella.

Éremos, la espléndida aberración genética del doctor Puig (el premio Nobel que había desaparecido un año antes en un extraño accidente, junto con la mayor parte de sus archivos), la mano de hierro de la Honyc envuelta en guante de seda, hubiera tenido que adquirir un arma con un cañón muy largo para grabar en él la hilera de muescas que representaran las muertes de las que era responsable. Minucioso en la memoria, sabía que ante sus propios ojos se habían extinguido como resultado directo de sus acciones treinta y tres vidas. Pero era igualmente responsable del atentado contra la planta de antimateria en Pomona, y del estallido de un buque introsistema en Vega, y de la pérdida de presión en tres sectores de la estación Berenice. Centenares de personas a las que no había visto morir, voces que deberían clamar venganza en su conciencia, ojos que tendrían que atormentar sus sueños. Pero Éremos no recordaba haber soñado nunca, y por más que había estudiado en los textos de sus admirados griegos el problema de la responsabilidad moral, ningún miasma había logrado manchar de culpa el santuario donde sus creadores olvidaron sembrar la semilla de la conciencia.

-¿Cuál será la fundamentación de la ética, de lo que entendemos por ética, si todos los indicios en la naturaleza de los hombres y en la experiencia de la historia parecen encaminarnos a una misma conclusión, y es que el derecho del fuerte siempre prevalece?

Subido en su tarima, al viejo estilo que había revivido en aquellas postrimerías de siglo, Éremos escrutaba con sus ojos grises los rostros de los alumnos que, sin saber aún lo que podían esperar de él, le atendían en el sagrado silencio de los rituales. Sabía que su mirada, aun sin pretenderlo, era intimidante, como si la muerte hubiera grabado en sus ojos la huella que faltaba en su conciencia.

Pero tanto sus ademanes, pausados y medidos con cadencioso compás, como su misma apariencia física buscaban tranquilizar, evitar que una sensación de amenaza pudiera alertar a sus víctimas. A Clara Villar, sentada en la sexta fila, no le llegaba el helor de su mirada. Sólo veía unos rasgos dibujados con un pincel cuidadoso pero afilado, repasados a buril: un rostro vagamente atractivo, en algún punto indefinido entre los 35 y los 45 años, cuestión que resultaba difícil de decidir para una adolescente. Vestido con un elegante traje marengo, aquel cuerpo parecía más menudo y frágil de lo que en realidad era.

En suma, un hombre interesante y misterioso para una jovencita que creía descubrir cómo se abrían para ella las puertas del mundo. Aquel profesor, al que acababa de conocer como doctor Molina, parecía embrujarla con palabras que no podía aceptar y con teorías que repugnaban a sus firmes convicciones de adolescente un tanto pagada de sí misma.

-No quiero convencerles de nada, ya que tampoco quiere hacerlo nuestro autor. Tucídides se limita a presentar los hechos descarnados, para que sea el lector quien extraiga sus conclusiones.

La mirada de Clara volvió al texto que presentaba la pantalla de su pupitre. Aunque en el curso previo había obtenido una buena nota en griego, aquel tropel de letras todavía formaba un bloque impenetrable e intimidador. Sus ojos saltaron a la traducción, que corría por la visual siguiendo el ritmo cambiante y palíndromo de su lectura.

Tucídides, historiador del siglo V a. de C., narraba en un diálogo de sorprendente abstracción la pugna entre sus conciudadanos, los poderosos atenienses, dueños de un imperio marítimo, y los melios, habitantes de una isla pequeña pero orgullosa, decididos a defenderla con poco más que argumentos de justicia. Lo más llamativo para Clara era la brutal sinceridad con que los atenienses, a los que hasta entonces había considerado como paradigma de la democracia y la humanidad, exhibían sus puntos de vista. Nosotros tenemos la fuerza, luego nosotros tenemos la justicia. Si os oponéis a nosotros, os aniquilaremos. ¿Por qué vamos a

hacerlo? Porque podemos hacerlo. Cuando se tiene el poder, es de estúpidos no utilizarlo, resumían.

-No hay otro fundamento para la moral que el poder. -Éremos había bajado de la tarima y paseaba ahora entre las mesas. Sus movimientos eran armoniosos, económicos; no sobraba en ellos ni un gesto ni un ademán-. La norma es aquella que justifica al fuerte. ¿Es eso de verdad lo que piensa Tucídides? ¿Es lo que piensan ustedes? Estudien con atención el texto propuesto y mañana intentaremos entre todos, al modo socrático, alumbrar una solución.

Sin prestar mayor atención a los alumnos, que habían quedado prendidos de sus últimas palabras a la espera tal vez de una despedida, Éremos se volvió a su mesa y plegó la pantalla portátil que, confiado en su memoria, no había llegado a utilizar. Mientras el resto de sus compañeros se levantaba para abandonar el aula, Clara Villar se acercó a la tarima. El impulso había nacido en sus piernas; aún no sabía qué pregunta le serviría de pretexto para dirigirse al hombre que conocía como Molina. Por suerte para ella, en el maletín sonó un pitido intermitente, y mientras el profesor se entretenía contestando al teléfono, Clara pudo pensar.

Pero en vez de pensar se quedó observando el cuidado quirúrgico con que aquellos dedos finos y precisos manejaban el aparato.

-No, tenía una clase... Bueno, dígales que en un minuto estoy ahí... De acuerdo...

Con la misma meticulosidad, Éremos guardó el teléfono y cerró el maletín. Sólo entonces se permitió un leve arqueo de la ceja izquierda para demostrar que había reparado en la presencia de Clara. Ya de cerca, la joven pudo sentir el frío de su mirada, y la piel de la espalda se le erizó. Otra persona tal vez se hubiera sentido observada por un reptil, pero a ella, más fantasiosa y romántica, se le antojó hallarse ante las ancianas pupilas de un dragón.

-¿Deseaba alguna aclaración, señorita Villar?

Sobre sus mejillas se encendieron dos puntos de luz, pero logró controlar el rubor. Ignorando que la memoria de Éremos estaba reforzada con hardware prohibido, se sintió muy halagada porque él hubiera aprendido su nombre el primer día de clase.

-Ver ... bueno... yo... -Se maldijo por no saber hilvanar dos sintagmas, tragó saliva y prosiguió-. Me he matriculado en su asignatura para completar el primer curso de lingúística y... bueno, yo me preguntaba...

-Se preguntaba si voy a hacer hincapié tan sólo en el contenido de los textos, y no en la forma lingüística -completó el profesor. Incluso ahora que no se dirigía a un público numeroso hablaba con una modulación cuidada, consciente de cada tono y cadencia.

Clara jugueteó con los dedos. Fue ya incapaz de mirarle a los ojos, y no volvería a hacerlo hasta veinte años después.

-Más o menos. Me gustan sobre todo los idiomas...

-He echado un vistazo a su prueba de ingreso. Tiene usted talento lingúístico. Su nivel en lenguas clásicas supera ya el que espero obtener del resto de la clase para final de curso.

Ella le miró fugazmente a la cara, pero Éremos sacó de su maletín una tarjeta de chip, y el movimiento de sus manos distrajo a Clara y evitó que se topara otra vez con los ojos dracontinos.

-Aquí tiene material suficiente para trabajar todo este curso. Ejercicios, textos y bibliografía comentada. ¿Ha oído hablar del indoeuropeo?

Clara asintió.

-La lengua madre del griego, el latín, el antiguo indio, el celta... -Titubeó-. Y un montón de lenguas más.

-Muy bien. Le recomiendo empezar con el manual de Gerson sobre lenguas indoeuropeas. Aúna interés y profundidad. Espero sus comentarios.

Con un mínimo esbozo de sonrisa, se volvió y se marchó de la clase, tan silencioso como si el aire no lo rozara. Clara se quedó con la tarjeta en la mano, a punto de decir algo, pensativa y sin embargo sin pensar en nada.

El resto del curso lo impartió otro profesor, sin que nadie le explicara la ausencia del supuesto doctor Molina. Pero la tarjeta provocó un cambio en las actitudes y aficiones de Clara, y en vez de convertirse en traductora del GNU, como había previsto, llegó con el

tiempo a ser profesora de lingüística comparada, e incluso contribuyó decisivamente al desciframiento del Minoico Lineal A, la antigua lengua que durante tanto tiempo se había resistido a los eruditos. Los avatares de la vida acabaron llevándola a la colonia penal de Radamantis, y allí volvió a encontrarse con Éremos, el asesino de la Honyc.

Pero todo eso ocurrió veinte años después, los mismos que Éremos estuvo retirado de la circulación. Clara había captado detalles de una conversación al final de la clase, pero no podía saber que ésta conduciría a Éremos a un pequeño viaje en el espacio, unos kilómetros en coche hasta el centro de Madrid, y a uno largo e involuntario en el tiempo.

Éremos no conocía aquellas instalaciones de la Honyc, que estaban camufladas en unos subterráneos de la Gran Vía. Le guió en la visita una joven rubia y muy alta que a pesar de su estatura taconeaba con un elegante contoneo. Bajaron en un ascensor blindado que los condujo a un complejo de salas asépticas atendidas por personal tan neutro y silencioso como las paredes de metal que reflejaban sus pasos.

-Es un centro puntero de investigación sobre hibernación y sueño inducido -le informó ella.

-Interesante -murmuró Éremos por cumplir.

-Pase a este despacho, por favor.

-Usted primero, señorita.

Ella insistió en que Éremos pasara delante. No bien entró en la estancia, a su espalda sonó el deslizar de un cierre magnético. La mujer no había entrado detrás de él, hecho que no le sorprendió demasiado. Más preocupante era el gesto grave con que le observaba el hombre del traje azul que, sentado tras un enorme escritorio, ocupaba el despacho. Le estrechó la mano para desinhibir el bloqueo químico que impedía a Éremos hablar de temas reservados y le indicó que se sentara frente a él.

-Soy Pablo de Lorenzo, director regional de seguridad. Se me han dado instrucciones muy precisas desde arriba, señor Éremos. Pensábamos que, llegando a los niveles más altos, el GNU haría la vista gorda con la aplicación de la ley Chang, pero la presión es demasiado fuerte y las autoridades están decididas a eliminar a todos los genetos.

Las palabras de aquel hombre al que jamás había visto auguraban una amenaza vital. Había dos directrices básicas que guiaban la conducta de Éremos: A) el instinto de conservación, y B) la obediencia a las órdenes de la compañía. Hasta el momento nunca habían entrado en conflicto. Éremos se sabía poseedor de grandes habilidades y recursos, pero no se hacía ilusiones de que le sirvieran de ayuda si la Honyc decidía prescindir de él.

-Están a punto de localizar su rastro, señor Éremos. La compañía no cree que pueda protegerlo por más tiempo.

-¿Supone eso que piensan abandonarme a mi suerte? No acabo de creerlo.

-Es cierto que sus servicios han sido infinitamente valiosos y que nuestro agradecimiento...

-No me refería a eso, señor de Lorenzo. Me encuentro en perfecto estado físico y mental, y eso supone para la compañía miles de millones. Me sorprendería que los tirasen a la basura.

-No hable así, por favor. Estamos hablando de usted, de una vida humana...

-Considero el valor de la vida humana muy relativo. El valor de mi vida, por ejemplo, es infinito para mí, pero eso carece de importancia. Que el valor de mi vida sea considerable para la compañía sí es relevante. ¿Cuáles son mis instrucciones?

-Simplemente debe esperar.

-¿Esperar a qué?

Algo agudo salió del respaldo de su asiento y se clavó entre sus omóplatos. La respuesta del director de seguridad era ya innecesaria, puesto que Éremos captó en un fogonazo de comprensión lo que le iba a ocurrir.

-Siento actuar así, señor Éremos, pero lo hacemos por su propio bien. Estas instalaciones de hibernación le garantizar n un sueño profundo, largo y absolutamente seguro hasta que lleguen tiempos mejores. En su momento se le compensar ...

Mientras el torpor de la droga se adueñaba de él, Éremos comprendió por qué los cerebros de la Honyc no estaban dispuestos a ocultarlo sin más en el anonimato de algún lugar remoto. ¿Cómo permitir que el implacable paso del tiempo rebajase el valor de su más cara inversión genética? Aunque existiera el riesgo de que se produjeran deterioros irreversibles en su mente, era mejor dormirlo en la plenitud de su edad y resucitarlo algún día lejano, aún joven, y dispuesto para matar.

El último pensamiento de Éremos antes de hundirse en la larga inconsciencia no fue de adiós para un mundo al que nunca había llegado a pertenecer, sino de curiosidad por el que vería como espectador desapasionado cuando de nuevo despertase.

19 De Noviembre Del 2116 (Veinte Años Después)

En su despacho de Ginebra, Yukio Sikata, comisionado del GNU para las relaciones alienígenas, tuvo una desagradable entrevista.

"Relaciones alienígenas" era tal vez un título demasiado pomposo. Las relaciones para las que se le había comisionado se limitaban a una sola especie extraterrestre, los Tritones, ya que éstos impedían celosamente cualquier contacto entre los humanos y otras razas inteligentes. Por referencias y alusiones, Sikata conocía la existencia de al menos otras tres especies que también comerciaban con los Tritones. Sospechaba que podían ser muchas más, pero todas, a lo que parecía, topaban con el mismo obstáculo: la imposibilidad de viajar entre las estrellas a más velocidad que la luz. Los Tritones, únicos propietarios de aquel secreto, se negaban a compartirlo y detentaban sin concesiones el tiránico poder de su monopolio.

La imagen holográfica se materializó ante él. El Tritón flotaba en un líquido de color ocre que, según suponían los biólogos, debía de tratarse de un fluido rico en metano y amoníaco, una especie de caldo primordial similar al que sustentara los primeros organismos vivientes de la Tierra.

Sin ser un experto, Sikata estaba al tanto de las discusiones que los Tritones, cuyo verdadero nombre era impronunciable para los humanos, habían suscitado entre los científicos. Hasta el contacto con ellos, casi treinta años atrás, la mayoría de los biólogos opinaban que, por más inteligente que fuese una especie, no podría desarrollar una civilización en un medio acuoso. La tecnología del fuego, en particular, parecía lejos de su alcance. En la propia Tierra, animales tan inteligentes como los delfines habían quedado estancados en la evolución muy por debajo de los primeros estadios del hombre. La aparición en escena de los Tritones debería haber derribado aquellas teorías, pero algunos estudiosos aún sostenían que era imposible que hubiesen construido aparatos tan complicados como los mismos arneses que utilizaban para manipular sus herramientas. El xenólogo Capri defendía desde hacía algunos años la teoría de que los Tritones no eran más que los herederos de una cultura ya desaparecida, que les habría hecho ascender desde los estadios animales hasta el viaje hiperespacial.

Fuere como fuere, la triste realidad era que el poder de los Tritones superaba largamente al de los humanos, y que no les incomodaba recordárselo a todas horas. Como tantas otras personas, Sikata se preguntaba si la humanidad obtenía algún beneficio de la relación con los alienígenas. Por el momento, gracias a ellos habían colonizado otros mundos, aliviado sus excedentes de población y paliado las carencias más urgentes de materias primas. Pero los Tritones siempre dejaban presente que cualquier intento de los terrestres para arrebatarles el secreto del viaje hiperlumínico sería castigado con dureza, como habían demostrado tiempo atrás aniquilando el planeta Kali. Y esta amenaza tenía el efecto de una pistola apoyada en la sien de la humanidad.

El Tritón se agitaba en su fluido, tal vez impaciente. Por ambos costados corrían dos largas aletas, tornasoladas e inquietas como cortinas movidas por el viento. El alienígena tenía tres ojos, dos en los laterales, como un cetáceo terrestre, y uno enorme en la frente, que a pesar de la distancia taladraba a Sikata con su pupila inhumana. El comisionado no tenía forma de saber si aquel individuo en particular se había entrevistado ya antes con él. Los Tritones no tenían la delicadeza de presentarse, sus arneses eran todos iguales y en cuanto a las diferencias físicas, tal vez lo fuesen para ellos, pero los humanos no las captaban.

-Mis saludos -empezó Sikata, sin muchas formalidades. Si los Tritones las tenían, no dejaban de ser incomprensibles para los humanos y era mejor prescindir de ellas que cometer

un afrentoso error-. Hoy no teníamos previsto ningún encuentro. ¿ Ocurre algo fuera de lo normal?

Su pregunta tardó unos segundos en llegar al Tritón. ¿Demora del traductor o distancia espacial? Era imposible saberlo. El espécimen con el que hablaba podía encontrarse a bordo de una nave en las inmediaciones de la Tierra o en cualquier otro lugar si, como se suponía, los Tritones dominaban también las comunicaciones a velocidades mayores que la luz.

-Es un problema que tú debes solucionar, comisionado -respondió en los auriculares la voz de Freida, su traductora particular, que trabajaba con el apoyo de un ordenador-. Hay un problema en uno de los planetas que se os han concedido.

Sikata tragó saliva y se agarró el abdomen, en el que había sentido una punzada de miedo.

-¿A qué planeta te refieres?

-Planeta código 878-54-04.

"Radamantis", añadió la voz de Freida, después de consultar con el ordenador. Sikata resopló entre dientes. Nada bueno podía venir de aquella escoria orbitante.

-Conozco el planeta. ¿Qué ocurre allí? ¿Algo que incumba a vuestro pueblo?

La frente roma del Tritón se arrugó y aquel ojo monstruoso se contrajo en un gesto indescifrable.

-Nave nuestra... (ruido de fondo: Freida se confesó incapaz de traducir)... Radamantis. Los humanos han puesto sus palpos... sus manos en la nave (...) Destrucción.

La voz de Freida, siempre tan profesional, sonaba nerviosa, y no era para menos. Si Sikata no estaba malinterpretando al Tritón, en Radamantis había una nave alienígena. Pero sus vehículos jamás aterrizaban en los mundos humanos; ni siquiera se acercaban lo bastante para permitir reconocimiento visual. Sólo un accidente podía explicar que una nave Tritónide se hubiera posado en Radamantis, pero su interlocutor jamás lo reconocería. Si algo le había enseñado su experiencia con los Tritones era que nunca mostraban sus debilidades. Sikata había disfrutado en ocasiones fantaseando sobre el día en que viese por fin un error de los alienígenas, pero ahora se le resecaba la garganta al pensar en lo que podría ocurrir.

-¿Destrucción? ¿A qué destrucción te refieres?

-En trece días queremos la devolución de la nave. Todos los humanos que la hayan visto deben sernos entregados.

-Quieres decir que nosotros debemos devolveros la nave. Con "nosotros", Sikata se refería al GNU, aunque dudaba de que al Tritón le importara ese detalle.

-Afirmativo.

-Pero el problema es que... Radamantis está... -¿cómo explicarle aquello?- fuera de nuestra jurisdicción. Los que gobiernan en Radamantis no van a obedecernos si nos limitamos a pedirles la devolución de la nave. Se nos debería dejar transferir naves de combate para ello.

-No transferiremos naves de combate. Nunca. Nosotros os concedimos ese planeta.

Los Tritones no tenían problemas para imponer su autoridad en ningún lugar y no entendían que otros sí los tuvieran. Sikata respiró hondo. Tendrían que ponerse en contacto con las autoridades del planeta y explicarles la verdadera gravedad del problema. Por desgracia, no estaba demasiado clara la identidad de estas autoridades, y hasta el momento al GNU no le había interesado solucionar aquella cuestión. Se decía que el planeta era casi un feudo de la Tyrsenus, aunque estaba prohibido que las compañías poseyesen mundos de tamaño mayor que la Luna, y que en el departamento de Colonización del GNU corrían sobres con cifras astronómicas para tapar bocas; pero aquello caía fuera de las competencias de Sikata. Sin embargo, ahora tendría que actuar. La otra opción era la destrucción del planeta entero. Aunque Radamantis hubiese nacido como colonia penal, a Sikata le era difícil pensar en la muerte de varios millones de personas como una elección tolerable.

-De modo que en trece días aniquilaríais el planeta... -dijo, pensando en voz alta. Tenían al menos la suerte de que las unidades discretas en que los Tritones dividían el tiempo eran distintas de las humanas: para ellos, el lapso que Freida traducía como trece días expresaba la misma urgencia que para los hombres veinticuatro horas.

-Si en trece días no cumplís las instrucciones, será la destrucción para los humanos -insistió el Tritón.

-¿Para todos los humanos?

-Todos los sistemas humanos serán destruidos. Adiós.

La comunicación se cortó abruptamente. Donde había estado la imagen holográfica sólo quedó la negrura de una pared oscura. Sikata se había quedado con los dedos agarrotados en los reposabrazos de su sillón.

Su terror habría sido aún más intenso de haber sabido que la comunicación había sido interceptada. En ese mismo momento, orbitando en una estación a miles de kilómetros sobre la superficie terrestre, el genedir Newton, de la Honyc, estaba integrando datos para tomar una decisión. Pero, programado con el fin de perseguir tan sólo el beneficio de la compañía, no sentía ningún estremecimiento pensando en el filo de la espada que acababa de quedar suspendida sobre las cabezas de toda la humanidad. El punto básico que entendía en la información recibida era que se presentaba una ocasión única de apoderarse de una nave Tritónide.

Los músculos de sus ojos intentaron entrecerrar éstos para meditar, pero las cuencas estaban vacías. Un dedo blancuzco y esquelético rascó la sien hipertrofiada, junto a una de las entradas de interfaz que le abastecía de datos exteriores y que hubiera supuesto su inapelable condena a muerte de no haber sido Newton una abominación oculta a las autoridades.

El consejo de administración le hubiera reprochado tomar una iniciativa tan arriesgada. Pero el tiempo urgía, y él dependía directamente de Paul Honnenk Sr., y sabía que a su patrón la decisión le parecería acertada cuando se la comunicara.

De modo que, veinte años después de que fuera congelado para salvarlo de la caza de genetos, Newton dio la orden de despertar a Éremos.

20 De Noviembre

Teresa Duque, joven criomédica, había oído de niña historias de terror acerca de los genetos. Eran monstruos sedientos de sangre, creados por científicos locos que habían intentado suplantar a Dios y sustituir su obra natural por otra más perfecta. Pero, según la versión oficial, un tanto abundante en literatura, el corazón de las células del hombre albergaba un secreto más poderoso y mortífero que el del átomo, más indomeñable que la fusión nuclear, y aquellos aprendices de brujo acabaron engendrando horrores incontrolables. Cuando algunas de aquellas abominaciones salieron a la luz, la opinión pública, que a finales del siglo anterior se había ido volviendo cada vez más desconfiada y suspicaz ante la ingeniería genética, exigió espantada a sus líderes que tomaran decisiones drásticas.

En la penumbra del laboratorio, la plataforma que sustentaba el féretro cristalino empezó a ascender lentamente desde la bodega. El biohielo que rodeaba el cuerpo se estaba sublimando entre jirones de vapor, blanquecino y fantasmal a la luz de los dos focos que se centraban en la cuba. Teresa podía escuchar las respiraciones de sus dos compañeros, tan acezantes como la suya, concentradas en exhalar cada aliento e inhalar cada bocanada. No se hubiera sentido más receloso el profesor Van Helsing al destapar el ataúd de su enemigo ancestral.

Éremos. Así se llamaba el geneto al que tenían que descongelar. Horas antes, Teresa había consultado el significado de aquel nombre griego: solitario, desierto. Baldío.

Seguramente, el geneto no había tenido nada que ver con el virus de Hampton, que mataba selectivamente a los negros, y que, según se había descubierto, era un desarrollo de la Kwel, encargado por varios paragobiernos. Y era más antiguo que los Mirmidones, la raza superior creada en Öo por la secta de los cainitas. Pero aunque aquel individuo particular al que debían descongelar no tuviese la culpa de aquellos crímenes del pasado, Teresa no pudo evitar un escalofrío cuando se asomó a la cubeta y vio su cuerpo desnudo, sumergido en el fluido nutriente que había quedado al descubierto bajo el hielo ya sublimado. No era un gigante hercúleo como había imaginado. En su cuerpo apenas había una gota de grasa y los músculos se veían escrupulosamente tallados, pero eran finos y ligeros, y las manos de dedos delicados, casi femeninos, no parecían las de un asesino.

-Vaya, no es para tanto. -La voz de Marcos, el técnico de sistemas, expresó la opinión que había pasado por la cabeza de los tres. Mientras tecleaba la secuencia de reanimación, miró a Teresa con una sonrisa que él quiso pícara y a ella se le antojó rijosa-. Ni siquiera está más dotado de lo normal. Si yo hubiese dejado que retocasen mis cromosomas, lo primero que habría pedido es que me aumentasen el tamaño del...

-... Del cerebro, que es lo que tienes entre las piernas -completó Alicia, la criotécnica, con voz malhumorada. Era difícil distinguir los rasgos de aquel hombre, ya que tenía la cabeza rodeada de cables, sensores y estimuladores que en aquel momento enviaban a su cerebro paralizado las señales de reanimación. Teresa vigilaba los signos vitales con recelo. No era la primera vez que descongelaba a un paciente, pero nunca lo había hecho con tanta premura como ahora se le exigía.

-Cerebro, cerebro... -repitió como cantinela, aunque pensando en otra cosa que su compañera. El mayor peligro de la hibernación era la formación de cristales de hielo dentro de las células: si crecían demasiado, desgarraban las paredes y mataban el tejido vivo. Siguiendo el ejemplo de animales como la Rana Sylvatica, los investigadores habían conseguido sintetizar proteínas que servían como núcleos de condensación y reducían el tamaño de los cristales hasta hacerlos inofensivos. Pero el cerebro era especialmente delicado. El veinte por ciento de los pacientes sufría daños irreparables; y, al parecer, el cerebro de aquel hombre

valía bastantes más ceros a la derecha de los que Teresa pudiera añadir a su cuenta bancaria en veinte vidas.

Manejando el campo suspensor con sumo cuidado, lo sacaron de la cubeta para trasladarlo a lo que solían denominar “horno”, donde un suave baño de radiaciones templó el cuerpo de Éremos. De allí, lo llevaron a la enfermería, a cuya luz Teresa pudo examinar más a su placer al geneto. Desnudo sobre la camilla, no parecía en nada distinto de un ser humano normal. Sin embargo, el escáner detectó en su cuerpo un buen número de anomalías. En su cabeza había minúsculos vestigios, que por lo que ella sabía eran nanoimplantes y refuerzos de hardware en material orgánico. Pena de muerte, se dijo: hasta las entradas de interfaz cerebral habían sido prohibidas mucho tiempo atrás. Existían también algunas diferencias casi imperceptibles en los ángulos de sus articulaciones, en las inserciones de los tendones y en las proporciones de algunos músculos: pequeños cambios de palanca basados en estudios de biomecánica, que buscaban acrecentar la fuerza y la eficacia de cada movimiento en alguien a quien la velocidad de contracción, el número de miofibrillas y la transmisión mejorada de los impulsos sinápticos ya hacían considerablemente más fuerte y rápido. Observó también que a ambos lados de la columna vertebral corrían sendos hilos, muy finos, de algún material que el escáner no acertó a identificar. No le habían hablado de ellos, pero Teresa supuso que serían un refuerzo o acelerador de los impulsos nerviosos, ó tal vez se tratara incluso de un sistema paralelo al medular.

Pero lo peor lo guardaba el mapa genético, en el que se habían encendido un sinnúmero de luces intermitentes, revelando alteraciones artificiales, cada una de ellas merecedora de una condena a muerte: el recuento hablaba de más de mil ochocientas modificaciones.

-No sé para qué quieren a este individuo -comentó Alicia, una mujer robusta de mediana edad y algo entrada en carnes-. Todo lo que lleva dentro es ilegal.

-El mismo es una ilegalidad ambulante -contestó Marcos-. Pero no creo que tenga problemas para pasar por ningún control. Nadie ve lo que no busca, y hoy ya nadie busca genetos. Hace veinte años que, teóricamente, desaparecieron.

Teresa cargó la jeringa con el preparado que terminaría de despertar al paciente y la acercó a su cuello, debajo de la oreja izquierda. Hubo tres movimientos, tan rápidos que apenas pudo seguir el orden. Primero fue la mano izquierda de Éremos, que apareció aferrada en su muñeca como una tenaza. Después, los ojos del geneto se abrieron y la miraron grises, curiosos y fríos. Y, casi a la vez, el hombre desnudo se incorporó con una flexibilidad imposible en alguien que llevaba congelado veinte años.

-¡Suélteme! -chilló Teresa-. ¡No vamos a hacerle daño! Los ojos de Éremos recorrieron el dispensario, absorbiendo los detalles como una videocámara. Después soltó la presa y bajó de la camilla, desnudo como estaba. Después de dos décadas, parecía más despierto que las tres personas que le miraban aturdidas.

-¿Son de la compañía? -preguntó por fin, mirando a Teresa. Ella asintió-. Supongo que han recibido órdenes de descongelarme. -Hablaba un castellano perfecto, pero por alguna razón indefinible sonaba extraño.

-Así es -contestó ella-. Ahora, tendría que completar su examen. Mientras tanto, supongo que preferir ir vestido.

- Quién sabe? -terció Marcos-. A lo mejor en su época eran nudistas.

Éremos se recorrió a sí mismo con una mirada de abajo arriba y después estudió sus propias manos como si estuviera revisando dos aparatos de alta tecnología.

-No, no lo somos... no lo éramos. Lamento presentarme ante ustedes así, señoritas -añadió cortés, dirigiéndose a Alicia y Teresa-, pero me temo que me desnudaron después de dejarme inconsciente.

-¿Inconsciente? -preguntó Alicia, al tiempo que le tendía ropa informal y unas zapatillas-. ¿Le congelaron a la fuerza?

-Digamos que no consultaron mi opinión.

Se vistió con gestos metódicos, elegantes pero desprovistos de todo pudor. Aunque no había nada en el aspecto de aquel hombre que se saliera de lo normal, Teresa empezaba a encontrarlo fascinante.

-Por cierto, ya que hablaban ustedes de mi época... ¿En qué año estamos? ¿Acaso han pasado eones y el Universo ha empezado a plegarse sobre sí mismo?

Sólo un sutil enarcamiento de la ceja izquierda delataba la ironía de sus palabras.

-Han pasado veinte años y dos meses desde que lo congelaron -informó Marcos, y acompañó sus palabras con una mirada retadora, como si esperase que el geneto se derrumbase por el choque temporal. Pero Éremos se limitó a asentir con un gesto ponderativo y terminó de abrochar la cremallera de su polo. Teresa estaba acostumbrada a informar con delicadeza a sus pacientes, y aún así la mayoría reaccionaban con ataques de nervios, depresiones o estados de estupor.

-Bien, a no ser que la compañía haya dado un giro inesperado hacia el altruismo, me imagino que mi descongelación tendrá algún motivo concreto. Supongo que habrá instrucciones.

-Eso puede esperar -repuso Teresa, tratando de disimular el pasmo que le causaba la actitud de aquel hombre-. Ya le he dicho que tenemos que terminar de examinarle. Aparentemente se encuentra bien, pero la hibernación puede producir efectos secundarios no tan fáciles de observar.

Éremos la había escuchado con lo que podría denominarse “desatención cortés”. Un gesto de su mano derecha barrió todas las objeciones.

-Soy perfectamente consciente de mi estado corporal, y puedo asegurarle que no hay nada que no vaya a mejorar con algo de comida, bebida y, en su momento, reposo adecuado.

-Pero nuestras instrucciones...

-Preferiría que me hablara de mis instrucciones. ¿Qué han dejado para mí?

Teresa se sintió desconcertada. Como médica, aunque todavía joven, estaba acostumbrada a disponer de sus pacientes. Pero el geneto había impuesto su presencia en la enfermería, y eran ahora ellos tres quienes parecían fuera de lugar. Éremos terminó de ajustarse las zapatillas y señaló la puerta del dispensario.

-Supongo que tendremos que salir.

Mientras abandonaban la enfermería, Teresa le explicó que ellos no habían recibido más instrucciones que la de descongelarlo, para después, en el menor tiempo posible, pasarle a las manos de un tal Panak, que se encontraba en las oficinas anejas al laboratorio. Pero antes, añadió, tenía que realizarle un examen completo para comprobar posibles efectos secundarios de la hibernación en su...

-Basta -interrumpió Éremos-. Puede usted confiar en mí cuando le digo que me encuentro bien. Tengo mis propios sistemas de diagnóstico. Si me conducen ante Panak, no les causaré más molestias. Por cierto, debo agradecerles la labor que han hecho conmigo. No ignoro las dificultades del proceso de reanimación. Su trabajo ha sido magnífico.

-No tiene importancia... -objetó Teresa, casi sin saber lo que decía. Definitivamente, había perdido el control de la situación-. La oficina está detrás de esa puerta.

Éremos se despidió con una cortés inclinación de cabeza, abrió la puerta y pasó al despacho. Ni Teresa ni sus compañeros volvieron a verlo nunca.

Éremos observó el despacho con ojos críticos, buscando diferencias con lo que había visto un momento antes, veinte años atrás. Había más curvas en los muebles, más barroco en los adornos, una luz menos intensa y más aterciopelada. Los ordenadores y periféricos eran más grandes. Éremos supuso que A) o bien se había retrocedido en el proceso de miniaturización o B) la estética de la época había reaccionado contra lo menudo y lo ultraplano. La segunda opción parecía concordar con el resto del entorno.

El que no hacía juego era el joven rubio de ojos acerados y ropa chillona que le miraba con aire de fría insolencia desde el sillón de orejas que presidía el despacho.

-Así que tú eres el tal Éremos. -Arrastraba las sílabas cansino, sin estilo. Las vocales que había escuchado a las tres personas que le habían atendido en el laboratorio eran más cerradas que veinte años antes, en particular la e, pero aquel individuo casi llegaba a estrangularlas.

-Me temo que no tengo el gusto de conocerle, señor. Por cierto, ¿el tuteo se ha generalizado en esta época?

-Me llamo Panak, señor Éremos -le informó el joven, exhibiendo una dentadura reforzada con acero. Nadie se hubiera atrevido a exhibir algo así veinte años atrás, por temor a que lo relacionaran con la ingeniería genética. Pero aquel lobo ya debía de protagonizar un cuento del pasado, se dijo Éremos, no sin alivio.

-Usted dirá.

Había un asiento libre, pero Éremos permaneció de pie, con las manos en los bolsillos y mirando fijamente al llamado Panak. El joven apartó la vista y se dedicó a juguetear con una tarjeta holográfica. El relieve presentaba estructuras geométricas de colores que cambiaban siguiendo los movimientos de su mano. Éremos se preguntó si las innovaciones tecnológicas de aquellas dos décadas que había perdido se reducirían a tales puerilidades.

-Como habrá supuesto, represento a la compañía. No creo necesario añadir...

-No, no lo es. ¿Qué quieren de mí?

-Sus servicios.

-Eso no es mucho decir. Siempre se han requerido mis servicios. Quisiera algo más de concreción.

-De momento, tiene usted que venir conmigo a estación Urania, donde recibirá más instrucciones.

-No conozco esa estación.

-La construyeron hace ocho años, mientras le tenían a usted en cubitos de hielo, así que no me extraña que no sepa nada de ella.

Éremos enarcó una ceja, un tanto sorprendido por aquella crueldad gratuita e inútil. Ciertamente se sentía desorientado al saber que habían pasado veinte años, pero para alguien que no tenía raíces era tan fácil o difícil prender en un terreno como en otro.

Panak siguió hurgando en lo que debía creer que era una herida.

-La verdad, me extraña que quieran ponerle a trabajar después de haberle tenido congelado tanto tiempo. Una persona normal no estaría emocionalmente preparada. Aunque ahora recuerdo que, según he oído, era usted incapaz de sentir emociones.

-Su información es inexacta.

-Adelante, complétela usted mismo.

-No sin una identificación más completa.

El joven le tendió la mano y se la apretó, por fin. Bajo la piel se leía un código recién grabado, pero igual a los que había utilizado la compañía veinte años atrás. ¿Seguían utilizando los viejos sistemas o los habían resucitado para tratar con la reliquia en que se había convertido él de un día para otro? “H. Panak, 878-#H-965454. Ap. inf. reserv. g. B.” Y al final venía el mensaje que desinhibía la barrera química que tapiaba su cerebro para proteger los secretos de la compañía. De modo que Panak era un perro de presa de la Honyc. Si todos eran como él, Éremos había tenido unos pobres suplentes durante las últimas dos décadas.

-Mis emociones están muy disminuidas, pero en cierta medida existen -explicó Éremos, con la misma entonación profesoral que había utilizado para dirigirse a la clase el ¿día? antes-. Hace cuarenta y... sesenta y cuatro años la Honyc consiguió prototipos absolutamente desprovistos de toda emoción y sentimiento. En ellos sólo funcionaban, o funcionarían, los esquemas de razonamiento lógico. La mayoría no pasó de un estadio meramente vegetativo. Con dos se llegó algo más adelante, aunque nunca lograron superar las fases más elementales del aprendizaje. Sus respuestas a cualquier tipo de estímulo estaban tan inhibidas como lo que podríamos llamar su voluntad.

-De modo que eran como autómatas.

Panak había guardado la tarjeta y ahora entretenía sus dedos abriendo una pitillera de oro para extraer un cigarro alargado de color marrón. Éremos arrugó la nariz. No le gustaba el olor de los puros.

-Ni para eso valían. Eran incapaces de realizar las tareas que cualquier robot no inteligente puede desempeñar.

Había un individuo de ese proyecto que sí había salido adelante. El genedir Newton, mitad hombre, mitad máquina. El consejero áulico de Paul Honnenk. Pero ésa era materia demasiado reservada para una medianía como Panak.

-Así que le diseñaron a usted. -El joven hizo hincapié con sevicia en el verbo que había elegido. Sin embargo, Éremos estaba acostumbrado a considerarse a sí mismo un producto de laboratorio.

-Yo fui uno más en la sexta tanda de zigotos manipulados por el departamento de genética de la Honyc. No sé qué fue de los demás.

-Teóricamente todos esos zigotos fueron destruidos por la ley Chang.

-De nuevo su información es inexacta. La ley Chang se promulgó hace precisamente tres meses... -se corrigió automáticamente-: hace veinte años, y fue la razón de que se me hibernara. En aquel entonces, cuando se me creó, no éramos ni legales ni ilegales... simplemente las leyes nos ignoraban. Lo que imagino es que aquellos zigotos no salieron adelante.

-Lo que está claro es que usted si salió adelante.

-Es algo obvio. -Éremos no acababa de entender la curiosidad de Panak, pero estaba acostumbrado a responder preguntas y encontraba cierta satisfacción en la docencia-. En mi caso, los sentimientos y emociones no están anulados, sino reprimidos por un sistema de autocontrol prácticamente instantáneo.

-Vamos, que aunque vea a una tía desnuda se queda tan frío como un pingüino.

De nuevo, escarnio deliberado. Si ya le habían avisado de que nunca perdía los nervios, ¿por qué se empeñaba en provocarle? Aquel pobre idiota no iba a durar más de tres misiones.

-No es exacto, pero no merece la pena seguir discutiendo sobre ello. Prefiero que sea usted quien me dé información.

Panak fumaba con un estilo que, según recordaba Éremos del día antes, no era considerado demasiado varonil. Tal vez lo fuese ahora. Tendría que estudiar cuidadosamente los gestos de la época, aunque sería mejor fijarse en otro sujeto más convencional que aquél.

-Me temo que no puedo decirle demasiado. El asunto de su misión es reservado.

-¿Quiere decir que usted no lo sabe?

Panak sonrió burlón, satisfecho como si le hubiera hecho caer en una trampa.

-Quiero decir que no le puedo contar nada a usted. Ya se decidirá qué debe saber y en qué momento.

Éremos estaba más allá de la humillación. Sin embargo, no acababa de creer que aquel matón de medio pelo conociera ni un ápice de los designios de la Honyc. Decidió tantearle un poco.

-Me gusta saber para qué se requieren mis servicios. Ver á aunque mis emociones estén atenuadas, siento cierto incomodo por el hecho de que se me haya apartado de la circulación durante veinte años y ahora se me devuelva a ella sin más explicaciones.

-Usted sabe tan bien como yo que está atado a la compañía por algo más fuerte que un contrato. Es usted un catálogo andante de abominaciones genéticas y cibernéticas. Me imagino que entre lo poco que le dejaron habrá algo de instinto de conservación. ¿Ha oído lo de escuchar y obedecer?

Éremos leyó en los ojos de Panak, aprovechando que éste se había atrevido a sostenerle la mirada un par de segundos. “No tienes ni idea de para qué me han despertado”

-En ese caso, estoy impaciente por obedecer. ¿Hay algo que nos retenga en la Tierra?

-Nuestra lanzadera sale dentro de diez horas. Eso quiere decir que dentro de ocho horas saldremos de aquí. Entretanto...

-Bien. Dentro de ocho horas estaré aquí de nuevo. Mientras, voy a dar un paseo por la calle.

Al salir de la oficina, lo último que vio fue el gesto de estupor de Panak, que en ningún momento osó detenerlo.

Lo primero que hizo al pisar la calle fue cerrar los ojos y olfatear. La experiencia le había enseñado que cada planeta tiene un olor distinto. Tal vez el salto en el tiempo surtiera los mismos efectos que el viaje de un mundo a otro.

No parecía haber grandes diferencias químicas. Abrió los ojos y examinó los alrededores. Los viejos edificios de la Gran Vía seguían allí, como era de esperar. Las fachadas estaban más limpias que la última vez que las viera, pero no tanto como para suponer que el revocado fuese reciente. El otoño había caído de golpe sobre los árboles. Éremos recordó que ayer era 3 de septiembre y hoy 20 de noviembre. Dos tranvías se cruzaron por la calle, uno de subida y otro de bajada. Ahora eran de color azul, con embellecedores dorados y un diseño menos aerodinámico; tampoco era necesario a veinte kilómetros por hora. Había más vehículos individuales, tal vez el doble. Éremos comprobó que no era hora punta. Acaso el nivel de vida había subido, o tal vez había un renacer de los llamados trabajos presenciales.

Los viandantes pasaban al lado sin reparar en su presencia, ignorantes, como era lógico, de que estaban contemplando una reliquia del ayer. Las ropas eran menos utilitarias, más abigarradas, aunque no demasiado distintas de como las recordaba. (Una memoria muy reciente.) En el aspecto físico sí observó una diferencia sustancial que tardó unos segundos en discernir. Los cuerpos, los rostros. Había más variedad; en particular, más fealdad y menos perfección. más calvas, más grasas, rasgos más embotados.

Ya estudiaría el asunto, pero supuso que se debía a la misma reacción que le había enviado al tanque de hibernación. Rechazo de la ingeniería genética y de las demás actividades relacionadas con ella y con la mejora de los cuerpos.

Se permitió una leve sonrisa. Aquel mundo parecía más variado y, por tanto, más interesante.

Pero algo le decía que su misión no iba a ser en la Tierra.

La lanzadera pertenecía a la Honyc y partía desde su propio puerto de embarque, de modo que no tuvieron que rellenar formularios ni atravesar detectores. La nave despegó a las 00.34, hora local. Éremos y Panak viajaban en un pequeño compartimiento, provisto de televisión, robot bar y terminal de ordenador. Éremos buscó infructuosamente la pantalla, pero prefirió no preguntarle nada a Panak.

-TIENE USTED UNA BOLA DE INFORMACIÓN PARA PONERSE AL DÍA -le comunicó en inglés el ordenador, no bien tomó asiento. Éremos se quedó perplejo un instante ante lo que parecía una vulgaridad de la máquina, pero no tardó en comprobar que “ball” se refería a una esfera de material óptico que sustituía a los cubos que había manejado hasta entonces.

-¿Se va a poner a estudiar? -le preguntó Panak-. ¿ No es usted un poco mayorcito?

-El saber no ocupa lugar -repuso Éremos, sosteniendo la esfera, de unos seis centímetros de diámetro, que centelleaba a la luz como un diamante a pesar de su lisura sin facetas-. Al menos, no demasiado.

-Muy bien, amigo. Yo veré la televisión mientras tanto.

-Por favor, conéctela en individual.

La nave no tardó en despegar. Éremos observó que el acolchado de los sillones, aunque más grueso y llamativo, era menos efectivo como amortiguador que el de modelos anteriores. Después de unos minutos de incómoda aceleración, se encontraron en caída libre. Éremos introdujo la esfera en el ordenador. En ese momento apareció la pantalla, una proyección virtual que se desplegaba ante sus ojos. Una interesante novedad, que no tardó más que unos segundos en aprender a manejar. Después empezó a absorber datos.

En uno de los canales retransmitían un partido de baloncesto en baja gravedad. Panak se interesó al principio, pero el partido era bastante malo y pronto empezó a dirigir miradas de reojo a su compañero de compartimiento. Éremos estaba enfrascado en el ordenador y de vez en cuando tecleaba algo a una velocidad extraordinaria. Lo que estuviera leyendo era un enigma para él: las líneas pasaban por la pantalla virtual a demasiada velocidad para que Panak pudiera leerlas.

Y mientras, Éremos se familiarizaba con aquel tiempo nuevo en que ahora le tocaba vivir. Y seguramente actuar. A brave new world?, se preguntó. Mucho se temía que no habría demasiadas cosas nuevas bajo los soles.

Castigado por las manos de sus hijos, que finalmente habían empezado a emanciparse para buscar fortuna en otros mundos, el planeta todavía azul giraba majestuosamente brotando de las sombras de la noche. Orbitando a miles de kilómetros sobre su superficie, Urania, la orgullosa estación estandarte de la Honyc, resplandecía en un multicolor enjambre de luces que, lejos del velo de la atmósfera, se recortaban con bordes desnudos y lancinantes. La masa central era un cilindro de mil quinientos metros, del que se ramificaban construcciones de formas caprichosas, no sujetas a la tiranía de la aerodin mica; todo lo m s, a la simetría radial que Urania precisaba para su premiosa rotación. El conjunto semejaba una ingente formación coralina, sacada de los mares y catasterizada por la mano de un titán.

Aquella estación había surgido de la nada mientras Éremos dormía en el hielo. Pero mientras la admiraba por la ventanilla de la lanzadera, se imaginó quién sería el titán y qué mano de bronce sujetaba las riendas. Paul Honnenk Sr., según la información de la esfera, aún seguía activo a sus noventa años y, como presidente honorario del consejo de administración, iluminaba a los directivos con “las sabias recomendaciones de la experiencia”. El presidente de la Honyc, su nieto Paul Honnenk Jr., “aún consulta a su abuelo con respeto y admiración”.

Seguro que sí, se dijo Éremos. Sabiendo lo que él sabía del viejo no creía que se limitara al papel de consejero áulico. El día en que se muriera, dejaría de mandar.

Recordó un texto de la esfera informativa que le había llamado la atención por su estilo un tanto florido. Lo firmaba un independiente, pero no era más que hagiografía disimulada.

Las Compañías Y El GNU
La guerra que no cesa

La Honyc es una de las herederas de aquellas grandes multinacionales de los siglos XIX y XX de las que se decía que dictaban la política de las naciones por encima de los propios gobiernos. Los albores del siglo XXI asistieron a la decadencia y fragmentación de las más grandes y a la hegemonía de las burocracias estatales. Pero los fragmentos supervivientes de aquellos colosos, o las compañías recién nacidas, pequeñas pero mucho más versátiles, se habían ido introduciendo poco a poco en los mecanismos de las administraciones; y si al principio parecía que servirían a modo de lubricante para hacer más efectivos sus engranajes, pronto se vio que eran verdaderos microorganismos par sitos que se nutrían del propio estado para crecer. Tras muchas batallas, algunas legales y otras que no lo han sido tanto, nos encontramos en estas primeras décadas del XXII en una situación de equilibrio precario. Los estados nacionales siguen existiendo y, temerosos de los nuevos poderes, relegan mal que bien sus diferencias bajo el control del GNU. Pero las compañías han formado un nivel de poder distinto, con sus propios organismos de decisión y control, y aún hay terrenos en los que luchar. La Honyc no es tal vez la más poderosa de las corporaciones, pero si la más dinámica y flexible en la búsqueda de medios para alcanzar sus fines. Sus fracasos han sido acaso más sonados que sus éxitos, pero nada ha logrado detener su continuo crecimiento.

Muy épico, se dijo Éremos. Prácticamente se sentía como un guerrero homérico, dispuesto a dejar huella en la historia, ya fuese con un fracaso o con un éxito.

Ya acoplados con la estación, pasaron las formalidades de rigor, incluyendo el paso por la cámara de esterilización. Éremos lo observaba todo con curiosidad, examinando tanto los aparatos que conocía como los que eran nuevos para él. Las diferencias, por suerte, no eran tan abismales como había esperado al principio. Estaba algo anticuado, pero no obsoleto. La ciencia y la técnica seguían arrastrando las consecuencias del Gran Frenazo.

Llegaron al gran corredor central, que se curvaba sobre sus cabezas en un horizonte invertido. Estaba sembrado aquí y allá por jardincillos y macizos de flores que se retorcían en diseños que en la gravedad terrestre habrían sido imposibles. Junto a uno de ellos, rodeada por la agradable fragancia de un rosal, les esperaba una atractiva mujer de unos treinta años que se presentó como la doctora Thorman.

-Puede usted dejarnos solos, señor Panak. Yo me hago cargo del señor Éremos.

Panak inclinó la cabeza con un gesto, que era a regañadientes respetuoso y se alejó, no sin dirigir a Éremos una última mirada difícil de interpretar.

Guiándolo por la cinta central, la doctora Thorman le llevó a Ispahan, el restaurante más lujoso de Urania, aislado del resto del corredor por mamparas y proyecciones virtuales. Sobre sus cabezas, el maravilloso espectáculo de la Cabellera de Berenice daba techo a los comensales. Muchos, seguramente casi todos, creerían que estaban viendo el espacio real a través de un grueso cristal, pero Éremos sabía perfectamente que A) el techo estaba orientado hacia el interior, donde se hallaba el eje de la estación; y que B) aquellas estrellas eran una proyección, aunque no se pudiera negar que de indudable belleza.

La belleza de la doctora Thorman, su momentánea anfitriona, no era tan espléndida ni espectacular, pero sí cálida y cercana. Era alta, rubia, voluptuosa; acababa de pasar a esa edad en que el interés que añaden los años compensa con creces el atractivo que restan. El azul de sus ojos no recordaba al acero, como el de Panak, sino al cielo del Egeo. Éremos se permitió una sonrisa interior. El lacayo de la Honyc se hubiese sorprendido de averiguar hasta qué punto sabía degustar la belleza femenina.

-¿Es un lugar seguro para hablar?

La doctora mostró una sonrisa de dientes perfectos y naturales.

-No se preocupe. Tenemos distorsión cuatro en sónico y coma siete en visual. -Éremos asintió. No sabía de qué hablaba la doctora, pero se lo imaginó-. Ya le he pedido de comer, espero que no le importe.

-En absoluto. Confío ciegamente en su gusto.

Se detuvo, sin saber cómo proseguir. A muchas mujeres les agradaba su timidez, que no era sino apariencia: simplemente le resultaba difícil entablar conversaciones triviales. Suponiendo que habían advertido a la doctora Thorman de su forma de ser, fue directo al meollo:

-Digamos que me han... despertado hoy un poco bruscamente, para traerme aquí, y aún no sé nada. Debo reconocer que la ignorancia no resulta un estado satisfactorio.

-Lo entiendo, profesor. Pero lamento decirle que yo no conozco los pormenores de su situación. Mi tarea (no se ofenda por lo de tarea), es acompañarle a comer para hacer su estancia aquí más agradable. Creo que después debe entrevistarse con alguien importante... pero poco más puedo añadir. Creáme que lo siento.

-Me imagino, entonces, que ignora usted el motivo de esa entrevista.

-Así es. Pero no se preocupe: pronto saldrá de dudas.

El camarero, moviéndose con cierta gracia en aquella baja gravedad, trajo el primer plato, unos pastelitos de hojaldre rellenos de diversas pastas y cremas. El vino era un jerez bastante bueno, aunque no demasiado apropiado para el sabor de los entrantes. Una de las ventajas del organismo de Éremos era que podía metabolizar el alcohol en grandes cantidades, de modo que se aplicó al vino.

-¿Y a qué se dedica usted... Karen? -Éremos fingió hacer un pequeño esfuerzo para leer la placa de identificación que adornaba el opulento escote de su anfitriona, pero ella no dio muestras de incomodarse.

-Supongo que es usted de confianza y puedo decírselo. Mi doctorado es en física, y dirijo el departamento de investigación gravitatoria de Urania.

-Un tema apasionante -contestó Éremos. Por la mueca de disgusto de la doctora, intuyó que su tono había sido demasiado maquinal y se apresuró a añadir-: No, lo digo de veras. ¿Qué investigan ustedes?

-Diversos problemas, teóricos y prácticos. En realidad, ambos están relacionados. Yo coordino las secciones.

Éremos estudió los ojos de su interlocutora durante un par de segundos, lo justo para no intimidarla. Si coordinaba problemas interrelacionados, eso quería decir que en el departamento de gravitación andaban detrás de algo importante, y eso sólo podía ser...

-¿Transporte a velocidades superlumínicas?

-¿Está usted enterado de algo de eso?

Éremos asintió más con los párpados que con la barbilla y sirvió vino en la copa de la doctora.

-¿Qué mayor problema para una física de gravitación? Además ahora, gracias a los Tritones, o a pesar de ellos, se sabe que existe una solución. ¿Es usted teórica o experimental?

-Como ya le he dicho, coordino ambas labores. Siempre he tendido más a lo experimental, pero como tengo que mediar entre ambos grupos, procuro ser lo más imparcial posible. No sé si sabe hasta qué punto pueden llegar a creerse superiores los unos a los otros... -Sus mejillas, ya fuera por el vino o por el interés que ponía en hablar de sus investigaciones, se habían teñido de un cálido arrebol que resaltaba el líquido azul de sus ojos-. El problema es que aquí estamos un poco aislados. Tan sólo tenemos contactos con los laboratorios de la Honyc en Tierra, Luna y Titán.

Éremos volvió a asentir y terminó de mordisquear un pastelillo antes de contestar. Por lo que había aprendido en la esfera de información, el simulacro de colaboración inter compañías que existía en su tiempo había dejado lugar a una hostilidad tan clara y abierta como entre leones y hienas. La Honyc, la Asell, la Akira o la todopoderosa Tyrsenus, ante la práctica impotencia del GNU, libraban sus guerras de taifas en un escenario más amplio y espectacular que el de la antigua España musulmana, pero no menos mezquino.

-Es un viejo problema, me temo -comentó; y no pudo dejar de preguntarse si la doctora sabría algo sobre su larga congelación-. Sería interesante que los investigadores de las compañías pudieran compartir conocimientos. Trabajar en soledad nunca es productivo.

-No lo es. Pero todas las compañías, incluyendo la nuestra, quieren ser las primeras y las únicas en conseguir superar la barrera de la luz. ¿Se imagina el poder que representaría para una de ellas detentar el monopolio del transporte fuera del Sistema Solar?

Éremos asintió. La sempiterna miopía humana.

-¿Y qué me dice de los centros de investigación estatales? ¿No han obtenido colaboración de ellos?

La doctora rió, divertida, y se echó al coleto un buen trago de vino. No parecía una bebedora exquisita, pero sí entusiasta.

-Aunque nos la quisieran dar sin obtener nada a cambio, cosa que dudo, no merecería la pena. Yo he trabajado durante cuatro años en el CIE mientras...

-Perdone. ¿Cómo ha dicho?

-El CIE, el Centro de Investigaciones Europeas... El antiguo CERN.

Ella pareció sorprendida de su ignorancia. Éremos se sintió incómodo durante un momento. Hasta el momento no había experimentado ningún shock temporal, pero sí la sensación de que le habían trasladado a una mansión enorme de la que apenas empezaba a conocer unas pocas estancias.

-No la había oído bien. Por favor... -La animó a continuar con un gesto.

-Le decía que terminé el doctorado en el CIE. La verdad es que los medios eran bastante buenos, pero el funcionamiento... bien, deja mucho que desear. Los burócratas no paran de meter las narices en todo y discutir por mil créditos arriba o abajo y siempre hay que andar explicando el trabajo a funcionarios que no tienen la menor idea de lo que les estás hablando. Las compañías sobornan al personal para obtener los pocos secretos que puedan

descubrirse allí, sólo trabajan los peores o los más jóvenes, y éstos no tardan en irse a las compañías con sueldos mucho mejores...

- Fue ése su caso, doctora Thorman?

Ella se sonrojó un poco más y le dirigió una mirada molesta, que él sostuvo sin pestañear.

-No se vaya a creer que fue sólo por las remuneraciones; ni siquiera le diría que fuera la razón principal. Prefiero la forma de trabajar en una compañía. La libertad es mayor y los medios, aunque no sean mucho más abundantes, sí se corresponden mejor con las investigaciones que queremos desarrollar. Yo no tengo que responder ante nadie de cómo avanzan mis proyectos a cada cuarto de hora. En la compañía quieren que les informe periódicamente de los resultados, y poco más.

-Resultados... ¿Han obtenido algo de provecho? Les interrumpió la llegada del camarero con el segundo plato, que era un pescado sintético nadando en una exótica salsa plagada de objetos de aspecto alienígena. La botella de vino hizo arrugar a Éremos la nariz y pensó en pedir alguna cosecha que conociera; pero se dio cuenta de que ahora todas serían veinte años más antiguas, de modo que se calló. La doctora probó su plato, hizo un comentario apreciativo, y prosiguió con su disertación.

-Verá, todos nos habríamos tomado las cosas con mucha más calma si no hubiese sido por los Tritones. Desde hace muchos años se habían adelantado soluciones teóricas para viajar entre las estrellas en un tiempo razonable, pero todas chocaban con un muro de imposibilidad técnica que nos impedía llevar a cabo tan siquiera una pequeña parte de nuestros supuestos. Agujeros negros, agujeros de gusano, efectos cuánticos a gran escala, cuerdas cósmicas deformando el espacio-tiempo, partículas exóticas, clusters de materia oscura, alguna de las soluciones de los sistemas cuarto y sexto de Bernard... Ya se habían adelantado todas estas posibilidades hacía mucho tiempo, pero lo cierto es que no habíamos avanzado demasiado.

De lo cual tenían mucha culpa tanto el hermetismo que había acabado cayendo sobre este tipo de investigaciones como la competencia entre las compañías, se dijo Éremos.

-La técnica requerida para experimentar todas esas teorías estaba y sigue estando muy lejos de nuestro alcance. En nuestro departamento, como hacen en muchos otros, los experimentales intentan desarrollar nuevas técnicas y materiales capaces de aguantar presiones inmensas, radiaciones que rompen núcleos atómicos o fuerzas de marea que convertirían la nave más sólida en un fideo. Los teóricos tratan de conseguir en sus ecuaciones soluciones más simples que no requieran técnicas fuera de nuestro alcance... pero los resultados siguen siendo tan desesperanzadores como siempre.

-Y me imagino -comentó Éremos- que todos hubieran acabado por abandonar ese campo si hace diez... treinta años no hubieran aparecido en escena los Tritones, ¿no es así?

-En efecto. Cuando aparecieron en nuestro Sistema Solar y transportaron a los primeros pioneros a cientos de años luz, supimos que las ecuaciones tenían soluciones posibles.

Evidentemente, la doctora no debía saber que el propio Éremos había sido uno de aquellos pioneros. Una de las pocas misiones en que no había tenido que cobrarse ninguna vida.

-Por desgracia, los Tritones son muy reacios a compartir su sabiduría.

-Lo expresa usted con mucha suavidad. Se niegan en redondo, y eso es lo más frustrante. Sabemos que la solución existe, pero está fuera de nuestro alcance.

-El suplicio de Tántalo -comentó Éremos en voz baja; ella o bien ignoró su comentario o no llegó a escucharlo y prosiguió:

-Yo misma he viajado a Jotunheim, que está a más de doscientos años luz, con la esperanza de descubrir algo, pero no fue así. Esos condenados peces saben ocultar bien sus secretos.

El tercer plato era un asado de carne. La sustancia base era la misma que la del pescado, pero los saborizantes estaban peor conseguidos. Éremos la picoteó con desgana y se concentró en la nueva botella de vino, un tinto de alguna procedencia que le era desconocida, pero con un cuerpo y un aroma bastante satisfactorios.

-¿No tienen ustedes algún indicio que los guíe al menos en una dirección determinada?

-No. ¿ Ha viajado fuera del sistema alguna vez?

-Nunca -mintió Éremos. Era un engaño razonable, puesto que prefería escuchar la explicación de la doctora.

-Verá, al principio embarqué en una nave mixta de pasajeros y carga, de las nuestras, por supuesto, impulsada por un motor de fusión bastante convencional, ya sabe.

-Ya, entiendo. ¿Qué pasó entonces?

-A unos diez millones de kilómetros de la Tierra se nos dijo por megafonía que habíamos llegado al punto de transferencia. En ese momento cegaron las ventanas y, no sé, sentí algo raro, como si... Como si me hubieran robado tiempo, un segundo, un minuto, como el corte de una película.

Éremos asintió. Conocía perfectamente la sensación.

-Y entonces nos volvieron a comunicar que la transferencia ya se había producido. Y estábamos a años luz de distancia. ¿Cómo? No tengo la menor idea. Lo más que sabemos es que hay naves Tritónides cerca de las nuestras cuando se produce la transferencia, pero qué hacen es imposible averiguarlo. En ese intervalo que yo creí haber perdido, cuando se intenta observar desde el exterior hay unos minutos de ceguera total en nuestros instrumentos. No hay radiaciones de ningún tipo, ni ondas gravitatorias: aparece de repente una especie de horizonte de sucesos, y después no hay nada, ni nave terrestre ni nave Tritónide.

-Eso parece magia.

-Una tecnología lo bastante avanzada es indistinguible de la magia. -Éremos se sonrió. La doctora había caído en su pequeño experimento estímulo-respuesta y había contestado justo como él esperaba. ¿Sabría que aquella afirmación la había enunciado un antiguo autor de ciencia ficción?-. Es de esperar que una civilización capaz de superar la velocidad de la luz posea otros avances insospechados para nosotros.

La doctora hizo un vago gesto con la mano, sugiriendo que ya se había aburrido de aquella conversación. Después de apurar su última copa, rebuscó algo en su bolso, lo sacó y lo puso en la mesa, entre ambos. Éremos sintió un leve sobresalto. Aquellas dos píldoras rosas, en forma de corazón, eran, según le había informado la esfera, cápsulas de Cupido. Una forma de sugerir mayores intimidades sin necesidad de recurrir a enojosas palabras.

-No sé si habrá tiempo. Esa cita que tengo...

-Queda una hora y media, más que suficiente... -La doctora Thorman acercó su rostro al de él, y al hacerlo apoyó sus más que encantadores senos en la mesa; una visión capaz de alterar sistemas hormonales menos controlados que el de Éremos-. Mi habitación está cerca.

Según la esfera de datos, Honnenk estaba cómodamente retirado, sin ningún cargo oficial en la compañía. Era el consejo, presidido por P. Honnenk nieto, quien tomaba las decisiones. Sin embargo, pese a lo que se dijera oficialmente, el viejo, como Éremos había sospechado, seguía sujetando las riendas.

Nunca antes se había entrevistado en persona con el señor Honnenk. El asunto prometía ser importante para justificar ese encuentro y su propia reanimación.

-Tenía ganas de conocerlo, profesor Éremos. -La voz del anciano era de lija, inerte en el tono, pero precisa y ágil en las palabras-. ¿Le apetece un coñac?

-Sí, gracias.

El propio Honnenk le sirvió la copa. A un décimo de gravedad, el líquido caía mansamente de la botella. Éremos lo probó. Era un auténtico matarratas que bajaba por la garganta abrasando como un chorro de alcrebite.

-Un coñac muy... personal -comentó, dejando la copa sobre el escritorio, que era de madera antigua, ya deslustrada en algunos lugares. El viejo se rió entre dientes que, postizos y todo, se veían amarillentos por el humo.

-Hay que tener dos cojones para beberse eso, pero si después de lo que nos gastamos en usted no se los dejamos bien puestos, malo habría de ser.

-Si se refiere usted a mis órganos sexuales externos, creo que sí, que el departamento de genética los colocó en el sitio habitual.

-Vaya, observo que tiene sentido del humor. Creía que una persona sin emociones carecería de él.

Éremos se limitó a encogerse de hombros. Otra explicación sobre el verdadero alcance y significado de “sin emociones” le parecía fuera de lugar.

-Sí -prosiguió el viejo, como hablando para sí mismo-. Después de todo lo que nos gastamos en usted... nuestro juguete más caro. Pero hasta ahora ha sabido servir bien a la compañía. Tal vez sea al producto del que más orgullosa pueda sentirse esta casa. Lástima que las leyes nos impidan enseñarlo al mundo...

Como en el pasado, recordándole que su vida pendía de un hilo muy fino, el del anonimato. Si algo les había preocupado siempre era que pudiera tomar sus propias decisiones y que no estuvieran orientadas hacia los intereses de la compañía.

-Los juguetes más caros se guardan en las vitrinas -respondió Éremos-. A veces, en vitrinas de hielo.

-Fue por su bien, créame. Empezaba a haber rumores, y la caza de genetos estaba en su apogeo. Resultaba muy difícil esconderlo.

Esconderlo no, se dijo Éremos, pero sí utilizarlo. ¿Para qué les hubiera servido un geneto envejeciendo en una universidad de Madrid, sin poder amortizar la inversión que habían hecho en él? No, mejor correr el riesgo de la congelación, esperar tiempos mejores y volver a sacarle provecho. El hubiera aconsejado lo mismo. Ni aunque hubiese sido capaz de sentir tal emoción les hubiese guardado rencor por ello.

-Me imagino que, si me han sacado de la vitrina, será porque se vuelven a requerir mis servicios. Pero hasta ahora nada claro se me ha dicho.

-Entiendo su impaciencia. -El viejo volvió a reír. Era un sonido aún más desagradable que el de su voz-. ¿La impaciencia es algo puramente racional?

-Soy una persona sumamente paciente, sea eso racional o no. Pero -eligió las palabras con meticulosidad de cirujano-, experimento cierta curiosidad por saber lo que la compañía quiere de mí. Estoy desorientado.

-¿De veras?

Había en la sonrisa del viejo una complicidad que hizo meditar a Éremos. Sin saberlo, debía de haber recibido algún indicio sobre la naturaleza de su misión. Por el momento, aparte de las informaciones generales de la esfera, el único conjunto de datos con contenido lo había escuchado en la charla informal con la doctora Thorman. (La conversación que habían mantenido después del almuerzo no había sido tan coherente, aunque tampoco careciera de interés.)

-Según entiendo, me necesitan para solucionar algún problema relacionado con el viaje interestelar. ¿Han escuchado ustedes mi conversación con la doctora?

-No hemos interceptado su almuerzo... ni su sobremesa. No ha sido necesario. Conociendo su inquisitiva curiosidad (una actitud para la que fue diseñado), supuse que habría interrogado a la doctora acerca de su trabajo. Era una forma más agradable de introducirle en materia.

El viejo dio otro sorbo a su copa e invitó a Éremos a que hiciera lo propio. Como joven guerrero en una prueba de iniciación, volvió a someterse con estoicismo a la ordalía del coñac. Después de aclararse la garganta, repuso:

-La doctora Thorman es una agradable... divulgadora. Pero no creo que necesiten mis servicios en su departamento científico. Las tareas que pueda realizar gracias a mis implantes no creo que aventajen mucho al trabajo de sus equipos de científicos y ordenadores. En el pasado lo intenté y no saqué demasiado en claro.

-Como siempre, se le necesita por su cerebro, y para una investigación, pero de otro tipo.

Éremos meditó unos segundos y en su distracción estuvo a punto de volver a beber de la copa, pero se lo pensó mejor.

-Investigación no científica sobre transporte a velocidad superlumínica. ¿Han descubierto algo las otras compañías?

El viejo negó con el movimiento casi imperceptible de un mandarín.

-Eso quiere decir... los Tritones. ¿Sabe usted lo que podrían hacernos si supusieran que los espiamos? Y no me refiero sólo a lo que pudieran hacer a la compañía, sino a toda la humanidad.

-Ignoraba que fuera usted un filántropo.

-No lo soy. Pero los riesgos de espiar a los Tritones superan lo razonable. Están siglos por delante de nosotros.

-No tendrá que espiar directamente a los Tritones. Y, por otra parte, el peligro ya existe sin necesidad de que nosotros intervengamos. -El viejo hizo una pausa significativa.

-¿Qué quiere decir?

Obedeciendo a una discreta señal de Honnenk, el proyector de holo se activó y a la izquierda de Éremos se materializó la imagen del genedir Newton. No era la primera vez que lo veía, pero su sentido de la estética sufrió tanto desagrado como siempre ante el enorme cráneo conectado a terminales, los ojos de cuencas vacías y el tronco esquelético y blancuzco como la panza de un pez muerto. Todo lo que el genedir Newton recibía del mundo exterior entraba en él merced a la red de ordenadores y genedires inferiores que controlaba. En realidad, de su cuerpo agusanado era prescindible todo excepto el cerebro, el tallo y la médula, pero los ingenieros que lo diseñaron habían juzgado más económica y viable su forma actual. Newton era una aberración prohibida por las leyes del GNU, pero en su escondrijo su existencia era conocida sólo por un puñado de personas.

La voz del genedir era más inhumana incluso que su aspecto. Había más modulación y personalidad en un simulador de voz que en su rasposa garganta y en la boca casi desprovista de labios.

-Asunto Radamantis -recitó, mientras la pantalla virtual proyectaba ante ellos la imagen del planeta, un mundo de hielo blanco que giraba alrededor de Hades, una mortecina gigante roja-. Situación: planeta Radamantis, a 557 años luz de la Tierra. Se trata de una colonia penal creada hace veinticuatro años por el GNU para aliviar la creciente presión en las instituciones carcelarias y orientada en cierto modo por el ejemplo de Australia en los siglos XVIII y XIX. Desde entonces se ha deportado a este mundo a todos aquellos criminales cuyos delitos superen el nivel 4.

(Honnenk asintió aprobador con un levísimo movimiento de su barbilla, y entrecerró los ojillos velados por la edad para apreciar mejor la imagen.)

Como descendiendo en una velocísima lanzadera, la simulación se precipitó en una de las inmensas grietas que surcaban la superficie helada del planeta. El movimiento era tan rápido que apenas se diferenciaban detalles, pero en las paredes del barranco Éremos entrevió inmensas terrazas en las que crecían ciudades y, en el fondo, un ardiente río de rojo magma.

-Prosigue, Newton.

-En este planeta se ha producido un incidente de suma gravedad para el GNU, pero que, según nuestros análisis, ofrece algunas posibilidades de inmensos beneficios para nosotros. Hemos interceptado una comunicación entre el comisionado para relaciones alienígenas y los Tritones. Al parecer, una nave de los Tritones se ha visto obligada a hacer un aterrizaje forzoso en Hades.

A su pesar, Éremos se removió en su asiento. Nunca un vehículo Tritónide había tomado tierra en un planeta humano. Como se había comentado en su conversación con la doctora Thorman, los Tritones ni siquiera permitían que ojos ajenos se posaran en sus naves. Aquél prometía ser un asunto realmente delicado.

-Mà tòn Día -juró en griego-. ¿Cómo han reaccionado los Tritones?

-Sólo ha existido una breve conversación, y ésa es la que ha sido interceptada -informó Newton, clavando en Éremos sus órbitas vacías-. Los Tritones han sido concisos, pero muy explícitos. Han dado al GNU trece días de plazo para devolver la nave y entregar a todos aquellos que la hayan visto. Ya han pasado dos.

-¿Y si no se cumple el plazo? ¿Cuántos planetas piensan convertir en agujeros negros?

-No han especificado el modo de destrucción, pero sí que ésta afectará a todos -explicó el genedir como si aquella información no fuese con él.

-Bien, ¿y se supone que debo ayudar al GNU a localizar ese vehículo? -preguntó Éremos, dirigiéndose al señor Honnenk. El anciano encendió otro cigarro, mientras dejaba que los restos del anterior, apenas la colilla, se consumieran en el cenicero. Después de aspirar con fruición la primera calada, miró a Éremos con una expresión todo lo pícara que podían permitir sus ojos velados y soltó una risita.

-¿Ayudar al GNU nosotros? Si alguna vez ocurre algo así, espero que el consejo de la Honyc decida hacerlo sobre mi cadáver. No, hijo, no: si le hemos hecho despertar es para que viaje al planeta, llegue hasta donde tengan escondida la nave y averigüe cómo esos malditos pescados logran volar a más velocidad que la luz. Sencillo, ¿no es así?

-En su planteamiento, tal vez. Me temo que la realización ya sea una cuestión algo más complicada. Supongo que habrán concretado algo más los detalles de mi misión...

Honnenk tomó un sorbo de coñac como si de verdad disfrutara con ello, dio una calada y tosió casi sin energías. Terminado el ritual, que le demoró casi un minuto, se dignó hacerle una señal con el dedo a Newton. El holograma volvió a hablar.

-Mañana mismo será usted deportado a Radamantis. Se le ha arreglado ya una nueva personalidad y un historial delictivo suficiente. Los detalles los recibirá en una esfera de datos.

-Bien. Una vez en el planeta, ¿con quién debo ponerme en contacto?

-No hay contacto ninguno -explicó el genedir-. Tendrá que actuar en solitario. En el espaciopuerto, que es la zona controlada por el GNU, hay algunas personas relacionadas con nosotros, pero no saben nada y, por tanto, no le serán de utilidad.

-¿Qué quiere decir, que el GNU controla el espaciopuerto? ¿En manos de quién está el resto del planeta?

-La colonia se ha convertido prácticamente en un mundo independiente, cuya única obligación con la Tierra y sus colonias es recibir a los deportados -prosiguió Newton-. Cuando los Tritones ofrecieron el catálogo de planetas a la humanidad, Radamantis fue elegido porque sus hielos eran muy ricos en tritio. Pero ahora que no es necesario para la fusión nuclear el interés del GNU en ese mundo es casi nulo. De modo que en Radamantis las autoridades gubernamentales no tienen apenas potestad. El GNU ni siquiera se habría enterado del aterrizaje de la nave Tritónide si no se le hubiera comunicado al comisionado Sikata. Existen autoridades fácticas en el planeta, y sospechamos que éstas tienen en su poder el vehículo.

-¿Autoridades fácticas? Ya: me imagino que los deportados habrán creado su propia organización. ¿ Qué sabemos de esas autoridades?

(Más tarde, Paul Honnenk Sr. recordaría admirado la conversación entre aquellas dos inteligencias encaradas, mirándose con ojos que en el caso de Éremos parecían vacíos y en el de Newton lo estaban: hubiera parecido más humana la comunicación entre dos computadoras.)

-Prácticamente nada. Es un mundo cerrado para nosotros.

-¿Por qué?

-La compañía nunca se había interesado demasiado en Radamantis. Pero en los últimos tres años, diversos indicios hicieron suponer que podía haber en el planeta algo más. La Tyrsenus sí que se ha interesado activamente en él, y no pensamos que tal atención sea altruista.

Éremos asintió. La Tyrsenus, enemiga mortal de la Honyc y, por más que ésta se negara a reconocerlo, la más poderosa de todas las compañías. Así había sido antes y así seguía siéndolo ahora. La única de las corporaciones que en ocasiones jugaba al mismo juego que el GNU, si de ello podía obtener provecho, y la más favorecida por la organización gubernamental.

-¿Hasta qué punto se ha interesado en Radamantis?

-Tenemos la sospecha, bastante fundada, de que el grado de control de la Tyrsenus en Radamantis es muy alto.

-O sea, que ese planeta es su feudo.

-No creemos que llegue a tanto, pero podría ser una manera de expresarlo.

Aquello era meterse en la boca del lobo: sin contactos, sin datos sobre los poderes del planeta, sabiendo tan sólo que sus enemigos tendrían los contactos, los datos y el control de los que él carecía.

Y, para colmo, andaban por medio los Tritones.

-Los Tritones tienen poder suficiente para destruir cien veces el planeta entero. ¿Por qué no lo han hecho ya, en vez de reclamar la nave?

-Lo ignoramos -reconoció Newton.

Interesante, se dijo Éremos. Normalmente el poder no amenaza, sino que actúa cuando está en su mano. ¿Acaso los Tritones no podían destruir Radamantis precisamente por lo que había en él? Pero tal vez fuera arriesgado aplicar las reglas del poder humano a una psicología alienígena.

-Comprenderá, profesor Éremos -intervino Honnenk-, que la ocasión de estudiar una nave extraterrestre y comprender tal vez cómo consigue superar la velocidad de la luz es única. Es evidente que quien desentrañe ese secreto adquirirá un enorme poder. Sería muy peligroso que lo detentaran los delincuentes e inadaptados de Radamantis. Y más aún si el secreto cae en manos de la Tyrsenus. Los días de nuestra compañía estarían contados.

-Si hacemos algún movimiento equivocado, tal vez estén contados los días de toda la humanidad. ¿ No le asusta pensar lo que podrían hacer los Tritones si alguien intentara despojarlos de su monopolio?

Esta vez respondió Newton, ya fuera por propia iniciativa u obedeciendo a una señal desapercibida para Éremos.

-Nuestro departamento científico tiende a pensar que el verdadero poder de los Tritones reside en su habilidad para realizar el viaje interestelar, de modo que si la compañía poseyera esa misma habilidad...

-.. poseería ese mismo poder -completó Éremos-. Pero me temo que no instantáneamente, así que aun en caso de...

-En cualquier caso, profesor Éremos -le interrumpió Honnenk-, el plan maestro ya está dictado. Hará usted lo que se le pide.

-Siempre ha sido así, señor Honnenk. Me limito a expresar posibles y razonables objeciones.

Honnenk apagó su cigarro, plantó ambas manos sobre la mesa y adelantó la cabeza para contestar con toda la pasión que se podía permitir:

-Mi divisa ha sido “siempre adelante”, y para avanzar muchas veces hay que saltar por encima de lo razonable. No niego su inteligencia, puesto que nosotros mismos la hemos creado. Pero la experiencia de mis años me da otra perspectiva, y, en contra de la opinión común sobre lo timoratos que somos los ancianos, debo decirle que sin audacia esta compañía no hubiese llegado a nada. Esta vez no le pedimos que actúe como un vulgar asesino o ladrón de planos: ¡se encuentra usted ante la misión más importante de su vida!

Éremos aguantó un instante la mirada del anciano y después, sabiendo que si la sostenía unos segundos más le haría sentirse incómodo, la apartó como buen subordinado. Era curioso que Honnenk, después de recordarle que lo habían diseñado sin emociones, intentara motivarlo mediante la ambición. Sin embargo, no podía negar que se sentía interesado, y que la leve corriente que fluía por sus miembros debía ser lo que los demás humanos conocían por “emoción”. Hubiera o no poder de por medio, la posibilidad de conocimiento que se le brindaba era apasionante. Aunque jugaban con fuego, eso no les detendría ni a él ni a Honnenk: al anciano porque, viviendo ya de prestado, poco le importaba, en pos de su último logro, arriesgar su existencia junto con la de toda la humanidad; al propio Éremos, porque era un esclavo y no podía actuar de otra manera. Nunca lo había hecho.

-Haré todo lo que esté en mi mano, señor Honnenk.

-Muy bien. La doctora Thorman le acompañará a sus alojamientos.

“Ahora en mi habitación, por Venus.”

- Ella no sabe nada?

-No. No debe usted comentar nada con nadie, aunque es innecesario que diga esto. Conozco bien su discreción.

Honnenk volvió a retreparse en su asiento mientras la imagen de Newton se desvanecía. Éremos lo interpretó como una despedida y se puso en pie.

-Confiamos en usted, Éremos. Es nuestro hombre más valioso.

"Sobra lo de "hombre"", se dijo Éremos mientras salía del despacho.

21 De Noviembre

Éremos se incorporó en el lecho al escuchar cómo aporreaban la puerta de la habitación. A su lado, Karen Thorman se frotaba los ojos con una mano mientras la otra, en un tardío arrebato de pudor, trataba de ocultar los opulentos pechos.

-¿Quién es?

No hubo respuesta. La puerta se deslizó sobre sus rieles y tres hombres y una mujer con uniformes de seguridad entraron en la habitación. Uno de ellos le encañonaba con un fusil capaz de partir a un paquidermo por la mitad. Éremos se levantó despacio, con las manos en alto y agradeciendo, por decoro propio, haberse puesto los pantalones del pijama antes de quedarse dormido.

-Me gustaría saber qué pasa. Han entrado aquí sin...

-Queda usted detenido, ciudadano Jonás Crimson -le dijo uno de los guardias, que llevaba galones de sargento.

-¿Jonás qué...? -"*Vaya nombre*", se dijo-. Quiero decir, ¿de qué se me acusa? -se apresuró a añadir al recordar lo sucedido el día anterior. La doctora Thorman, cubierta hasta la barbilla como si la sábana pudiera parapetarle tanto de las miradas como del arma, miraba aturdida de Éremos a los guardias y de los guardias a Éremos.

-No me venga con sandeces -le espetó el sargento-. Usted es convicto por asesinar a su esposa en la Tierra. Se fugó después de la sentencia. Ahora cumplir de una vez su condena.

Gracias por la información, pensó Éremos, y por la naturalidad con que se la había ofrecido. Aquel sargento no ganaría ningún premio de interpretación dramática, pero la única mujer del público estaba demasiado soñolienta para apreciar los matices de la actuación.

-¿Mi condena? -musitó Éremos con un tono que esperaba denotase moderada incredulidad.

-Deportación indefinida a la colonia penal de Radamantis. Acompáñenos y no nos obligue a utilizar la fuerza.

Éremos se preguntó qué ocurriría de negarse a obedecer. Descubrió que no tenía inconveniente en reprimir su curiosidad.

-Iré con ustedes, pero permítanme antes que me vista. -Éremos se puso el traje del día anterior, observado por la mirada desenfocada de la doctora Thorman. La mujer de seguridad le esposó. El sargento le ordenó que saliera por delante de ellos, añadiendo las consabidas advertencias sobre lo que sucedería si intentaba huir. Éremos abandonó la habitación, no sin antes dedicar una cortés inclinación de cabeza a Karen Thorman. Era una mujer notable por muchas razones. Se preguntó si haría a menudo tanto gasto de energía como el de la noche anterior; con los excedentes podría surtir de fluido a un par de viviendas.

En la estación había un pequeño sector concedido por ley al GNU. Los funcionarios que trabajaban allí recibían de la Honyc un sobresueldo dos veces superior al de su salario oficial, y se limitaban a poner sellos y compulsas en todo aquello que se les ponía por delante. Éremos no fue una excepción. Un hombre enjuto y calvo, que llevaba con bastante desaliño el uniforme del GNU, le hizo unas preguntas sobre sus condiciones físicas y estado de salud para el viaje, y con un gesto displicente lo envió a la deportación perpetua.

En el muelle destinado a naves de menos de cien toneladas le esperaba un pequeño y r pido transbordador orbital, que en cuestión de horas lo dejó en la estación de tránsito donde el personal embarcaba en las naves de transferencia. Éremos había estado muchas veces en aquel lugar, aunque nunca esposado y escoltado por las bocas de tres armas de fuego. Era una estación puramente funcional, desprovista de todo adorno o elemento de comodidad, atendida por servos y algunos operarios humanos. Aún vigilado, Éremos atravesó el pasillo transparente que unía el vehículo destinado al penal con el cuerpo de la estación. Dirigió a la nave una mirada de curiosidad antes de entrar: un huso alargado, met lico, sin apenas estructuras exteriores. En la penumbra verdosa del interior, tan austero y descarnado como la bodega de un carguero, se encontró ante el nicho que le habían destinado. Por fin le despojaron de las esposas, pero cuando se apoyó en la pared acolchada e inclinada a cuarenta y cinco grados y una película oscura se formó sobre él, apenas tuvo tiempo de frotarse las muñecas. Su último pensamiento fue para el olor a ozono que reinaba en aquel lugar. Después, la nada.

22 De Noviembre

-Mensaje preparado. Cuando lo autorices, empezaremos la emisión.

Anne Harris, con las manos cruzadas detrás de la espalda, asintió. La alcaldesa de Opar era la única persona en aquel vasto hangar que no vestía el traje antirradiación, y su sobrio traje pardo contrastaba con el blanco de los operarios. Pero también era la única que se encontraba segura a kilómetros de distancia mientras su holograma daba la impresión de supervisar de cerca las operaciones.

Creía ella que los técnicos que estaban a sus órdenes se sentirían mejor viéndola de cuerpo entero que oyendo su voz: su imagen no tenía oídos auténticos para captar los comentarios a medias irritados y a medias irónicos que entre dientes hacían algunos de sus subordinados.

Desde su despacho, sumido en la oscuridad, sólo tenía ojos para lo que habían llamado Objeto 1. Nadie había sabido decirle aún qué era lo que se traían entre manos, pero la llegada imprevista del Objeto 2 había demostrado que en cualquier caso se trataba de algo trascendental y lleno de poder. En medio del enorme hangar que habían construido especialmente para él, flotaba el Objeto 1: una especie de nube de energía concentrada en unos cuantos metros cúbicos, un diseño siempre cambiante de geometrías de fractal y colores tornadizos que parecían creados por la mente de un dios escheriano. Suspendido en el mismo campo magnético que había servido para traerlo allí, emitía sin cesar mensajes que ni los mejores cerebros de Opar eran capaces de entender.

Pero ahora los ojos de los alienígenas se habían vuelto hacia Radamantis. El plazo era breve y la amenaza terminante. Anne Harris podía negarse a obedecer las órdenes del GNU, podía calmar con palabras diplomáticas la impaciencia de los patrocinadores tyrsenios, pero no podría hacer nada cuando los Tritones decidieran actuar.

A menos que antes desvelasen los secretos del Objeto 1. Tal vez allí se encontraba el poder necesario para que los humanos dejasen de ser siervos de los alienígenas. La apuesta era arriesgada; pero la ganancia prometía ser inmensa.

-Empezad ya, Roxanne.

La joven tecleó la secuencia que dispararía la emisión. Si el Objeto 1 enviaba frecuencias con, tal vez, la intención de comunicarse con ellos, una posibilidad que habían sugerido Karl y Ming era bombardearlo con una emisión análoga en la que introdujeran ciertas variaciones no aleatorias. Dependiendo de cómo contestase el Objeto, sabrían si habían empezado a establecer comunicación. Roxanne no se mostraba muy partidaria de aquel intento, que había comparado con despertar a alguien introduciéndole unas tijeras en el ojo, pero al final había accedido a preparar la emisión. El tiempo apremiaba y aún no sabían nada. Había que actuar de una manera o de otra.

La emisión se produjo y el Objeto 1 la recibió sin que, aparentemente, se produjera ningún efecto secundario. Pasaron diez segundos y en el patrón de frecuencias no se detectó ningún cambio brusco. Anne iba a sugerir una segunda tanda de emisión cuando algo ocurrió. El Objeto 1 se contrajo súbitamente hasta el tamaño de un punto minúsculo y luego se dilató con la palpitación de un monstruoso corazón azulado. Durante una fracción de segundo que las retinas humanas apenas pudieron captar brotó de él un haz de luz, y después todo volvió a la normalidad.

Pero cuando Anne empezó a recibir informaciones, comprobó que lo sucedido no podía considerarse “normal”. Morlison, un técnico que se encontraba en la trayectoria del haz, había desaparecido. No quedaba nada en el hangar, ni tan siquiera una partícula, para atestiguar que aquel hombre hubiera estado alguna vez allí.

Mucho más preocupante fue la noticia que, unos minutos después, le llegó del exterior. Un estallido breve e intenso se había escuchado prácticamente en todas las ciudades del planeta. Pero en una de ellas nadie se preguntaría ya la razón: Cerbero había sido borrada de la existencia junto con sus siete mil habitantes.

Se habían comunicado con el Objeto 1, pero al parecer habían utilizado las palabras equivocadas.

23 De Noviembre

-Las constantes van bien. Tiene buena recuperación -dijo una voz femenina.

-Mejor será para él -respondió una voz de hombre. Éremos contuvo el impulso de abrir los ojos. Como en un sistema automático que arrancase, sus miembros, sus sentidos, sus percepciones nteriores enviaban informes de estado al cerebro. Pero dentro de la propia mente había algo que no era normal, unas imágenes inesperadas que temía se le escapasen al abrir los ojos.

Durante unos segundos revisó su propia proyección interior y comprobó que aquellas imágenes no tenían apenas sentido, que los enlaces causales entre unas escenas y otras eran tan tenues como los del gas interestelar. Una visión predominaba sobre las otras, un rostro que no tardó en recordar. John Dougherty, un influyente periodista en apariencia independiente y en secreto vendido a la Siraku.

Y después, aunque no en el lugar adecuado -aquello había sucedido en Tokio, y ahora lo presenciaba, sin saber por qué, en las cataratas del Niágara-, se veía a sí mismo a la espalda del periodista. Su mano izquierda -sí, eso había sucedido así- tiraba hacia arriba del mentón de Dougherty y la derecha, armada con un bisturí de carbono, trazaba una línea rápida y mortal. Su primera víctima.

Según lo que había leído, lo que había escuchado, lo que había visto en películas, aquello que presenciaba por primera vez en su vida era un sueño. ¿Por qué en aquel momento? ¿Y por qué recordar su primer homicidio para la Honyc?

Pero no era una ocasión oportuna para hacerse preguntas. Por segunda vez en poco tiempo despertaba en un ambiente extraño, después de un tiempo indefinido, y era el momento de abrir los ojos y reconocer el terreno.

Sobre él había un techo blanco, vagamente fluorescente, recorrido por hilos térmicos que se entrecruzaban en diseños romboidales. Giró la cabeza a la izquierda. La voz femenina pertenecía a una mujer de unos treinta años, vestida con una bata de color rosa pálido, que en ese momento estaba atendiendo a un hombre en la camilla de al lado. A su derecha había un policía de formidable aspecto, ataviado con armadura negra y pertrechado con un subfusil.

-¿Dónde estoy? -preguntó, en parte porque era lo que se esperaba de él y en parte por genuina curiosidad.

-En la colonia penal de Radam -le respondió el policía, prescindiendo del tono de respeto que Éremos hubiera esperado veinte años atrás en un agente de la autoridad-. Te voy a soltar las correas, y espero que no intentes ningún movimiento extraño. Caminarás por la línea roja que te voy a señalar. No hagas tonterías. En ningún caso vas a salir de este planeta, así que es inútil que trates de escaparte de mí.

La mujer volvió y dedicó una rápida mirada al auto-med. Por suerte para Éremos, la máquina no estaba programada para exámenes muy detallados y no detectó nada anormal en él.

-Está bien -informó la médica-. Ya puede soltarlo.

Éremos se incorporó y recorrió con la mirada el lugar, una vasta estancia blanca de techo bajo que en aquella amplitud se hacía más opresivo. Habría más de cincuenta camillas como la suya y otros tantos varones desnudos que, en distintos estados de estupor, se levantaban de ellas. Una voz anunció por megafonía instrucciones similares a las que el policía le había dado. Sobre el suelo, blanco y frío bajo sus pies, aparecieron unas líneas rojas punteadas por flechas que, en insistentes parpadeos, señalaban a los reclusos las direcciones que debían seguir. Formando una cuerda humana con otros nueve hombres, Éremos recorrió una serie de enmarañados pasillos y cumplió diversas formalidades, la mayoría de las cuales daban cuenta de una burocracia repetitiva y contradictoria. Después de ser rociados por una blanca aspersión e inyectados con lo que se suponía era un estofado de vacunas para afrontar los riesgos orgánicos de aquel nuevo mundo, les suministraron por fin ropas: calzoncillos grises, unas zapatillas negras y un mono de un rojo tan estridente que hería las retinas. Los subieron y bajaron por ascensores y rampas mecánicas sin otra intención, al parecer, que la de desorientarlos aún más. Éremos observó a sus nueve compañeros. Todos estaban en silencio y trataban de parecer impasibles, pero había crispaciones en sus músculos faciales que delataban la tensión y el miedo.

Tras recorrer un largo túnel, salieron a una estrecha terraza natural, al borde de una abrupta pared, y allí tuvo Éremos su primera visión de Radamantis. Las imágenes de la esfera informativa no hacían justicia al paisaje que ante sus ojos se desplegaba en todas las dimensiones. Éremos había visitado Proteo, el mundo marino donde no existían más que océano y cielo. La vista seguía la llanura azul por doquiera mirase, y con el tiempo, acostumbrada a no encontrar líneas verticales, dejaba de buscarlas. Los habitantes de un mundo así terminaban por no levantar apenas la mirada. Pero aquí, en Radamantis, el paisaje se extendía, se hundía, se alejaba, se levantaba. Todo era grandioso, y en cualquier lugar había algo que observar, algo que admirar.

Los prisioneros se acercaron a una barandilla de fibra y se asomaron al Tártaro, el inmenso cañón que se abría a sus pies. El terreno se hundía en una abrupta caída de unos doscientos metros. Después venía un vertiginoso descenso erizado de quebradas, cortadas y murallones de roca, hasta llegar, acaso a mil metros por debajo, a una gran terraza natural. Descansaba sobre ella una ciudad. Éremos, acostumbrado a calcularlo todo, estimó por la extensión y el tamaño que podía apreciar en sus edificaciones que su población debía cifrarse entre treinta y cincuenta mil habitantes. Tras la ciudad, se abría de nuevo la insaciable boca del abismo.

Aquel particular relieve se repetía a lo largo de toda la grieta: a izquierda y derecha de su campo de visión, el cañón descendía en acantilados y terrazas, que se alternaban a distintos niveles y en toda variedad de tamaños. Era en estos amplios escalones donde la vida nativa y foránea había encontrado su mejor acomodo, aunque, según se había informado por la esfera de datos, diversas especies aladas anidaban en las zonas más escarpadas. Éremos observó las terrazas que se abrían bajo él y las que podían vislumbrarse en la pared frontera, y apreció que la vegetación se hacía más espesa al bajar. Por lo que sabía, por el fondo de las gargantas que surcaban como monstruosas cicatrices la superficie de Radamantis fluían inmensos ríos de lava. Conforme se bajaba de terraza en terraza acercándose a aquel magma, que por el momento no alcanzaba a ver, la temperatura aumentaba y los minúsculos ecosistemas de las explanadas se iban asimilando al modelo tropical. Era del magma interno, y no de la feble estrella roja que gobernaba el sistema, de donde aquel mundo obtenía el calor necesario para sustentar la vida.

Éremos levantó la mirada y calculó que quedaban al menos ocho mil metros hasta la parte superior del cañón, delimitada por la superficie exterior del planeta, donde no había atmósfera y la temperatura era tan baja que no era posible la vida y sólo reinaban los hielos perpetuos. En la terraza en que se encontraban hacía frío; entre tres y cinco grados sobre cero, estimó. Apenas protegidos por sus monos rojos, los convictos empezaban a cruzarse de brazos, a patear el suelo y a mascullar imprecaciones contra el frío, como si quisieran convertirlo en culpable de todas sus cuitas.

Todo aquello excedía la capacidad de apreciar magnitudes de un ser humano normal. Sobre ellos se cernía un Everest, y el fondo de la grieta ni siquiera se llegaba a avistar desde allí. En la pared de enfrente se atisbaban más terrazas pobladas. Dispersas entre unas y otras y cruzando el gran cañón se veían formas blancas, dirigibles que surcaban los aires con panzuda dignidad.

Los policías hicieron señas al grupo para que se pusiera de nuevo en marcha. La terraza corría paralela a la pared rocosa, siguiendo sus revueltas y haciéndose tan angosta en ocasiones que tenían que pasar de uno en uno, demasiado cerca de la barandilla para la tranquilidad de algunos de los reclusos. Después de unos diez minutos llegaron a una zona más abierta, una amplia explanada de suelo gredoso, salpicado de restos de nieve y charcos a medio deshelar. En ella ya se habían reunido otros grupos de reclusos; entre ellos, uno de mujeres, ataviadas con monos amarillos que destacaban entre el rojo de los hombres. Al borde de la plataforma había un vehículo, un teleférico gris de gran tamaño y forma inclinada, como la del gran desnivel que debía salvar.

-Aquí os dejamos por vuestra cuenta -les informó el sargento de policía. Su subordinado soltó los enlaces que los mantenían unidos-. No intentéis volver por donde habéis venido. Ni siquiera nos haría falta gastar balas con vosotros.

-¿Por qué? -preguntó desafiante un recluso con aspecto de haber destripado a más de un infeliz en las sombras de cualquier callejón.

El sargento esbozó una cruel sonrisa, mientras el otro policía soltaba una carcajada.

-Mirad allí.

Éremos siguió la dirección que le marcaba el dedo del sargento. A unos cincuenta metros de ellos, pegadas a la pared de roca, se acuclillaban en extrañas posiciones seis criaturas de piel verdosa, similares por su aspecto a dinosaurios carnívoros. La esfera le había informado de ellas: eran los bodakes, un nombre al parecer derivado de una antigua tradición céltica, pero que no tenía demasiado que ver con el ser que ahora contemplaba. El bodak era un depredador originario de Radamantis, de unos dos metros de altura, al que la evolución había adaptado para vivir en todos los ecosistemas viables de las plataformas, desde los más fríos a los más tórridos. Se alzaba sobre dos musculosas patas, cada una de ellas provista de dos articulaciones, que podían moverse como látigos de acero. A mitad del abdomen había otras dos extremidades prácticamente vestigiales; más temibles eran las dos superiores, largas y fuertes, y articuladas de tal forma que el movimiento natural en ellas era un golpe hacia abajo. Como quiera que dichas extremidades estaban armadas con tres espolones aguzados como navajas y que atacaban desde una altura algo superior a la de un ser humano, el resultado potencial era particularmente mortífero. Por último, la cabeza era similar a la de un gigantesco lagarto, con una enorme boca provista de acerados dientes que prometían terminar con garantías el trabajo de los espolones. Los ojos, tres pequeñas bolas de color azul rodeadas por carnosos párpados grises, estaban situados en lo alto del cráneo y unidos a él por unas cortas antenas.

Ahora los bodakes estaban tranquilos, prácticamente inmóviles e indiferentes a la presencia de los hombres en la plataforma. Pero en la esfera informativa Éremos los había visto en acción: relámpagos de ciento cincuenta kilos que atacaban con movimientos difíciles de seguir, pero mortalmente precisos. Provisto de un arma pesada, avisado y a suficiente distancia, un hombre tal vez podía sobrevivir al ataque de un bodak. Tal vez. Lo que el policía les explicó no añadió demasiado a lo que ya conocía Éremos, salvo algunos truculentos detalles que supuso serían de su propia cosecha. Pero había un punto de sumo interés.

-... y el bodak tiene un olfato extremadamente agudo. Se dice que es capaz de rastrear un olor que provenga de la pared de enfrente. -El policía señaló al otro lado de la grieta, kilómetros más allá. Éremos supuso que exageraba para impresionar a los recién llegados, pero no hubiera apostado demasiado dinero por ello-. Antes de sacaros aquí os hemos rociado con un producto que desagrada bastante a sus narices y los mantiene alejados... aunque por poco tiempo. -Fingió consultar su reloj y añadió-: De hecho, os quedan quince minutos. Tiempo suficiente para montar en el teleférico y salir de la zona gubernamental. En la ciudad de Tifeo, ahí abajo, ya os tendréis que apañar por vuestra cuenta.

-¿No nos van a dar algún dinero para alojarnos aquí? -preguntó otro de los reclusos, un japonés de unos treinta años y aspecto refinado. El sargento soltó una carcajada.

-¿Para qué queréis dinero? Esta es una institución gubernamental: todo es gratis, a costa del contribuyente. En ningún sitio os pueden pedir dinero, porque aquí no circula. -"*Seguro*", musitó Éremos-. Y ahora, bienvenidos a Radam y buena suerte. No os entretengáis demasiado: esos bodakes tienen pinta de andar hambrientos.

Los policías que les habían custodiado se unieron a un grupo de otros seis agentes y, mientras hacían comentarios entre ellos y encendían cigarros, se alejaron con paso calmo, para desaparecer por donde habían venido. No quedó en la plataforma ningún representante de la autoridad del GNU, pero la presencia de los bodakes, vigilándolos con sus inexpresivos ojos de marisco, era más intimidadora que la de cualquier agente gubernamental.

-Mejor ser que nos acerquemos al teleférico -comentó un recluso, el más viejo del grupo-. Quince minutos no dan para mucho.

Junto al vehículo se aglomeraban al menos otras cuarenta personas. Entre los monos rojos de los hombres y los amarillos de las mujeres, los encargados del teleférico destacaban por sus oscuros chaquetones. Había dos matones armados con subfusiles que mantenían terciados y otros cuatro hombres que se dedicaban a apuntar algo en libretas negras. También había dos mujeres, ambas de elevada estatura y aspecto aguerrido, ataviadas con ropas paramilitares. Sin interferir con los hombres, se ocuparon sólo del grupo de reclusas, siete en total. Terminaron con ellas enseguida y les permitieron pasar al teleférico, pero parecía que en el corro de hombres había más discusiones. De hecho, se alzaban exclamaciones de protesta y empezaban a escucharse voces destempladas e insultos, hasta que uno de los matones disparó una ráfaga al aire, lo bastante rasa para conseguir que la mayoría de los reclusos echaran cuerpo a tierra.

"*Quedan once minutos*", se dijo Éremos, consultando su reloj interno. "*Parece que estamos apurando mucho el tiempo*".

-¡Si os calláis de una vez nos entenderemos todos! -exclamó uno de los hombres de las libretas, haciéndose megáfono con la mano izquierda-. ¡Esto va también para vosotros, los que habéis llegado ahora! -añadió, dirigiéndose a Éremos y sus compañeros-. ¡Quedan diez minutos nada más para que el repelente que os han rociado deje de hacer efecto, y os aseguro que funciona como un reloj! ¡Si me ponéis cualquier pega, os juro que os dejo a todos fuera del teleférico! -Cinco bodakes no son capaces de devorar a un montón de mierda como vosotros de una vez, pero sí de convertiros en carroña a todos y esperar a que les vaya entrando hambre!

Esperó unos instantes a que sus palabras causaran efecto y prosiguió:

-¡Ahora, cada uno de vosotros va a firmar un contrato de trabajo para la empresa de transportes Caronte, es decir, para John Schmelz, que soy yo! ¡Es un trato justo! ¡Estaréis tres meses en las térmicas del fondo, pasando un poco de calor al lado de la lava, pero tan sólo perderéis unos kilos de más y a cambio viviréis! ¡Quien no quiera firmar, no montará en el teleférico! ¡La elección es vuestra! ¡Y ahora, de uno en uno a estampar vuestra firma!

Hubo algunos que tardaron en digerir aquel hecho, pero los más espabilados se apresuraron a formar filas para firmar. Éremos calculó que, aunque el tiempo anduviera justo, no corría peligro, y se quedó el último en el grupo que firmaba con el portavoz de aquella curiosa compañía de transportes.

Faltaban cuatro minutos para que expirara el plazo cuando se encaró con él.

-¿Y bien? -le preguntó Schmelz, un tipo de unos cuarenta años, bien entrado en carnes y que fumaba un puro maloliente-. ¿Es que vas a andar pensándotelo?

-Tengo una curiosidad.

-Tenemos todo el tiempo del mundo, amiguete. ¿En qué te puedo servir?

-Verá, quisiera saber cómo garantizan el cumplimiento del contrato. Cuando lleguemos a la ciudad de Tifeo, ¿quién les asegura que no nos escapemos para...?

-Eh, eh, ¿quién ha dicho que os vamos a dejar bajar en Tifeo? Allí sólo dejamos a las pasajeras, y me da la impresión de que tú no tienes dos tetas. Y en cuanto a otras dos cosas, las debes tener de plomo para andar aquí discutiendo. ¡Te quedan tres minutos!

Éremos meditó unos segundos. Evidentemente, la misión que le llevaba a Radamantis era demasiado urgente para permitirse una demora de tres meses de trabajos forzados. Cabía la posibilidad de firmar aquel contrato y después abrirse paso cuando dejaran bajar a las prisioneras en la ciudad de Tifeo. Pero, A) podía cometer cualquier error en sus movimientos y acabar con una bala en la nuca, perspectiva poco estimulante, o, B) encontrarse con que luego aquella compañía de transportes tuviera medios de perseguirle y tomar represalias contra él.

-¿En cuánto se valoran esos tres meses de trabajo?

-No me digas que te las has arreglado para traer pasta en ese mono sin bolsillos... ¿Dónde te la has metido, en el agujero del culo?

-¿En cuánto se valoran? -insistió Éremos, imperturbable.

-En treinta mil créditos. Quince por el vehículo, trece por la manutención en la central y dos mil que se os dan al final. ¿Quieres firmar de una vez?

Éremos tomó la libreta, eligió una hoja en blanco y empezó a escribir a tal velocidad que Schmelz apenas podía seguir los movimientos de su mano. Satisfecho por fin, le pasó el cuaderno.

-Pero... ¿qué es esto? ¿Que me ofreces sesenta mil créditos a pagar en el plazo de tres días si te dejo en Tifeo?... Tú estás... Y como garantía, me permites que te degüelle públicamente si no cumples el contrato. Desde luego, no he visto tal chalado en...

-¿Tiene usted forma de hacer que cumpla este nuevo contrato, o es que no le queda ninguna influencia fuera del teleférico?

Schmelz contestó tan ofendido como esperaba.

-¡Desde luego que sí! No sólo puedo hacer que te degüellen: puedo conseguir que te corten las orejas mientras duermes y que sólo te des cuenta al despertarte y mirarte en el espejo.

-Excelente. Eso garantizar el cumplimiento del contrato. Es muy ventajoso para usted: sesenta menos quince del transporte son cuarenta y cinco limpios, sin manutención. Y a cobrar directamente.

-Pero, bueno... ¿De dónde piensas sacar el dinero?

-Soy un tahúr -confesó Éremos con lo que esperaba fuera una honrada y abierta sonrisa-. Bueno, el plazo se ha agotado y yo ya he firmado. ¿ Quiere rubricar usted?

La propuesta dejó tan sorprendido a su interlocutor que se le cayó el puro de la boca. Sin ningún escrúpulo, se agachó, recogió los tres dedos de veguero que le quedaban, se los incrustó entre los dientes para evitar más caídas y se quedó mirando a Éremos con los brazos en jarras.

-Que me los pinten de verde si he visto en mi vida... Firma tú de una vez los tres meses y déjate de tonterías. Los bodakes se están poniendo nerviosos.

Éremos se volvió un momento. De los seis depredadores, cuatro seguían tranquilos, acuclillados contra la pared. Pero dos de ellos, fuera porque tenían el olfato más fino o por alguna otra razón, se habían incorporado y empezaban a acercarse al funicular. Sus movimientos eran indolentes, pero Éremos, recordando la proyección informativa, sabía que podían acelerarse como una lanzadera.

-Es una lástima... -comentó, como para sí, aunque sus palabras estaban destinadas a su interlocutor-. La compañía Caronte va a perder un mínimo de cuarenta y cinco mil limpios. Y digo mínimo -añadió, girándose abiertamente hacia él- porque quince mil como gasto de vehículo se me hace un tanto excesivo, ¿no es así?

El tal Schmelz asintió casi sin escucharle. Sólo tenía ojos para los bodakes, que se acercaban en movimientos zigzagueantes, como si examinaran el terreno o llevaran a cabo algún tipo de ritual, y que ya estaban a menos de veinte metros. Uno de ellos levantó la cabeza y les dirigió una mirada, para lo cual juntó las tres antenas y las estiró hacia delante en un gesto que, de alguna manera, resultaba avieso. Después abrió la boca, enseñó una doble hilera de dientes que relucían con brillo de metal y emitió un chirrido tan extraño, tan alienígena, que no parecía siquiera originado en la garganta de un ser vivo.

Desde la puerta del teleférico se levantaron voces desabridas, exigiendo a Schmelz que montara de una vez y dejara a aquel lunático abandonado a su suerte.

-¡Maldita sea, hombre de Dios! -estalló Schmelz-. ¡Entra de una vez! ¡No tienes ni idea de lo que son capaces de hacer esos bichos!

Éremos pensó que algunos tipos no son tan duros como creen.

-Mire, no le puedo explicar el motivo, pero no estoy dispuesto a quedarme tres meses en la central térmica. Tengo ciertos problemas con las altas temperaturas y...

Antes de que Éremos terminara de hablar, Schmelz garrapateó su firma al pie del nuevo contrato y, a empujones, obligó a su nuevo socio a entrar en el vehículo. No les sobró demasiado tiempo: no bien la puerta se hubo cerrado con el tranquilizador estrépito propio de un cuerpo sólido y pesado, el bodak aceleró sus movimientos como propulsado por un chorro de oxígeno líquido y se abalanzó sobre el vehículo con un chirrido horrísono. El teleférico se había puesto en marcha automáticamente, pero el bodak cubrió los veinte metros que lo separaban de él en menos de dos segundos y, con un salto portentoso, chocó contra la puerta. Sus mandíbulas resbalaron al tratar de morderla, pero el rechinar de sus dientes puso la carne de gallina a los convictos, que se aglomeraron aún más para apartarse de la puerta. Éremos, confiado en la solidez del cristal que los separaba, aprovechó para examinar la faz del monstruo a unos centímetros de distancia. El bodak intentaba aferrarse al cristal con todos sus apéndices, incluidos los dos vestigiales, que braceaban como las manitas de un aberrante bebé. Pero incluso para su fuerza sobrehumana era imposible encontrar asidero en una superficie lisa. Se deslizó por la puerta y se perdió en el precipicio, no sin dedicar una última mirada de sus ojos de crustáceo en la que a Éremos le pareció percibir un odio casi humano.

Entre los pasajeros del vehículo hubo suspiros de alivio y se desataron conversaciones nerviosas, comentando en tono ora admirativo, ora burlesco, el ataque de aquella criatura. El hombre del puro agarró a Éremos por el hombro y, sin contemplaciones, tiró de él hacia la parte delantera del vehículo. Mientras bajaban las escaleras que llevaban al compartimiento inferior, entre miradas sorprendidas y hostiles de los demás convictos, le susurró al oído:

-En siete años que llevo encargado de este negocio no he visto un hijo de puta más chalado que tú. ¡Ya puedes jugar bien a las cartas, porque si no, antes de degollarte, haré que te corten bien despacito todo aquello que sobresalga más de un centímetro de tu cuerpo!

Éremos estuvo a punto de comentar que entonces su miembro estaba a salvo, pero pensó que ya había forzado demasiado la situación para permitirse el lujo de hacer chascarrillos. En la parte inferior del teleférico, separada del resto por una mampara de cristal y una puerta líquida, un sofisticado detalle técnico que sorprendió a Éremos, viajaban sin tantas estrecheces las siete pasajeras de los monos amarillos. Ante la insistencia de Schmelz, les dejaron pasar. La puerta volvió a solidificarse detrás de sus espaldas.

-¿Qué pinta éste con nosotras? -espetó una de las dos mujeres que custodiaban a las convictas. Miraba a Éremos con inequívoco desprecio, pero podía permitírselo: le sacaba sus buenos quince centímetros de estatura y al menos veinte kilos de peso. Había en sus rasgos nórdicos cierta delicadeza, pero la hostilidad los agriaba.

-Se baja en Tifeo -informó Schmelz con hosquedad. También tenía que mirar hacia arriba para hablar con la mujer, y era obvio que esa inferioridad le molestaba-. Es mejor que se quede aquí para evitar problemas con los demás.

-Ya, para que me los dé a mí.

-¿Tienes miedo de un solo hombre, Silke?

La valquiria evaluó a Éremos con una mirada despectiva y encogió sus hombros macizos.

-Está bien, muñeco, puedes quedarte aquí. Pero no quieras hacer travesuras con las chicas, o...

Silke tabaleó expresiva en la empuñadura de su arma, un bastón neurónico. Éremos asintió con un gesto estudiadamente sumiso y evitó cruzar su mirada con la de ella, para no intimidarla. Schmelz se despidió de él clavándole un dedo junto a la clavícula y recordándole que tuviera preparado “lo suyo” en el plazo fijado.

Éremos se quedó solo en el compartimiento con las siete convictas, que cuchicheaban entre sí y miraban de soslayo a sus guardianas. El hombre de la Honic se pegó a una ventanilla que ofrecía una magnífica vista del panorama y no volvió a moverse en todo el trayecto.

El teleférico descendía en un ángulo tan pronunciado que parecía milagroso que no se precipitara en una caída descontrolada. Bajo él desfilaban afiladas formaciones rocosas que amenazaban cortar su trayectoria con pétreas dentelladas. De cuando en cuando se abría una pequeña terraza, y en algunos casos se veían edificaciones aisladas, domos o cubos de hormigón.

-Son puestos de los vestigatores -explicó la voz de la valquiria. Aquella información no estaba dirigida a él, pero Éremos, sin revelarlo en ningún movimiento, aguzó el oído para absorberlo todo.

Supo así que los vestigatores eran exploradores que se movían como afanosas hormigas por los bordes del cañón, buscando sendas en los lugares más inaccesibles y nuevos recursos en las zonas más baldías. Tipos solitarios, orgullosos y con tendencia a mostrarse violentos; las palabras de la valquiria delataban admiración o tal vez envidia.

Pasada una gran cresta gris, la ciudad de Tifeo apareció de golpe ante sus ojos. El teleférico bajaba a demasiada velocidad para permitirle apreciar los detalles, pero Éremos pudo comprobar que al norte y al este había otro acantilado dibujando el límite de la población, mientras que a la derecha -el sur- se extendía un frondoso bosque de copas verdes y amarillas. Las edificaciones eran del estilo espacio-colonial típico de todos los asentamientos humanos en nuevos planetas; es decir, carecían de estilo alguno. Si había alguna norma, ésta era la heterogeneidad. En la parte central que asomaba al gran cañón se adivinaban los edificios más altos, forjados en acero y cristal. También había aquí y allá construcciones de piedra, adornadas con algún tipo de material que reflejaba la rojiza luz de Hades en caóticos diseños. Lo que más abundaba era el plástico, pero los constructores de la ciudad se habían esforzado por dar a sus viviendas formas y colores personales, y aunque el conjunto andaba muy lejos del buen gusto, huía de la monotonía de otros lugares que había visitado Éremos.

La estación del teleférico se encontraba en el límite norte de la ciudad. Allí se bajó junto con las prisioneras, entre comentarios y aporreos masculinos al otro lado del cristal, dirigidos más al propio Éremos que a las mujeres. Entre el funicular y la plataforma quedaba un hueco de unos veinte centímetros por el que se atisbaba la caída al vacío. Algunas de las convictas lo pasaron con saltos nerviosos, mientras otras se asomaban con curiosidad al abismo.

En la estación había otro grupo de mujeres, ataviadas informalmente, que recibieron a las convictas en una dependencia aneja. Éremos se encontró solo en la plataforma, viendo cómo el teleférico descendía hacia las honduras del Tártaro. Una auténtica catábasis a los infiernos: los pioneros del planeta, puestos a continuar con la humorada de los nombres mitológicos, habían bautizado a la corriente de magma que corría por el fondo de la grieta Piriflegetón, o “inflamado en llamas”, uno de los ríos del Hades griego.

¿Qué hacer ahora? Se encaminó hacia la salida, para lo cual tuvo que atravesar un detector automatizado que no emitió ninguna señal, como era lógico, pues no llevaba encima más que el mono rojo y las sofisticaciones técnicas del interior de su cuerpo eran orgánicas. En el control de entrada y salida había un joven de raza negra, sentado ante un par de pantallas y un cuadro de luces que mostraban la situación de los diversos funiculares.

-Tú, mono-rojo, ¿eres el chalado que se ha apostado la cabeza con Schmelz?

Éremos se sorprendió de que aquel hombre tratara así a un desconocido que tanto podía ser un estafador como un psicópata genocida. Después reparó en que tenía la mano derecha debajo del mostrador y en que su codo se movía como si jugueteara con algo. Un arma.

-No es del todo exacto, pero podría decir que sí.

-Me han contado la historia mientras bajabais. Andate con cuidado con los bodakes... si es que consigues mantener la cabeza sobre el cuello un par de días más.

En el fondo, decidió, la actitud del joven no era tan agresiva. Probablemente al propio Schmelz se le habría escapado algún comentario admirativo acerca de la actitud de Éremos ante aquellos depredadores; podía apostar a que en él aparecía la palabra “pelotas” o algún otro sinónimo.

-¿Es que hay bodakes sueltos en la ciudad?

-Sueltos no, pero ándate con cuidado, te repito.

Su interlocutor no parecía dispuesto a dar más explicaciones sobre aquel particular. Sin prestarle mayor atención, dirigió la mirada al cuadro de control para teclear algo.

-¿Y ahora qué se supone que debo hacer? -preguntó Éremos en el tono más cortés que pudo modular. El joven negro levantó la mirada y le obsequió con una enorme y reluciente sonrisa de sarcasmo.

-Búscate la vida, amigo. Esto no es un centro benéfico.

-¿No hay ninguna formalidad que deba cumplimentar, o alguna norma para seguir?

-La primera norma es no dar el coñazo. Y la segunda, aprenderte las demás normas tú solo. ¿Qué tal si te pierdes y me dejas trabajar?

La mano derecha volvía a estar debajo del mostrador. Éremos decidió que no convenía forzar más la situación, se encogió de hombros y salió de la estación.

Ya estaba en la ciudad de Tifeo, y al parecer no se le consideraba ni preso ni convicto. Levantó la mirada hacia los hostiles bastiones de roca que se levantaban línea tras línea al oeste de la ciudad. Un teleférico verde subía hacia la plataforma en la que les había dejado la policía. Desde aquella distancia parecía un frágil juguete.

El problema resultaba casi peor que el de ser un convicto: no era nada más que un novato, ignorante de la sociedad que se iba a encontrar, de las normas que la regían y los poderes que la controlaban. Una astilla de la Honyc clavada en lo que tal vez fuese el secreto feudo de su mayor enemigo, la Tyrsenus. No tenía más remedio que internarse en la ciudad y esperar o provocar acontecimientos. Veía dos prioridades: conseguir dinero, entre otras cosas por si se veía obligado a pagar la deuda a Schmelz, y librarse del mono rojo que, por lo que veía en los transeúntes de aquella parte de la ciudad, no parecía la vestimenta más habitual. Para lo segundo, necesitaba lo primero; y probablemente la proposición inversa también fuese cierta.

Se encontraba en una plaza de forma irregular, sólo a medias asfaltada. En una esquina, un equipo de obreros taladraba el suelo para reparar conducciones, o tal vez para estropearlas: difícil de decidir. Había algunos vehículos eléctricos, aunque por lo general la gente caminaba a pie. Siguiendo su ejemplo y haciendo caso omiso de las miradas que atraía su mono rojo, se dirigió a la calle más amplia que salía de la plaza, en dirección al centro de la ciudad.

El estilo de aquella zona recordaba al de los antiguos suburbios de las megalópolis de principios del siglo XXI, como México. Todos los materiales eran buenos para la construcción: maderas viejas, planchas de plástico, incluso el antiquísimo adobe. Aislados entre los barracones, se veían edificios de varios pisos. Pasó al lado de una casa de piedra rodeada por una tapia; para los criterios del lugar debía de ser una auténtica mansión. ¿Quién viviría en ella? A buen seguro que, por más que el GNU hubiera dejado aquel planeta prácticamente abandonado a su suerte, se había desarrollado una jerarquía social. La gente no podía haber sobrevivido todo aquel tiempo obedeciendo simplemente la ley del más fuerte.

Aunque, se dijo, la ley y la fuerza siempre acababan siendo lo mismo. Era precisamente la última clase que había dejado pendiente, la explicación del diálogo entre atenienses y melios. Una verdad que aceptaba sin melancolía ni placer, como un hecho más del cosmos.

Aparte de coches eléctricos, se veían otros vehículos de diversas formas y mecánicas: camiones, motocarros, bicicletas e incluso algún que otro carromato tirado por bestias de carga nativas e importadas. Las vestimentas de los lugareños eran igualmente variopintas: trajes, túnicas, vestidos largos, monos de trabajo, cl mides, ropas informales. Lo único que no estaba de moda era el rojo de su mono, a juzgar por las miradas de curiosidad, conmiseración o abierto desprecio que recibía.

-¡Eh, tú!

Éremos se volvió, presagiando problemas. Había un grupo de seis o siete jóvenes, apoyados en la pared de un barracón, que le miraban con declarada hostilidad.

-¿Es a mí?

-¿A quién va a ser, rojo de mierda? -Un muchacho rubio, muy alto y corpulento, con una enorme panza que delataba una prematura afición a la cerveza, se adelantó del grupo. Como los demás, vestía una cazadora gris llena de costurones que parecía ser el distintivo de aquella reducida tribu. Todos ellos tenían aspecto de haber nacido ya en Radamantis-. Tienes la típica pinta de gilipollas de un recién llegado. ¿Qué pasa, no ganaste para ropa decente en las térmicas?

-Me temo que no supe controlar demasiado bien mis gastos.

-"Controlar mis gastos, controlar mis gastos" -le remedó aquella especie de teutón con acné-. Si sigues hablando por este barrio como un gilipollas, alguien te va a partir la cara.

Los demás corearon a su aparente líder con compulsivas carcajadas. Éremos se preguntó si entre todos sumarían cien puntos de coeficiente intelectual.

-Muchas gracias por el consejo.

Éremos era consciente de que estaba irritando al cachorro de mastodonte, pero no se le ocurría forma alguna de no hacerlo. Al parecer, ya que no le podían despojar de ninguna pertenencia, la perspectiva más cercana era pasar por algún tipo de humillación.

-No nos gustan los monos rojos, ¿eh, Fred? -comentó otro de ellos.

-No, no nos gustan -respondió el rubio. Al menos, Éremos había averiguado dos cosas: A) que el mastodonte se llamaba Fred y B) que, en efecto, era dudoso que entre todos alcanzaran los cien puntos de CI.

-Lo siento. Por el momento, no dispongo de otra ropa. Así que, por no molestaros, creo que...

-Es que además lo tienes demasiado limpio. Si no quieres que la gente se meta contigo, tendrás que teñirlo. ¿Qué os parece si se lo oscurece con barro? -preguntó Fred, dirigiéndose a su coro, que respondió con guturales de complacencia.

Éremos miró a su alrededor. Aunque aquella parte de la calle estaba sin asfaltar, no había lodo ni agua allí.

-No veo barro.

El paquidermo se desabrochó el pantalón, exhibió un miembro fláccido y blancuzco como un gusano y empezó a orinar delante de Éremos.

-Ahora vas a tener barro.

Éremos sopesó la situación en una décima de segundo. A) no le apetecía revolcarse en el charco que había formado la caudalosa meada de aquella máquina de ingerir cerveza. B) si le pegaba una patada en los testículos y salía corriendo, no le iban a alcanzar.

-¡Hijo de...! -resopló el mostrenco con el poco aliento que le quedó después de recibir el golpe.

"*Bien*", se dijo Éremos unos minutos después, cuando juzgó que ya había puesto suficientes calles de por medio. "*La primera actuación del superagente de la Honyc se ha saldado con éxito. Bajas enemigas, una; propias, cero.*"

Siguió caminando sin rumbo fijo. Según se internaba en la ciudad, comprobó que mejoraban tanto el asfaltado de las calles como la construcción de las casas y el mismo aspecto de los vecinos. Lo que no cambiaba era la universal mirada de reprobación que recibía por su indumentaria. Cuando llevaba caminando una media hora, se detuvo frente a la puerta de una taberna. Su estómago estaba reclamando alguna atención; no había comido nada desde los aperitivos del Pincio, y ni siquiera sabía cuánto tiempo había transcurrido desde entonces.

El bar era más pulcro y luminoso de lo que se había esperado. Había unos cuantos grupos de paisanos, sentados en mesas de plástico y entregados al dominó y otros juegos. Junto a un rincón pudo ver una curiosa m quina en la que un cliente introducía monedas una tras otra, al parecer sin otro fin que el de producir una musiquita alegre y absurda, ver cómo unos dibujos de colores daban vueltas y de vez en cuando blasfemar y dar patadas al artefacto.

“Esta puta máquina, que no canta el especial...”, salmodiaba. La camarera, una mujer de unos cincuenta años, limpiaba unos vasos con el delantal. No bien vio entrar a Éremos, le dirigió una aguerrida mirada de amazona y le espetó:

-Aquí no servimos a los rojos. -Unos cuantos clientes levantaron la mirada, intuyendo algo de diversión.

-¿Por qué? -preguntó Éremos, acercándose a la barra-. ¿Algún prejuicio contra el color rojo?

-No. Prejuicio contra los que vienen sin blanca.

-¿Cómo? Me aseguraron que aquí no había dinero -objetó Éremos, fingiendo ingenuidad.

-Ya, y yo doy de comer y beber a la gente por caridad cristiana. ¿No me has visto que tengo un aire a la Piedad de Miguel Ángel? -respondió la camarera. Seguramente era una mujer ocurrente y hasta simpática con los clientes que no vestían de rojo. Por desgracia, no era el caso de Éremos.

-¿Qué moneda se utiliza aquí? ¿O la economía es de trueque?

-Pues sí señor, es de trueque. Tú me das dinero y yo te lo cambio por cerveza.

-Me hago cargo. Y ¿qué puedo hacer para conseguir dinero?

-Robar, matar, trabajar: lo que quieras.

-Bien, pues déme trabajo.

La carcajada de la camarera fue tan estridente que acalló hasta los golpes que restallaban en las mesas de dominó.

-¿Habéis oído lo que me dice este rojo? ¡Que le dé trabajo! -Ahora las risotadas se organizaron en un coro-. ¡Una patada en el culo es lo que te voy a dar como no levantes el vuelo de aquí! ¿Quién va a dar trabajo a un novato tan novato que hasta sube a la ciudad con el mono rojo?

-¿Y cómo voy a dejar de llevar el mono rojo si nadie me...?

-¡Búscate la vida!

Éremos se encogió de hombros y salió de la taberna, entre la rechifla general.

De nuevo en la calle, observó que el difuso disco rojizo de Hades estaba casi en su zenit. El día de Radamantis era casi cuatro horas más largo que el terrestre y los habitantes del planeta tenían que adaptar sus ritmos circadianos a él[1]. Aunque la inercia de millones de años de evolución pesaba, no era tan difícil acomodarse a aquel horario considerando que en otros mundos colonizados por el hombre los ciclos diarios llegaban a ser tan largos como ochenta y dos horas, en Loki, o tan cortos como trece, en Nueva Patagonia.

En cualquier caso, había un ritmo, el del estómago, que en Éremos llevaba paralizado demasiadas horas. Se dio un plazo de sesenta minutos antes de recurrir a soluciones drásticas y probablemente ilegales para conseguir comida.

Sus pasos lo encaminaron hacia el suroeste de la ciudad, hasta llegar al punto donde las edificaciones se apoyaban en la roca viva del murallón que se cernía sobre Tifeo. Llegó a un parque llamado Stockwell, según rezaba en un cartel, decorado además con una pintada sumamente obscena referida a un tal “Turco”. En el centro había un lago natural, del que nacía el Halis, el río que cruzaba la ciudad. Las aguas las recibía como regalo de las alturas, gracias a una espectacular cascada que se desplomaba roca abajo en una caída de centenares de metros. El fragoroso impacto de aquel chorro contra la superficie del lago levantaba cortinas de agua, en las que los rayos de Hades improvisaban tornasolados juegos de luces. Donde el lago se estrechaba para formar el río, un puente lo cruzaba dibujando un gracioso arco de madera. Éremos pasó por él para llegar a una pradera engalanada con vistosos

[1] En los primeros tiempos de la colonia penal se había suscitado un debate sobre la mejor manera de conseguir que el día tuviera veinticuatro horas. Había partidarios de alargar las horas a setenta minutos y otros que preferían estirar los minutos hasta setenta segundos. La discusión llegó a tal acaloramiento que se produjo un tiroteo en la avenida Murchison de Tifeo. Como quiera que no sobrevivió ninguno de los defensores de la opción de los setenta segundos, las horas de Radamantis tienen setenta minutos.

macizos de flores y sombreada por árboles nativos e importados. Había algunos paseantes aquí y allá, y junto a la orilla del lago una joven madre ayudaba a su hija, una criatura de poco más de un año, a tirar palitos al agua. Había dejado a unos quince metros el carrito de la niña, bajo un árbol, y no parecía demasiado preocupada por su suerte. Éremos se acercó con paso casual, como si su camino lo llevara por ahí, y con un r pido juego de manos se apoderó de la bolsa que colgaba del cochecito. Apresuró la marcha para alejarse por una vereda bordeada de rosales, no sin comprobar con un par de miradas furtivas que nadie había reparado en aquel audaz robo.

Al borde del parque, junto a una avenida, encontró un banco de madera, y en él se sentó para pasar revista a su botín. Tres pañales, diversos objetos de formas y colores variados, aparentemente destinados al esparcimiento de la criatura, un biberón con agua en la que nadaban hilillos de saliva y fragmentos alimenticios, un par de galletas mordisqueadas por dientecillos de ratón y, la pieza más suculenta, un termo lleno de puré. En un par de minutos, Éremos dio buena cuenta de las galletas, sin importarle que fuesen de segunda mano, y de la papilla. El biberón lo respetó, puesto que había una fuente cerca. Con la esperanza de que el puré, diluido en el agua, creciese hasta alcanzar las dimensiones suficientes para llenar un rato su estómago, dejó la bolsa en el banco y abandonó el escenario de su primer delito en Radamantis.

Al otro lado de la avenida había un conjunto de cuatro barracones blancos, rodeados por una verja. El interés de Éremos se despertó cuando, al pasar al lado, escuchó un extraño sonido.

Aguzó el oído y descubrió que se trataba de un coro de niños recitando una tabla de multiplicar. Aquello, al menos en sus tiempos, era arqueología pura. Caminó unos metros más, hasta tener una mejor visión del barracón más cercano, y asomó la mirada entre los barrotes. Sentados de dos en dos en sus pupitres, unos treinta niños entonaban aquel canto dirigidos por su maestra.

Cuando reparó en ella, Éremos sintió lo más parecido a un shock que su naturaleza le permitía experimentar. En su recuerdo, la cara que estaba contemplando era muy cercana, y sin embargo habían pasado veinte años y se encontraba a cientos de años luz de donde la había visto por primera y única vez. La muchacha que le había preguntado al final de la clase, el mismo día en que lo congelaron: sin duda era ella, aunque la viese ahora como una mujer de más de treinta años. Su nombre era Clara Villar, recordó. Una alumna brillante, interesada en las lenguas clásicas. ¿Habría seguido aquel camino? ¿Y qué hacía deportada en Radamantis?

El tema de aquella clase había sido Tucídides, y lo que ahora le ocurría podría encontrar acomodo en la concepción del autor ateniense: la tyche, el azar actuando cuando menos se espera. De hombres inteligentes es aprovechar los ciegos disparos de la fortuna, se dijo.

Mientras esperaba junto a la puerta del pequeño colegio a que terminara la clase, planeó cómo abordar a su antigua alumna. Presentarse a ella como el mismo profesor Molina que impartió aquella única clase parecía contraproducente. ¿Le reconocería? Era muy dudoso. El contaba con su memoria fotográfica y con el hecho de que la clase, en su recuerdo subjetivo, había sido unos días antes. Ella no. Además, la mente humana suele reconocer lo que ya espera encontrar, no lo que en buena lógica supone imposible.

Quince minutos después la puerta empezó a llenarse de padres y madres que venían a buscar a sus hijos. Éremos se alejó a una distancia prudencial, sobre todo cuando vio que una de las madres era la misma a la que había sustraído la bolsa. La niña, por cierto, no dejaba de llorar en el cochecito: al parecer, la hora del almuerzo había llegado de vacío. Se preguntó si colgarían a los forasteros por delitos así, y no lo hizo del todo en broma: hasta que no conociese el código de Radamantis no convenía hacer juicios precipitados.

Clara Villar salió conversando con otra mujer, que debía ser una compañera de trabajo. Después de que se despidieran en la puerta, Clara se encaminó sola hacia la derecha, en dirección al río. Éremos la siguió a unos treinta metros, para lo cual tuvo que adelantar a

grupos de madres y niños que lo miraban con aprensiva curiosidad. Decidió que, pasara lo que pasara, antes de dos horas se habría librado de aquella ropa.

El momento oportuno llegó cuando Clara cruzaba un puente de piedra. No había nadie por las inmediaciones. Éremos arrancó en una breve carrera y, llegado a unos cinco metros de ella, exclamó en español:

-¡De rodillas te imploro, oh reina, ya seas diosa o mortal criatura!

A mitad del puente, la mujer se detuvo en seco y, muy despacio, se dio la vuelta para encarar a Éremos. En su gesto había perplejidad, pero también inquietud. Antes de que huyera de él, Éremos decidió seguir la salutación con que, miles de años atrás, el taimado Ulises había encandilado a la princesa Nausícaa.

-Si eres una de las deidades dueñas del anchuroso cielo, por tu belleza, tu grandeza y tu natural, te compararía a Ártemis, hija del gran Zeus. Pero si eres de los mortales que pueblan la tierra...

La mujer arrugó el entrecejo y asintió con la barbilla, el gesto concentrado de quien toma la lección. Después le interrumpió para responder:

-O xeine, oute kakó out'áfroni andri... éoikas.

Los versos eran en realidad xein; epéi oute kakó out'áfroni foti éoikas, *"¡oh, extranjero, ya que no pareces hombre insensato ni de vil condición...!*" Pero el andri de Clara Villar y el foti del verso original significaban lo mismo, "varón", y epéi no era imprescindible para el sentido. No estaba mal para alguien sin implantes de memoria.

-¿Debo entender por sus palabras que se me conceder lo que suplicó Ulises?

-¿Comida y ropas para un n ufrago? Desde luego, ese mono rojo no le sienta nada bien. -Aunque hubiera cierto humor en las palabras de la mujer, aún no había relajado su actitud de alerta y nada había en su gesto que le invitara a acercarse más-. Pero comprenderá que antes de darle ni siquiera un trozo de pan, prefiera saber quién es usted. No me irá a decir que Ulises Laertíada, destructor de Troya...

-En la Antigüedad no preguntaban el nombre a los forasteros hasta haberles dado hospitalidad.

-Estamos en el siglo XXII. Corren tiempos muy duros, ¿sabe? Una mujer indefensa no puede confiar en el primer vagabundo que le sale al paso, sobre todo si va vestido con un mono rojo. ¿Es que se ha escapado usted de la térmica? ¿Qué pasa, a los bodakes no les gusta su carne?

-Digamos que llegué a un acuerdo con la empresa de transportes Caronte. Tengo ciertos problemas de salud, y me temo que no hubiera sobrevivido a un clima tan caluroso. Por cierto, no me llamo Ulises. -Se adelantó con pasos casi interrogantes. Ella no retrocedió, por el momento-. Mi nombre es Jonás Crimson. Terrestre, español y... -Iba a añadir "de Madrid", pero se había perdido veinte años de la vida de aquella ciudad y no quería quedar en evidencia.

Ella, por fin, aceptó la mano que él le tendía. Éremos aprovechó para examinarla más de cerca. Los rasgos no habían cambiado, pero la edad había redondeado la forma del rostro, dibujado algunas arruguillas aquí y allá y teñido de profundidad y un toque de tristeza los ojos negros. El rostro no podía definirse como bello, pero resultaba agradable. Vestía un traje oscuro y tenía una silueta fina, aunque las caderas apuntaban a ensanchar

-Así que Jonás Crimson... Un apellido un poco raro, ¿no?

Eso mismo había pensado Éremos cuando el policía que lo detuvo se dirigió a él, pero el desaguisado ya no tenía remedio.

-Mi abuelo era americano, pero se nacionalizó español cuando se casó con mi abuela -se apresuró a explicar.

-Yo me llamo Clara Villar. Terrestre, española, y lectora de Homero, como usted. Quitando que yo no tengo antepasados americanos, ¿no le parece demasiada coincidencia?

-Tal vez sí. Pero tenga en cuenta que he acudido a usted como suplicante precisamente por eso. Las casualidades las envían los dioses.

-¿Cómo sabe lo del griego? Aquí sólo doy clases a niños pequeños. Si de vez en cuando les cuento alguna historieta sobre Hércules o Aquiles, ya me conformo.

Éremos se encogió de hombros y miró hacia el río, que fluía apacible bajo ellos.

Clara no hacía más que buscarle los ojos, al acecho de su mirada.

-Me ha costado hacer muchas averiguaciones. Pero al fin y al cabo, es mi trabajo, ¿sabe? Yo era detective informático allá en la Tierra.

-¿De veras? Nunca había oído hablar de esa profesión.

"Lógico", se dijo Éremos. Los habían colgado a todos hacía setenta años, en la época del Gran Frenazo.

-Digamos que oficialmente no se nos conoce así... En fin, he recurrido a usted porque pensaba que teníamos las suficientes cosas en común para... -Éremos moduló su voz con titubeos y vacilaciones aparentemente improvisados- para, bueno, pedirle ayuda en este momento tan difícil. Si pudiera conseguir tan sólo un poco de dinero y otra ropa que no sea de color rojo, creo que me las podría arreglar. Pero aquí la gente no parece muy dispuesta a colaborar con un recién llegado.

-Hummm... -Clara sonrió por primera vez, y al hacerlo se le marcaron unas arruguillas en los ojos que, curiosamente, la hacían más atractiva-. Me parece que tiene usted más recursos de los que quiere dar a entender. Bueno, ¿se ha aprendido unas cuantas líneas de la Odisea para embaucarme, o tiene algo de idea de griego?

-No soy un experto en griego clásico, sólo un aficionado... Pero, con la ayuda de un buen diccionario, puedo defenderme. -Tenía los veinte tomos del diccionario de Adrados, quinta edición revisada, grabados en su memoria, pero desde luego no se lo dijo a Clara.

-Bueno, eso ya es algo. Me imagino que no habrá comido...

La exigua ración de puré había dejado a Éremos aún más hambriento que antes, así que asintió.

-Está bien, le invito a almorzar. Pero no intente nada...

-¿Qué podría intentar?

-Mire, esto es Radamantis, y aquí la gente que llega viene por motivos políticos o por delitos comunes. Los primeros suelen ser inofensivos, pero los segundos no tanto.

-No sé si se puede decir que soy inofensivo, señora Villar, pero no se preocupe: no intentaré nada contra usted.

-Más cuenta le trae. Como no sabrá casi nada de Radamantis (por cierto, la gente de aquí suele decir "Radam", pero estaría feo que lo hiciera una profesora de griego)... Eh, como no sabrá nada, le decía, voy a explicarle una de las primeras normas. Todo el mundo sabe que entre los varones hay más delincuentes, no sé si por genética, porque están locos, porque todos los hombres son iguales o por lo que sea.

-Nunca me había parado a pensar en ello.

-¿No? -Clara hizo un ademán para que le siguiera y terminó de cruzar el puente mientras le explicaba-: Aquí tenemos un pequeño problema: hay casi tres hombres por cada mujer. En los primeros tiempos de la colonia, éramos simples objetos en manos de los hombres: las violaciones estaban a la orden del día, y también los secuestros, la venta de esclavas, incluso el asesinato si no accedíamos a los requerimientos de cualquiera.

-Por lo que insinúa, me imagino que las mujeres se organizaron de alguna forma clandestina para evitarlo.

-Así es. Me alegro de que lo vea claro, para que no piense que me lo estoy inventando por asustarle. La sociedad que nos protege se llama "Lisístrata", un nombre muy apropiado, ¿verdad? -Le miró con gesto de examinador, esperando una respuesta.

-"Personaje femenino de la comedia del mismo nombre, escrita por el autor ateniense Aristófanes" -recitó a toda velocidad-. ¿Satisfecha?

-No está mal, señor Crimson: tiene un positivo.

-Y, perdone mi curiosidad, ¿en qué consiste la protección de esa sociedad?

-Yo me limito a pagar mi cuota y a saber que, si algún hombre me molesta, se encontrará con sus propios testículos en la boca. Perdone por la vulgaridad, pero le aseguro que no es una forma de hablar.

Éremos asintió.

-Por mí no tiene usted que preocuparse. Dígame... Entiendo que tal vez le parezca una curiosidad imperdonable, pero me resulta chocante encontrar a una mujer como usted deportada a Radamantis. ¿Fue por motivos políticos?

Ella le dirigió una mirada suspicaz y se detuvo. Éremos temió haber ido demasiado lejos.

-Tal vez se lo explique mientras comemos... si antes me cuenta usted por qué está aquí. No me gusta que sepa más sobre mí que yo sobre usted. Pase aquí, vamos a comer en este local. -Le señaló una puerta de madera rodeada de plantas trepadoras. Éremos comprendió que su parada no se había debido a que se sintiese ofendida.

-Eh... Me resulta violento decirlo, pero no llevo encima ni un crédito.

-¿No se acuerda de que le he dicho que le invitaba? No pensaría que le iba a llevar a mi casa. -Se permitió sonreír, y las arruguillas volvieron a suavizar sus ojos negros-. No vaya a creer que soy una chica fácil.

-Nada más lejos de mí, por favor. -Los sistemas internos de Éremos enviaron un ligero exceso de sangre a su rostro, produciendo un leve rubor. Un toque maestro que le solía ganar la confianza de las mujeres.

El interior del restaurante era sencillo, casi rústico, y aunque no pudiera decirse que estaba sucio, tampoco era un modelo de asepsia. Había bastante gente comiendo en las mesas, en grupos de cuatro o más. Quedaban libres dos mesas pequeñas y Clara escogió una de ellas, sin preguntar. Parecía muy familiarizada con el local. Pidió dos menús del día al camarero que los atendió, un tipo panzudo que se permitió un comentario despectivo hacia el mono rojo de Éremos.

-No se preocupe -le tranquilizó Clara-. En cuanto se quite esa ropa será como uno más.

-No entiendo esa aversión a los recién llegados. ¿Es que no lo han sido todos alguna vez?

-Sí, pero me temo que usted se ha saltado un requisito previo al no servir en las térmicas, y eso se nota por su vestimenta. Yo, como mujer, me libré de eso, pero a mí se me consiente. A usted... Creo que la estancia allí abajo es bastante penosa, y es lógico que quienes la han sufrido se sientan ofendidos.

Clara puso los codos sobre la mesa y, la barbilla sobre las manos y trató de captar su mirada, pero Éremos hizo el papel de observador nervioso que dejaba llevar los ojos de mesa en mesa como inquietas abejas.

-Señor Crimson... ¿No le importará que le llame Jonás?

-En absoluto.

-Mire, si es usted un recién llegado pícaro, o simplemente un poco avispado, procurará aprovecharse de que comparte conmigo ciertas aficiones que hoy son casi esotéricas. Es lo que haría yo. Pero debe entender que, si quiere que yo sea su... ¿Cómo decir?

-Mi patronus, y yo su cliens.

-Bien, eso le ha quedado muy latino. Pues si quiere que yo sea su patronus en esta ciudad, tendré que saber algo de usted. Tal vez sea un erudito de aspecto pacífico que sin embargo enterraba en el jardín de su casa cadáveres de ancianitas.

-Nunca he tenido jardín. Pero si se refiere al motivo de que esté aquí, no tengo inconveniente en que lo sepa. -"Y a ver qué me invento", añadió para sí. El asesinato de una esposa no parecía la mejor carta credencial, sobre todo para una mujer-. De todas maneras, ¿no cree que podría mentirle sin más?

-Le miraré a los ojos. No suelo equivocarme... Claro, si es que deja usted por un momento de mirar a todos lados. ¿ Piensa robar los planos de este restaurante?

Éremos carraspeó una disculpa, puso las manos abiertas sobre la mesa e intentó que sus ojos, en vez de clavarse en los de Clara, se posaran con suavidad.

Ella tuvo una vaga sensación de déjá vu, pero su encuentro había sido efímero y lejano y no reconoció las pupilas del dragón. Y, como ya era una mujer madura y tan segura de sí misma como puede serlo una persona normal, fue capaz de aguantar unos segundos la mirada de Éremos y, a pesar de su insondable frialdad, encontrar en ella un punto de fascinación.

(Más adelante, recordaría que, sin darse cuenta, se había empezado a enamorar de él en ese preciso momento.)

-¿Por qué está usted en Radam?

-Era un pirata informático, con el vicio de meterme en redes restringidas. Hasta que me pillaron.

-Está mintiendo.

-¿Qué? -El corazón de Éremos se aceleró, y esta vez no fue una reacción voluntaria.

-Es una broma. Le creo, o supongo que le creo, aunque, ¿no me dijo que era detective informático?

-Digamos que ésa era la denominación que me daba yo. Las autoridades decidieron que "pirata" era un término más apropiado. ¿Quién ha dicho que el romanticismo ha muerto? Mi ley, la fuerza y el viento, mi única patria...

El camarero llegó con el primer plato, unas gachas con pocas pretensiones que, sin embargo, a Éremos le parecieron extraordinarias.

-Parece que tiene hambre -comentó Clara, con una sonrisilla irónica en la que, sin embargo, había un toque de calidez. Éremos, aunque no destacaba por sus dotes de empatía, observó que aquella mujer tenía algo, un don que hacía sentirse bien a quien hablaba con ella.

-Mucha. No sé cuándo fue la última vez que probé bocado. Me durmieron después de salir de la Tierra y desperté en este planeta. ¿ Cuánto dura el viaje, seño... Clara?

-No tengo la menor idea. Vine tan dormida como usted. Lo hacen con todos los deportados, para que no den problemas durante el viaje.

-¿Y por qué la trajeron? No me conteste si no quiere, pero...

-Es una historia difícil de comprender para alguien que no conozca el ambiente universitario.

-Estoy más o menos familiarizado. Aunque sólo como alumno, claro -mintió Éremos.

Mientras daban cuenta de las gachas, Clara le explicó una embrolladísima historia de intrigas de pasillo que, por lo absurda y estúpida, debía de ser verdad. En resumen, un mediocre catedrático que quería promover a un discípulo tan gris como él a costa de Clara la había acusado de pertenecer al movimiento marxista renovado.

-Lo cual era mentira...

-Nunca me había interesado por la política, aunque desde entonces he visto tantas cosas que haría lo que fuese por ver caer el sistema de arriba abajo.

Al parecer, otros miembros del departamento habían colaborado con Schutz, el catedrático, para dar mayor verosimilitud a la acusación. Unos registros informáticos falsos habían sido la prueba definitiva.

-Me resulta increíble que alguien esté dispuesto a tanto por un estatus académico -comentó Éremos, y sólo exageraba en parte. Nunca había logrado entender que algunas personas malgastasen tantas fuerzas en aparentar conocimientos que no poseían en vez de emplearlas para aprender de verdad. El había pasado media vida fingiendo ignorar lo que sabía.

-Pues así fue. Llevo ya cuatro años en Radam, pero no estoy tan mal. Doy clase en una escuela y me pagan lo bastante para vivir con las pocas comodidades que se pueden tener aquí.

-¿Cómo consiguió el trabajo, Clara?

-Este planeta y Juno deben de ser de los pocos lugares del universo conocido en que ser mujer no constituye una desventaja. Lisístrata se pone en contacto con nosotras nada más llegamos a Radam. Algunas se convierten en miembros de la sociedad, pero la mayoría simplemente pagamos nuestras cuotas y obtenemos protección y ayuda para encontrar trabajo.

-¿Y un hombre qué puede hacer?

-En su caso, de momento, recurrir a mí. Tendrá que hacerme la rosca. -Sonrió, irónica de nuevo-. La verdad es que aquí nacen muchísimos niños y hay trabajo para los maestros, hasta los de letras como yo. Desde luego, si fuera usted de ciencias la cosa mejoraría mucho.

-¿Ciencias? ¿A qué nivel?

-Bueno, yo no llego muy lejos. ¿Sabe usted logaritmos, derivadas, integrales, todas esas cochinadas?

-Hasta ahí llego. -Y bastante más lejos, pero no le convenía revelarlo aún-. Aún conservo algo de memoria. -"*Un buen montón de gigas de refuerzo*", añadió para sí.

Clara le explicó que su escuela era de las más humildes. De hecho, la formaban cuatro profesores en régimen de cooperativa y ninguno de ellos era demasiado ducho en matemáticas, de modo que contratar a Crimson a tiempo parcial les vendría bien, incluso para convencer a los padres de que, ya que el nivel académico había subido, no estaría de más hacer lo mismo con los recibos. Sí, esa misma tarde le podía presentar a sus compañeros, para ver si estaban de acuerdo.

-No espere ganar una fortuna. Vamos a ser sus empresarios, y ya sabe que todos los empresarios somos explotadores.

Mientras comían el segundo plato, un estofado guisado con la carne de un hervíboro de las planicies cercanas al Piriflegetón y aderezado con hierbas negras, Éremos interrogó a Clara sobre la estructura social y política de Radamantis. Ella, como buena maestra, simplificó el cuadro haciendo hincapié en los puntos principales. El planeta estaba surcado por una intrincada red de grietas, pero sólo había asentamientos humanos en una línea de unos quinientos kilómetros de longitud, a lo largo de la sima conocida por el nombre de Tártaro. Había treinta y cinco poblaciones con el rango de ciudades. (Clara se lo sabía bien, porque había dado ya muchas veces esa lección.) La más grande era Eurílalo, que llegaba a los cien mil habitantes. Dado el peculiar relieve del planeta, era imposible superar este tamaño. Representantes electos de las treinta y cinco ciudades se reunían periódicamente en la Asamblea de Eurílalo, con capacidad legislativa y ejecutiva. Pero ambas competencias eran muy relativas: la primera, porque la Asamblea llevaba más de diez años intentando redactar una Constitución, y aún no se había conseguido; la segunda, porque no se nombraba gobierno alguno y la llamada Comisión Ejecutiva era inoperante.

El poder real en cada ciudad lo ejercían los burgraves, que pese a aquel título de tan antigua raigambre, eran en realidad capos locales. Radamantis era así como una de aquellas inmensas ciudades de la primera mitad del siglo XXI, antes del Gran Frenazo, divididas en sectores bajo el control de familias y mafias rivales. La diferencia era que aquí los barrios estaban separados por abismos y acantilados o por la masa hirviente del Piriflegetón.

-¿Quién es el burgrave de esta ciudad?

-Su nombre es Cassius Rye, aunque todo el mundo lo conoce por "El Turco". No es que tenga nada de turco, pero le llaman así desde hace tiempo. Era juez en no sé qué planeta, y creo que la palabra prevaricador es demasiado suave para expresar lo que hacía. Dicen, siempre que él no lo oiga, que no había juez más venal ni arbitrario en ningún sistema solar.

El más poderoso de aquellos jefes era un tal Sharige, asentado en Eurílalo. Al tener control sobre la ciudad más importante de Radamantis se le consideraba un primus inter pares. En teoría, ni él ni ningún otro se inmiscuía en los asuntos de los demás burgraves. Pero en la práctica lo hacían soterradamente, apoyando el surgimiento de nuevos líderes locales que disputaban la primacía a los que ya estaban establecidos. En más de una ocasión se habían suscitado sangrientas revueltas.

-Bastante antes de que llegara yo, hace unos diez años, el Turco derrocó al jefe local. Fue un baño de sangre. Durante mucho tiempo nadie se ha atrevido a disputarle la hegemonía en la ciudad, pero ahora, según tengo oído, uno de sus antiguos lugartenientes, un tal Maldini, se está volviendo demasiado osado.

Clara describió al Turco como un hombre inteligente e imaginativo, pero con tendencia a la crueldad y a dejarse llevar por pasiones e ideas contradictorias. Una persona con la que nadie sabía a qué atenerse. De momento toleraba a Maldini -todo el mundo sabía que estaba protegido por Sharige-, pero cualquier día estallaría en un arrebato de violencia y las calles volverían a ensangrentarse.

Mientras escuchaba, una parte de la mente de Éremos hacía cábalas. La nave Tritónide no podía estar en manos de los concejos oficiales. Aparte de que apenas tuvieran poder, de haberse dado el caso hasta los más iletrados alumnos de Clara Villar lo sabrían ya. "Oficial" y

“secreto” siempre han formado un oxímoron. ¿Alguno de los capos, Sharige, el propio Turco? Tampoco le parecía demasiado probable. Tal como le pintaba el cuadro Clara, cada burgrave controlaba sólo su ciudad y los territorios aledaños. Ningún lugar lo bastante grande para que pasara inadvertido el aterrizaje de una nave interestelar.

Por otra parte, ¿quién aseguraba que una nave Tritónide debía ser tan grande? Sólo la analogía con los vehículos humanos, que eran mayores cuanta mayor autonomía poseían. Pero la analogía, aunque a menudo útil, puede ser una trampa mortal. Eso no lo había aprendido en su instrucción como asesino, sino en sus estudios lingüísticos; pero la lección era válida para todo tipo de situaciones.

-¿Este planeta tiene un solo espaciopuerto?

Lo súbito de su pregunta desconcertó a Clara. Apart ndose un mechón negro de los ojos, comentó:

-Qué pregunta más curiosa... Claro, el espaciopuerto por el que hemos llegado todos. Esto no es tan grande como para necesitar dos.

-No sé... -Disparó al azar-. Me pareció escuchar algo cuando bajaba en el teleférico.

-Ya sabe que cada lugar crea sus propios rumores y leyendas. Sobre todo cuando empieza a funcionar la teoría conspirativa. Sociedades secretas, poderes en la sombra, ya sabe... No sé por qué, pero a los humanos nos gusta imaginar que alguien mueve los hilos desde lo oculto.

-No entiendo a qué se refiere.

-Sí. Aquí también tenemos nuestras fronteras, que sirven a la imaginación tan bien como los lugares fabulosos de la Antigüedad. La corteza de hielo, donde ya no hay aire respirable, o las selvas al borde del Piriflegetón. He oído hablar de ciudades secretas en mil sitios, pobladas por hombres que poseen una ciencia muy superior a la nuestra. La tecnología es la magia de los tiempos modernos, ya sabe. De hecho, tal vez habrá oído hablar de los tecnos, esos hombres legendarios de los que le hablo. Bueno, tal vez legendario sea un término un poco exagerado, tratándose de un mundo tan reciente...

-Pues no, aún no he oído hablar de ellos. ¿Qué más sabe?

-No demasiado. No me interesan esas historias. Pero se lo decía por lo de su espaciopuerto. Por supuesto, el rumor dice que los tecnos disponen de su propio campo de aterrizaje. ¡Incluso que son capaces de viajar a más velocidad que la luz sin recurrir a los Tritones!

“*Aún no, pero si se les da tiempo...*”, se dijo Éremos. Aquello olía tan bien que casi rezó para que fuese verdad. Los tecnos... Tal vez ellos y no los burgraves fuesen las autoridades fácticas de las que le había hablado Newton. Un campo de aterrizaje, una ciudad secreta: o bien A) un desarrollo propio, creado por alguna organización de la que aún no se atrevía a presuponer nada, o B) la mano de la Tyrsenus. ¿Por qué no ambas hipótesis a la vez?

Pies de plomo, pies de plomo, se dijo. Si la Tyrsenus tenía influencia en aquel planeta y se enteraba de que alguien andaba indagando acerca de la nave Tritónide, su seguridad no valdría medio crédito. De Clara Villar poca información más podía obtener, así que no insistió en el tema.

-¿Quiere café? -sugirió ella.

-Si no es abusar...

-Va incluido en el menú, no se preocupe.

La comida no había sido mala, pero el brebaje amarronado que les trajeron tenía más tratamientos químicos que los cromosomas de Éremos. Un sorbo le bastó para convencerse de que no volvería a tomar café en Radamantis, o al menos en aquella taberna.

-Repugnante, ¿verdad?

-Bueno, los he probado mejores.

-Se acostumbrará.

“*Espero no tener tiempo*”, se dijo Éremos. Clara pidió la cuenta y pagó con monedas de metal. Ya las había visto antes en un bar y no le extrañaba que las utilizaran. Apartados como una peste del resto de los mundos habitados, sin un verdadero gobierno que garantizara

la estabilidad de los créditos o del propio papel moneda, era lógico que recurrieran al metal, que tiene un valor en sí mismo.

Salieron a la calle. El disco rojo de Hades ya había pasado quince grados de su zenit y empezaba a acercarse a las crestas de roca que se cernían sobre la ciudad. En su flemático vuelo, un dirigible interceptó su luz y durante unos segundos proyectó su sombra sobre ellos. Un grupo de niños que volvían a las clases lo saludó alzando las manos al cielo con gritos de júbilo. Después pasó un deslizador en vuelo bajo, bordeando la barrera del sonido, y el entusiasmo de los críos se triplicó.

-¿Qué suele hacer a esta hora?

-Sufrir -respondió Clara, con una sonrisa-. Por las tardes doy las asignaturas de ciencias en el grupo superior. Así los chicos están más dormidos y no se dan cuenta de cuando meto la pata. Pero puede que usted me las solucione a partir de ahora... -añadió con un gesto casi malicioso-. Entre conmigo a clase: así los alumnos se irán acostumbrando.

Durante dos horas, Éremos observó sin hacer un gesto los esfuerzos de Clara por navegar en el proceloso océano de la trigonometría. Como profesora era buena, pero tenía cogidos con pinzas los conceptos matemáticos. Después de la clase, le presentó a sus compañeros, dos mujeres y un hombre. Una de ellas no puso buena cara, pero los otros dos se mostraron dispuestos a probar, ya que estaban muy cargados de trabajo. Cuando salieron de la escuela, Éremos preguntó a Clara:

-Bien, ¿a qué hora debo venir mañana?

Clara puso los brazos en jarra y le miró de hito en hito.

-No me diga que tiene algo que hacer ahora. ¿Ha hecho ya vida social en Radam?

-No, yo... -De nuevo, un toque de enrojecimiento. Cuando se quiere sacar dinero a una mujer, tarea harto difícil, hay que recalcar los aspectos lastimeros-. No querría importunarla más.

-No se preocupe por eso. Cuando me importune ya se lo haré saber Ahora, lo primero que hay que hacer es buscarle otras ropas. No pretenderá seguir toda la vida con ese rojo chillón.

Éremos se miró con expresión pensativa.

-Me temo que nadie va a cambiarme estas ropas por un traje de Marco Bari.

-Más que nada, porque no se llevan desde que murió mi abuela. -Patinazo temporal, se dijo Éremos-. Bueno, le prestaré dinero.

-¿Prestar dinero a un extraño, en un lugar como éste? ¿Lo hace muy a menudo?

-Un par de veces, con unas chicas que me enviaron las de Lisístrata. Es la primera vez que lo hago con un hombre. Pero no está bien discriminar por sexos, ¿no cree usted?

-¿No le preocupa que me largue con el dinero, así sin más?

-No creo que vaya a hacerlo, al menos por el momento. Vamos, venga conmigo.

No muy lejos había un mercado de ropa y alimentos. Algunos de los puestos estaban instalados en locales guarecidos, pero la mayoría eran tenderetes improvisados. Clara le llevó a uno de éstos y le recomendó un conjunto oscuro de pantalón ancho, camisa sin cuello y chaqueta ajustable.

-No tiene mal aspecto, pero éste de al lado es más barato -sugirió Éremos.

-Quédese el que le he dicho. De momento no va a poder tener más que un traje, y éste abriga mucho más. ¿ Se lo queda o no?

Éremos pensó que lo razonable era obedecer a su nueva mecenas. En un probador improvisado con telas, Crimson el rojo se convirtió en Crimson el colono. Clara le miró con ojo crítico, y al parecer pasó el examen con nota.

-No tiene usted mala figura. Un poco bajo para ser mi tipo, pero no estña mal.

Éremos sonrió. El doctor Puig, su creador, lo había diseñado para que tuviera un aspecto agradable sin llamar la atención. Su metro setenta y cinco le hacía estilizado, pero lejos de los cánones televisivos.

-Bien, mi bella Nausícaa, ya me ha dado de comer, ropas nuevas... Creo que ha cumplido a la perfección con los deberes de hospitalidad.

-Excepto con uno, mi taimado Ulises. No pienso darle alojamiento en mi casa. Sinceramente, ya me parecería excesivo con alguien a quien acabo de conocer.

-Lo entiendo. Buscaré alojamiento. -Agachó la cabeza-. Me avergüenza decirlo, pero si me adelantara algún dinero más...

Ella sacudió la cabeza con falso disgusto.

-Me está usted saliendo muy caro. Tome, creo que con esto tendrá suficiente. Eso sí, ya haré que me lo devuelva con intereses.

-Descuide, que así será. -Éremos tomó el puñado de monedas y se las guardó en el bolsillo-. Mañana, entonces, a las...

-Ocho y media, de momento. Luego ya le haremos un horario. Hasta mañana.

Con una sonrisa que cualquier hombre hubiera encontrado encantadora, Clara Villar se despidió. Mientras se alejaba de espaldas, Éremos tuvo oportunidad de ser quien observara críticamente. Aunque apuntara ese exceso de caderas, no estaba mal para su edad. Y su conversación resultaba muy agradable. Era una lástima no volverla a ver.

Aún había luz, pero hacía tiempo que el sol se había escondido tras la pared de roca. Como suponía Éremos, antes de caer la noche había conseguido satisfacer sus necesidades más elementales. Ahora se le presentaban dos tareas inmediatas: A) acrecentar su capital por si tenía que cumplir su pacto con “Transportes Caronte” y B) complementar las informaciones que había recibido de Clara. Tal vez todo pudiese hacerse al mismo tiempo.

Antes le urgía algo de descanso físico. No sentía auténtica fatiga, pero notaba en su organismo desajustes que sabía acababan afectando a sus procesos mentales. Sus últimos periodos de reposo habían sido un tanto anómalos: una hibernación de dos décadas sin previo aviso, unas horas de sueño compartidas a saltos con la fogosa doctora Thorman y un tiempo indeterminado de inconsciencia en la nave.

Buscando alojamiento en lo que parecía un barrio tranquilo y sin pretensiones, encontró un edificio de madera, construido a la manera nórdica, en cuya puerta colgaba un cartel pintado a mano en el que se leía: “Habitaciones.” El interior estaba decorado en el mismo estilo, con vigas de madera artificialmente envejecidas, y lo bañaba una agradable luz ambarina. La dueña, una mujer robusta y de pelo blanco, pidió como depósito el importe completo del primer día. De un vistazo, Éremos comprobó que aquello reduciría más de lo conveniente su parvo capital. Tras reñido regateo, y aduciendo que se instalaría por varios días, consiguió que la cifra se redujera a la mitad. Subió al cuarto y, sin molestarse en examinarlo, se tumbó boca arriba en la cama, cerró los ojos y se programó para un sueño profundo de dos horas.

Tras el descanso y una rápida ducha salió de nuevo a la calle, nervios y músculos perfectamente afinados. Sentía algunas punzadas de hambre, pero podía aguantar en ayunas hasta el día siguiente sin que ello mermara sus capacidades.

Durante las dos horas siguientes paseó por la ciudad y trató de recoger aquí y allá datos de interés. Sin dinero para soltar lenguas, tenía que limitarse a captar conversaciones al azar, y en ninguno de los lugares que pisó llegó a escuchar nada relacionado con naves interestelares o viajes superlumínicos. El tema que más se repetía era el próximo enfrentamiento entre los equipos de fútbol de Tifeo y Sísifo, una ciudad que, a juzgar por los epítetos que le dedicaban, debía albergar en su seno más vicios y perversiones que Sodoma y Gomorra juntas. Por lo demás, tanto camareros como parroquianos mostraban su antipatía, si no franca hostilidad, cada vez que se hacía evidente que Éremos no iba a consumir nada, lo cual hacía perentoria la necesidad de multiplicar sus fondos.

No necesitó buscar garitos recónditos: el juego era algo abiertamente aprobado en Radamantis y la ciudad de Tifeo disponía de lo que un entusiasta le describió como “el mejor casino del planeta”. Para entonces, Éremos ya se había familiarizado con el trazado de aquella pequeña ciudad y le fue sencillo encontrar la dirección.

El casino era una construcción de formas estrambóticas, levantada con un material que la pintura convertía en indefinible e iluminada con llamativos juegos de láser. A la puerta montaba guardia un hombre grande como un armario y de aspecto brutal. Éremos examinó

apreciativo los trapecios, que amenazaban reventar el cuello de la camisa, y las muñecas, anchas y aplanadas como palas. El gorila le devolvió el examen con ojillos entre estúpidos e inexpresivos, sin decir nada.

-Vengo a jugar -se explicó Éremos, ya que el tipo le cortaba el paso.

-Como todos -repuso el portero, apartándose apenas unos centímetros.

Tras bajar por unas lustrosas escaleras de mármol en las que se habrían estrellado los dientes de más de un cliente borracho, le atendió un joven rubio, de voz cadenciosa y modales agradables. El casino disponía de diversas salas, según el tipo de diversión al que fuese aficionado el cliente. Había apuestas y dinero de por medio, claro estaba, pero también ofrecían otra clase de juegos para gustos más refinados o audaces. Éremos escuchó el tiempo mínimo para parecer un oyente amable y se encaminó a la zona de juegos de azar.

Se encontró bajo una brillante cúpula octogonal, en la que desembocaban otras ocho salas menores. En el centro había una ruleta multiplicable, una simple, un par de mesas de black-jack y un mostrador de bar. En las capillas laterales los clientes se dedicaban al póquer, a diversas variedades de dados, a una curiosa mezcla de dardos y cartas, al gumno y a otros juegos que le eran desconocidos. La sala de gumno, en la que una de las animadoras ya había perdido prácticamente toda la ropa, conectaba con otra de mayor tamaño, casi tan grande como la principal. En ella, un hombre y una mujer, rodeados por curiosos, se enfrentaban manejando dos hologramas de bodakes a escala natural. La estancia estaba en penumbras y el gran cubo de proyección destacaba cegador en el centro. La lucha se libraba con movimientos relampagueantes, casi espasmódicos; cada vez que una de las bestias infligía una herida a otra con espolones o dientes, ambas se retiraban a la posición de salida. Éremos observó que llevaban en el cuello un yugo metálico provisto de luces; debía ser un dispositivo de control. Eso y una mancha de sangre verdosa que salpicó la pared del cubo le revelaron que no estaba ante un holograma, sino ante dos bodakes auténticos separados de los espectadores por tan sólo unas paredes transparentes.

-Va a ganar Thirsa -le informó un espectador voluntarioso-. Es muy rápida.

-¿Se refiere usted al bodak?

-No, hombre, no, a ella -explicó, señalando a la mujer, una atractiva morena de unos treinta y cinco años-. Fíjese cómo ha dado ese golpe.

-No quisiera parecer demasiado insistente, amigo, pero juraría que el golpe lo ha dado el bodak.

El espectador voluntarioso le explicó, con cierta suficiencia que Éremos le disculpó por el interés de la información, que aquellos yugos de control estaban programados para permitir a las bestias moverse tan sólo parte del tiempo, que el jugador debía administrar con sabiduría. Los yugos también las inmovilizaban en cuanto se producía una herida. El resultado era un extraño y salvaje combate de esgrima. Éremos se quedó a presenciar el desenlace, en particular por ver cuántas heridas era capaz de aguantar un bodak antes de morir. Pero aquellas criaturas pertenecían al casino y el dueño, el propio Turco, era muy celoso de su inversión. Cuando la llamada Thirsa puntuó por séptima vez, el combate se interrumpió. El informante de Éremos, siempre voluntarioso, le dijo que esos mismos bodakes estarían listos para pelear de nuevo al día siguiente.

-El Turco les tiene mucho aprecio, sobre todo a uno al que llaman Edu -añadió-. A veces, cuando viene por el casino lo maneja en persona.

-Ah. ¿Y qué tal lo hace?

-Es de los mejores. Siempre apuesto por él.

-¿Y usted nunca ha probado en persona?

-¿Yo? ¡Nunca, por Dios, me parece una barbaridad!

"*Pero no para apostar*", se dijo Éremos. Pensando que tal vez obtendría más datos interesantes de aquel hombre, le invitó a tomar una copa. Se acodaron en la barra principal, un largo mostrador de basalto al estilo Junk: sin pulir, conservando las dentelladas del servocincel, lo que daba un atractivo toque rústico, pero hacía precaria la estabilidad de los vasos si no se buscaba una sección de superficie convenientemente plana y nivelada. El tipo, un tal Gaster, bebía a grandes sorbos su combinado y hablaba a borbotones. Era reportero del

único periódico de la ciudad, El adelantado de Tifeo, lo cual hacía su conversación más prometedora. Pero la información era menos abundante que la opinión, y ninguna de ambas acabó resultando demasiado interesante. Sí, había oído hablar de los tecnos, pero sólo fue capaz de decirle que tenían una supuesta ciudad secreta con su propio espaciopuerto y que se les suponía poseedores de grandes adelantos científicos, buena parte de ellos ilegales en el resto de los sistemas. Pero no podía darle nombres ni localizaciones concretas. Para recibir interpretaciones diversas de lo que ya sabía por Clara Villar, Éremos pensó que no merecía la pena pagar una segunda copa, y ni siquiera el gasto de la primera, un licor local que no le había gustado demasiado. Se disculpó para ir al servicio y dejó a Gaster en la barra.

Paseó de nuevo por entre las mesas de juego, examinando tanto a los jugadores como a los empleados del local. Observó que cada uno de éstos lucía en el dedo corazón de la mano derecha un grueso anillo dorado con una piedra roja encastrada. Recordó que también lo llevaba el matón de la puerta. ¿Un distintivo de la casa, de los hombres del Turco, un comunicador, un arma?

En una de las salas laterales encontró una partida de dados que le pareció apropiada para probar suerte. Se trataba de una variedad del mentiroso, en la que se iba apostando dinero según el número de manos y el valor de la jugada que se pasaba. La última persona que quedaba sin eliminar se quedaba con todas las ganancias. Éremos esperó a que terminara la partida en curso mientras observaba la forma de jugar de los participantes. Eran cuatro hombres, entre ellos un vestigator con el cráneo rapado y una H tatuada en la frente, y una atractiva joven, embutida en un vestido de noche negro. Precisamente era ella quien manejaba la partida, enviando sonrisas, cumplidos y jugadas envenenadas a quien en cada momento le convenía. Terminó ganando y consiguió un bote de tres mil créditos, cinco veces más dinero del que tintineaba en los bolsillos de Éremos.

-¿Les importa que me una a la partida? -preguntó, después de obtener fichas en una máquina que se quedaba con el ocho por ciento de comisión.

-¿Cómo no? -le sonrió la mujer-. Tire un dado para ver dónde le toca sentarse.

Todos repetían, de modo que con Éremos eran seis. Le tocó frente a la mujer, a la derecha del vestigator y a la izquierda de un joven leptosomático de ojos saltones. Se presentó a todos. Ella se llamaba Urania, como la estación de la Honyc. Éremos no creía en los presagios, de modo que se abstuvo de interpretar aquella coincidencia. Mientras transcurrían las primeras manos, en las que se limitó a pasar dados sin tener que mentir demasiado, observó los gestos de Urania y los relacionó con las jugadas en curso. Mientras que el leptosomático de su derecha era un libro abierto, ella disimulaba a la perfección. Además, lograba distraer a todos con sonrisas y halagos repartidos al (aparente) azar. Su rostro era bonito, de rasgos finos, con grandes ojos negros, barbilla afilada y media melena alisada. El vestido era un efímero modelo de aerosol, que se ajustaba como una segunda piel a sus frágiles formas y a sus pechos casi de adolescente. Tan sólo sus manos contrastaban con la delicadeza general: la piel estaba seca, la punta de los dedos era roma y las uñas se veían gastadas.

-Dobles de mesa -le pasó el hombre del anillo.

Éremos, que aún no había perdido ninguna mano, dejó por fuera los dos rojos y tiró el cubilete. Observó la tirada, enarcó las cejas en un gesto de sorpresa contenida, miró fugazmente a Urania para enviarle la jugada, subvocalizó "*al rey, al as, rojos*" para que pudieran leer sus labios y arrastró el cubilete hacia el jugador de su izquierda.

-Póquer de rojos al rey.

Sonrió beatíficamente a Urania, quien le contestó con una inclinación de cabeza. El leptosomático, un hombre indeciso, empezó a sufrir. Parecía obvio que Éremos trataba de enviar un repóquer de rojos a Urania, la rival más peligrosa. Pero era fácil que fuese una trampa. ¿O no? Éremos podía seguir perfectamente sus procesos mentales por la forma en que sus cejas y su nuez subían y bajaban.

Por fin, el joven leptosomático pasó póquer al as. El siguiente jugador, un corpulento mulato, aceptó la tirada sin mirar, en contra de lo que se esperaba Éremos, y pasó repóquer. Urania levantó directamente el cubilete y mostró la verdad: una jota, un negro y un as.

Absolutamente nada. La sonrisa que dedicó a Éremos quería decir: "*Lo sabía desde el principio*." No era extraño: él había actuado para engañar al leptosomñatico de tal manera que Urania se diese cuenta. Ya mentiría mejor más adelante. Lógicamente, sus rivales ignoraban que Éremos podía fingir con la sutileza que le daba el control del ritmo exacto de sus latidos, del color de su piel, de la producción de feromonas, de la dilatación de sus iris, de la horripilación de su vello y de prácticamente cualquier otro síntoma observable de reacciones y estados interiores.

Ayudado por sus dotes de hypokrités y de observador, por los errores de los demás y por un azar más o menos repartido, Éremos se encontró al final de la partida mano a mano con Urania y con dos puntos de ventaja. El problema era que ya no tenía fichas y no podía permitirse el lujo de perder ni una sola vez más. Ella estaba a tres puntos de perder, luego debía clavarle las tres jugadas seguidas para quedarse con el bote. De lo contrario, tendría que abandonar por falta de fondos y volvería a encontrarse sin un crédito. Un desafío interesante, se dijo con una imperceptible sonrisa. Si perdía con Urania, no tendría más remedio que intentar seducirla, robarla o, si las cosas se ponían muy mal, estrangularla en un callejón. Evidentemente, era mejor ganar y evitarse problemas con Lisístrata, aquella sociedad semisecreta que protegía a las mujeres.

-Ful de reyes rojos -le envió ella de salida. Éremos sacudió la cabeza, censurando la jugada, y levantó el cubo. Eran unas dobles parejas. Urania se disculpó encogiendo sus hombros casi huesudos y sin embargo deseables-. Tengo que arriesgar: voy perdiendo.

-El riesgo es la sal de la vida y del juego. -"*Los ojos te brillan un poco más cuando mientes, amiga*", añadió Éremos para sí.

Siguió observando a Urania con la atención y frialdad con que el médico puede estudiar un radiohologrma. Mentía bien, pero siempre había alguna señal sutil que la delataba, y además su escrutinio la estaba poniendo nerviosa. Éremos ganó las dos jugadas siguientes levantando el cubilete y poniendo en evidencia los faroles de la mujer. Ahora, ella se hallaba al borde de perder, pero él no podía poner una ficha más, de modo que estaban igualados.

Éremos recibió dos rojos por fuera y aceptó un trío. No lo había. Tiró los tres dados de dentro y miró: dos negros y una jota. Tenía que mentir forzosamente para superar la jugada. ¿Un trío superior? Decidió jugar fuerte: una gran mentira se parece más a la verdad. Sacó los dos negros por fuera, sonrió con aplomo y le pasó el cubilete a Urania.

-Ful de rojos-negros.

Ella enarcó una ceja, dibujando una curva tan grácil como el ala de un ave en vuelo.

-¿Rojos-negros? ¿Y no negros-rojos?

Éremos sacudió la cabeza y aprovechó que Urania tenía los ojos puestos en él para componer una mirada de depredador, la misma que solía ocultar para que sus víctimas no se alarmaran. Retuvo sus flujos de adrenalina, enlenteció sus latidos, enfrió su piel y parpadeó muy despacio, con la indolencia de una bestia adormilada que amenaza saltar sobre quien perturbe su descanso.

No podía saber si funcionaría. Pero funcionó, y Urania aceptó el cubilete. Al comprobar que había sido engañada, hizo un mohín de disgusto y luego sonrió. Era una jugadora nata. Dejó los dos rojos fuera y tiró los otros tres.

-Póquer de rojos al rey -le pasó, con una sonrisa victoriosa. La lástima era que le brillaban los ojos, que había elevado las comisuras de la boca un poco más de la cuenta y que el dedo meñique de su mano izquierda, apoyada sobre el tapete, la había traicionado con un levísimo movimiento. Éremos la animó con un gesto a que ella misma levantara el cubilete. Urania descubrió un ful de rojos y negros: la suerte se había burlado de ella en la última mano.

Éremos recogió sus ganancias, cuatro mil doscientos créditos. No estaba mal para empezar, pero seguir con aquel juego sólo acrecentaría su capital en progresión aritmética y necesitaba todo el dinero posible.

Se despidió de los demás, que protestaron tímidamente; en realidad, parecían aliviados de librarse de él.

Con aquel dinero ya podía sentarse en una mesa de póquer. La ruleta era para los verdaderos jugadores: él sólo pretendía ganar dinero. Antes, se pidió una copa. Sí, le informó el camarero, tenían bebidas de importación. Éremos eligió un bourbon: en realidad, era sintético, pero el sabor y el aroma estaban tan logrados que lo perdonó. Mientras se acercaba con el vaso en la mano a una de las mesas de póquer casi tropezó con Gaster, que venía furioso de perder su dinero en algún otro lugar del casino.

-Discúlpeme, pero al salir del servicio me liaron en una partida y... Espero que no haya pagado las copas.

-Sí, pero no tiene importancia. Con lo que acabo de perder, me da igual. Mi mujer me va a matar. ¡Hasta otro día!

Libre de la pérdida de tiempo que habría supuesto corresponder a la invitación, Éremos siguió hacia la sala de póquer.

Casi sin que reparara en ello, el casino se había ido llenando de gente y ahora estaba atestado. Mientras se abría paso, reparó en una presencia a su espalda y se dio la vuelta. Era Urania, con una mano en alto, sorprendida a medio ademán de tocar su hombro para llamarle la atención.

-Vaya, ¿tiene usted ojos en la nuca?

-Cuando se trata con mujeres tan atractivas, dos ojos son pocos.

-Es usted muy cumplido. ¿Siempre despluma a sus víctimas con tanta amabilidad?

Éremos sintió un déjá vu. Una mujer le había dicho algo así en el pasado. Una consejera de la Honyc que filtraba datos a la Tyrsenus. De haber tenido tratos con cualquier otra compañía, el castigo habría sido el ostracismo en alguno de los asteroides externos, como Héctor o Camila. Pero cometer traición con el enemigo más odiado era un crimen imperdonable. *"¿Siempre tratas a tus víctimas con tanta amabilidad?"* Cuando dijo victima, ella había supuesto que lo sería de su seducción, no de sus manos. A la vez que estrangulaba a la consejera, Éremos explicó por qué lo hacía. Aquella crueldad no se compaginaba con su forma habitual de actuar, pero las órdenes habían sido muy precisas.

La evocación había durado tal vez dos segundos. Urania le observaba con los labios entreabiertos, aguardando a que dijera algo. Tenía los dientes muy blancos, levemente desiguales. Veinte años antes se los habría hecho arreglar, pero éstos eran tiempos más interesantes.

-No creo que sea usted un ave tan fácil de desplumar, señorita. ¿Me permite que la invite a una copa con su dinero?

-¿Y cómo sabrá que es con mi dinero y no con el de alguno de los otros pardillos?

Éremos sacó de su bolsillo una ficha verde y fingió olerla.

-Porque aún conserva su perfume. Por cierto, no lo conozco -añadió, curioso.

-¿Le gusta?

Éremos se acercó al cuello de Urania y olfateó desde una distancia que guardaba el equilibrio entre la osadía y la compostura.

-Intenso... y seductor.

-Entonces no le diré cuál es.

-¿Por qué?

-No me fío de los hombres. Sería capaz de regalárselo a otra mujer.

-Jamás haría algo así.

-Seguro. Bueno, gástese esa ficha tan perfumada.

Fueron a una barra más recogida y Éremos pidió para Urania un licor extraído de una mezcla de plantas locales. Mientras ella cogía el vaso le observó las manos. En sí no eran feas, pero estaban estropeadas, como si trabajara con motores o en algo similar. No se la acababa de imaginar con un mono de mecánico, pero a buen seguro lo llevaría con elegancia.

-¿Qué mira con tanta atención? ¿No le gustan mis manos?

-No, de ninguna manera, no es eso...

-No disimule. Tengo unas manos horribles. ¿Para qué negarlo ?

-En realidad, había observado que no lleva usted anillos. Ni siquiera ése que parece tan de moda en este local...

-¿Acaso me ha visto cara de ser lacaya del Turco?

-No tiene usted cara de ser lacaya de nadie. Pero ¿qué tiene eso que ver?

-Toda su gente lo lleva.

-Una especie de marca de posesión...

-Algo más. Es un escudo protector. Crea una onda sólida de corta duración que puede desviar cualquier proyectil... Bueno, me imagino que no servirá contra un misil nuclear o una descarga de plasma, claro.

Éremos se fijó en el anillo del camarero que los había atendido. Un juguete que en su época era desconocido. Podía buscarse uno, pero tal vez era demasiado ostensible.

-De modo que no trabaja para el Turco. ¿Puedo preguntarle a qué se dedica, si no es indiscreción?

-Puede usted preguntármelo -respondió Urania con una deliciosa sonrisa de picardía-. Pero no pienso contestarle.

-Ajá. Una dama misteriosa...

-Una mujer siempre debe guardar algún secreto. Si no, está perdida.

-Realmente, tiene usted aspecto de joven indefensa.

-Siempre me lo han dicho. Por eso me encanta que me protejan.

Urania hablaba en tono insinuante, pero guardaba la distancia con el antebrazo extendido en la barra.

-Me temo que no podría protegerla demasiado. Soy nuevo aquí.

-Pues se maneja con mucho aplomo. ¿Nuevo en esta ciudad, o... ?

-En este planeta -confesó-. Aún no estoy muy enterado de nada. Creo que me pierdo el sentido de la mitad de las conversaciones. Por ejemplo, antes de llegar he oído por la calle algo que me ha llamado la atención, como de... -Compuso un gesto de perplejidad-. No sé, se referían a algo que cayó del cielo.

El brillo en los ojos de Urania reveló que su disparo al azar se había acercado a algún blanco.

-En este sistema hay muchos cometas y fragmentos en órbitas bastante peligrosas -explicó-. Pero existe un sistema de intercepción. Es imposible que llegue a la superficie nada mayor que un puño.

-Y sin embargo... -aventuró Éremos.

-Sí, ya sé que la explosión de ayer se escuchó en todo el Tártaro. -*"¡Bingo!",* se felicitó Éremos. Urania daba por sentado que él también había oído esa explosión. Al parecer, no sospechaba que fuese tan recién llegado-. Sin embargo, no creo que haya sido un meteorito. Podría tratarse de un accidente en una de las térmicas.

Éremos entrecerró los ojos. Aquél era un dato nuevo y desconcertante. La explosión de la que hablaba Urania no podía estar relacionada con llegada de la nave Tritónide, puesto que ésta debía haber caído en el planeta al menos una semana atrás. Y sin embargo, acaso fuese una pista.

-He estado hablando con un periodista y no me ha comentado nada.

-¿Con un periodista? No se referirá a Gaster, que andaba merodeando por aquí...

-Sí, creo que se llamaba así.

-No me extraña que no le comentase nada. Su periódico es muy malo, pero hasta resulta bueno para él. No es que llegue tarde a la noticia, es que ni siquiera se acerca.

Éremos siguió tanteando:

-Pues yo no creo que haya sido en las térmicas. Eso se habría sabido.

-¿Por qué? La número 5 está muy apartada. Aunque hubiese volado entera no se vería desde aquí, ni desde Eurílo... Como mucho, se habrían enterado en Cerbero o Dánae, y están lo bastante lejos para que aún no haya llegado el rumor.

-El rumor no, pero la noticia...

Urania negó con la cabeza y chasqueó la lengua.

-Es difícil que llegue, aunque no todos los periodistas sean tan ineptos como Gaster. -Se acercó un poco más y le miró con aire confidencial-. Sé que se ha prohibido hablar de ese

asunto en cualquiera de los medios. Ni mencionarlo, aunque todo aquel que no estuviera sordo pudo enterarse perfectamente.

-¿Quién lo ha prohibido?

Ella se encogió de hombros.

-Los de arriba, ya se sabe. La Comisión, los burgraves... o todos al alimón.

Éremos se dio cuenta de que ella sabía más de lo que decía. Como casi todos los humanos, Urania tenía tendencia a presumir de informada y, por tanto, a hablar un poco más de la cuenta, pero era evidente que callaba algunas cosas.

-Todo el mundo tiene su teoría sobre la explosión, supongo. Usted parece bastante más despierta que ese Gaster. Algo me dice que no está muy convencida de que haya sido en una térmica.

Urania soltó una carcajada cristalina y se puso una mano sobre el pecho.

-¿Yo? ¿Quién soy yo para estar convencida o dejar de estarlo? -Apuró su licor de un trago y miró el vaso de Éremos-. Ahora me toca a mí invitarle.

-No es necesario.

-Evidentemente no lo es. Pero aun así quiero invitarle.

Éremos reflexionó unos segundos. De Urania podría obtener más datos, pero no en aquel momento ni en aquel lugar, y menos si le veía ávido de información. Parecía interesada en él: eso podía aprovecharse.

-Podríamos tomar una copa en otro lado, pero antes... Pensaba jugar unas manos al póquer.

Urania enarcó una ceja y tamborileó con los dedos en la barra. Habían cambiado la música y ahora sonaba una canción que Éremos conocía y que estaba de moda. Que había estado de moda veinte años atrás, se corrigió.

-¿Es usted un jugador empedernido y necesita su dosis diaria, o algo así?

-No, pero me temo que sí que necesito una inyección de créditos. Debería desplumar aves más suculentas... Me refiero a lo económico, por supuesto. ¿ Le parece bien dentro de una hora, en la salida?

-Cuánto lo siento, pero creo que ya me habré retirado. En fin, otro día será, señor...

-Crimson.

-Eso es, Crimson. Nos veremos. -Urania sonreía, pero le era difícil esconder que se sentía ofendida.

-Así lo espero.

Éremos volvió a tomar el camino hacia la sala de póquer, pensando si se habría equivocado. Pero necesitaba muchos más créditos para comprar armas e información, incluso para responder de su deuda con Schmelz si era necesario. La experiencia le había enseñado que sus implantes y sus mejoras genéticas no eran una herramienta tan efectiva como unos fondos bien surtidos. "*Poderoso caballero es don Dinero...* ", tarareó para sí.

Al menos Urania le había señalado un sendero por el que empezar a indagar. El hecho de que los de arriba, fuesen quienes fuesen (¿los tecnos?), hubieran dictado secreto sobre aquella explosión era muy revelador. Ahora estaba casi seguro de que tenía que ver con la nave Tritónide. Esperaba que no la hubiesen hecho estallar intentando manipularla; aunque eso significara un final mucho más sencillo para su misión, tenía tanta curiosidad por averiguar el misterio de su propulsión como sus propios patrones de la Honyc.

En la partida de póquer no anduvo con miramientos. Las cartas las repartía un empleado del casino, lo cual le privaba de la posibilidad de hacer trampas; con todo, tras diez minutos de tanteo empezó a ganar sistemáticamente. Pasada una hora tenía ya fichas por valor de sesenta mil créditos y estaba pensando en retirarse cuando se desató un tumulto en la sala contigua, donde apostaban al gumno. Uno de los participantes, un joven rubio, había sacado un cuchillo y amenazaba al crupier de su mesa, mientras el resto de los jugadores se apartaban y las dos animadoras se retiraban despavoridas, tapando sus desnudeces con las ropas que se habían quitado. Éremos recogió sus fichas por lo que pudiera suceder y se levantó para ver mejor. Los matones del local no tardaron en acudir con bastones neurónicos y le obligaron a soltar el cuchillo. El gorila que vigilaba la puerta apareció medio minuto después,

empequeñeciendo a todos. Con una zarpa capaz de desmenuzar el granito cogió al joven rubio por el codo y lo sacó de allí.

Éremos se despidió de sus compañeros de partida, que ya reanudaban el juego, y se dirigió a la caja central a cambiar sus fichas. La mujer que atendía tras el cristal estaba comentando algo con un compañero ocioso. Éremos aguzó el oído y descubrió que hablaban de la pelea que acababa de presenciar. Al parecer, el alborotador era un hombre de Maldini y había tenido la desfachatez de plantarse en el casino y además organizar camorra. Por la conversación que había tenido con Clara Villar, Éremos recordaba que Maldini era un lugarteniente del Turco que en los últimos tiempos intentaba emanciparse de él.

-Aquí tiene. Felicidades, señor: no ha sido mala noche, ¿verdad?

-Gracias. He de reconocer que no me puedo quejar.

Se dio la vuelta y fingió contar el dinero para seguir escuchando. La cajera sofocó una exclamación de horror. El hombre había mencionado a un bodak y al hombre de Maldini. Sospechando lo que iba a ocurrir, Éremos decidió curiosear por la sala en que había visto luchar a las dos bestias. El rumor debía de haber corrido rápido, porque la encontró ya abarrotada. Se podía olfatear la excitación; imaginó que en los anfiteatros romanos la plebe sedienta de sangre habría exudado feromonas similares.

Los focos del techo iluminaron el gran cubo de cristal que hacía las veces de arena. En una esquina se encontraba un bodak, sin yugo de control, inmóvil por el momento, una horrible gárgola de piedra. En la otra, pegado a la pared para apartarse lo más posible de la bestia, estaba el joven rubio que había organizado la reyerta. Éremos pensó que la guerra entre el Turco y Maldini debía estar llegando muy lejos para que tomaran una medida que, como poco, cabría calificar de drástica. No era muy lógico suponer que todas las riñas del casino se solventaran de aquella manera.

La música cesó, sustituida por una voz masculina con acento americano y empastada como la de un locutor de radio.

-El señor Brotan se encuentra en un apuro, vaya que sí. ¡Les puedo jurar que no me gustaría estar ahí encerrado ni siquiera con un cachorro de bodak! -Hubo risas, aclamaciones, y también algunas protestas y voces de conmiseración. Pero nadie dejaba de mirar, y hasta en los más compasivos había una morbosa expectación-. Por suerte para él, nuestro amigo Deuces se ha acordado de rociarle con ese repelente que tan poco.. les gusta a los bodakes. El problema es que de lo que no se acuerda es de qué proporción ha echado en la mezcla. Puede que surta efecto dos minutos, cinco minutos, diez, el resto de la noche... ¿ Quién lo sabe? Tranquilo, señor Brotan: a lo mejor está usted a salvo más tiempo del que cree. -Una voz ronca hizo algún comentario sobre la suciedad en los pantalones de Brotan, al que siguió un estallido de risas-. Pueden ustedes hacer apuestas sobre el tiempo que tardará Edu, nuestra mascota, en sentir curiosidad por el señor Brotan. ¡Para que vean que jugamos limpio, si el repelente hace efecto más de quince minutos, dejaremos a nuestro casi voluntario colaborador que se despida de Edu sin tener que invitarle a comer! -Nuevas carcajadas-. Si quieren apostar, Freddy les tomará nota. ¡Hagan juego!

Mientras sonaba una fanfarria metálica, destinada a animar a los apostantes, el tal Freddy, un hombrecillo canoso que iba de un lado a otro con andar anadeante, se paseó entre los clientes para anotar las apuestas. Éremos no tenía un gusto especial por los espectáculos sangrientos, pero decidió aguardar, curioso por ver cómo actuaba el bodak ante un ser humano. No era absolutamente imposible que él mismo llegase a tener problemas con alguna de aquellas criaturas y prefería estar prevenido.

Era difícil decidir quién estaba más petrificado, si el bodak o Brotan. Pero los tres ojos de la criatura apuntaban en direcciones diversas, sin fijarse en ningún punto en particular, mientras que los del humano no se apartaban de su inminente verdugo. Los minutos goteaban como resina, y había espectadores que se impacientaban y otros que, más sensibles, alentaban al prisionero.

-¡Al señor Brotan le queda un minuto! Los que hayan apostado a su favor pueden estar contentos. Creemos que lo conseguirá, lo conseguirá...

Cuando las tres antenas del bodak se orientaron hacia delante, se hizo un silencio sepulcral. Pero sólo duró unos segundos, pues el prisionero, cubriéndose el rostro con las manos, empezó a aullar y a estremecerse. La bestia se incorporó, entreabrió la boca y profirió aquel chirrido infernal que Éremos había escuchado por la mañana. Con un solo impulso de sus poderosas patas, el bodak saltó los diez metros que le separaban del humano. Sus espolones cayeron en vertical sobre Brotan; uno le taladró el pecho y el otro, traspasando el brazo que intentaba en vano proteger el cuerpo, se clavó en su abdomen. El chillido de dolor de la víctima se confundió con el grito entreverado de pavor y excitación que brotaba de las gargantas del público. El bodak cerró sus fauces sobre la cabeza de Brotan y se la arrancó de cuajo. Mientras la sangre brotaba a chorros del cuello cercenado y la bestia trituraba entre las mandíbulas los huesos del cráneo, las luces del cubo se fundieron poco a poco.

-¡Lástima, señoras y señores! Parecía que el señor Brotan lo iba a conseguir, pero le faltó un poco de tiempo. O mejor habría que decir que le sobró. ¡Los ganadores pueden recoger sus apuestas!

Pese a lo que pudiera parecer, aquel espectáculo no debía de ser tan frecuente, ya que los comentarios y la excitación siguieron durante al menos quince minutos antes de que los jugadores se reinstalaran en sus mesas. Éremos curioseó un rato más entre las mesas y por las barras para ver si encontraba de nuevo a la joven Urania, pero su oportunidad había pasado, al menos por aquella noche. Con los bolsillos bien cargados, emprendió el camino de vuelta a su hotel.

-El intruso ya ha llegado.

Los dedos de campesina de Anne Harris tabalearon sobre la mesa de su despacho. A nadie le permitía fumar en él, pero Jaume era una excepción. Después de todo, un anciano de más de ochenta años tenía derecho a que se le consintieran sus manías. Ella esperaba que, si algún día llegaba a esa edad, los demás la trataran con esa misma deferencia.

-Ya te lo dije, Anne. Resultaba increíble que la Honyc lo hubiera eliminado.

Jaume hablaba con la misma vivacidad con la que miraban sus ojillos socarrones y descreídos. Sólo las manchas hepáticas de su piel delataban su verdadera edad.

-Ya, demasiada inversión para tirarla al vertedero. Tú sabes bien de esas cosas. Pero no pensé que acertarías cuando previste que lo enviarían a Radam. Y ahora, ¿qué hacemos? Por mí, haría que lo eliminasen ahora mismo.

-¿Qué prisa tienes? No le será tan fácil llegar hasta nosotros. De momento no corremos más peligro. Al fin y al cabo, ya estamos sobre el filo de la navaja. El plazo es muy breve.

-Por eso mismo no me parece conveniente añadir complicaciones a las que ya tenemos. Entiendo que sientas admiración por esa abominación, pero...

-Abominación o maravilla, según lo quieras entender. Pero insisto en que no debes tener prisa. Tal vez Éremos podría sernos útil. Es muy inteligente.

-Si hay algo que no falta aquí es inteligencia.

-Puede que no, pero un toque de humildad tampoco nos vendría mal. Hasta ahora lo único que se ha conseguido es enviar una ciudad con todos sus pobladores a la nada, o a algo peor. Toda ayuda podría ser buena, Anne. Incluso la de lo que tú consideras una abominación.

-Suelo confiar en tu sentido común, Jaume, pero me pone los pelos de punta lo que sé de ese hombre... por llamarlo de alguna manera. Si se nos escapa de control...

-No te preocupes tanto. Jugamos con ventaja: lo sabemos todo sobre él, mientras que él lo ignora todo de nosotros. Si lo que quieres es mi consejo, limítate a vigilarlo y a no hacer nada por el momento.

Anne resopló para apartarse un mechón canoso que le caía sobre los ojos. Frustrada, acabó por recogerlo con la mano.

-Por el momento te haré caso, y no diré nada a los tyrsenios. Pero no creo que tarden en enterarse, si es que no lo saben ya, y a ellos no voy a poder convencerles de que no eliminen a Éremos. Tu... maravilla... estará sola contra ellos.

-Siempre lo ha estado. Por eso le dimos ese nombre.

24 De Noviembre

Estaba en un inmenso pozo cuyas paredes broncíneas quedaban tan lejanas que a ellas apenas llegaba la vista enceguecida por las tinieblas. Nueve días y nueve noches de caída lo separaban de su fondo. Sobre su cabeza lucían con tristeza mortecinas constelaciones, y por la boca del abismo surgían las formidables raíces de la anchurosa tierra y del mar estéril. Su alma, un pajarraco gris cubierto de ralo plumón, se emperchaba en un tronco nudoso que cruzaba las sombras tendiendo un puente entre las nadas. Había estado solo, pero ya no era así. Hacia él venían en cadencioso desfile tres figuras envueltas en túnicas negras. Sus cabellos eran hirvientes marañas de víboras, y en las manos descarnadas portaban antorchas de resina. Exhalaban un aliento emponzoñado de azufre y su roja mirada abría úlceras en la carne. Le dijeron sus nombres: Alecto, Tisífone y Megera. Supo que aquellas criaturas espantosas eran sus hijas, nacidas de la sangre derramada por sus manos, y que serían sus compañeras por el resto de la eternidad y le recordarían sus crímenes hasta después de que se hubiese extinguido la última estrella en el confín más apartado del universo.

Despertó empapado en sudor. Alguien llamaba a la puerta de madera con toques descarnados. Se sintió confuso unos segundos, hasta recordar que se encontraba en otro tiempo y en otro planeta.

Consultó su reloj interno: eran las once y veinte locales, en aquellas horas que duraban setenta minutos.

-Abajo preguntan por usted -le informó la voz apática del portero que le había recibido por la noche.

-¿Quién me busca?

-Eso no es asunto mío.

Problemas, interpretó. ¿Tan pronto? Barajó la idea de saltar por la ventana, pero huir del posible peligro era también perder posible información.

-Cinco minutos, por favor.

Mientras se aseaba en el servicio anejo a la habitación hizo memoria del nuevo sueño. Alecto, Tisifone y Megera, recitó: las tres Erinias, las criaturas monstruosas nacidas de la sangre que derramara el miembro castrado de Urano cuando su propio hijo Cronos atentó contra él con una hoz de pedernal, en el principio de todos los tiempos. Conocidas por los romanos como las Furias, encargadas de castigar con la locura a quienes manchaban sus manos con crímenes de sangre.

¿Qué dios le enviaba aquellos sueños? ¿Lo hacía por la engañosa puerta de marfil o por la de oro veraz? Los ojos que le observaban al otro lado del espejo se veían tan grises y fríos como siempre, sin ningún paño de culpa, ajenos incluso para su propio dueño. Pero mientras estaba en aquella sima, el Tártaro literario del poeta Hesíodo, había sentido opresión en el abdomen y estrechez en la garganta, síntomas de la sensación conocida como angustia. ¿Estaba ante los pródromos de una enfermedad moral? ¿Intentaban poseerlo las emociones humanas durante sus sueños, cuando más inerme estaba?

“Yo no soy un hombre”, se repitió. Era un poco más y mucho menos. A menudo se había visto a sí mismo como animal de presa al que sus creadores habían dotado de inteligencia; como máquina de matar; como Átropos, la Parca que corta el hilo de la vida por donde su hermana Láquesis le ordena. En suma, un esclavo del poder. Ni las bestias, ni las m quinas, ni las Parcas, ni los siervos tienen moral, porque no pueden elegir entre el bien y el mal ni por tanto responder de ellos. Sólo hay una ética, la del más fuerte. El se limitaba a reconocer el poder donde estaba y a doblarse como una caña en el vendaval.

Sólo tienen moral los hombres en la sociedad. Y él no pertenecía a ningún tiempo ni lugar. Ni siquiera pertenecía al rostro recién afeitado que le miraba desde el otro lado. Cerró la puerta a aquellos pensamientos, se vistió y bajó las escaleras con su paso silencioso e ingrávido.

En la recepción le aguardaban cuatro hombres ataviados con ropas que revelaban cierta pretensión de uniformidad. Bajo la chaqueta del primero asomaba la culata plateada de una pistola, mientras que otro blandía un bastón neurónico al que, por el aspecto desgastado de su empuñadura, debía de haber dado mucho uso. También estaba el gorila que guardaba la puerta del casino la noche anterior, ya bastante armado con su hercúlea musculatura. Por último, el cuarto, un japonés de edad indefinible, llevaba ceñida una katana que acariciaba a ratos con un aire tan ceremonial como si de un momento a otro se dispusiera a hacerse el seppuku. Como los antiguos Argonautas, cada uno parecía especialista en un tipo de lucha diferente; pero todos llevaban el anillo escudo que distinguía a los hombres del Turco.

-Buenos días -saludó sin comprometerse.

El japonés le miró con severidad y silabeó:

-El señor Rye quiere verte.

-En ese caso, les acompañaré.

-Eso no lo dudes -recalcó el gigante. Éremos evaluó con gesto apreciativo el diámetro de su cuello bovino y asintió.

Salieron a la calle, donde los aguardaba un coche plateado y recargado de adornos, que proclamaban para todo el que quisiera darse cuenta que el Turco era la autoridad suprema en

la ciudad de Tifeo. Le hicieron sentarse detrás, entre el gigante y el matón del bastón neurónico. La conductora, una atractiva mulata que era toda ojos y dientes blancos, le examinó un instante por la retropantalla y después se lanzó a las calles, maniobrando a velocidades desaforadas y apartando con indignados toques de claxon a los vehículos que se cruzaban en su camino. A pesar de los salvajes bandazos que daban en cada cruce y esquina, Éremos logró memorizar el camino y lo situó en el mapa de la ciudad que estaba empezando a dibujar en su mente.

Llegaron ante una casa de tres pisos, enjalbegada y rematada con dos discretos minaretes. Estaba rodeada por una tapia de ladrillo de unos tres metros, defendida en la parte superior con cristales que asomaban con la anarquía de los dientes de un anciano. El coche pasó por una verja que vigilaban dos matones acorazados y un bodak provisto de yugo de control, y aparcó en un patio de tierra junto a la puerta principal. Mientras lo cruzaban, Éremos examinó el jardín y los cuidados arriates que corrían junto a las paredes. Disimuladas entre las hojas contó dos cámaras de vídeo, aunque supuso que habría más.

Le condujeron a un despacho con ventanas de tornasol, que en aquellos momentos filtraban un suave baño de ámbar, y le hicieron sentarse ante una mesa tallada en madera verdosa de gruesos nudos. Un sillón de cuero presidía la estancia, vacío como una boca interrumpida a mitad de la frase. Sus escoltas se quedaron detrás de él.

Pasó casi una hora, en la que Éremos apenas movió una pestaña. Por los movimientos y respiraciones que captaba a su espalda, se dio cuenta de que eran los matones quienes empezaban a ponerse nerviosos. Por fin se abrió la puerta y entró alguien que pisaba con la ambigüedad de un felino. El recién llegado entró en el campo visual de Éremos y ocupó su sillón.

Cassius Rye, el Turco, era un hombre de mediana estatura, con una calva atezada y bruñida y un bigote tan fieramente negro como los ojos que examinaban a Éremos. Tenía cierto aspecto de corsario berberisco, lo cual explicaba su apodo. Estaba masticando granos de una planta aromática, cuyo olor similar al del café recordó a Éremos que no había desayunado. Con una mano cuidada y de dedos aguzados, el Turco se acarició el mentón y esbozó una sonrisa, que no tardó en borrársele al darse cuenta de que era incapaz de aguantar la mirada de su prisionero.

-¿Cuál es su nombre? -preguntó con el tono neutral del juez que había sido.

-Jonás Crimson.

-¿Qué hace en Radamantis?

-Se me acusa del asesinato de mi esposa.

-¿Se le acusa? ¿Quiere decir que no lo cometió?

-Nuestra relación no era perfecta, pero jamás hubiera tomado una medida tan drástica.

El Turco soltó una seca carcajada.

-Si alguien matara a mi mujer, lo enviaría a Síbaris a pensión completa por cinco cones. ¡Que no se entere ella! -Cambió súbitamente de tono y añadió-: ¿Cuándo llegó a Radam?

-Ayer.

Rye entrelazó sus dedos sobre la mesa y estrechó los párpados, gesto que hacía aún más opaca su mirada.

-Hasta ahí dice la verdad. Espero, por su bien, que siga así. Creo que se las arregló para convencer a Schmelz de que era más conveniente soltarlo en Tifeo que llevarlo a las térmicas, como se hace con todos los recién llegados.

-Más o menos fue así.

-Luego le sacó dinero a una maestra. No sé cómo se las apañó, pero se ve que es usted una persona muy convincente.

Éremos hizo un movimiento casi imperceptible con las cejas, el nanoequivalente de un encogimiento de hombros.

-Desde la antigua Grecia se ha considerado el de la persuasión como un arte noble.

-¿Y cuando estuvo anoche en mi casino también persuadió a todos para que le dejaran ganar?

-Eso ya no me hubiera parecido ético. Pero la fortuna estuvo de mi parte.

-Ya, la fortuna... -El Turco cruzó los dedos sobre la mesa y se retrepó en el sillón antes de proseguir-. Le voy a explicar algo, señor Crimson: Aunque fuera de este planeta haya gente que crea que vivimos en una especie de jaula de lobos o de perros de presa, en Radam existe una sociedad con sus reglas y convenciones. Incluso podríamos decir que, aunque sean recientes, tenemos hasta nuestras tradiciones. -El Turco adelantó la cabeza y miró a Éremos con expresión didáctica-. Una sociedad sin raíces a las que aferrarse se desintegra enseguida, ¿me sigue?

-De cerca.

-En Radam recibimos un flujo continuo de nuevos inmigrantes, que representan un porcentaje muy alto para nuestra población. La única manera en que podemos resistir el choque de... humm... digamos novedad, es hacernos aún más rígidos en nuestras normas.

Éremos asintió con aire grave.

-Me parece del todo razonable.

-¿Sí? Me alegro de que lo comprenda. Pero no puedo sentirme satisfecho con su actitud. Usted empezó a saltarse normas en cuanto los policías del GNU lo dejaron de la mano. Todos los recién llegados, todos, y eso me afectó a mí en su día, sirven tres meses en las térmicas para ganarse el respeto del resto de la sociedad. No es algo que se considere ofensivo ni servil: el que sale de las térmicas es recibido con los brazos abiertos entre nosotros, porque ha cumplido una tarea penosa pero necesaria para los demás.

Éremos estuvo a punto de decir que se sentía conmovido, pero, aunque el Turco parecía aficionado a usar la ironía, ignoraba qué tal apreciaría la ajena.

-Lamento haber incumplido un precepto. Creí entender que se trataba simplemente de un contrato, así que propuse al señor Schmelz otro más ventajoso para ambas partes.

-Schmelz tiene el cerebro en el culo. -Rye, cuya dicción revelaba por otra parte una esmerada educación, se regodeó recalcando la obscenidad de la última palabra-. Hay quien pierde el seso en cuanto ve un puñado de créditos delante de los ojos. Aunque usted fuera capaz de cumplir ese convenio con él, imagínese lo que pasaría si cundiera el ejemplo entre todos los recién llegados. El amigo Schmelz ya tendrá tiempo de compensar su error. En cuanto a usted, le diré cuál es el primer precepto que ha infringido: cuando alguien llega nuevo a un sitio, no intenta pasarse de listo. Hay que ser más humilde, señor Crimson.

-Trataré de tenerlo en cuenta. Pero, si me permite, debo decirle que mi error es disculpable precisamente por ser un recién llegado que aún ignoraba sus... tradiciones.

El Turco sacudió la cabeza, con la sonrisa satisfecha del maestro que ha pillado en un renuncio al empollón de la clase.

-No sé si lo sabrá, pero fui juez antes de venir a Radam y condené a más de un pícaro que alegaba lo mismo que usted. Dice un viejo precepto legal que la ignorancia de la ley no exime de su cumplimiento. O, por usar otro tipo de expresión, si no quieres que te ataquen desde el Nahb, mantén tus cuatro ojos abiertos. Usted ha llegado ayer y se las ha arreglado para librarse de las térmicas, conseguir dinero y ropas y enterarse de quién soy yo. Supongo que, si le hubiéramos dejado solo, no habría tardado en llegar aquí por sus propios medios.

-Tal vez -reconoció Éremos.

-Comprenderá que alguien tan rápido es un peligro.

-¿No les gusta la gente con iniciativa?

-Nada en exceso, señor Crimson. -Un precepto muy apolíneo para un hombre muy dionisíaco, se dijo Éremos-. Hasta una sobredosis de iniciativa puede ser perjudicial. En Radam la situación se mantiene en un precario equilibrio, y debemos velar para que siga así. Usted es tal vez sólo una piedrecilla, pero demasiado pesada para la balanza.

De pronto pareció perder interés en él. Volvió a repantigarse en el sillón, se pasó la mano por la calva con el mimo de quien lustra la plata y con un gesto de la otra mano indicó a los matones que lo sacaran de allí. Éremos, obligado a ponerse en pie por la rocosa zarpa del gigante, estudió la situación. Aunque aquellos cuatro parecían tipos peligrosos, probablemente criminales de la peor ralea antes de llegar a Radamantis, tal vez si aguardaba el momento propicio conseguiría escabullirse de ellos. Sin embargo, le repugnaba de alguna manera. En su

interior se restaba un punto de habilidad cada vez que recurría a la violencia física existiendo otras opciones. Eso sin contar con que un error de cálculo le hiciera apartarse demasiado tarde de la trayectoria de una bala.

Cuando iba a salir, recordó una expresión del Turco. *"Si no quieres que te ataquen desde el Nahb..."* Aquél era un dicho del kraul, un juego para el que pocos cerebros estaban capacitados, y cuyos aficionados se reconocían y apreciaban entre sí como iniciados de una secta.

-¿Es usted jugador, señor Rye? -preguntó, volviéndose pese a la oposición del gigante que lo sujetaba por el codo. El Turco indicó a sus hombres que esperaran y preguntó con la expresión del gato que tiene atrapado al ratón entre sus garras:

-No me diga que quiere jugarse su vida a las cartas. Ya me he enterado de que anoche ganó unos cuantos créditos al póquer.

-El póquer es un juego divertido y tiene su interés, pero en él el azar interviene demasiado para mi gusto. Siempre he preferido los juegos intelectuales, como el ajedrez, el kraul...

El Turco pareció súbitamente interesado. Con la mano derecha -sus manos eran augures de sus palabras y nunca reposaban- le indicó que volviera a acercase a la mesa.

-¿Sabe usted jugar al kraul?

-Digamos que me defiendo bien en el Tard, la Gashe y el Sindo, y que de vez en cuando hago incursiones por el Nahb.

Aquél era un nivel de juego apreciable, que sin duda despertaría la curiosidad del Turco. Había pocas personas que supieran manejarse en el Sindo, la tercera dimensión, y muchas menos que se movieran con un mínimo de garantías por la cuarta, el Nahb. Un jugador de este grupo selecto no podía renunciar a enfrentarse con otro.

-Es una lástima que ya no tenga tiempo para dedicarle, señor Crimson. Hubiera sido un placer jugar a esa delicia de la razón.

Éremos interpretó que la sonrisa del Turco era de complicidad; aunque ya se había dado cuenta de que estaba ante una personalidad mercurial y veleidosa y de que debía tantear cada pisada.

-Coincido en que es una verdadera lástima, porque mi último deseo sería jugar una partida de kraul.

-¿Su último deseo? ¡Qué dramático, señor Crimson! ¿Alguien le ha dicho que iba usted a morir?

-Mi condición humana. Todos estamos destinados a morir, tarde o temprano.

El Turco soltó una carcajada y se levantó.

-Me empieza a gustar usted, señor Crimson. Me da la impresión de que, en el fondo, también es un amante de las tradiciones. Venga conmigo. Si es capaz de ganarme una partida, puede que me piense si posponer su cita con la eternidad. Ahora, que si me hace perder el tiempo...

Pasaron a una sala contigua, una biblioteca en cuyos anaqueles se amontonaban al menos dos mil libros auténticos, todo un tesoro para aquellos tiempos. Acompañados por el sempiterno cortejo de matones, se sentaron enfrentados en una mesa-ordenador. El Turco tendió a Éremos las or-gafas y le explicó cómo manejar aquel modelo de sillón. Después dio orden verbal de arrancar el sistema y empezar el juego.

Con las or-gafas, Éremos se sumergió en el mundo del kraul, en sus geometrías abstractas y sus fantasmales colores de neón: el arcoiris de las piezas, las líneas verdes del Tard, las rojas de la Gashe, las ocasionales columnas azules que conectaban con el Sindo. El Nahb era invisible a menos que iniciara la proyección en 4-D. Éremos pasó revista a sus tropas y gastó algunos puntos modificando su disposición. ¿Dónde se encontraba su enemigo? Era lo primero que debía averiguar. El ordenador que dirigía el juego utilizaba un programa en parte aleatorio: el ejército de su contrincante podía encontrarse en cualquier cuadrante... siempre que no hubiese trucado el programa. Pero sólo personas con un código 1 podían entrar hasta tal punto en él. Éremos había comprobado con alivio que en sus veinte años de siesta criónica no se había derogado la norma universal 2064 de niveles de protección

informática; por fortuna para él, que, conocedor de un código Cero, disponía de una gran ventaja sobre casi todos los demás usuarios informáticos.

-Puede empezar. -Era la voz del Turco, que le llegaba distorsionada a través de los auriculares de las or-gafas.

Éremos envió un explorador por la Gashe, un movimiento más bien convencional. Prefería desarrollar un juego conservador hasta descubrir cómo se desenvolvía el Turco. Era de suponer que lograría derrotarlo, a no ser que fuera un genio del kraul, pero no quería hacerlo por demasiado margen; no parecía conveniente humillar a alguien tan abiertamente orgulloso de su inteligencia.

Al cabo de diez movimientos, aún andaban lejos de saber dónde se encontraba cada uno. Éremos recordaba sin dificultad las maniobras de su rival, y, aunque no supiera de dónde partían, eso le hacía conjeturar con ciertas garantías cuál era su ubicación relativa en la retícula 4-D. También suponía que Rye, como buen jugador, sería capaz de retener en la memoria sus movimientos, al menos hasta quince.

En la jugada doce, un explorador del Turco tropezó con una mina y se volatilizó, iluminando por una fracción de segundo una zona restringida de la retícula. Esto permitió a Éremos
vislumbrar por dónde le venían dos acorazados rivales. La mina no era suya, sino una de las que el ordenador diseminaba en un aparente azar. Éremos se permitió una leve sonrisa. Conocía el programa lo bastante para saber que ese caos aparente no era tal, y en cuanto estallaran dos minas más sabría situarlas todas. Una trampa que casi nadie conocía y que sólo alguien dotado de sus implantes y su capacidad de cálculo podía utilizar.

La siguiente mina destrozó una estación de combate que Éremos estaba moviendo en el Sindo. El valor que había perdido era considerable, pero no se preocupó demasiado. Lo que más le incomodaba era que ignoraba aún dónde se encontraba el grueso de las tropas del Turco, y aún no se atrevía a pasar el Nahb; no al menos hasta que lo hiciera su oponente, pues no quería dar la impresión de que se pasaba de listo.

Ocho jugadas después supo que el Turco estaba ya en disposición de atacarle por el Nahb... siempre que tuviera una mente lo bastante poderosa para manejar esa dimensión. Esperó, y el asalto se produjo: un cazador surgió de la nada y cayó sobre una de sus piezas, que por fortuna no era más que un explorador. Pero Éremos ya se había concedido la licencia para internarse en la cuarta dimensión.

Al cabo de diez jugadas, tres de sus cazadores y una estación de primera se materializaron tras el grueso de las fuerzas del Turco, que protegían a su frágil emperador. Los cazadores, protegidos por el potente fuego de la estación, se abrieron paso entre las defensas de Rye, taladrando un túnel que su contrincante se apresuró a cerrar. Pero para ello descuidó otra línea y un tirador que apareció por una difícil combinación de Tard y Nahb disparó sobre su emperador.

FIN DE PARTIDA, anunció el ordenador. PIERDE EL SEÑOR RYE. VICTORIA DEL SEÑOR CRIMSON.

Éremos se despojó de las gafas y se encontró ante el gesto perplejo del Turco. Por suerte, no parecía enfadado.

-Es usted un gran jugador, señor Crimson. Hasta ahora, sólo una persona en Radam había conseguido derrotarme. Es usted el segundo.

Éremos inclinó la cabeza, aceptando con naturalidad el halago.

-¿Puedo interesarme por la salud de esa persona?

-¡Desde luego! -contestó el Turco, con una risotada. La perplejidad había desaparecido, arrastrada por esa pasión con que manifestaba todas sus emociones-. La salud de Sharige, el burgrave de Eurílo, es perfecta. Al menos lo era hace dos días, cuando hablamos por última vez.

Súbitamente, un pensamiento nuevo se apoderó de él. Durante unos segundos miró a Éremos sin verlo, se atusó el bigote y pareció hablar consigo mismo. Después estalló, jubiloso.

-¡Por supuesto! Acabo de descubrirle una utilidad, señor Crimson. Algo me dice que es usted capaz de jugar aún mejor de lo que lo ha hecho ahora.

-Bueno, puede haber unos días más inspirados y otros menos...

El Turco entrecerró los ojos y subrayó el rencor de sus palabras con un dedo amenazador.

-Tengo atragantado a ese pomposo de Sharige. Me he jurado mil veces que no iba a volver a jugar con él, pero sólo por el placer que siento pensando en verle morder el polvo, aunque sea sólo una vez... vuelvo a picar y juego.

-Me temo que con resultados poco satisfactorios.

-¿Poco satisfactorios?... Yo no soy de los que juegan por participar. No soporto la derrota, y ese maldito japonés me la pasa por el rostro cada vez que nos enfrentamos. Ah, pero es tan engreído, aunque quiera disimularlo con ese estoicismo oriental... No podré vencerle, pero me queda la oportunidad de hacer una apuesta contra él. Y usted ser mi caballo, señor Crimson. Sé que él no podrá renunciar. ¿ Qué le parece mi propuesta?

-Ah, pero ¿es una propuesta?

-¡De ninguna manera! -bufó el Turco-. Usted se acaba de convertir en ciudadano de Tifeo y yo soy su burgrave. Me debe un mínimo de respeto y obediencia, ¿no cree?

-Supongo que ésa es una norma que hasta un recién llegado como yo puede entender.

Salieron de la sala de ordenadores. El Turco despidió a los matones, excepto a Pólux, el gorila con cuello de columna dórica, y concedió a Éremos el honor de enseñarle buena parte de la casa, aunque tuvo buen cuidado de no mostrarle sus propios aposentos. Éremos observó que la decoración, refinada y barroca, reflejaba la personalidad retorcida e inteligente de Rye. El mismo plano de la mansión era caótico, desorientador como un cuadro de Escher. Desembocaron finalmente en un patio trapezoidal ocupado por columnas herbosas, nativas de Radamantis, que se elevaban en salomónicas curvas hasta el techo de cristal de tornasol. Allí, Rye le presentó a su esposa, una agradable mujer de unos cincuenta años, y a su hijo mayor, un muchacho de poco más de quince, de aspecto tan abúlico como apasionado era el padre.

-¿Nos acompañará usted a comer, señor Crimson? -preguntó la esposa del Turco.

Éremos se volvió vacilante hacia el hombre que se había convertido en su momentáneo patrón.

-¡Por supuesto! -exclamó Rye-. Precisamente hoy tenemos invitados, y en mi mesa siempre hay un cubierto para otro huésped.

-Me temo que mis ropas no sean las más apropiadas...

Rye manifestó con grandes aspavientos que aquello no era ningún problema. Éremos se preguntó si el hombre que dos horas antes había consentido su muerte sería ahora capaz de ofrecerle sus propias ropas. El Turco, sin llegar a tal alarde de hospitalidad, encargó al gigantesco Pólux que le acompañara al guardarropa de sus asistentes. Allí, Éremos escogió una camisa de seda negra abotonada hasta el cuello, chaqueta y pantalones grises y unos zapatos a juego. Tuvo que vestirse bajo la mirada de Pólux, que no parecía demasiado convencido de la metamorfosis del prisionero en huésped.

Diez comensales se sentaron a la lujosa mesa de madera blanca: el Turco en la presidencia; su mujer y su hijo; el propio Éremos; el burgrave de la pequeña ciudad de Tición y su esposa; un abogado del concejo de Tifeo, hombre grueso y tocado con un espectacular moño; una hermosa mujer cuya función parecía tan ornamental como la de los tapices que colgaban de las paredes; un viejecillo por el que Rye demostraba gran deferencia -en toda la comida fue incapaz de enterarse del porqué- y un joven rechoncho al que le presentaron como un magnífico tenor.

Sentados todos a la mesa, parecían un grupo tan respetable y convencido de su clase e influencia que nadie hubiese dicho que casi todos estaban allí deportados por crímenes del pasado. Éremos se dedicó unos minutos a combinar hipótesis sobre la clase de crimen que habría cometido cada uno, pero no tardó en aburrirse de aquella especulación.

La comida fue abundante, tan variada y especiosa como la conversación que la sazonaba. El Turco oficiaba de corifeo, protagonista y antagonista: dirigía los temas según sus volátiles intereses, planteaba polémicas, las resolvía y se contradecía a sí mismo cada vez que

le apetecía. El burgrave de Tición y el viejo eran los únicos que se atrevían a oponerse abiertamente a él, mientras que los demás procuraban adivinar qué quería escuchar en cada momento.

En mitad de la comida su propio hijo hizo un comentario que Rye debió considerar poco inteligente, ya que lo mandó fuera con cajas destempladas.

-No es mal muchacho, pero a veces resulta un completo botarate -explicó a Éremos, al que, por ser el más nuevo de los comensales, dirigía casi todos los comentarios-. La culpa es de su madre, que lo tiene consentido desde que nació. Ese chico no tiene nervio ninguno.

La mujer, juiciosa, guardó silencio. Cuando el interés del Turco recayó en otro sector de la mesa, Éremos se volvió hacia Stilson, el abogado, que estaba sentado a su izquierda. Bajó la voz, no tanto que pareciera un cuchicheo, y le tanteó.

-Ayer estuve hablando con un tal Gaster, de un periódico local...

-Sí, el Adelantado -completó Stilson-. Hablar con Gaster es casi tanta pérdida de tiempo como leer su asqueroso periódico. No encontrará en él más que sandeces y mentiras. Ignoro por qué el señor Rye no ha ordenado ya que lo cierren.

-Pues Gaster me dijo que sabía de buena tinta cómo se había producido la explosión de anteayer.

-¡No me diga! -Sobresaltado por su propia exclamación, Stilson echó una mirada de reojo al Turco, que seguía a lo suyo, y prosiguió en voz baja mientras se retocaba el moño con dedos pringosos de salsa-. Ya les he dicho que es imposible mantener el secreto sobre algo que ha podido escuchar todo el mundo. Es mejor inventarse algo verosímil y dejarlo estar.

-Estoy totalmente de acuerdo. Una explicación plausible calmaría esa sensación de alarma que se está extendiendo.

-¿De verdad hay alarma? No pensé que la cosa fuera tan grave.

Éremos no tenía la impresión de que aquel suceso hubiese despertado demasiada curiosidad, al menos en la ciudad de Tifeo, y mucho menos alarma. Pero Stilson parecía una persona bastante maleable en sus opiniones y creencias.

-Más de lo que usted cree. Hay quien está empezando a hablar de que la explosión ha sido una represalia de los propios Tritones.

-¡De los Tritones! En mi vida he oído algo tan descabellado. ¿Qué pueden tener que ver ellos con esto? Los Tritones traen gente, traen carga, controlan los sistemas climáticos y se llevan su diezmo sin meterse con nadie.

-Ya, pero no olvide que en el pasado castigaron con severidad los intentos de descubrir sus secretos. Hace... -dudó un instante, sumó veinte y prosiguió- veintisiete años existía un planeta llamado Kali. ¿Lo recuerda?

-Sí, en aquel entonces yo vivía en Jotunheim, con mi... difunta mujer.

"*Ajá, amigo, tú sí que has venido aquí por uxoricida*", se dijo Éremos, interpretando el tono y el gesto de Stilson.

-Supongo que se acordará entonces de lo que quedó de él.

-Lo hicieron pedazos, ¿verdad?

-No quedó absolutamente nada. -Éremos fue deliberadamente dramático-. ¿ Sabe lo que quiere eso decir? Un segundo antes, trillones de toneladas de materia, y un segundo después, ni la menor huella de que jamás hubieran existido. Por no hablar de sus cuatrocientos mil habitantes.

-Sí, sí que me acuerdo de eso. Habían intentado abordar una nave Tritónide. A nadie se le ha vuelto a ocurrir jamás. ¿Cree usted que lo del otro día puede tener que ver con...?

Éremos miró al Turco, que estaba ajeno a su conversación, y luego volvió a dirigirse a Stilson con aire de conspirador.

-No es que yo crea nada, pero, aunque no llevo mucho tiempo en este planeta, he oído cosas, rumores, ya sabe. Hablan de esos tecnos, y dicen que están trasteando con algo que pertenece a los Tritones, y que éstos nos han hecho una pequeña advertencia. Por qué la gente anda diciendo esas cosas, lo ignoro. Pero ya sabe, el refrán: cuando el río suena...

Stilson se quedó un momento pensativo, como si acabara de encontrar una pieza que faltaba en su rompecabezas.

-Dios, eso tiene más lógica de lo que parece. Si viera lo que ha quedado de Cerbe...

Éremos dio un respingo, excitado como el perro que olfatea la presa, pero en ese momento el Turco dio un par de palmadas para reclamar silencio.

-Por favor, por favor. Os ruego que atendáis, amigos. Nuestro joven Paul va a amenizarnos los postres con una de sus maravillosas arias. ¿No te importa, Paul, verdad?

Evidentemente, el tenor no iba a contradecir al Turco. Se levantó con cierta dificultad, ya que había engullido con juvenil entusiasmo y no había permitido que ningún bocado atravesara su garganta sin ser regado con su correspondiente trago de vino. Con las mejillas arreboladas por la excitación y el alcohol, se lanzó sin más preámbulos a la que debía ser la pieza favorita de Rye, a juzgar por el arrobo con que la escuchaba: Nessun dorma, de Puccini. Éremos atendió con oído crítico. Paul tenía una magnífica voz, vibrante y metálica, y sobrada de agudos, pero por desgracia carecía tanto de gusto como de musicalidad. Sacrificaba la expresividad y la modulación de los tonos medios, como si la canción entera no fuese más que un pretexto para atacar el si natural del vincerò final. Lo hizo con fuerza y limpieza, pero por afán de lucirse prolongó la nota mucho más de lo debido. Los aplausos, por supuesto, fueron entusiásticos. Un buen alarido al final de la pieza, se dijo Éremos, siempre compensa la mediocridad anterior.

Siguió un repertorio variopinto en el que se mezclaban piezas de tenor ligero, dramático y lírico. Éremos vaticinó una breve carrera a las cuerdas vocales del joven, y pensó que la Música no sufriría demasiado por ello. El interés que habían mostrado al principio los comensales empezaba a decaer, hasta que el propio Turco se dio cuenta de ello. Con un gesto a medias paternalista y a medias displicente hizo tragarse a Paul un si bemol en mitad del Celeste Aida -para alivio de Éremos- y se levantó con una copa de licor en la mano.

-Amigos, amigas -pronunció con voz que el alcohol hacía grumosa-. Hoy he tenido la oportunidad de conocer a nuestro nuevo invitado, el señor Jonás Crimson, y aunque nuestros principios han sido un poco... accidentados, debo decir que creo haber fundado los cimientos de una sólida y fructífera amistad. Propongo un brindis por el señor Crimson, un magnífico jugador de kraul que en breve le rebajará los humos a ese cabrón de Sharige. ¡Por el señor Crimson!

Todos se levantaron para sumarse a la libación. Éremos lo agradeció con una inclinación de cabeza y propuso un nuevo brindis por el anfitrión. Mientras bebía, observó que era el foco de muchas miradas de curiosidad, pero la de la mujer de Rye era casi compasiva. La sonrió y musitó para sí: "*No se preocupe, señora. Ganaré esa partida... si es que no tengo más remedio que jugarla*."

Clara dio otro sorbo a su cóctel mientras se preguntaba por enésima vez qué hacía allí. La pregunta podía valer para el Avalon, aquel costroso local con pretensiones, o para Radamantis, o para el universo, o para su propia vida. Como solía hacer los fines de semana, había salido con Marcos Pareto, un ingeniero de cuarenta y dos años, alto y rubio y con un hoyuelo en la barbilla. Gianna, una compañera del colegio, solía decir que era la mitad de atractivo de lo que él se creía y el doble de gilipollas de lo que admitía Clara. En días como aquél, tendía a estar de acuerdo con Gianna. Ni ella misma estaba segura de si eran novios, amantes o amigos sin más. No, ninguno de aquellos títulos era apropiado, y menos el último. "*Dejo que se acueste conmigo y que me saque de paseo de vez en cuando*", se dijo. Clara solía pensar que en la Tierra no habría aceptado la compañía de alguien tan fatuo y engolado, y sin embargo lo aguantaba en un mundo en el que, si algo no faltaba para elegir, eran hombres. Por el momento, Marcos estaba entretenido en otra mesa, saludando a dos conocidos y aprovechando la coyuntura para impresionar a la pelirroja que los acompañaba. No le resultaba difícil imaginarse la conversación: "*...Por cierto, ¿sabes que el otro día vi al Turco personalmente y me felicitó por el trabajo que hice en la pista de Marlak? Porque soy ingeniero, ¿sabes?*", y así seguiría quemando sahumerio en su propio altar hasta la extenuación.

La copa se le había terminado, pero Marcos no hacía gesto alguno de que fuera a volver a su mesa. En un mundo en el que había tres hombres por cada mujer, aquel intento de

acaparar la parte de seis varones casi podía considerarse un delito. Mientras se aburría sola y esperaba el momento de seguir aburriéndose acompañada, Clara rumió la idea de pedir otro cóctel. A menudo había comprobado que cuando despertaba tras una noche de alcohol y sexo chapucero se sentía aún peor, pero al menos ganaba al tedio unas horas de embotamiento y olvido.

Un tintineo de metal que sonaba delante de su nariz la sacó de sus cavilaciones. Había un puñado de monedas sobre la mesa, y junto a ellas una mano de hombre, de dedos finos y alargados y uñas exquisitas, como moldeadas en porcelana.

-La deuda íntegra. Si no se ofende, puedo añadir un veinte por ciento de recargo para compensar mi informalidad.

Confundida, tardó unos instantes en reconocer a la persona que le estaba hablando. Al levantar la mirada reparó en que era el hombre al que conocía como Jonás Crimson, y sintió una inexplicable mezcla de irritación y alegría.

-Es usted -fue todo lo que se le ocurrió decir.

-Supongo que ante una identificación tan general, debo contestar que sí, soy yo. ¿Le importa que me siente?

-Bueno, es que... no me importaría, pero estoy acompañada.

-Parece que su amigo está un poco... entretenido. Puedo hacerle compañía hasta que él vuelva.

-¿Cree que no me sé defender sola?

-Me han nombrado socio colaborador de Lisístrata y me han asignado precisamente esta mesa.

-Siéntese. -Clara respiró hondo, recogió su dinero con el estudiado desinterés de un hidalgo y miró a Crimson a los ojos. Se le habían acelerado las pulsaciones y se sentía como una estúpida. Aquel hombre la había sorprendido con la guardia baja-. No esperaba volver a verle. La verdad es que pensé que me había dejado estafar como una pardilla.

-Y se estaba usted prometiendo que jamás volvería a hacer algo así.

-En efecto. Por cieno, esa ropa le sienta bastante bien. Parece que no le ha costado mucho conseguir dinero. ¿Cómo ha sido eso? Es usted un novato muy listo.

"*No hables tan rápido. Alarga las frases. No saltes de una idea a otra*", se recordó, como en los tiempos en que pasaba un examen oral.

-Jugando al póquer. Sólo se trata de hacerlo un poco mejor que los demás.

Después de las continuas loas que se dedicaba Marcos, aquel comentario hubiera debido estomagarla. Pero el tono de Crimson era desapasionado; igual podría haber enunciado un teorema. La jactancia estaba fuera de lugar en un hombre de ojos tan gélidos. Clara apartó la mirada y reprimió un leve estremecimiento.

-No se ha presentado usted en la escuela.

-Lo lamento. Seré sincero: no tuve intención de hacerlo en ningún momento. Pero necesitaba que alguien me ayudara y tuve que engañarla.

Clara levantó de nuevo la mirada. Aquellos ojos grises seguían fijos en los suyos. Parecían más all de la verdad o la mentira, como los de un dios arcaico y poderoso. Los ojos de un dragón, pensó, sin recordar que aquel símil ya se le había ocurrido veinte años atrás.

-Al menos ha tenido la decencia de devolverme el dinero. No es usted un sinvergüenza completo.

-Me alegro de que su opinión sobre mí haya mejorado. No quiero importunarla más. Hasta la vista, Clara.

Ella se quedó mirando cómo Crimson se levantaba, inclinaba la cabeza, se giraba y se alejaba, todo en un único fluir de movimientos, como si su cuerpo estuviera modelado en agua.

-¡Espere! Voy con usted.

El se volvió con un gesto difícil de interpretar; tal vez sorprendido, acaso indiferente o molesto. Clara le maldijo en su interior por no mostrarse abiertamente halagado.

-¿Y su amigo?

-Que me busque. -”*Y si es tan listo, que me encuentre*.” Salieron a la calle. La noche era despejada y fresca. Clara decidió que era mejor pasarse de atrevida que parecer insegura. Le preguntó si había cenado, a lo que Crimson respondió que no.

-Entonces puede invitarme. Ahora parece usted un potentado.

Crimson volvió a observarla con aquella irritante impasibilidad, y por unos segundos Clara temió que la rechazara arguyendo cualquier disculpa. Tal vez levantarse de la mesa no había sido buena idea. Ser humillada por un recién llegado era mucho más de lo que su estima podía soportar.

-No crea que he hecho saltar la banca. Pero si no vamos a un restaurante francés, supongo que me lo podré permitir. Por cierto, perdóneme una indiscreción: si no ha cenado, ¿qué...? No, déjelo.

Clara enrojeció.

-No vaya a creer que bebo a todas horas. Es que no suelo comer mucho, y a veces no ceno. Pero no sé por qué, me ha entrado apetito de repente. ¿Me deja que le guíe, o ya se conoce bien la ciudad?

-Por favor, aún me queda en la piel tinte rojo del mono. Lléveme usted.

Fueron al Mirador de Tifeo, uno de los lugares más de moda en aquellos días. El restaurante estaba al borde de la ciudad, y era un largo cilindro inclinado y transparente que se asomaba al abismo en una atrevida proyección a treinta grados sobre la horizontal. Había tres plataformas, unidas por rampas mecánicas, que seccionaban el cilindro a distancias regulares y lo dividían en cuatro pisos iguales. La vista en las mesas que daban a la cara exterior era espectacular y poco recomendable para personas aquejadas de vértigo.

Sin reserva no había nada que hacer, ya que el restaurante tenía que cerrar antes de dos horas. Clara hizo un mohín de contrariedad y se resignó a seguir dando patinazos aquella noche. Cuando salían se cruzaron con un hombre gordo y tocado con un moño que saludó a Crimson con efusividad. Al enterarse de su problema, y a pesar de las protestas de Crimson, hizo venir al maestresala, que lo saludó como señor Stilson y no tardó en conseguirles una mesa en el cuarto piso.

-Bueno, señor Crimson, le dejo con esta hermosa dama. Que disfruten de la cena.

Se despidió de él con una palmada en la espalda. Clara observó que Crimson trataba de disimular la molestia que le causaba aquella familiaridad. Mientras subían por las rampas, le preguntó cómo se las había ingeniado para conocer en tan poco tiempo a gente influyente.

-Jugando al póquer se relaciona uno con muchas personas.

-No me dirá que este hombre le ha conseguido una mesa después de que usted le ganó su dinero...

-Hay un dicho entre los jugadores: “Jugar al póquer es algo tremendo, y ganar debe de ser la...” Se ve que a este hombre no le dolió separarse de sus créditos.

El camarero los condujo a una mesa habilitada junto a la pared de metacristal. Desde allí se alcanzaba a ver parte del lejano resplandor rojizo del Piriflegetón. Mientras Crimson contemplaba el río de lava, Clara le observaba a él, fascinada. Cada vez era más intensa la sensación de que debía apartarse de aquel hombre, y por esa misma razón sabía que no iba a hacerlo. ¿Qué era la vida sin aventura más que pasar hojas del calendario?

Cenaron de primero rockmullet, un invertebrado local, acompañado con una ensalada de quesos. EI pidió la carta de vinos, puso un gesto de desconcierto y por fin pidió al camarero que les recomendara uno. Les trajeron un blanco con un poco de aguja que no pareció entusiasmar a Crimson, pero no dijo nada. Clara pensó que Marcos habría aprovechado la ocasión para extenderse en una perorata sobre caldos y convertirla en un autopanegírico.

Cada vez que Crimson agachaba la mirada para seccionar su rockmullet, preciso e implacable como un cirujano, Clara aprovechaba para observarle. Era desconcertante. De entrada, le resultaba imposible calcular su edad. Se hallaba en algún lugar impreciso entre los treinta y los cincuenta: apenas tenía arrugas, pero le rodeaba ese halo indefinible que diferencia al hombre con experiencia del joven. Y luego, la forma de hablar. Su castellano era

perfecto, pero la entonación le resultaba extraña y las vocales eran muy abiertas. Por alguna razón, le resultaba antiguo. Pero su conversación era interesante y, sobre todo, sabía escuchar.

Crimson levantó la mirada y Clara se apresuró a apartar la suya. Lo peor y a la vez lo más atrayente eran los ojos: tan hermosos como fríos, tan fríos como hermosos. Se dijo que jamás podrían mirarla a ella con ese absorto interés con que habían contemplado la línea purpúrea del Piriflegetón.

Después de la cena fueron a Adagio, una sala de baile que las luces ahumadas sumían en una tibia penumbra. Sobre el escenario, cuatro músicos tocaban con instrumentos acústicos, acompañando a una joven negra que cantaba con una voz suave y gutural, como un susurro en la penumbra de un dormitorio. Clara pidió un cóctel local de tres colores que se bebía por fases. Éremos, más conservador, volvió al bourbon y dedicó unos minutos a observar el local. En la pista bailaban unas cuantas parejas, entre caricias y arrumacos, mientras que bandadas de varones se arracimaban en la barra, junto a las columnas, tras las barandas, por cualquier rincón, acechando con ojos rapaces víctimas femeninas que se atrevieran a volar solas. En aquel planeta, conseguir una mujer debía ser algo quimérico para muchos hombres.

-¿Baila?

Éremos asintió, y por dentro sonrió al pensar que en breve ganaría más puntos ante Clara. Desde hacía años había observado que las mujeres sienten un impulso genético hacia la danza y que no pueden entender que a los hombres, en general, no les suceda lo mismo. El nunca experimentaba otro impulso que no fuese el de la curiosidad, y aun éste era demasiado intelectual para clasificarlo así; pero su perfecto sentido del ritmo y su coordinación le hacían un consumado bailarín.

-Baila usted muy bien. ¿Quién le enseñó?

El rostro de Clara estaba a menos de un palmo del suyo. Su perfume era cálido y suave, un aroma de media luz, casi inocente. Entraba por el pecho, mientras que el de Urania penetraba por el estómago, como un instinto oscuro y primordial. Pero Éremos no tenía ningún problema en controlar esas sensaciones y clavarlas en su tablero de entomólogo para estudiarlas como si fueran ajenas.

-Dicen que con eso se nace, ¿no es así? -contestó. Clara se dejaba llevar con agradable indolencia. La música, con su compás lento y arrastrado, la voz de la cantante que marcaba cada aspiración como un suspiro, la penumbra, todo contribuía a socavar la barrera de seguridad que ella mantenía levantada. Por un momento le miró a los ojos, y Éremos creyó leer en ellos anhelos insondables.

Pensó que su controlado equilibrio químico le libraba de aquellas penosas sensaciones de necesidad insatisfecha, pero que tal vez aquel alivio no fuese siempre positivo. En sus años de formación se había dedicado como ejercicio a las matemáticas y la física teórica, y como tantos otros intentó en vano resolver el problema de la velocidad superlumínica. Una psicóloga de la Honyc le había explicado las raíces de su fracaso: calculaba con la rapidez de un ordenador y tenía sobre éste la ventaja de su inteligencia humana, pero era incapaz de dar ese salto al vacío, inexplicado y casi milagroso, al que los antiguos habían llamado inspiración. Para superar las ciclópeas barreras que se levantaban en las fronteras de la física hacía falta una creatividad genial, la punzada del estro, algo de lo que él carecía y que escapaba a su lógica.

Tal vez la combinación de su capacidad con la pasión que se leía en los ojos de Clara le habría llevado a romper aquella barrera. Pero los Tritones ya lo habían conseguido, se recordó, y él no tardaría en averiguar cómo.

La voz de Clara, el roce de su aliento en la mejilla, le sacaron de su ensimismamiento.

-Está como ausente. ¿ Se acuerda de la Tierra?

-No lo sé. ¿Le ocurre a usted a menudo?

-A veces. Pero no conviene dejarse llevar por la nostalgia. Es peligroso.

Nostalgia. De nostos, regreso, y algos, dolor. El anhelo de volver. Algo que estaba más allá del alcance de Éremos: ¿cómo iba a sentir deseos de regresar un desarraigado que jamás había pertenecido a ningún lugar? Se dijo que si en lugar de veinte años le hubieran congelado

dos siglos o dos eones habría sido igual para él, y ese pensamiento le hizo sentir una casi imperceptible nostalgia de la nostalgia.

Después de bailar se sentaron a una mesa. Por alguna razón, Clara se puso melancólica y la conversación decayó. Éremos la acompañó hasta su casa, en un edificio de cuatro pisos cercano a la escuela. Clara se volvió un instante antes de cerrar el portal y le despidió con los dedos.

No había dicho nada de "volveré a verle, ¿no?" Se sintió un poco decepcionado. Parecía que en un momento clave algo había fallado. Sabía por experiencia que tratar de seducir a una mujer era como atravesar un campo de minas: los pasos deben ser medidos, en el lugar y el momento justos. Pero cada mujer es un terreno distinto y cambiante, y nunca hay mapa.

A él mismo le sorprendió aquel interés por conquistar a Clara, pues no parecía probable que fuera a obtener de ella ni más provecho ni más información. Urania prometía más en ese aspecto, y también sospechaba que sería menos convencional como amante.

Mientras caminaba, un taxi pasó junto a él. El conductor le preguntó si quería que lo llevara a alguna parte. Sorprendido por aquella manera de trabajar, Éremos le dijo que no. Pensó en volver al casino para encontrar a Urania o indagar al menos los sitios que solía frecuentar. Aún no eran las dos; dudaba de que se hubiera recogido ya.

Sintiendo en la piel cómo bajaba la temperatura, se internó por una zona de calles estrechas y casas de lúgubres fachadas. Sombras huidizas se retiraban puertas adentro, buscando el calor y la luz. Llegó a un callejón sumido en la oscuridad y alzó la mirada para observar el cielo.

En las alturas, casi en el zenit de aquel angosto firmamento, resplandecía con brillo lechoso el cinturón zodiacal, la nube de polvo que se extendía por el plano de la eclíptica entre Radamantis y Eaco, el tercer planeta del sistema. Su resplandor era vicario de los rayos de la estrella central, pero bastaba para relegar a las tinieblas a los demás astros. Un cielo nuevo: acaso el ingrediente que más extrañeza le causaba cada vez que visitaba un planeta. Adornado por el trazo brioso del cometa Wilamowitz, que se zambullía en el cinturón zodiacal, este firmamento no echaba de menos la siembra de estrellas que embellecía las noches de otros mundos.

Un ruido lo sacó de su ensimismamiento. Pasos apresurados, una carrera, una persecución. Éremos se apartó unos metros y se fundió inmóvil tras las sombras de un contenedor de basura. Por el extremo norte del pasaje, donde se colaba algo de luz de las calles circundantes, apareció a la carrera un grupo compuesto por un perseguido y cuatro perseguidores. Dado el volumen de la panza del primero, no le extrañó que los segundos le dieran alcance a los pocos metros. Gritos en un idioma que no acababa de localizar -¿eslavo?- acompañaban al ruido de carne macerada que producían las botas de aquellos tipos al aplastarse contra las costillas de su víctima.

Observó con una mueca de desagrado. Hasta en la violencia era capaz de admirar una estética, si había precisión, fin, oportunidad. Pero aquellos individuos estaban borrachos de crueldad y golpeaban por el placer de hacerlo. Por suerte para su infortunada víctima, su mismo encarnizamiento les hacía desperdiciar la brutalidad que derrochaban.

Aquel juego duró unos cinco minutos. Después, los agresores se alejaron por donde habían venido. Cuando juzgó que había pasado un tiempo prudencial, Éremos salió de su escondrijo. La víctima estaba tirada sobre un montón de desperdicios, con el rostro ensangrentado. Apenas respiraba; era un hombre ya viejo y la paliza había sido severa. Éremos se inclinó sobre el hombre y registró sus ropas, buscando algo que pudiera servirle. Encontró unas pocas monedas, un pañuelo arrugado que prefirió no abrir, un paquete de tabaco y un librillo encuadernado en piel. En las sombras le era imposible leerlo, de modo que lo guardó en un bolsillo y se marchó.

Unos cincuenta metros más allá, encontró una plazuela alumbrada por la luz verdosa y agusanada del neón de un prostíbulo. Se detuvo allí y examinó el libro. Las hojas eran de buena calidad, extremadamente finas, y estaban escritas con un trazo muy fino y meticuloso.

El contenido era prácticamente ilegible. Había letras y números, pero mezclados con signos que no pertenecían a ninguna escritura que Éremos conociese. Pasó página tras página, y en todas ellas encontró el mismo aparente galimatías. Parecían un intento de ecuaciones, la clásica formulación de un chiflado que pretende haber desentrañado los secretos del universo.

Había, con todo, cierto atractivo en la escritura y en las relaciones de los signos, y Éremos pensó en estudiar el librillo con más atención. Su hotel estaba algo retirado, y decidió que aquel prostíbulo de luces de neón sería un lugar tan bueno o malo como otro cualquiera para sentarse a examinar esas páginas.

Le abrió un portero gigantesco, un tudesco de piel lechosa y ojos desvaídos. Sin decir nada, hizo pasar a Éremos a una sala que sólo se podía calificar de infecta. En unos asientos tapizados en escarlata, una pareja que el dinero había improvisado se entretenía en una exploración lingual de dientes y encías. En un rincón, un campo de distorsión visual velaba una imagen de color carnoso que parecía corresponder a otra pareja copulando. Junto a una columna, tres prostitutas parecían dormitar de pie. Éremos cruzó junto a ellas sin hacer caso de sus tristes sonrisas y se acodó en la barra.

Tras pedir un bourbon y despedir con toda la cortesía posible a dos chicas que le ofrecieron su compañía, se concentró en las páginas del librillo. Los signos extraños se repetían con una pauta que no parecía obra del azar ni de la locura. No había traducción, glosario ni instrucciones para navegar por aquel hermético grimorio. A Éremos no le gustaban los acertijos sin resolver. Entrecerró los ojos y subvocalizó las sílabas que, a modo de sortilegio, activaban sus implantes en modo de cálculo. Durante unos minutos de tiempo real, inmensurables en tiempo subjetivo, se encerró en sí mismo, por peligroso que fuera en un ambiente cuya seguridad no estaba comprobada.

"*Ya es suficiente*", se dijo, y volvió a la sórdida realidad del tugurio, frente a la barra de madera desportillada, la copa a medio terminar y la mirada suspicaz del camarero. Había encontrado un sentido en el libro, aunque incompleto, ya que había asignado a cada símbolo un valor arbitrario. Pero se adivinaban en él unas matemáticas muy sutiles y, suponía Éremos, el esbozo de una geometría distinta.

-Cóbrese.

-¿No se termina la copa? Al fin y al cabo la ha pagado.

"Y a buen precio", se dijo Éremos cuando recogió la vuelta. Recién llegado de otro planeta y del pasado, no dejaba de hacerle gracia aquel ritual aún más antiguo del intercambio de monedas. Salió del local y, a buen paso, desanduvo lo andado.

El hombre, como era lógico, no se había movido de donde lo habían dejado sus agresores. Apenas se le oía respirar y tenía el pulso muy débil. De cerca, Éremos lo observó mejor. Tendría entre sesenta y setenta años. Su barba blanquecina estaba tan descuidada como sucio el tabardo marrón que vestía. Manchado de sangre, apestando a alcohol y sudor, no resultaba muy agradable tocarlo, pero Éremos se lo cargó al hombro y salió del callejón.

El mismo taxista que le había ofrecido sus servicios estaba estacionado frente al burdel. Éremos se acercó a él y le pidió que lo llevara a algún lugar donde pudieran atender al herido. El taxista refunfuñó algo sobre su tapicería, y tuvo que ofrecerle el doble de dinero para que aceptara. Cuando llegaron a su destino, Éremos le tendió cien créditos.

-Oiga, el taxímetro marca ochenta y cinco y usted me había dicho el doble. Sé pocas matemáticas, pero eso son ciento setenta. Así que, conmigo, poquitas bromas, ¿sabe?

-No tengo por costumbre dejarme estafar, amigo -explicó Éremos con toda tranquilidad mientras bajaba del coche y tiraba de los brazos del herido para sacarlo-. La próxima vez que quiera engañar a un cliente, procure no pasar dos veces junto al mismo depósito de agua.

Sin prestar más atención al taxista, volvió a cargar con el cuerpo y subió la rampa que daba acceso al centro de urgencias. En la sala de espera aguardaban sentadas unas diez personas, entre ellas una pareja con un bebé que lloraba con todo el entusiasmo de sus jóvenes pulmones. Cuando entró con su carga hubo varias miradas que se posaron en él, más por aburrimiento que por curiosidad.

Para que atendieran al herido tuvo que pasar por recepción y pagar quinientos créditos a un empleado de ojos soñolientos.

-¿Nombre del paciente?

-Lo ignoro.

El recepcionista se encogió de hombros y le tendió el intergrafo para que dejara su rúbrica registrada en el ordenador. Mientras Éremos firmaba como Carlos Rodríguez, acudieron dos enfermeros con una servocamilla.

-¡Pero si ya tenemos aquí otra vez a Miralles! -exclamó uno de ellos-. ¿Y qué le ha pasado ahora?

El recepcionista se levantó para inclinarse sobre su mostrador. El hombre al que habían llamado Miralles reposaba en el sillón en que lo había dejado Éremos.

-Es verdad. Si lo llego a saber no le cobro nada. Miralles es un cliente habitual ya.

Éremos, que acababa de reparar con fastidio en que sobre la camisa le había caído una mancha indefinible y que prometía ser persistente, respondió:

-Eso tiene perfecto remedio. Devuélvame los quinientos créditos y todos conformes.

-Lo siento, amigo, pero ya he tomado nota y sería muy complicado corregir. A ver cómo lo explico luego.

-Venga, hombre, por quinientos créditos no se va a arruinar y habrá hecho la buena acción del día -intervino el otro camillero, un joven negro muy sonriente, que añadió, dirigiéndose a su compañero-: Oye, tío, esta vez no es una borrachera. Mira qué paliza le han pegado. Seguro que le ha anunciado el día de su muerte a algún depresivo.

-Pues ese depresivo pega coces de mulo.

Tras montar a Miralles en la servocamilla, entraron por una puerta líquida sobre la cual un cartel rezaba “No Pasat”. Éremos lo ignoró y se coló tras los enfermeros antes de que la puerta volviese a solidificarse. Pasaron a un dispensario de aspecto destartalado y allí dejaron a Miralles en manos del médico, un hombre corpulento y peludo. Sin reparar en la presencia de Éremos, hizo también algún comentario revelador de que ya conocía al paciente. Los enfermeros despojaron a Miralles de sus ropas, excepto unos calzoncillos largos que habían conocido tiempos mejores. El viejo tenía el cuerpo sembrado de heridas y moratones, y una brecha sobre la sien izquierda por la que aún seguía manando sangre. Mientras el enfermero negro le curaba la lesión de la cabeza, el médico examinaba a Miralles con las gafas de diagnóstico, unas enormes lentes que le hacían parecer el padre de todas las moscas.

-Le han dado bien -concluyó, quitándose las gafas. Éremos pensó que eso ya lo sabía él sin necesidad de tales sofisticaciones técnicas.

-¿Saldrá de ésta?

El médico le miró como si Éremos fuese una aparición de ectoplasma recién materializada.

-¿Y usted quién es, si se puede saber? -rezongó.

-He encontrado a este hombre tirado en un callejón. No le había visto nunca antes, pero ya que lo he traído me gustaría saber cómo se encuentra.

-Ha pagado por Miralles, doc -explicó el enfermero negro-. Sé amable con él.

El médico asintió gravemente y explicó a Éremos que Miralles tenía un par de costillas rotas y todo un rosario de traumatismos diversos, amén de la pérdida de sangre, pero que su vida no corría peligro. Una dosis de plasma y una inyección de antibióticos y estimulantes bastarían. Si quería que sus costillas estuviesen bien al día siguiente, disponían de nanorreparadores, pero aquel servicio supondría diez mil créditos más.

-No tengo tanto interés en las costillas de ese hombre, al menos por el momento. Háganle ahora las curas de urgencia, y lo demás que lo haga la naturaleza gratis. ¿Tienen cama para que pase la noche aquí?

-Hable con Olson, el de recepción, y arregle eso. Ahora, si no le importa, vamos a trabajar con su amigo.

Éremos volvió a recepción, imaginándose ya a qué se refería el médico con lo de “arreglar” aquel asunto. Olson le pidió más de lo que pagaba él en el hotel donde se hospedaba. Esperaba al menos que Miralles fuese el autor de los extraños cálculos del

cuaderno, y que supiese explicarle su significado. No tenía costumbre de despilfarrar el dinero.

-¿Siempre viene alguien a pagarle las facturas? Debe de ser un hombre de suerte.

-No, ésta es la primera vez que tiene que pasar la noche aquí. Normalmente viene con un cuelgue monumental de joraína o con síndrome de abstinencia, pero eso lo arreglamos enseguida. No es tan tonto como parece. Como sabe que le conviene tenernos contentos, cuando viene aquí no se le ocurre leernos el futuro.

El recepcionista estaba más despierto, ya fuese por la conversación o por el aroma del café que humeaba sobre el mostrador. Ya que su locuacidad parecía gratuita, Éremos le preguntó:

-Antes les he oído comentar que quizás han golpeado a ese hombre por predecir la muerte de alguien. ¿Qué se supone que es, un presciente?

-Parece que sí. Yo, la verdad, nunca he creído en esas cosas, pero Miralles ya ha acertado dos veces, así que prefiero tocar madera.

-¿Qué tipo de predicciones hace?

-¿De verdad no lo ha visto nunca? Cuando está a mitad del cuelgue, ya sabe, sin estar aún muy pasado, se queda mirando a cualquiera, puede ser el primero que se cruza por ahí, se le ponen los ojos en blanco y le dice la fecha de su muerte. Día, mes y año, nada menos.

-¿Y ha acertado dos veces? ¿ Cuántas habr fallado, entonces? -preguntó Éremos, escéptico.

-De momento, ninguna que yo sepa. De todas las muertes que ha vaticinado, sólo se ha cumplido el plazo en dos casos: un tipo que se cayó de un andamio y otro que quedó seco de un infarto. Los demás todavía están esperando que llegue su día. Así que es lógico que nadie quiera escucharle. A mí no me haría gracia que me profetizara la fecha de mi muerte, aunque me lo fije para dentro de treinta años. Imagínese, eso de ir tachando días cuando sabes exactamente cuántos te quedan.

-¿No hace otro tipo de profecías?

-No, parece que la muerte es su especialidad.

-Un individuo muy curioso. ¿Y a qué se dedica?

-Ahora a nada. Trabajaba de ingeniero en una térmica, pero lo echaron hace un tiempo cuando empezó a pasarse con la joraína y a tener sus revelaciones.

Éremos tuvo una inspiración.

-¿En qué térmica? ¿No sería la número 5?

-La verdad es que no tengo ni idea. Espere un momento, por favor...

Mientras Olson atendía a un hombre que traía a una niña de unos cinco años, aquejada de fiebre, Éremos sacó de su bolsillo el librillo de piel y volvió a examinar aquellas barrocas ecuaciones.

-¿ Ha visto alguna vez esto? -le preguntó al recepcionista en cuanto éste quedó libre.

-No, la verdad es que no. Muy bonito. ¿Qué es, chino o algo así?

-Déjelo, no importa. Oiga, tengo otra curiosidad: ¿de dónde saca para vivir ese hombre? Ya veo que aquí no son muy partidarios de las conquistas sociales -añadió irónico, recordando el capital que hasta entonces le había costado Miralles, incluida la copa del prostíbulo.

-Se las apaña como puede, recogiendo desperdicios para las recicladoras y cosas así. Con eso malcome, y para los vicios consigue invitaciones amenazando a la gente con decirles el día de su muerte. Claro que hay quien en vez de pagarle una copa o una dosis le cierra la boca de un puñetazo. No es la primera vez que le atizan, pero nunca le habían dado una somanta como ésta.

-Ha tenido suerte de que yo pasara por allí, supongo. Bien, mañana vendré a ver cómo sigue. Pero... -añadió, levantando un dedo admonitorio- no pretendan cobrarme ni un crédito más por ese hombre, o haré que les profetice el día de su muerte a todos juntos.

Cuando salió a la calle eran las tres y cuarto. El taxista estaba esperándole junto a la puerta del vehículo; al verle empezó a golpearse la palma de la mano izquierda con un bastón neurónico, en un gesto harto expresivo.

-He dejado el taxímetro corriendo, amigo. Me debe usted ya quinientos cuarenta y cinco créditos... y otros cinco en lo que he tardado en decírselo.

-Con mucho gusto le pagaría, pero ahí dentro me han dejado sin blanca. ¿Por qué no se busca otro cliente? No me gustaría que echara a perder la noche por mí.

-Hacía tiempo que no veía a un tipo tan gracioso. Gilipollas y mamón, desde luego, pero gracioso también.

Éremos evaluó la situación. Para dirigirse al casino, donde aún esperaba encontrar a Urania, debía cruzar la calle precisamente por donde estaba aparcado el taxi. Podía A) rodearlo con una ágil carrera y huir, dado que el alcance efectivo del bastón era de un metro, o B) desembarazarse del taxista. La segunda opción suponía recurrir a la violencia, siempre desagradable, pero la primera atentaba contra su compostura. ¿Merecía la pena perderla por la amenaza de un hombre que no sabía ni tan siquiera agarrar un bastón neurónico en condiciones? Era irritante.

-Le disculparé sus insultos si monta en su taxi y se pierde de una vez. De lo contrario...

-De lo contrario, ¿qué va a pasar, mamoncete?

Éremos dibujó mentalmente los movimientos que debía ejecutar para librarse de aquel inoportuno. Desde niño se había adiestrado en todas las artes marciales y había llegado a desarrollar su propio método de lucha, que se podía resumir en un principio: La línea recta es el camino más corto entre dos puntos. El taxista se lo encontró encima antes siquiera de poder apuntarle con el bastón. Para desgracia de aquel pobre diablo, Éremos había observado que en la sociedad de Tifeo era más conveniente dejar un cadáver mudo que un herido hablador y posiblemente rencoroso, de modo que en vez de enviar el golpe contra el mentón para dejar sin conocimiento al taxista, lo dirigió hacia la nuez y le aplastó la laringe con un seco crujido.

La calle seguía desierta. Por si acaso, Éremos metió el cadáver en el maletero, se sentó al volante y llevó el taxi hacia el extremo este de la ciudad, al borde del gran acantilado. Una calleja mal iluminada desembocaba en él, separada del abismo tan sólo por un pretil de ladrillos. Éremos programó el automático, se bajó del taxi y observó cómo atravesaba la frágil barrera y se precipitaba al vacío. El impacto sonó tardío y lejano. Era de suponer que, para cuando quisieran investigar aquel incidente, él ya estaría fuera del planeta.

Por un momento pensó que tal vez podría haber arreglado las cosas de otra manera. Pero se había quitado a aquel hombre de en medio, una vida que no parecía demasiado valiosa, había conseguido un bastón neurónico telescópico, fácil de ocultar en un bolsillo, y estaba más cerca del casino. Varios puntos a favor. "*Perseguidme en sueños, Furias, que despierto no conseguiréis nada de mí*." ¿Por qué lo había hecho? Porque podía hacerlo. No existe lo que se debe y no se debe hacer: sólo lo que se puede o no se puede hacer.

Algo molesto consigo mismo por perder el tiempo en tales disquisiciones, llegó a la puerta del casino. El gorila que la custodiaba no dio muestras de reconocerlo. Cuando pasó a su lado, Éremos reparó en que no era el mismo hombre que había ido a buscarle aquella mañana al hotel y que después le acompañara en casa del Turco. Muy parecido, sí: debían de ser gemelos. Una inspiración bienhumorada le hizo preguntar:

-Perdone, ¿no se llamará usted Cástor, por casualidad?

-Así me llaman -repuso el gigante, con cara de pocos amigos-. ¿Le importa mucho mi nombre?

Éremos sacó la tarjeta que le había entregado el Turco antes de despedirlo y proyectó el holograma con el símbolo del burgrave frente a los ojos de Cástor.

-Esta mañana su... nuestro patrón me ha honrado con su hospitalidad, y he tenido la oportunidad de conocer a su hermano Pólux. Un tipo muy agradable, como usted.

Sin prestar mayor atención a la mirada perpleja del matón, bajó las escaleras de mármol. La fortuna le sonrió una vez más, pues en ese mismo momento subía Urania, que llevaba un elegante vestido de color crema y un collar de perlas a juego. La acompañaba Silke, la valquiria que escoltaba a las mujeres en el teleférico, ataviada ahora con un traje

verde pálido. Ambas hablaban en voz baja, con gesto grave, como si conversaran de negocios. Cuando llegaron a la altura de Éremos, Urania se detuvo y esbozó media sonrisa.

-Vaya, es usted. No recuerdo cómo dijo que se llamaba...

-Crimson.

-Eso es, Crimson. ¿Es que no consiguió ayer hacer saltar la banca?

-No del todo, pero tampoco se me dio mal.

-Ya me han comentado algo.

"¿Cómo se ha informado sobre mí si no recordaba mi nombre?", pensó burlón Éremos, pero no lo dijo en voz alta.

-Bien, pues que tenga tanta suerte como ayer.

-Eso pretendía, pero parece que la suerte se me escapa.

Silke los miraba a ambos, impaciente. Era difícil juzgar si le había reconocido o no.

-No me diga. ¿Y cómo es eso?

-Pensaba encontrarla aquí para invitarla a esa copa que le debo.

-¿No era yo quien se la debía?

-Vaya, ese detalle no lo recordaba.

Urania se volvió hacia Silke y le indicó que podía irse. La valquiria se marchó con gesto de fastidio, y Éremos se reafirmó en la idea de que Urania era un personaje interesante: Silke era agente de Lisístrata y gozaba de cierta posición, y sin embargo parecía subordinada a la otra mujer.

-Bueno, señor Crimson, nunca me ha gustado dar marcha atrás. No pretenderá que vuelva a entrar al casino...

-De ninguna manera, señorita. Por cierto, puede llamarme Jonás.

-Me gusta más Crimson. ¿Dónde quieres que vayamos? La noche aún es joven...

25 De Noviembre

-Tú no eres lo que dices que eres.

Urania vivía en un suntuoso apartamento en el piso décimoquinto de la torre Grass, un cono truncado de acero y cristal erigido al borde del acantilado oriental. Habían copulado cuatro veces seguidas durante tres horas -Éremos se resistía a denominar hacer el amor a lo que él hacía-. Ella estaba encantada y exhausta por haber encontrado un amante con tanta pericia y resistencia. Ambos estados la hacían más receptiva, y ésta había sido la pretensión de Éremos al prolongar un coito que para él había perdido casi todo su interés después de los primeros veinte minutos. El equipo de ingenieros del doctor Puig no había descuidado ningún detalle que le pudiera ayudar en su particular lucha por la supervivencia. Sin dotarle de un miembro digno de Príapo, le habían concedido la capacidad de controlar sus erecciones a voluntad. Era el cerebro, y no el sistema parasimpático, el que enviaba la señal, de modo que, por poco que le atrajera una mujer, Éremos quedaba a salvo del temido gatillazo.

Urania estaba tendida boca abajo, mientras Éremos le extendía por la piel una crema relajante. Tenía un cuerpo bonito y estilizado, con pechos de adolescente, piernas largas y prietas y nalgas dibujadas por un fino pincel. La joven ronroneaba bajo sus dedos. Éremos había logrado sensibilizarla; sabía que a partir de ese encuentro le bastaría el mínimo roce para excitarla, y que eso significaba que tenía poder sobre ella. Si el sexo es el motivo oculto o claro de tantos actos, se dijo, en muchas ocasiones detrás del propio sexo hay otro móvil: el poder. La causa primera y última, el motor y el fin de los seres humanos.

-¿Acaso he dicho yo que sea algo en particular?

-No es que hayas dicho nada, pero vas disfrazado de corderito y no lo eres en absoluto.

Éremos aumentó la presión de sus uñas y dejó cuatro marcas rojas en la espalda de Urania, que gimió de placer.

-¿Te gustan más los lobos con garras?

-La verdad es que sí -rió ella-. Me gustan las bebidas fuertes, las comidas picantes y los hombres que me pueden buscar problemas. En cuanto te vi en la mesa del casino supe que eras de ésos. ¿Por qué te crees que me gustaste?

-Yo también me fijé en ti. Iba hacia la mesa de póquer, pero cuando te vi en la partida de dados cambié de opinión.

Éremos había aprendido a mentir como un bellaco en tales casos, pero su experiencia le decía que los humanos normales tampoco abusan de la verdad como aliada en los negocios de Eros, de modo que no hubiera puesto la mano en el fuego por la sinceridad de la joven. Ya Catulo había escrito, más de dos mil años antes, que las palabras de amor de una mujer había que grabarlas *sobre el viento y el agua rápida...*

Alargó el brazo para tomar otro sorbo de whisky. Junto a la botella, y entre otros restos de la batalla, yacían el bote de aerosol preservativo y la crema que lo disolvía. Nunca las tenía todas consigo cuando utilizaba un anticonceptivo que no fuera suyo. En una ocasión se había fingido homosexual para acceder a los favores de un importante directivo de la Siraku. Una vez éste tuvo su miembro enarbolado y presto para el combate, Éremos había insistido en aplicarle él mismo el aerosol. El veneno corrosivo se había extendido por todo el cuerpo del directivo en un abrir y cerrar de ojos, empezando, como rezaba el antiguo romance, *por do más pecado había*. Una muerte atroz, que sin embargo aún no había asomado a sus sueños.

-Eres un cuentista. Te conocí jugando al mentiroso y no creo que me vayas a contar una sola verdad en tu vida.

-Eso depende de lo que me preguntes. -Le pasó los dedos por la cara interna de los muslos, obtuvo el estremecimiento que esperaba, y añadió-: Dices que no soy lo que parezco que soy. Me gustaría saber por qué opinas eso.

-Tifeo es una ciudad muy pequeña, casi un pueblo. Me he enterado de unas cuantas cosas sobre ti, señor Crimson. Esta es la segunda noche que pasas en Radam. Y ya has conseguido librarte de las térmicas, ganar un buen dinero y hacerte amigo del Turco.

-No es lo único que he conseguido. También estás tú. -Sus dedos fueron esta vez sumamente descarados, y Urania dio un respingo.

-¡Ay! No me toques en ese sitio. Mejor deberías ponerme unos cubitos de hielo... Y de todo lo que has conseguido, ¿qué es lo que más te gusta? -añadió, melosa.

-Haberme librado de las térmicas, por supuesto...

-¡Eeh!

-... si no, no estaría aquí contigo.

-Me encanta oír mentiras. Aunque, para variar, me podrías decir algo que fuese verdad.

-¿Como qué?

-¿Por qué estás aquí conmigo?

-Por favor, es induda...

-No, no me vengas con halagos ahora. -Giró el cuello y le sonrió-. Luego, si quieres, te dejo. Pero ahora... Mira, se ve que eres un tipo muy disimulado y que sabes guardar tus cartas, pero hueles a husmeador desde un kilómetro de distancia.

-Explícate.

-No sé si husmeador es una buena palabra. Pero tú vas buscando algo, y nada de lo que dices o preguntas es inocente. Se nota que tienes algún designio y que todo lo que haces está encaminado a conseguirlo. No creo que te permitas apartarte de tu camino por placer, así que si ahora estás conmigo es porque te convengo para tus planes.

Éremos recompensó la perspicacia de Urania con un masaje extra en los hombros. La joven prosiguió.

-Supongo que no eres ningún pardillo, pero a pesar de eso quiero advertirte. Eres un recién llegado y estás solo, así que deberías pisar con cuidado. Aquí la vida de un hombre, y digo la de un hombre, vale muy poco, sobre todo si no hay ningún poder que lo respalde.

-Bueno, tú misma has dicho que me he hecho amigo del Turco.

-El cementerio del bosque está lleno de lápidas dedicadas por el Turco a sus amigos. Es un poco voluble, ¿sabes? En una entrevista en el periódico dijo que “reivindicaba su derecho a contradecirse”. ¿Qué te parece?

-Una frase muy ocurrente.

-Y más que eso. Lo define perfectamente.

Urania se dio la vuelta y abrió los brazos, ofreciendo con abandono sus pechos pequeños y duros.

-Ahora por delante. ¡Ah, esa crema es una delicia, y en tus manos más! ¿Sabes que tienes unas manos muy bonitas?

-Nunca me lo habían dicho.

-¡Seguro que no! A lo que iba: te mueves con sigilo, pero aquí hasta el empedrado del suelo tiene orejas. Estás haciendo preguntas sobre la explosión del otro día, y a todo el que puedes le sueltas cosas sobre naves que caen del cielo o todo tipo de fenómenos extraños. Si fueras periodista, como ese inepto de Gaster, se te disculparía. Pero acabas de llegar, y que un novato tenga tan claro lo que busca quiere decir que alguien está detrás de él. ¿Me sigues?

-Todo lo cerca que puedo -susurró Éremos, inclinándose sobre ella para mordisquearle la barbilla.

-¿Quién te manda a ti? No es que haya oído nada, pero tengo mucha intuición, y percibo que algunas personas empiezan a preguntarse eso.

-Algunas personas... como tú.

-Huy, ahí no, que me haces cosquillas. Sí, claro, yo misma me lo pregunto, pero eso no importa demasiado. Yo no soy peligrosa.

-Supongo que por las buenas, no lo eres. Pero no me gustaría enfrentarme contigo por las malas... ni con esa valquiria que salía contigo del casino.

-¿Silke? ¿Por qué?

-La conozco. Iba en el teleférico en el que llegué. Pertenece a Lisístrata... como tú.

-Eso no es ningún secreto. Aquí todas pertenecemos a Lisístrata.

-Pero vosotras dos no os limitáis a pagar vuestra cuota, ¿verdad? ¿A qué te dedicas?

Otra de las enseñanzas que Éremos debía a la experiencia era que en la cama se pueden hacer las preguntas más directas, en proporción a la intensidad que haya alcanzado el acto sexual.

-¿Ves cómo eres un preguntón? Si yo fuera alguien peligrosa, como el Turco, pulsaría ahora mismo un botón para que entraran mis matones y te tirasen por la ventana.

-Bueno, el Turco podría hacerlo, pero a él no le estoy tratando como a ti. ¿Tienes alguna queja?

-Ninguna, siempre que sigas con el masaje.

-Así que de momento no vas a sacar esa pistola que tienes en el cajón...

-¿Has estado registrando cuando me levanté al servicio?

-Lo poco que me ha dado tiempo. Bueno, ¿te dedicas a algo raro o es que todas las mujeres de Radam guardan armas en la mesilla de noche?

-Mira, yo me dedico a... muchas cosas. También voy por ahí, miro, oigo, me entero, sin hacer demasiadas preguntas... y saco mis conclusiones.

-Veo que te encantan las respuestas concretas.

-Ya somos dos. ¿Quién te envía a ti?

-El GNU, por supuesto. -Urania abrió los ojos, creyendo que le había cazado. Éremos soltó una carcajada-. Como a todo el mundo. En mi caso, condenado a deportación por matar a mi mujer. Cosa que no hice, por cierto.

-¡No me extrañaría que la hubieses matado a polvos! Dime, ¿quién te envía?

-Vamos a jugar a respuesta por respuesta, ¿de acuerdo?

-De acuerdo. Empieza tú. ¿Quién te envía?

-Una compañía. Ahora yo: ¿tienes autoridad en Lisístrata?

-Más o menos. ¿Qué compañía es ésa?

-La Tyrsenus. ¿Quién manda en Radamantis?

-La Asamblea de Concejos, claro está.

-No me creo tu respuesta.

-Yo tampoco me he creído la tuya. Si fueras de la Tyrsenus no tendrías que ir haciendo preguntas. Los tyrsenios se mueven por aquí como peces en el agua. Dime la verdad.

-No me hace falta. Tú ya me has contestado: aquí manda la Tyrsenus.

-¡Te has pasado de listo! La Tyrsenus tiene mucho poder... pero no manda. Dime qué compañía te envía.

Éremos la miró a los ojos, compuso un convincente aire de sinceridad y confesó:

-La Akira.

-¿Sin ser japonés?

-Precisamente por eso. Hay que disimular. Pero... espero que nadie, nadie, se entere de esto.

-Si se enteraran los tyrsenios de que eres un infiltrado, te la cortarían. Y eso a mí no me gustaría, tesoro.

-Bueno, ahora te toca responder. ¿ Quién manda aquí?

-Oh, manda mucha gente. La TYRsENus, los burgraves más poderosos, como Sharige, Osmán, Ruiz...

-¿Y el Turco?

-Eso querría él, pero fuera de Tifeo nadie le hace demasiado caso.

-Sigue: la Tyrsenus, los burgraves, ¿y quién más?

-Eso ya es otra pregunta.

-No, es parte de la anterior. No has terminado de responder.

-Los tecnos.

-Así que existen... ¿Y quién...?

-¡Eh, que ahora me toca a mí! ¿Para qué te ha enviado la Akira?

-Para que me acueste contigo y te haga preguntas.

-No te pases. Venga: ¿qué haces aquí?

-Estoy buscando algo.

-Eso ya lo sé yo. ¿Qué es ese algo? Es parte de la misma pregunta: no has terminado de responder -añadió con una sonrisa maliciosa.

-Algo que viaja muy rápido y que tal vez puede provocar explosiones como la de hace dos días. ¿Perteneces tú a la Tyrsenus?

Ella no podía engañarle en una pregunta tan directa. El lector que Éremos tenía bajo la piel de la palma había comprobado que en el cuerpo de Urania no había inscrito ningún código, pero ignoraba si la Tyrsenus aún seguía utilizando aquel método.

La miró fijamente y amplió todos los detalles: pupilas, dilatación de las venas, color de la piel, hasta el olor.

-¿Yo? No tengo nada que ver con esa gentuza.

Todos los indicadores mostraban que era sincera. Por suerte para ella, ya que en caso contrario no habría salido viva de la habitación. Éremos ya había caído una vez en manos de la Tyrsenus y, pese a que resistía bien el dolor, no sentía demasiado entusiasmo por la idea de que lo volvieran a torturar.

-Háblame de ese algo que viaja tan rápido.

-Podría ser una nave espacial, no lo sé. He venido a averiguarlo. -Mentira y verdad entreveradas, una táctica vieja como el mundo-. ¿Qué sabes tú?

-Si no quieres que todo el mundo sepa que eres un infiltrado... debes recordar que yo nunca te he dicho nada. ¿Estás de acuerdo?

-Estamos atados, por la cuenta que nos trae. Venga, dime...

-No sé nada de ninguna nave, pero sí que los tecnos se traen algún experimento importante entre manos y que los tyrsenios andan muy nerviosos. Es sólo cuestión de tiempo que todo el mundo se entere de lo que ha pasado en Cerbero, pero ellos quieren evitarlo como sea.

-¿Y qué ha pasado en Cerbero?

Urania, llevada por su entusiasmo informativo, o acaso convencida por los dedos que cosquilleaban sus pezones, se olvidó de exigir la respuesta adeudada.

-He visto un vídeo, pero quienes han estado allí me han dicho que hay que estar en persona para creerlo. No es que la ciudad haya desaparecido, es aún peor. No ha quedado nada... en su sitio. No sé cómo expresarlo. Por supuesto, no hay ningún superviviente.

-¿Tienes aquí ese vídeo? Me gustaría verlo.

-Tú ya estás sacando demasiado, y das poco a cambio, ¿no te parece?

-¿Poco? Si te parece poco lo que hemos hecho antes...

Urania le dedicó una deliciosa sonrisa.

-Creo que ya no me hacen falta esos cubitos de hielo. A decir verdad, la sensación que tengo ahí abajo es más bien de vacío, como si me hiciera falta...

-Va a salir el sol dentro de poco. ¿ Es que no te cansas nunca?

-Esta noche me encuentro llena de energías. Si quieres el vídeo, gánatelo.

Éremos leyó en los ojos de Urania que no le creía capaz de aquella proeza. Dando gracias a los ingenieros genéticos de la Honyc, se lanzó a la refriega, dispuesto a obtener la rendición incondicional del enemigo.

Mientras se movía sobre el cuerpo de Urania, atenazado por sus largas piernas, arriba y abajo, arriba y abajo, escuchando sus jadeos y gemidos y correspondiendo en los momentos oportunos, dejó que su mente vagara buscando asociaciones entre toda la información que había recibido aquel día, con la esperanza de que alguna conexión azarosa lo llevara por un sendero fructífero. Pero, como un pensamiento ajeno que no podía expulsar de su mente, se le aparecía un rostro sonriente de ojos negros, rodeados por unas inconfundibles arruguillas; y cuando quiso susurrar en el oído de su amante su nombre, por llevarla antes al clímax y poder ver de una vez aquel vídeo, se le escapó:

-Clar... Urania, mi pequeña Urania.

-Sigue, sigue -suspiró ella, ajena al error.

Aún perplejo por su lapsus, Éremos deslizó las procacidades con que solía tener más éxito, y no tardó en conseguir el orgasmo de Urania. El primero de la noche había sido fingido, pero no así los otros siete, que llevaba contados.

-No te pares, quiero que termines tú también.

"Eso está hecho", se dijo Éremos. Para su sorpresa, mientras él eyaculaba Urania volvió a tener otro orgasmo, a apenas quince segundos del anterior. Se quedó un rato encima de ella, exagerando los jadeos propios para acompasarlos con los de la joven, y le dio un rato de conversación hipocorística antes de ir al grano.

-¿Has quedado satisfecha, entonces?

-¿A ti qué te parece? -La sonrisa relajada de Urania le hubiera parecido encantadora de no ser porque ya estaba empalagado de ella.

-En ese caso me debes algo...

-Eres de ideas fijas, señor Crimson. Bueno, yo soy una mujer de palabra.

Urania se levantó de la cama e indicó a Éremos que hiciera lo propio. A una orden verbal, las sábanas se estiraron y el colchón recobró su dureza anterior. Urania colocó unos cojines en el cabecero, se sentó apoyada en ellos, encendió un cigarro e indicó al sistema:

-Pantalla frente a mí-Vídeo-Película marcada tres-eequis-diecioocho-veeinte. -A Éremos le hizo gracia que subrayara sus órdenes como si el reconocedor de voz fuese duro de oído. En la pared frontal apareció una proyección en azul con unos números de cuenta atrás-. Esto te va a llamar la atención. ¿Quieres uno?

-No, gracias, no suelo fumar.

-He conseguido sólo un fragmento. Debe haber más material, pero no me han considerado lo bastante importante para dármelo. No tengo la menor idea de quién lo ha rodado, aunque me imagino que han sido los tecnos.

-Empiezo a dudar de que existan esas criaturas. ¿No serán como las hadas, que siempre viven a otra vuelta del horizonte?

-No: ellos son reales, sus maquinitas son reales, su dinero es real y sus balas son reales. Si te metes demasiado en sus asuntos, lo averiguarás. ¿Quién te crees que inventó los yugos para los bodakes, los anillos que llevan los hombres del Turco, los...? Espera, ya empieza.

Ante ellos apareció una vista panorámica del gran cañón. En la esquina inferior izquierda unas cifras informaban de la hora del rodaje. Basándose en ella y en las sombras, Éremos dedujo que las crestas que se levantaban ante él pertenecían a la vertiente oriental, al otro lado del Piriflegetón. La cámara, montada en un vehículo aéreo -por el ruido, un helirreactor-, enfocó una gran terraza e hizo zum.

-Vamos allá -indicó una voz masculina, fuera de imagen.

-No me hace mucha gracia acercarme ahí -contestó otra, también de varón.

-¿Qué es eso que estamos viendo? -preguntó Éremos, incapaz de interpretar la imagen que estaba creciendo en pantalla.

-Eso era la ciudad de Cerbero.

Ahora la imagen se apreciaba desde un plano zenital, conforme el helirreactor descendía en vertical hacia la terraza.

-Radiactividad sobre siete -informó la segunda voz.

-Estamos protegidos hasta casi el doble -la tranquilizó la primera-. Tenemos que llegar abajo.

-Insisto en que no me hace ninguna gracia. Creo que desde aqui ya est bastante bien. Tengo una sensación muy rara.

La superficie de la terraza estaba cada vez más cerca, y sin embargo Éremos aún era incapaz de encontrar sentido a lo que veía. El cerebro está preparado para organizar las imágenes que recibe en patrones en los que haya al menos ciertas similitudes con la experiencia anterior, pero lo que tenía ante sí no se parecía a nada que hubiera visto nunca. Aunque la proyección no era holográfica, sí marcaba el relieve, y eso la hacía aún más

desconcertante. El helirreactor se posó, finalmente -¿dónde?, se preguntó Éremos-, y la cámara mostró una vista panorámica al nivel del suelo. Si aquello había sido una ciudad, ahora sólo podía decirse que era el caos más absoluto. Por todas partes asomaban restos de construcciones, a veces reconocibles, pero brotando de ángulos absurdos y retorciéndose en escorzos inverosímiles. Para colmo, todo fluctuaba, y lo que estaba lejos se acercaba un segundo después, mientras lo que estaba en primer plano se hacía borroso y se perdía en la distancia.

-Mejor ser que no bajéis -ordenó una tercera voz, que sonaba por la radio del helirreactor-. Parece que aún no se ha estabilizado del todo.

La cámara recorrió las cercanías en busca de detalles. Brotando de lo que parecía un sillar de basalto se veía un brazo humano, encastrado en la misma roca. La mano aún se abría y se cerraba en movimientos espasmódicos, aunque era imposible que cuerpo alguno los ordenara. ¿O no?, se preguntó Éremos. Pero, con un sonido borboteante y nauseabundo, el sillar se derritió en una gran gota de cristal, y en su lugar brotó un árbol fundido con la forma de un vehículo, y después se convirtió en una pared oblicua con imágenes planas de gente congelada en un último grito, y después... ¿En qué?

-Pero ¿qué se supone que estamos viendo?

-No lo sé -confesó Urania-. Esperaba que a ti se te ocurriera algo. Si la ciudad de Cerbero hubiese desaparecido, o fuese un montón de humo y escombros, entendería algo. Pero esto... -silabeó con grima.

¡Subid enseguida! ¡Se acerca una onda de las grandes! -urgió la voz de la radio.

¿Una onda de qué?

¡Subid, subid!

Lo que apareció en la pantalla tal vez podría calificarse de onda, de una colosal pulsación que lo estremecía todo hasta la lejana pared del acantilado, como si la misma realidad se hubiese convertido en gelatina. Era indescriptible: la mente humana no podría explicar con palabras un universo de geometría inhabitable para ella, y algo así era lo que se venía encima en oleadas, acompañadas por chirridos y retumbares tan absurdos que volvían del revés los tímpanos. Un poderoso bramido lo dominó todo, y un instante después la imagen se borró. Sólo quedó la pantalla azul y el silencio.

-¿Qué les pasó? -preguntó Éremos, un minuto después. A su pesar, las pulsaciones se le habían acelerado.

-Se salvaron de lo que fuese, al parecer. Pero, según me han contado, tanto el piloto como el operador están siendo sometidos a una especie de lavado de cerebro. Después de eso tienen alucinaciones, y son incapaces de comprender nada de lo que ven u oyen.

-No me extraña. Yo mismo prefiero no ver ese vídeo otra vez. -Era sincero: aquello atentaba contra la cordura. Y, aunque las imágenes de lo que había sido Cerbero estaban más allá de su comprensión, sospechó que lo que había presenciado iluminaba las ecuaciones que había empezado a intuir en el librillo de aquel viejo loco.

Algunas ideas empezaban a ensamblarse en su mente. El problema era que lo hacían en ángulos imposibles.

Anne Harris solía comentar que prefería visitar al dentista antes que entrevistarse con Puelles. El hombre de la Tyrsenus alternaba la simpatía casi rastrera con momentos que bordeaban la grosería. Era extraño que un hombre con tan pocas habilidades sociales, y que tampoco destacaba en ninguna otra faceta propia del liderazgo, hubiese sido designado por la compañía para tratar con los tecnos. Pero la mediocridad es como el gas liviano, y tiende a escalar en las burocracias.

Estaban desayunando juntos en el mirador superior de la torre Dinath, a más de seiscientos metros de altura. Desde allí se dominaba toda la ciudad de Opar, una maravilla metálica y cristalina de estructuras audaces que reflejaban el espíritu atrevido de su orgullosa creadora. Pero si el pensamiento y la voluntad que dirigían la vida de la ciudad secreta era el de Anne Harris, el alimento que la nutría en forma de dinero y materiales provenía de las despensas casi inagotables de la todopoderosa Tyrsenus.

-Queremos resultados, Anne, y los queremos ya -repitió Puelles, machacón-. Estamos gastando una gran cantidad de dinero para tapar bocas, mucho más de lo que te puedas imaginar. Hay gente que hace preguntas, y ni yo mismo puedo entender cómo este asunto no ha saltado ya a la prensa de todos los sistemas.

-Lo que tenemos entre manos supone muchísimo más poder del que tus jefes puedan imaginar. Y eso también quiere decir dinero.

-Los muertos no pueden disfrutar del dinero ni del poder. Quedan pocos días para que se cumpla el ultimátum de los Tritones. Ya sabes que no soy un altruista sentimental -"*Desde luego que no*", dijo para sí Anne-, pero creo que la destrucción de la humanidad es un riesgo demasiado grande aun para lo que nos estamos jugando.

-Mira, Ramón, alguien se ha ido de la boca en algún lugar, y estoy segura de que ha sido uno de los tuyos. Ahora los Tritones no nos están reclamando la nave, sino el propio Objeto. Es aún más importante de lo que creíamos. Mucho más. Y tal como yo lo entiendo, tanto da que se lo entreguemos ahora como un minuto antes de que se cumpla el plazo. Una vez que lo hayamos hecho, destruirán esta ciudad... eso si no arrasan el planeta entero. No van a permitir que sobreviva nadie que pueda conocer sus secretos. Así que prefiero exprimir antes hasta el último gramo de información posible para sacarlo de Radam. Me temo que este mundo ya está condenado.

-¿Y cómo piensas salir del planeta? ¿Les dirás a los Tritones: Verán, mientras destruyen este planeta por culpa de la información que yo tengo, déjenme salir a mí sola con esa misma información?

Anne agachó la mirada. Estaba encerrada en la trampa, como todos los demás. Los Tritones no iban a transportar a nadie fuera de Radamantis. Los tecnos tenían sus propias naves, pero ¿de qué serviría abandonar el planeta con un vehículo introsistema? No había ningún otro mundo habitable alrededor de Hades, y aunque lograran burlar la vigilancia de los Tritones y salir del sistema, les llevaría varias vidas humanas llegar hasta otro. No, ya no tenían salida: debían desentrañar el secreto del viaje superlumínico o/y morir en el intento.

-¿Qué pasó con el pez? ¿ Sigue sin cantar?

Anne asintió gravemente. El "pez" era el único alienígena superviviente de la nave Tritónide. Otra ofensa para los alienígenas, si llegaban a interesarse: ellos, vulgares humanos, se habían atrevido a poner sus manos sobre un Tritón. Y, si bien habían empezado dirigiéndose a él con toda amabilidad, ante su empecinado silencio habían acabado por aplicar corrientes eléctricas a sus terminales nerviosas. El corazón compuesto del Tritón no había resistido al interrogatorio, pero el condenado alienígena había muerto sin soltar una palabra sobre ninguno de los dos Objetos. ¿Sería un héroe dentro de los cánones de su especie, o tan sólo uno más?

El cuerpo había sido reducido a átomos. Los Tritones no sabrían nunca que uno de los suyos había sido torturado, pero no necesitaban esa excusa para aniquilar el planeta.

-Pero tranquilo. El departamento de xenopsicología no cree que vaya a resistir la presión mucho tiempo más. -Anne mintió por panida doble. No sólo el Tritón estaba muerto, sino que el departamento de xenopsicología, reducido a una persona, un hombrecillo quejumbroso llamado Bell, insistía en hacer caso a las demandas de los alienígenas-. El pez cantará como un pájaro.

El juego de palabras hizo que Puelles soltara una ruidosa carcajada y mostrara hasta el bolo alimenticio. Por enésima vez, Anne Harris se maravilló de que el poder de decisión se concentrara en cerebros tan torpes.

Éremos durmió de siete a diez de la mañana en la habitación de su hotel. Como se temía, los sueños volvieron. Se vio sentado en un lecho de sábanas purpúreas, y a ambos lados de él las Erinias fumaban puros resinosos y se retocaban con dedos de sarmiento las serpentinas cabelleras. "*Lo que vas a ver escapa al entendimiento humano*", le susurraba Tisífone, la que castiga por los crímenes. Pero no era Cerbero lo que mostraba la proyección, sino la de imagen un navío introsistema, un Purcell-33 de cuatro megatoneladas que surcaba majestuoso la nube cometaria del sistema vegano. Recién botado por la orgullosa Tyrsenus,

tripulado por treinta hombres, y con otras cien almas congeladas en los tanques para poblar un gigantesco y prometedor asteroide que orbitaba a mil quinientos millones de kilómetros de Vega-3, el único planeta habitado del sistema.

Alumbrado por el fogonazo aniquilador de una bomba de antimateria, ahogado en el vacío el grito de treinta gargantas despiertas y cien dormidas, aquel estandarte de la Tyrsenus había quedado reducido a partículas aceleradas a velocidades relativistas. Había sido el último crimen de E,remos antes de la congelación y acaso el más audaz. Pero la osadía no había sido suya, sino de los patrones de la Honyc, siempre dispuestos a asestar un golpe letal a sus enemigos más encarnizados. El no era más que un siervo obediente, cuyo único toque personal había sido la alteración en los archivos de la red para conseguir que aquel atentado se atribuyera a los rivales de la Asell.

Rememoró el sueño en la ducha y dejó que el agua arrastrase la impureza ritual del miasma. Si lo que pretendían las Furias era que sintiese remordimientos, seguían fracasando. Pero no podía evitar sentirse desconcertado por la forma en que estaba funcionando su mente en los últimos días. Tal vez para los demás mortales soñar fuese algo tan normal como cualquier otra función física, pero a él le irritaba asistir impotente a aquel torrente de actividad mental que escapaba a su control.

Mientras el chorro de aire caliente recorría su cuerpo, reparó en que la causa de su incomodidad no era aquel sueño. Había en los actos de la última noche algunas reacciones difíciles de justificar. La muerte del taxista había sido una decisión precipitada de la que no podía sentirse orgulloso, ya que existían más opciones razonables, y el hecho de que copulando con Urania se le hubiera escapado el nombre de Clara, aunque aparentemente no tuviese importancia, era un desliz inusitado y preocupante en alguien como él. Tal vez todo se debiera a la hibernación. Daños cerebrales de mayor o menor gravedad no eran raros en el proceso. Le resultaba difícil creer que así hubiese ocurrido, pero en el caso de haberse producido ciertas alteraciones en el núcleo básico de su mente, tal vez por eso mismo le fuese imposible diagnosticarlas.

Después de desayunar un zumo con tostadas en el restaurante del hotel, se dirigió al centro médico donde había dejado a Miralles. Olson, al que debían tener perpetuamente clavado al mostrador de recepción, le esperaba con el anzuelo de pescar créditos. El viejo aún no estaba del todo bien, tendría que seguir en cama, aquél no era un hospital, las instalaciones, las molestias del personal... Éremos estableció como declaración de principios que no pensaba soltar un céntimo más.

-Quiero ver a Miralles.

-Aún no se encuentra muy...

-¿Está vivo?

-Hombre, ¿cómo me pregunta...?

-Con eso me basta. Voy a hablar con él.

Se dirigió hacia la puerta líquida pensando en el ridículo que iba a hacer si se estrellaba contra ella. Por suerte, no la habían codificado y se abrió al percibir su proximidad. Miralles estaba en la tercera habitación en que buscó. Le habían puesto un camisón verde que se ajustaba a su panza como la piel de un tambor, y seguramente quedaría más tirante cuando terminara con el copioso desayuno que se estaba metiendo entre pecho y espalda.

-No pensará comerse todo eso a mi cuenta, ¿verdad?

El viejo le miró sorprendido y preguntó con voz de lija:

-¿Quién es usted?

-El buen samaritano, pero creo que ya me he ganado el cielo, así que no piense en vivir de mi bolsillo el resto del día. ¿Cómo se encuentra?

-Perfectamente. ¿Le importaría dejarme tranquilo mientras termino de desayunar?

-Ahora está bien por los analgésicos, pero aún deber guardar reposo. -Éremos se volvió. Una enfermera entrada en carnes acababa de irrumpir en el cuarto, toda actividad y resoplidos-.Tiene tres costillas rotas y...

-Ayer eran dos.

-Pues se le habrá roto una durmiendo. ¿Usted se hace cargo de este hombre?

-Déjenos solos y le contestaré cuando salga. -Éremos se aproximó a la mujer y la miró a los ojos dejando que toda su frialdad de asesino brotara por sus pupilas-. ¿ Le importa?

-De acuerdo, de acuerdo... pero no tarde mucho.

La enfermera salió con tanto estrépito como había entrado. Éremos le retiró a Miralles la bandeja del desayuno, haciendo caso omiso de sus protestas, se sentó en el borde de la cama y le enseñó el librillo. Fue derecho al meollo.

-¿Qué es esto?

-Mi libro... ¿Por qué lo tiene usted?

-Lo recogí ayer de sus ropas. Y no se queje: si no fuera por mí, ahora estaría muerto. ¿Ha escrito usted lo que pone aquí?

Miralles pasó un par de hojas con atención. Limpio de mugre y sangre su rostro tenía mejor aspecto, aunque los excesos lo habían abotargado y la gruesa nariz estaba surcada de venillas rotas. Sus ojos, de un azul sorprendentemente vivo, recorrían las líneas del librillo a nerviosos saltitos de gorrión.

-¿Tienen sentido para usted?

-Sólo las comprendo a medias cuando voy por la segunda dosis de joraína -reconoció Miralles.

-¿A medias? ¿Y cómo las ha escrito entonces?

-Me las ha dictado.

- Quién?

Miralles se señaló la frente con un dedo.

-El maldito agujero que tengo dentro de mi cabeza. Pero no merece la pena hablar de ello, ya que no me va a creer.

Miralles cerró el libro, lo dejó en la mesilla y se encogió de hombros.

-Últimamente me he vuelto muy crédulo, así que puede usted empezar.

La historia de Miralles le interesó lo bastante como para resolverse a pagar el nanotratamiento de las costillas -siete mil créditos, después de un encarnizado regateo-. más tarde lo acompañó al cuchitril donde vivía, un cuarto provisto de un jergón, un minúsculo aseo separado del resto por un tabique plástico, una mesa adosada a la pared, una silla, una nevera de aspecto antediluviano y una unidad de alimentación estropeada. Las sábanas tenían manchas de un color inidentificable. Éremos prefirió sentarse en el suelo con las piernas cruzadas para escuchar el resto del relato.

Augusto Miralles era terrestre, natural de Argentina, aunque, como tantos otros espíritus inquietos, había abandonado pronto su planeta natal, cuando aún no tenía dieciocho años. Durante mucho tiempo había trabajado en naves de carga y, empezando de grumete, había acabado por adquirir todo tipo de conocimientos útiles en el espacio. Estudiando a distancia, había obtenido el título de ingeniero superior en mecánica y en sistemas. (Como curiosidad, había intentado los estudios de filosofía, pero los había dejado a falta de tres asignaturas.) Con treinta años, le habían ofrecido un puesto de ingeniero de regulación automática en el cometa Diana, al borde de la Nube de Oort, y allí había coincidido con Bernard, el último gran teórico de la física.

En este punto, el interés de Éremos se había acrecentado exponencialmente. Si una cosa podía despertar en él algo parecido a la admiración, era la capacidad intelectual. Aunque el polémico científico francés tenía sus detractores, Éremos era de los que lo consideraban un talento comparable al de Newton o Einstein. Bernard había desarrollado los llamados Siete Sistemas de Unificación, había propuesto experimentos irrealizables para probarlos -como convertir la galaxia entera en un acelerador de partículas- y después se había retirado a los confines del sistema solar, donde la luz del astro central era tan tenue que apenas se distinguía de la de otras estrellas, para acabar muriendo a los setenta años sin molestarse en añadir una x más a sus ecuaciones, ante la desesperación de los teóricos y el regocijo de los estudiantes. Aunque era tan célebre por sus aportaciones a la física como por su temperamento atrabiliario, había hecho buenas migas con Miralles, en buena parte por su afición común a la droga iluminadora conocida como joraína, y había compartido con él parte de sus conocimientos en

alguna guardia común, durante la soledad de aquella noche eterna. Éremos puso a prueba a Miralles y comprobó que era capaz de razonar parte de los sistemas bernardianos, aunque no de desarrollar sus ecuaciones. (Bernard era un hombre testarudo con un misántropo sentido del humor, y se había limitado a decir que "tenían soluciones", pero sin resolverlas él mismo. Para la mayoría de los científicos sus ecuaciones eran tan arcanas como un grimorio de encantamientos caldeos. Éremos las entendía perfectamente y había llegado a desarrollos prometedores a partir de la cuarta, pero aquello había sido en el lejano pasado.)

En cualquier caso, pudo apreciar que la mente de Miralles, sin llegar a la genialidad de Bernard, había sido poderosa, ágil y lúcida. Aún en algunos momentos asomaban indicios de su inteligencia, efímeros rayos de luz a través del nublado torpor en que se movía su pensamiento. El alcohol y la droga habían ido socavando durante años los cimientos de su personalidad, hasta que ésta se había derrumbado para convertirse en aquel solar de ruinas que ahora hilvanaba un relato sembrado de saltos y digresiones.

Aunque Éremos no sentía demasiado interés por aquel capítulo de la narración, Miralles se empeñó en contarle el motivo de su deportación a Radamantis. En un momento dado, y a causa de una mujer, se había despertado en él una avidez por adquirir dinero que hasta entonces le había sido desconocida. (Al menos, eso sostenía él.) Trabajaba por aquella época para Kassin, una filial de la Kwel, supervisando el montaje de una estación de transformación orbital en el sistema de Van Maanen, alrededor de una enana blanca poco mayor que la Tierra y de tanta masa como el Sol. Como director de sistemas, había firmado presupuestos hinchados haciendo la vista gorda a cambio de pingües comisiones. A la hora de la verdad, se había construido la estación con materiales que incumplían las normas de calidad y con una redundancia doble en los sistemas de seguridad cuando la presupuestada era cuádruple. Para su desgracia, hubo un accidente y a raíz de una fuga de nucleones de alta energía murieron veintisiete personas. Completando su infortunio, el juez supremo del sistema era el padre de la díscola y caprichosa joven que despertara en él los afanes crematísticos, y los argumentos del abogado de la Kassin no aplacaron su enojo. Circunstancia más circunstancia, Miralles había dado con sus huesos en Radamantis diecisiete años atrás. Hasta entonces era adicto a la joraína. El alcohol había venido luego.

-Me han dicho que en ocasiones puede usted... ver el futuro. ¿Es eso cierto?

Miralles se le quedó mirando con ojos turbios y resopló, exhalando un aliento de cloaca que delataba el estado de sus entrañas. Acaso con la saludable intención de desinfectarlas, le dijo a Éremos que fuese a la nevera y sacara "*lo que había dentro*". En el frigorífico vivía en soledad una botella de aguardiente a medio vaciar. Éremos la puso sobre la mesa y sacó dos vasos del mueble de fibra que hacía las veces de guardalotodo. Estaban tan grasientos que se le resbalaban de los dedos. Lavó el suyo, sirvió bebida para los dos y volvió a sentarse en el suelo.

El aguardiente, destilado de una planta local, era sorprendentemente bueno. Alcohol casi puro, pero de calidad. Éremos dio un par de sorbos apreciativos y comentó la excelencia del producto. Miralles, que ya había dado cuenta de su vaso -debía de tener el tubo digestivo recauchutado-, le explicó que se lo habían regalado hacía dos noches a cambio de no leer el futuro.

-Así que es verdad... Pero sólo ve muertes, al parecer.

Miralles le explicó que a veces entraba en trance y que el agujero que tenía en su cabeza se apoderaba de él. Normalmente, el agujero iba con él a todas partes, a modo de huésped; pero cuando aquella extraña entidad tomaba el control, el propio Miralles se convertía en un espectador al que su parásito permitía asomarse por una fantástica ventana. Cuando así ocurría, veía a las personas multiplicadas un millón de veces, como una proyección de fotos fijas tan definida en sus límites de lugar como de tiempo. Era como si una mano sobrenatural lo arrebatara para alzarlo hasta una atalaya del espacio-tiempo, fuera de las dimensiones, desde la que podía ver la línea de universo de su interlocutor, extendida ante él como la cinta de una larga carretera.

Aquel extraño don hubiera podido otorgarlo una caprichosa deidad olímpica como regalo envenenado. Miralles obtenía compensaciones a cambio de su silencio, pero nunca la

gratitud que hubiese recibido de vaticinar venturas. Y cualquier día alguien decidiría cortar la línea de universo del propio Miralles para acabar con sus malos agüeros, como casi había sucedido la noche anterior.

-¿Cuándo empezaron esas visiones? ¿Desde cuándo tiene ese agujero dentro de la cabeza?

Miralles se sirvió otro vaso de aguardiente y volvió a apurarlo de un trago. Cuando habló, la voz le había cambiado, y sonaba aún más rasposa y temblona. En el estado de alcoholismo en que se hallaba, bastaba una pequeña dosis para embriagarle de nuevo. Éremos se levantó, quitó la botella de la mesa y repitió su pregunta, dejando que se trasluciera su impaciencia.

-Fue hace trece meses o así... Estamos en noviembre, ¿no? -Éremos asintió-. Sí, hace trece meses. Yo trabajaba en la térmica número 7 entonces, pero fue cuando salimos de prospección, porque Kaimén nos había dicho que existía una plataforma interesante, con túneles naturales que abrata... abart... que abaratarían las conducciones si es que se decidía abrir otra central.

-Entonces, sabe que todo empezó en un momento concreto.

-Sí, sé perfectamente el maldito momento en que empezó todo. ¡Y el maldito lugar! No volvería allí por nada del mundo.

El tal Kaimén era un vestigator, uno de aquellos exploradores solitarios y un tanto lunáticos que recorrían las inmensas paredes del Tártaro, de cresta en cresta y de terraza en terraza, abriendo senderos desconocidos y en ocasiones sembrando la semilla de nuevas ciudades. Miralles y una joven topógrafa le habían acompañado en su deslizador. El lugar estaba en alguna parte al norte de la térmica 7, lejos de toda habitación humana; no podía decirle exactamente dónde, ya que Kaimén les había cegado por el camino con unas or-gafas. Se habían posado en una peña minúscula rodeada de espesa jungla, en un lugar en el que sólo un vestigator se hubiera atrevido a intentar un aterrizaje. Para abrirse paso entre la vegetación habían recurrido a un arco de plasma, pero a Kaimén no parecía importarle la matanza y el pánico que provocó entre la fauna local. Según él, eso espantaría incluso a los bodakes, lo cual resultaba conveniente en aquella espesura en la que podían atacarles casi a bocajarro.

-El tío nos dijo que esa jungla era el lugar donde podíamos plantar la central. La verdad era que tenía buen ojo, porque a pesar de los árboles y de todas esas malditas plantas de vaina que no dejaban ver a un palmo de narices, se había dado cuenta de que era una terraza muy plana. Maika, la chica, que era más fea que un demonio, por cierto, lo comprobó con los instrumentos, y también vio que bajo nuestros pies había un barullo de túneles, como un queso de esos que están llenos de agujeros. ¡Qué fea era la tía! -insistió Miralles con reiteración de borracho-. Por favor, no me importaría tomarme otro vasito.

-Me ha dicho el médico que dos al día son suficientes -replicó Éremos, agarrando con fuerza la botella-. Venga, siga.

Miralles protestó sin mucha energía. Tanto le hubiera dado beber aguardiente como lavavajillas, tan saturada tenía la sangre. Guiado por Éremos, que lo devolvía al sendero principal cada vez que se perdía por las ramas, prosiguió con su relato. El sistema de túneles era muy amplio, y habían decidido explorarlo. La primera noche durmieron en la galería principal. Las paredes, por alguna razón, estaban frescas pese a la cercanía del Piriflegetón, y el aire era mucho más respirable que en el sofocante exterior. Cuando se durmieron los otros dos, Miralles tomó una dosis de joraína, y fue entonces cuando empezó a tener sensaciones extrañas. Era, según explicó, como si el espacio ondulara y el mismo tiempo fluctuara. Con una metáfora de sorprendente precisión, considerando su estado, Miralles le explicó que aquello producía náuseas mentales. Éremos recordó al momento las imágenes que había visto la noche anterior en Cerbero. Sin embargo, aquel lugar, en la vaga localización que le daba Miralles, debía de estar muy lejos de la ciudad destruida.

Al día siguiente prosiguieron la exploración. Una vez pasado el efecto de la joraína, también había desaparecido la sensación de vértigo temporal, de modo que Miralles no había vuelto a pensar en ello.

-Pero ¿es un efecto habitual de la joraína?

-No, nunca me había pasado nada así. Pero ¿yo qué sabía? Creía que me había dado un viaje raro, y ya está. ¿Cómo iba a suponer...?

La temperatura bajaba conforme descendían, en contra de la experiencia habitual en Radamantis y del propio sentido común. El único de ellos que tenía algunos conocimientos de geología era Kaimén, y sólo los justos para saber en qué terrenos podía clavar sus garfios y plantar sus botas, de modo que aquel fenómeno le era inexplicable. Llegó un momento en que, aunque estaban a la altura del río de magma, la temperatura era tan sólo de siete grados centígrados. No habían previsto nada así y sus ropas destinadas a los niveles inferiores del Tártaro apenas los protegían del frío. Pensaban ya en irse cuando el resonador de Maika reveló la existencia de una vasta caverna no muy lejos de ellos. Lo que despertó su curiosidad fue el hecho de que el hueco tenía la forma de una esfera casi perfecta de unos treinta metros de diámetro. Pese al frío, decidieron llegar hasta ella.

Aquel lugar daba muy mala espina, le explicó Miralles. Habían llegado al punto donde la galería que seguían desembocaba en la esfera, y antes de pasar al interior la habían intentado iluminar con sus focos. Pero la entrada estaba bloqueada por una especie de pantalla negra que devoraba la luz, y les era imposible saber qué había más allá. Ni siquiera el resonador era capaz de dar cuenta de lo que había en el interior, sólo de la forma que hacía aquel hueco en la roca. (Aquí la explicación de Miralles era confusa, ya fuese por la borrachera o porque sus conocimientos de cómo funcionaba un resonador eran defectuosos.) Habían estado detenidos delante de la pantalla más de una hora, deliberando sobre lo que harían. Maika tiró una piedra y comprobó que atravesaba la superficie negra, aunque después no escucharon nada. Kaimén, en contra de lo habitual en un vestigator, que era lanzarse a explorar aunque fuese la misma boca del Infierno, recomendó prudencia y se negó a entrar en la esfera. Miralles era de su mismo parecer, pero Maika estaba dispuesta a entrar, convencida de que la pantalla negra no era ningún campo aniquilador, como temía Kaimén.

-Al final entramos los dos, ella y yo. No me pregunte por qué me decidí, amigo, no lo recuerdo muy bien.

"¿Influyó otra dosis de joraína, tal vez?". La pregunta murió antes de asomar a los labios de Éremos. Miralles estaba tan afectado al recordar lo que había sucedido cuando entró en la esfera que empezó a sufrir un temblor incontrolable, y suplicó aguardiente de forma tan lastimera que Éremos decidió servirle medio vaso más.

-¡Cuando pasé a través de esa pantalla fue como si me hubieran dado la vuelta a las tripas! Me acuerdo de que vomité directamente, y a Maika le pasó lo mismo. Además nos resbalamos por la pared de la esfera, que era como cristal o algo así, y mientras llegábamos hasta el fondo íbamos manchándonos el uno con los vómitos del otro.

Desde luego, pensó Éremos, no era la forma más airosa de penetrar en un lugar misterioso y desconocido.

-¿Cómo era eso por dentro? ¿Había luz?

-No lo sé, no sé si había luz. Allí ni se veía ni se oía, ni nada... Yo... es imposible explicarlo. Sentía a Maika cerca y mis vómitos y...

-No se preocupe, de lo de los vómitos ya me hago cargo. No hace falta que los vuelva a mencionar. Siga.

Miralles se expresaba con frases entrecortadas, buscando constantemente imágenes con las que hacerse entender. Mientras estaba allí dentro, había sentido como si el universo entero quisiera entrar dentro de su cabeza, todo a la vez, galaxias, cúmulos de galaxias, inmensidades de gas y de vacío, con la historia de cada partícula y de cada estrella, de cada ser vivo y de cada ente pensante desde el Big Bang hasta la implosión final. Sus sentidos se habían confundido en una única sinestesia, que lo percibía absolutamente todo.

No recordaba cómo había salido de allí. De hecho, tenía un hueco de siete días en la memoria, los que había tardado en despertarse en la enfermería de la central térmica. Según le explicaron, Kaimén había tenido que cargar con él a hombros para llevarlo de vuelta al deslizador.

-Pero ¿cómo salió?

-Ya le he dicho que no lo sé, demonios. Yo sólo sé que estaba en la enfermería, luego entonces había salido. Pero Kaimén ya no estaba allí, y no le he vuelto a ver el pelo desde entonces. Se largó como alma que lleva el diablo. Pero yo estaba en la enfermería, así que había salido. ¡Yo qué sé cómo! Maika se quedó dentro, y no tengo la menor idea de qué pasó con ella. Kaimén ya no estaba allí y cuando yo salí no estaba para nada, y...

-¿No fueron a rescatarla?

Al parecer, la única persona capaz de llegar a esa plataforma era el vestigator, y éste se había esfumado no bien dejó a Miralles de vuelta en la térmica. De modo que la topógrafa había quedado encerrada en la esfera. De su destino final Miralles no quería ni hacer conjeturas.

Desde entonces, Miralles no se había vuelto a sentir igual. Estaba ese maldito agujero dentro de su cabeza, decía, en el mismo centro. Era un agujero muy pequeño, menor que un perdigón, si lo veías desde fuera -a qué le llamaba verlo desde fuera, Éremos lo ignoraba-, pero desde dentro era grande como la maldita esfera. A veces quería reventar hacia fuera, a veces lo absorbía todo y parecía que le iba a devorar el cerebro. Era como un maldito mirador hacia la locura si él se asomaba dentro, y también era una ventana para que se asomara al exterior el ojo que vivía en él. Los esfuerzos de Miralles por encontrar palabras eran patéticos, pero estaba resuelto a hablar ahora que había encontrado por fin un oyente atento. Era el agujero, era el ojo quien había guiado su mano para rellenar aquel librillo. Y a veces, cuando estaba cargado de joraína, si se concentraba podía ver a las personas a través del agujero, y entonces veía perfectamente el momento de su muerte.

-¿Nunca se ha mirado usted a sí mismo?

-No lo necesito para saber que me queda poco. Cualquier día me reventará el cerebro. No es la cabeza lo que me duele, maldita sea, es... es... es el alma. ¡Déme esa botella de una vez, ya le he dicho todo lo que tenía que decir!

-¿Sería usted capaz de llevarme hasta esa terraza? No tendría por qué entrar en la esfera, pero...

-¡Ni lo sueñe! No volvería por nada del mundo... aunque supiera hacerlo. ¿Por qué no se larga de una vez? O mejor, ¿por qué no va a la tienda y me trae otra botella?

Éremos se levantó. Eran las quince treinta, pasada de largo la hora de comer. Por el momento, de Miralles no podía obtener nada más, así que lo dejó con los restos del aguardiente y se marchó de la casa.

Aunque a aquella hora hacía calor, al salir a la calle sintió el frescor del aire puro, después de haber estado casi tres horas respirando la atmósfera rancia de la casa y el aliento ulcerado de Miralles. No muy lejos encontró una taberna y pidió una jarra de cerveza y un plato de salchichas con salsas. Comió con prisas, ya que el camarero quería cerrar, y mientras lo hacía recapituló lo que había escuchado y programó las actividades siguientes.

Toda la historia de Miralles podía ser el delirio de un borracho, pero tenía a su favor tres puntos: A) que al parecer se habían cumplido dos de sus profecías -ése era un primer hecho para comprobar-; B) que los extraños signos del librillo tenían coherencia; y C) que era difícil no encontrar cierta semblanza entre la sensación de náusea temporal experimentada por Miralles y lo que el propio Éremos había sentido al ver el vídeo sobre la catástrofe de Cerbero.

Había algo que no llegaba a cuadrar. Miralles había sufrido su experiencia trece meses atrás, mientras que el aterrizaje forzoso de la nave Tritónide se había producido recientemente; cuán recientemente, lo ignoraba. ¿Tenían alguna conexión ambos hechos y el desastre de Cerbero? Allí, algo se había saltado las leyes del universo conocido y había vuelto del revés las dimensiones del espacio, creando un dominio de caos en la realidad. Por su parte, la mente de Miralles violaba las normas del tiempo. No podía ser casualidad que aquellas dos transgresiones de las leyes físicas hubieran sucedido en el mismo planeta, y menos cuando de por medio estaba la nave Tritónide. Superar la velocidad de la luz es romper la barrera del tiempo: ni el propio Bernard había refutado la teoría de la relatividad en aquel punto.

Los llamados tecnos, de los que poco había averiguado salvo el nombre, estaban experimentando con el sistema de propulsión de la nave, o acaso habían creado una fallida

imitación, y aquello había desencadenado el infierno en Cerbero. La metáfora retorcer el espacio-tiempo, utilizada por algunos teóricos para los viajes ultralumínicos dejaba de ser una figura retórica en las imágenes que había presenciado en el apartamento de Urania. ¿Pero qué papel jugaba Miralles? Sólo se le ocurría la posibilidad de que en algún momento hubiese estado cerca de la nave Tritónide o la hipotética imitación de los tecnos. ¿Afectado por su funcionamiento, por un incomprensible campo, por alguna fuerza...? Puesto que aún lo ignoraba todo del sistema utilizado por los Tritones para romper la barrera relativista, no podía descartarlo. El problema era que el incidente de Miralles había ocurrido trece meses atr s, y que aquella caverna esférica no parecía el lugar más apropiado para albergar una nave interestelar, por pequeña que fuese. Pero, con todo, había algo allí que seguramente arrojaría luz sobre todo el misterio.

No pensaba pisar Cerbero, aparte de que sospechaba que se había establecido una cuarentena alrededor. Pero le quedaba la opción de encontrar aquel sistema de túneles y acercarse, hasta donde fuese seguro, a la caverna esférica. Para ello necesitaba encontrar al vestigator Kaimén. Sospechaba que no le sería fácil.

Dedicó las primeras horas de la tarde a hacer averiguaciones y compras diversas. El bastón neurónico que había heredado del taxista era útil a corta distancia, pero él había aprendido a luchar cuerpo a cuerpo casi a la vez que daba los primeros pasos y un arma así no aumentaba demasiado su efectividad. Después de preguntar en un par de sitios, le encaminaron hacia un comercio de aspecto inofensivo. El dependiente, un hombrecillo cenceño y de pelo híspido, arrugó la nariz cuando Éremos le pidió el catálogo de armas, pero la holotarjeta del Turco lo suavizó un poco. En la trastienda, excavada en la roca viva, se exponía un heterogéneo arsenal en el que había desde económicas armas blancas hasta un carísimo láser de rayos X. Éremos eligió un cuchillo arrojadizo de carbono que se ataba a la muñeca izquierda y salía con un solo movimiento, una pequeña pistola de mnemometal, al pulsar un botón tomaba el aspecto de una elegante pitillera y recobraba su forma original haciendo ademán de abrirla para ofrecer tabaco, y un rifle de balas explosivas. Este último fue el más caro, y era un tipo de arma que no solía utilizar, pero Éremos sospechaba que tendría que adentrarse en territorios salvajes y quería estar preparado para el posible ataque de algún bodak. Como regalo por el valor de la compra, el tendero le ofreció un brazalete de aspecto inofensivo que escondía un hilo estrangulador.

El capital de Éremos quedó muy mermado después de pagar. Una nueva visita al casino era inminente, se dijo. Antes de irse, preguntó al dependiente dónde podría localizar a un vestigator.

-¿Se refiere a uno cualquiera, o busca a alguien en concreto?

-Tenía interés en hablar con un tal Kaimén. ¿ Sabe de quién le hablo?

-No tengo la menor idea.

Ya en la calle, buscó una cabina pública y llamó al número de Urania. Un contestador holográfico, en el que la joven aparecía con una trenza que le daba un aire casi candoroso, le pidió que se identificara y dejara su mensaje.

-Soy Crimson. Ya te volveré a llamar cuando... La imagen de la trenza se metamorfoseó en una sonriente cabecita con el pelo corto que le era familiar, rodeada por un estrecho borde de fondo que Éremos intentó en vano identificar para saber si Urania estaba en su casa o en alguna otra parte.

-¡Buenas tardes! ¿Has descansado ya?

-Sí, he dormido hasta hace un rato.

-No se te ve mal. ¿ Qué has desayunado, tortilla de vitaminas? -preguntó con una sonrisa de picardía.

-Con un complejo mineral, también. A mi edad hay que recobrarse después de los excesos.

-¡Seguro que sí! Eres un encanto, ¿sabes?, pero ahora estoy muy ocupada. ¿Querías algo en especial?

-Pues sí. Tenía interés en localizar a una persona, y sospecho que eres una mujer de recursos y que me podrías ayudar.

-Tal vez. ¿A quién buscas?

-A un vestigator llamado Kaimén. Urania enarcó las cejas, sorprendida.

-¡Vaya! Me pregunto qué negocios te traer s para necesitar los servicios de un vestigator. ¿O es que es un amigo de la infancia?

-Pretendía hacer algo de turismo por el Tártaro.

-Para eso te podría valer cualquiera. ¿Por qué el tal Kaimén en particular?

-Eres muy curiosa. Tú dime si sabes dónde está y cuando te vea ya te contaré... o te daré algo a cambio.

Ella sonrió y chasqueó la lengua como si anticipara el sabor de un buen vino.

-Menudo elemento est s hecho, señor Crimson. Mira, llámame dentro de cinco minutos, ¿quieres? Te advierto que estoy distrayendo tiempo de mi deber para dedicártelo a ti, así que...

-Entiendo. No te preocupes, que todo será compensado.

Éremos le dio diez minutos de margen, y mientras tanto fue a un bar cercano y pidió una cerveza, que resultó ser afrutada y no le gustó demasiado. Cuando volvió a llamar, Urania le atendió directamente.

-Lo siento. Imposible localizarlo. Su número no está en la guía y no aparecen referencias en la red. He llamado al gremio y tampoco me dicen nada. Ahora, te tengo que dejar. ¿Cuándo nos vemos?

-Mañana te volveré a llamar, ¿de acuerdo?

-Muy bien. Hasta mañana.

"*Referencias en la red*", se repitió Éremos. Por lo que había podido comprobar, existía en Radamantis un sistema de configuración muy primitiva, aún varios niveles por debajo de lo que permitían las normas generales. Si Kaimén había estado en ella y él u otra persona habían borrado las referencias, podría localizarlo gracias a su código Cero. El mismo teléfono ofrecía la posibilidad de acceder al sistema, pero su minúsculo teclado hacía muy difícil la tarea que debía realizar. No muy lejos encontró una tienda de artículos informáticos en la que por cien créditos le dieron una hora de acceso de terminal. Se sentó en un rincón, conectó la antipara de distorsión visual, estiró los dedos como un pianista antes del concierto y se dispuso a interpretar al teclado la vieja sinfonía del hacker husmeando en arcanos electrónicos.

Aquel sistema debía de estar anticuado ya cuando él salió de la piscina incubadora. En diez minutos había conseguido tal grado de acceso que todas las cuentas, documentos y conversaciones privadas de los burgraves y miembros de los concejos locales se abrieron a su disposición. Consultó las referencias al accidente de Cerbero y encontró algunas instrucciones que conminaban a mantener el secreto sobre aquel hecho, un vídeo que sospechó sería el mismo que tenía Urania y que prefirió no ver de nuevo, y comentarios crípticos sobre los tecnos y el "Objeto l". Aquello sí era interesante, pero no pudo ampliar la información. Al menos había recibido la primera confirmación documental sobre la existencia de la nave Tritónide. Parecía claro que los tecnos la tenían en su poder, como ya había intuido por diversas alusiones, pero lo que resultaba imposible de averiguar era la identidad y localización de tales tecnos. Newton le había hablado de "poderes fácticos" antes de enviarle a la misión, y no se refería exactamente a la Tyrsenus. Por encima de ésta, de los Concejos, de Lisístrata, de aquellos descendientes de filibusteros que se hacían llamar burgraves, estaba claro que había algo más: un poder que acaso no tuviera control total sobre los demás, pero sí podía mantener actividades al margen y forzar a que los otros mantuvieran el secreto. Los tecnos. Creadores de ingenios en ocasiones, aprendices de brujos en otras... ¿Le daría tiempo a llegar ante ellos antes de que enviasen todo el planeta a la octava dimensión?

Meneó la cabeza. Había que ir por partes, y ahora estaba buscando al vestigator. Lo que pretendía de momento era llegar a la caverna esférica de Miralles y averiguar quién o qué era el Apolo que había otorgado la maldición de la profecía a aquella Casandra tripuda y alcoholizada.

Había veinticuatro personas con licencia de vestigatores en Radamantis, y ninguna de ellas respondía al nombre de Kaimén. Por si alguno de ellos fuera Kaimén con otro nombre, grabó todas las fotos para enseñárselas a Miralles. Empezaba a andar corto de dinero, de modo que lo hizo con un microcristal que las proyectaba en cualquier superficie blanca acercándolo a un foco de luz; un procedimiento algo rústico, pero sólo le cobraron veinte créditos por hacerlo. Después prosiguió con sus pesquisas, y encontró una referencia a la expedición de Miralles, Kaimén y Maika Tilman, pero cuando quiso ampliar comprobó que el archivo había sido borrado hasta el último bit y no había modo de recuperar nada ni siquiera con su código Cero. Tentando otra ruta, revisó los historiales de diversos vestigatores, hasta que encontró a uno prometedor, un tal Zuilo, que trece meses atrás, por la época en que Kaimén ofreciera sus servicios en la térmica 7, había realizado exploraciones por aquella zona. Tal vez supiera algo del huidizo Kaimén. Le quedaban quince minutos de acceso a sistema, de modo que trató de comunicar directamente con el vestigator.

Después de que la señal sonara durante un minuto entero, se materializó ante él la cabeza alargada y rapada al cero del tal Zuilo -no había pérdida, tenía tatuada una Z en la frente-. El rostro era hostil, y hasta las orejas desabrochadas se proyectaban hacia delante con agresividad.

-¿Quién demonios me llama a esta hora?

-Pensé que no era mala hora. Son las diecisiete y...

-Siempre es mala hora para dar el coñazo. ¿No ve que me ha pillado poniendo un huevo?

Éremos tardó un par de segundos en darse cuenta de que se refería a funciones excretorias y agradeció que la imagen sólo mostrara el rostro. Ahora entendía cierta dilatación de las venas del cuello.

-Lo lamento, pero tal vez si usted hubiera indicado en su número “No disponible en este momento” o algo así, yo me habría esperado.

-Da igual. Ya que he descolgado, suelte lo suyo mientras yo suelto lo mío.

Si el vestigator no se encontraba ridículo conversando de aquella guisa, no sería Éremos quien se incomodara. Recordó que los romanos tenían la costumbre de departir amigablemente mientras estaban sentados en sus letrinas colectivas y empezó:

-Necesito los servicios de un vestigator para viajar a una plataforma cuyo emplazamiento exacto desconozco.

-Evidentemente. ¿Para qué querría un vestigator si no? Cobro veinte mil por día.

-Va usted al grano. ¿Qué hay que hacer para convertirse en vestigator? Con esa tarifa me retiraría en dos o tres años a Síbaris.

-Para convertirse en vestigator hay que tener los huevos gordos como melones. ¿Cumple usted ese requisito?

-Me temo que no llego a tanto volumen.

-Pues muérase de asco y pague a los que sí los tenemos. Si no le importa, ya que me ha cortado, me voy a levantar.

Éremos, que era un tanto remilgado en asuntos escatológicos, apartó la vista durante unos segundos de la pantalla, temiendo que mostrase casi cualquier cosa. Se escuchó un chorro de agua, un secador, y el vestigator volvió a hablar.

-Bueno, ¿me va a explicar dónde quiere ir o encima tendré que preguntárselo yo?

Ahora Zuilo estaba meciéndose en un butacón con un enorme vaso de refresco, o tal vez un cóctel, del que sorbía ruidosamente con una pajita. Se le veía más relajado, aunque, según él, la llamada de Éremos le había impedido vaciar convenientemente sus intestinos. Un animalillo, una especie de mono mutante provisto de cola bífida y grandes ojos de lémur, saltó sobre su hombro y empezó a darle lametones debajo de la oreja.

-Es un lugar al norte de la térmica 7, y en un nivel muy bajo, casi ya en el mismo Piriflegetón. Creo que conoce bien esa zona.

-Al norte de la térmica 7 la grieta del Tártaro sigue dos mil quinientos kilómetros hasta que se cruza con la de Wilson. No pretenderá que me haya pateado todo ese territorio, así que podría precisar un poco más.

-Me es difícil hacerlo. Supongo que habrá oído hablar de un compañero suyo, un hombre llamado Kaimén.

La Z que tenía en la frente se arrugó, suspicaz.

-Kaimén... ¿Qué quiere saber de él?

-Hace un tiempo, trece meses para ser exacto, Kaimén exploró el lugar al que yo quiero ir. Iba acompañado por dos técnicos de la térmica 7, y volvió sólo con uno de ellos. ¿Le suena esa historia?

-Vagamente. Y no he vuelto a oír hablar de Kaimén. La verdad es que me estoy dando cuenta de que no me gusta su cara, así que se puede usted meter sus treinta mil créditos por el culo.

-¿No eran veinte?

-Treinta mejor, para que le duela más cuando se los meta.

Zuilo colgó sin despedirse. Aun recibiéndolo a través de una imagen, Éremos había podido percatarse de que mentía, y no "vagamente". Aquel hombre conocía a Kaimén y estaba ocultando lo que sabía por razones de peso. Comprobó la dirección en el ordenador. El vestigator estaba, al menos por el momento, en la ciudad de Kore. En los cinco minutos que le quedaban de acceso a red, comprobó la situación de Kore y se informó sobre medios de transporte para hacer una visita en persona a Zuilo. Había un vuelo directo cada dos días, y costaba diez mil créditos. Éremos silbó entre dientes. En el auténtico infierno, bastaba con pagar un óbolo a Caronte. Las tarifas de transporte en Radamantis no tenían nada que envidiar a las de los Tritones, pero éstos al menos llevaban a sus pasajeros de estrella en estrella.

El próximo vuelo era al día siguiente, a las once y media. Éremos trató de hacer una reserva, pero no se admitían. "Viva el servicio al cliente", musitó mientras salía del sistema y desactivaba la antipara.

-¿Le ha sido provechosa la hora? -le preguntó el dependiente mientras registraba el cobro de los cien créditos.

-En parte sí, y en parte no. Muchas gracias.

Éremos volvió a colgarse a la espalda la bolsa de las armas y salió a la calle. Eran las dieciocho. Comprobó que aún tenía catorce mil créditos. Podía pagarse el billete hasta Kore, pero le iba a quedar muy poco margen de actuación con los cuatro mil restantes. Aquella noche, pues, tocaba incursión de rapiña en el casino.

Depositó en la consigna del hotel la bolsa con el rifle, tiró a la basura el bastón neurónico, se ató a la muñeca el cuchillo, guardó la pistola en forma de pitillera en un bolsillo de la chaqueta y adoptó al brazalete un reloj para disimularlo mejor. A las dieciocho treinta, marcó el número de Clara Villar, sin saber muy bien por qué lo hacía. Sonaron cinco señales, y ya iba a colgar, casi aliviado de que ella no estuviera en casa, cuando la voz de la maestra respondió.

-¿Dígame?

-Buenas tardes, Clara.

-Ah, es usted. Buenas tardes. ¿Qué tal su tercer día en Radamantis? Con la progresión que lleva, supongo que ya lo habrán nombrado miembro del concejo.

-Me han prometido que juraré el cargo pasado mañana. Precisamente estaba pensando en que una persona que va a ser tan importante como yo debería tener un vestuario más amplio y a juego con su posición. ¿Está dispuesta a seguir siendo mi asesora de imagen?

-¿El puesto supone que además debo subvencionarle el vestuario, o...?

-No se preocupe, es un empleo sin cargas onerosas. Paso a recogerla en quince minutos, ¿de acuerdo? Hasta luego.

Cuando se encontraron, Clara protestó por el poco tiempo que Éremos le había dejado para arreglarse. Sin embargo, sólo había tardado un minuto en bajar a la calle desde la llamada al portal. "Seguro que Urania me habría hecho esperar más", se dijo Éremos.

Éremos compró una cazadora de color marrón oscuro, un pantalón azul de algodón, una camisa holgada y unas botas negras de hebillas magnéticas. Clara, a la que sólo consultó de pasada, hizo algún comentario irónico sobre las ropas que llevaban los altos cargos en los últimos tiempos. "*Pienso introducir un aire deportivo en la política*", explicó Éremos.

Después pasearon hasta el acantilado, vieron cómo las sombras de aquella vertiente del Tártaro se proyectaban al otro lado, tomaron un refresco y se despidieron en la puerta de Clara cuando empezaba a cerrar la noche.

Mientras se dirigía al hotel para dejar su nuevo cargamento de compras, Éremos se preguntó para qué había llamado a la maestra. En sí su compañía no era ningún problema, pero estaba acostumbrado a que cada acto de su vida, incluso el más nimio, tuviera una razón, y en este caso era incapaz de encontrarla.

Cenó en el propio hotel, cuya cocina era mediocre y algo cara. Ya había terminado y estaba apurando el bourbon que había pedido en lugar de postre cuando alguien conocido tomó asiento frente a él. Tardó un segundo en recordar quién era: Gaster, el periodista del Adelantado de Tifeo, capaz de provocar raras unanimidades en su contra.

-Buenas noches, señor Crimson. Espero no molestarle.

-Por supuesto que no, señor... eh...

-Gaster.

-¡Ah, sí! Era usted escritor, o algo así, ¿no?

-Periodista. Trabajo en el Adelantado.

Éremos escrutó el rostro de Gaster y pensó en invitarle a que tomara una copa allí mismo, pero sospechando que la aceptaría prefirió callarse.

-Usted dirá.

-He oído decir que va usted a jugar una partida de kraul con el burgrave Sharige, y he venido a verle en orden a confirmar ese extremo.

-¿Una partida de kraul? ¿Y con el burgrave Shi...Shagi...?

-Sharige. Es el burgrave de Eurílo, la ciudad más importante de Radam.

-Entiendo. Pues me temo que no voy a poder confirmarle nada. No tengo el gusto de conocer a ese señor, y además tendría que aprender a jugar al kraul. Lo mío son los dados y el parchís, ¿sabe?

Gaster adelantó su tozuda mandíbula con irritación.

-He recibido mi noticia de muy buenas fuentes, aunque no puedo revelarlas.

-Serán tan secretas como las fuentes del Nilo, entonces. Bueno, señor Gaster, ha sido un placer ser entrevistado por usted, pero me temo que debo retirarme. Tengo una cita con una adorable dama y ya supondrá que no es mi intención hacerla esperar.

Cuando ya salía por la puerta del comedor, se dio la vuelta y chistó a Gaster, que de pura perplejidad aún no se había movido del asiento.

-Por cierto, si quiere mejorar su estilo literario, mejor ser que no diga en orden a confirmar. Un simple para confirmar sería más elegante. Buenas noches.

26 De Noviembre

Al día siguiente, cuando bajó a recepción, le comunicaron que el Turco había dejado recado de que se pusiese en contacto con él. Utilizó el teléfono del hotel y no tardaron en pasarle con Rye, que estaba leyendo un grueso volumen mientras masticaba los granos aromáticos a que tan aficionado era.

-Buenos días, señor Crimson. Habrá dormido con la conciencia tranquila...

-Inocente como un bebé.

-¿Después de haber vuelto a desplumar a mis clientes del casino?

Éremos soltó una breve carcajada.

-Debo confesarle que la vida en su ciudad es algo cara. Hay más lujos y placeres de los que esperaba cuando me deportaron.

-Desde luego, y si una mujer ya resulta cara, andar con dos como usted debe ser muy gravoso.

-Veo que no se le escapa nada de lo que ocurre en Tifeo.

-¡Sólo faltaría eso! Como ha dicho usted, es mi ciudad. Puede andar con todas las mujeres que quiera, pero no pierda la concentración. He concertado ya su partida con Sharige: será pasado mañana, en el Lusitania.

-¿El Lusitania?

-Es una especie de territorio neutral donde solemos encontrarnos unos burgraves con otros. Se trata de un hotel volador, suspendido de un gigantesco globo de vacío. Seguro que le gustará: hay unas vistas magníficas y el restaurante es, con diferencia, el mejor del planeta. Pasado mañana enviaré a recogerle a las diez y media, ¿de acuerdo?

-Muy bien, señor Rye.

-¡No se acueste muy tarde! Esta vez, Sharige se va a llevar lo suyo.

El Turco cortó la comunicación. Éremos desayunó en el hotel y salió a la calle con los bolsillos ya reabastecidos de metálico después de su segunda incursión por las mesas de póquer y una generosa cantidad de joraína comprada a un camello local. Miralles lo recibió de mal humor, pero cuando vio la droga su rostro se iluminó, y durante unos minutos se mostró casi afable. Después, ya drogado, sus pupilas se contrajeron y un velo gris cubrió el blanco de sus ojos; el temblor crónico de sus manos desapareció e incluso su olor corporal cambió, haciéndose más acre. Éremos le tendió el librillo y le pidió que le explicara el desarrollo de la primera página. Miralles lo observó fijamente y después, muy despacio, empezó a trazar signos con el dedo sobre la mesa.

Maldiciéndose por su falta de previsión, Éremos buscó por la casa algo con lo que Miralles pudiera escribir, pero no había nada. El viejo había ido acelerándose, y lo que representaba parecía tener cierta coherencia, pero hasta para la memoria fotográfica de Éremos era imposible retener aquellos movimientos que dibujaban líneas invisibles unas sobre otras. Después, la mandíbula inferior de Miralles empezó a temblar y, mientras un

hilillo de saliva le caía por la comisura, el viejo empezó a emitir sonidos extraños: resoplidos que trataban de tener un tono, silbidos entre dientes, chasquidos guturales, como si estuviese violentando su aparato fonador para expresarse en un lenguaje diseñado para la garganta de alguna criatura alienígena. El esfuerzo estaba haciendo enrojecer al viejo, y Éremos temió que le diera un síncope. Pero finalmente Miralles se interrumpió y, con suma lentitud, fue alzando la vista hacia el rostro del geneto.

Entonces, cuando sus ojos nublados se cruzaron con los de Éremos, fue como si reparara en él por primera vez, o como si lo contemplara bajo la luz de un nuevo sol. Después habló con una voz metálica y forzada, como si el ser alienígena que se había apoderado de su mente hubiera logrado por fin sintonizar a su marioneta para expresarse en un lenguaje humano que no era el suyo.

-El doce de mayo, fue el doce de mayo, y será el uno de diciembre.

Éremos sintió por primera vez en su vida un estremecimiento. Aquellos ojos no eran los de Miralles; más inhumanos que los suyos, le taladraban fríos e inexorables como la Parca, pero le habían aprisionado en una trampa de hielo y era imposible apartarse de ellos. Un doce de mayo había sido la fecha de comienzo del experimento que era su vida, cuando un espermatozoide y un óvulo seleccionados y alterados se encontraron en las placas del doctor Puig. Conocía la respuesta, y aun así hizo la pregunta.

-¿Qué será el uno de diciembre?

-Tu final. Este uno de diciembre.

-¡Cinco días! -exclamó Éremos, y sus pulsaciones se aceleraron sin que ninguno de sus biosistemas hiciese nada por refrenarlas.

¿Por qué creyó Éremos aquel oráculo de muerte? Los ojos que le taladraban con indiferente certeza ya no eran de Miralles, sino de algo que no podía ni sabía mentir, algo que estaba mucho más allá, en algún lugar fuera de su alcance. Y supo que, si quería eludir la cita con su destino, tendría que llegar a aquel lugar. Miralles, las extrañas ecuaciones, la catástrofe de Cerbero, la nave Tritónide: las líneas debían confluir en un punto común, allí donde se revelaban los secretos del espacio-tiempo, donde encontraría el saber necesario para burlar a la muerte. Ya no era la supervivencia de la raza humana, aquella abstracta y ajena entidad, sino la suya propia.

Por fin pudo apartar la mirada de Miralles, o de aquello que poseía a Miralles, y salir de su propio trance. Despacio, paso a paso, su mente arrancó como un sistema informático después del apagón. Se puso en pie, respiró hondo y observó al viejo, que, sentado en la silla, se había quedado fijo en la pared, tal vez vislumbrando en algún desconchón los secretos del universo.

Miralles no fingía. Sólo cabía pensar que A) creía que era otra criatura y que estaba viendo la muerte de Éremos en un plazo de cinco días, o que B) realmente era otra criatura y la estaba viendo de verdad. La primera posibilidad se podía atribuir a la droga. La segunda se veía corroborada por las dos predicciones certeras -que Éremos había confirmado en el Registro Civil de Tifeo-, pero se estrellaba de frente contra sus convicciones racionales. Nunca había creído en las profecías y no era momento para cambiar de idea. Si había verdad en las palabras de Miralles, no podía deberse a un don sobrenatural.

Aquello trajo a su pensamiento a los tecnos y a la nave Tritónide, y una nueva idea iluminó su mente. ¿Y si no hubiera sido un aterrizaje forzoso? ¿Y si en aquel planeta existía algo que había atraído a los Tritones, hasta el punto de arriesgar uno de sus vehículos? Ese mismo objeto de la caverna esférica, el que había provocado en Miralles aquel estado de alucinación o posesión alienígena.

Volvió a mirar al viejo. La clave estaba en el agujero de su cabeza, al que le era imposible llegar -y acaso no se atreviera, después de ver en él su propia muerte-, o acaso en las estrambóticas ecuaciones del librillo. Éremos había trabajado con ellas una y otra vez, pero aunque captaba su lógica interna no era capaz de obtener resultados: como una serpiente devorándose a sí misma, las ecuaciones se hacían cíclicas, y no conseguía sacar nada que no estuviese ya en ellas. Coherentes, pero tal vez alejadas de toda realidad.

¿Y si estaba empecinado en seguir una pista falsa, engañado por un viejo loco y borracho? Tal vez acabara en un callejón sin salida, pero en ese caso lo mejor que podía hacer era apurar aquel camino cuanto antes. Ya no era momento de imaginar, sino de obtener información concreta. Para ello lo primero era encontrar a Kaimén. El viejo no se encontraba en condiciones de reconocer ninguna de las fotos, pero Éremos tenía una intuición acerca de Zuilo.

El deslizador que lo llevó a la ciudad de Kore era un vehículo basado en el modelo Turbión, con cincuenta plazas. No tuvo problemas para conseguir pasaje. La mitad de los asientos iban vacíos, de modo que Éremos se acomodó junto a una ventanilla lejos de molestos vecinos de viaje. Durante los veinte minutos que duró el vuelo mantuvo la nariz pegada al cristal, contemplando los fant sticos paisajes del á rtaro y la incandescente cinta del Piriflegetón que fluía a miles de metros bajo sus pies, mientras trataba de olvidar el pensamiento de que un oráculo con un índice de aciertos del cien por cien le había fijado la fecha de caducidad. En la lejanía vislumbró, a mitad de vuelo, una enorme masa flotante, y supuso que se trataría del Lusitania, el lugar del que le había hablado el Turco. Cuando desembarcó, se lo preguntó al piloto del deslizador y éste se lo confirmó.

Kore era una población de quince mil habitantes, situada en una serie de pequeñas terrazas a diversos niveles, unidas entre sí por puentes, túneles y rampas que saltaban grietas y atravesaban crestones en atrevidos diseños. Estaba a más altitud que Tifeo y la temperatura era baja. No bien salió del deslizador, Éremos tuvo que abrocharse la cazadora y lamentó no haber comprado unos guantes el día anterior. En un puesto de información introdujo los datos del domicilio de Zoilo, y la m quina le mostró en un plano la ruta más corta para llegar a él. Por el camino hizo una parada en un pequeño buchinche para tomar café y templarse, y aprovechó para preguntar por la prensa local. No había, pero recibían el Adelantado de Tifeo. Mientras se tomaba el café, que tal vez por lo caliente no le pareció tan malo como había esperado, buscó la firma de Gaster. Aquel día había escrito un artículo sobre la necesidad de hacer prospecciones hacia el sur en vez de insistir en la zona septentrional del Tártaro. Fue incapaz de pasar de la mitad de aquel texto plagado de tópicos y torpes perífrasis y redactado en una sintaxis más alienígena que los chasquidos de Miralles en su trance.

Zuilo vivía en una plataforma apartada, donde la ciudad limitaba con un pedregal inaccesible. Allí se alzaba su domo, una cúpula de hormigón gris decorada con incrustaciones de cristales coloreados y antenas de enmarañadas formas. En el timbre había grabado el estridente chirrido de un bodak. Se preguntó qué extravagancias albergaría el interior de la casa.

El holograma del portero automático mostraba el rostro de Zuilo embadurnado de espuma de afeitar y con el monito mutante encaramado a su hombro y agitando su cola bífida.

-Vaya, parece que siempre le interrumpo en momentos importantes -se disculpó Éremos.

-¿Es usted? ¿ Qué demonios hace aquí?

-Le traigo una oferta que no podrá rechazar, seguro.

-Espere un momento.

Cinco minutos después la puerta de metal, digna de un búnker, se deslizó a un lado. Zuilo le estaba apuntando al pecho con un rifle y parecía de pésimo humor, probablemente porque con las prisas se había cortado debajo de la oreja izquierda, allí donde le lamía solícita su mascota.

-Es usted un moscón muy pegajoso. ¿Se puede saber a qué ha venido aquí?

-¿Siempre recibe así a sus visitantes?

-A veces les descerrajo un tiro primero y les pregunto después. Creo que es lo que debería haber hecho ahora.

-¿Puedo pasar? -preguntó Éremos como si el rifle no existiera.

-Vaya, no sé si los tendrá como melones, pero empiezo a pensar que los tiene de plomo.

-Últimamente oigo muchas conjeturas sobre el material de que están hechas mis gónadas. Mire, si me deja pasar y contesta a mis preguntas le pagaré la tarifa de dos días de trabajo. Y sin gasto alguno. ¿Le interesa?

-Entre.

Zuilo se apartó a un lado, sin dejar de apuntarle, y le hizo pasar al interior del domo. Llegaron a un saloncito pintado en un chirriante color rojo y allí le invitó a sentarse en la silla que más incómoda parecía. Éremos se desabrochó las mangas de la cazadora y comprobó que el cuchillo que llevaba en la muñeca izquierda estaba presto para salir. Su vida no parecía correr un peligro inminente, pero no las tenía todas consigo.

-Mejor ser usted quien conteste -dijo el vestigator-. ¿Por qué anda preguntando por Kaimén?

-Ya le dije que estaba interesado en repetir cierta exploración que su colega llevó a cabo hace trece meses. Pero por alguna razón parece que hubiera desaparecido de la faz de Radamantis.

-No sea pedante. Aquí lo llamamos Radam.

-Como usted quiera. El caso es que me gustaría localizar a Kaimén, o a alguien que pudiera llevarme al lugar que quiero. Le llamé a usted porque comprobé que conocía esa zona.

-Así es. Pero selecciono muy bien a mis clientes y usted no me cae bien. Y a Polifemo tampoco.

Obviamente, Polifemo era el mono que seguía lamiendo la oreja de Zuilo con un entusiasmo digno de mejor causa. Un nombre demasiado grande para un animalejo tan pequeño.

-No le propongo entablar una amistad eterna, sino un contrato de trabajo por un día. Le prometo que suavizaré los aspectos más desagradables de mi personalidad mientras esté cerca de usted.

El vestigator soltó una carcajada seca y soltó un momento el cañón de su arma para hurgarse la nariz. Éremos se preguntó si con un buen eructo o algo peor no conseguiría caerle bien a aquel tipo.

-Es usted muy gracioso, la verdad. Pero los graciosos también tienen una fecha para morir.

-Yo conozco la mía: el uno de diciembre.

-¿De qué me está hablando?

-Su colega Kaimén llevó a un ingeniero llamado Miralles en aquella expedición. No sé lo que les ocurrió, pero desde entonces Miralles es capaz de ver el futuro, en particular si se trata de muertes ajenas. A mí me acaba de vaticinar que moriré el uno de diciembre. ¿Entiende ahora mi interés en visitar ese lugar?

En el rostro de Zuilo se dibujó una sonrisa sarcástica que, por el tamaño de su boca y la desigualdad de sus dientes, parecía una maqueta de la grieta del Tártaro.

-Yo también podría predecir el día de su muerte. ¿Qué le parece hoy, veintiséis de noviembre? Un sólo movimiento de mi dedo y ¡PAM!, se acabó todo.

Parecía dispuesto a hacerlo. La única manera de actuar para impedirlo era lanzarle el cuchillo a la garganta, pero no parecía un método muy apropiado para obtener información.

-Llevo debajo de la cazadora una bomba plástica controlada por pulsaciones. Si mi corazón deja de latir, ¡PAM! Entonces sí que se acabó todo: usted, yo... y Polifemo. Sería una lástima destrozar una casa tan bonita.

-No me lo creo.

-Adelante, dispare entonces.

-Bueno, tampoco tenemos tanta prisa. Cuando me aburra dispararé.

-¿Por qué tiene tanto interés en ocultarse, señor Kaimén?

La sonrisa, que había empezado a desteñirse con la amenaza de la bomba, se borró del todo. Polifemo se quedó mirando a Éremos con sus ojos de plato, como si siguiera la conversación.

-¿De dónde demonios saca que yo soy Kaimén?

-Verá, he comprobado que todos los vestigatores adquieren nombres nuevos al entrar en el gremio, empezando por la A y siguiendo por orden hasta la V La K ha quedado vacante, pero resulta que usted se ha pasado hasta el final de la lista e incluso se ha saltado alguna letra. Sin embargo, su historial parece demostrar que tiene usted más antigüedad. Supongo que adaptó el que tenía como Kaimén, tapando algunas cosas y dejando las demás. Una cirugía estética, un tatuaje nuevo en la frente y ya tenemos a otro vestigator en el gremio. Pero ha pecado usted de sentimental: debería haberse deshecho del mono. Miralles me habló de él.

El viejo no había mencionado a Polifemo en ningún momento; Éremos lo había dicho por tantear, pero dio en el clavo.

-¡Maldito viejo cabrón! Polifemo es mi mejor amigo y me hubiera cortado un brazo antes de desprenderme de él.

-¿Por qué ha cambiado de personalidad? ¿Tiene algo que ver con ese viaje del que le he hablado?

-Más o menos. En realidad no he cambiado de personalidad. Sólo me he cambiado la cara y el nombre y he hecho que borren algunos archivos para evitar que gente como usted venga a preguntarme precisamente por lo que me está preguntando.

-Yo a eso le llamaría cambiar de personalidad. ¿Recibió amenazas o presiones de alguien?

-Amenazas exactamente, no. Lo que recibí fue un tiro en el estómago que me tuvo tres meses fuera de la circulación, y puedo decir que tuve suerte. No tengo ninguna gana de volver a esas malditas cuevas. La primera vez perdí a aquella mujer y tuve que cargar con Miralles cuando salió escupido de allí, pero por lo menos a mí no me pasó nada.

El interés de Éremos se redobló. Aun sin dejar de apuntarle con el rifle, Zuilo-Kaimén se volvió de pronto más comunicativo, acaso porque nunca había hablado de aquella historia con nadie. Unos meses atrás había recibido la visita de dos hombres y una mujer que, después de haber escuchado en la térmica 7 el extraño relato de Miralles, se habían mostrado interesados en visitar aquel sistema de túneles y, en particular, la caverna en forma de esfera. A Kaimén le parecía que aquel lugar era de mal agüero, pero los desconocidos pagaban con mucha generosidad y, en cualquier caso, le habían prometido que él no tendría que entrar a la esfera. Le habían cargado el deslizador con cajas de equipos técnicos cuya función ignoraba, y cuando llegaron a los túneles se embutieron en unos trajes blancos con cascos de fibra y cristal que les hacían parecer astronautas. Dos de ellos traspasaron el negro diafragma que cerraba la esfera, mientras el tercero acompañaba a Kaimén a la salida del túnel "*porque era mejor que no supiese lo que iban a hacer, para no comprometerle*", según le explicó.

-Tendría que haber desconfiado de esa gente, pero claro, es fácil decirlo ahora. No me habían dicho nada, pero yo me olía que serían tecnos. Eso me daba igual, siempre que pagaran, pero querían guardarse para ellos solos lo que demonios hubiera en aquella cueva. El tipo aquél me pegó un tiro nada más salir al exterior y se debió creer que me había matado, porque me dejó tirado en la jungla y no volvió a preocuparse de mí.

Kaimén había perdido el sentido, y cuando lo recuperó era de noche y estaba abandonado en aquella plataforma, con la única compañía de Polifemo; precisamente eran sus lametones los que habían detenido la hemorragia y le habían salvado la vida. Los tecnos se habían llevado su deslizador. Kaimén pidió ayuda con el comunicador de pulsera que llevaban todos los vestigatores para mantenerse en contacto. Aunque no eran gente gregaria, siempre acudían en auxilio de los colegas en aprietos. El que le salvó entonces fue un vestigator llamado Naibolán, que apareció con un helirreactor treinta minutos después y lo llevó a la población más cercana para que lo atendieran. Fue el propio Naibolán el que le aconsejó desaparecer por un tiempo e incluso cambiar de nombre, ya que durante su convalecencia había comprobado que mucha gente extraña se interesaba por el paradero de Kaimén.

-No sé qué buscaban en aquella cueva y si lo consiguieron o no, pero desde hace un tiempo se han olvidado de mí... hasta que ha aparecido usted. ¿Quién demonios le manda?

-No me mandan los tecnos, si eso es lo que le preocupa. Ni siquiera sé quiénes son. No hago más que oír hablar de ellos, pero parecen tan huidizos como los elfos de los bosques.

-Los tecnos viven aparte de todos los demás, en una ciudad propia que ni siquiera nosotros sabemos dónde está y que, según dicen, se llama Opar. No se meten mucho en los asuntos ajenos, pero cuando sugieren algo hasta los burgraves obedecen. Ha habido otras veces en que he trabajado para gente que tenía que ver con los tecnos. Siempre pagaban bien, hablaban poco, no se metían en mis negocios ni me metían en los suyos. Pero estos últimos se pasaron de la cuenta. Si sospecho que es usted de ellos, le pegaré un tiro ahora mismo. Si no, aún le pueden quedar unos minutos de vida.

-No tengo nada que ver con ellos. Me temo que los tecnos consiguieron lo que querían en aquella cueva, y yo precisamente estoy aquí para averiguar qué había. Vengo de parte de una compañía, la... -estuvo a punto de decir el nombre de la Honyc, pero el bloqueo se lo impidió- Akira. Aquí en Radam hay algo que nos interesa mucho, y estamos dispuestos a recompensar con mucha generosidad a quien nos ayude. No tiene que temer que yo amenace su vida. Sólo busco información, y si para obtenerla es necesario pasar por encima de los tecnos lo haré.

Kaimén no movió una ceja mientras Éremos hablaba, pero había apartado ligeramente el cañón del rifle y parecía estar pensando.

-Es usted un tipo muy raro y sigue sin caerme bien. Además se me revuelve el estómago de pensar en volver a aquel lugar. Debería matarlo ahora mismo.

-No se lo recomiendo. En primer lugar, porque moriría usted también. Y no creo que haya que añadir nada en segundo lugar. Pero si me lleva a ese lugar, le daré cien mil créditos por un solo día de trabajo, y es posible que haya más gratificaciones después si las cosas van bien.

-Quiero cincuenta mil por adelantado. Ahora mismo. A lo mejor, si veo los billetes me empezar a caer usted mejor.

-Llevo el dinero en el bolsillo superior derecho de la cazadora. Voy a sacarlo, si es que a usted no se le escapa el gatillo.

Después de esquilmar sin piedad todas las mesas de póquer la víspera, había traído mucho dinero en efectivo previendo lo que podía suceder. Arrojó un fajo de billetes a los pies de Kaimén, que se agachó un instante para recogerlo. Cuando el vestigator quiso levantar la vista, Éremos ya estaba en pie ante él y le había arrebatado el rifle.

-¿Cómo demonios...?

-Bien, ahora está usted en mi poder, ¿no es así? -dijo Éremos, retrocediendo y volviendo a sentarse, con el rifle entre las piernas-. Pero no tengo intención de amenazarle, y menos de pegarle un tiro. Es sólo que no me gusta que me apunten tanto rato.

-Bueno, veo que aquí hay cincuenta mil de verdad. Me empieza a caer usted mejor, y más ahora que tiene mi rifle. Compartir las cosas siempre ayuda a llevarse bien, ¿verdad?

Como si se diera cuenta de que las tornas habían cambiado, Polifemo abandonó a su amo y se plantó de un salto en el hombro de Éremos, donde empezó a canturrear y agitar alegremente sus dos colas.

-Parece que también le empiezo a caer bien a su mono. Bien, ahora le explicaré mis condiciones...

No había vuelo para volver de Kore hasta el día siguiente. Éremos tuvo que rascarse el bolsillo y pagar el viaje hasta Eurílo, la ciudad principal de Radamantis, y de ahí a Tifeo. Su estancia en Eurílo fue breve, apenas una hora, pero le sirvió para hacer preguntas en varios establecimientos. Supo así que Sharige era más aborrecido por su soberbia y despotismo que respetado por su inteligencia, aunque ésta no se ponía en duda. Nadie sabía nada de la partida de kraul; o bien era pronto para que se hubiese difundido el rumor o bien aquel juego no gozaba de popularidad, o ambas razones a la vez. También dejó caer algunas preguntas sobre los tecnos, pensando que acaso los ciudadanos de Eurílo estarían más informados que los de Tifeo. Le contaron las típicas obviedades que ya sabía, aderezadas con apostillas y comentarios que caían en lo fantasioso. Sobre la explosión que había sacudido el Tártaro unos días antes empezaban a correr curiosas versiones, ya que había personas que tenían familiares o conocidos en Cerbero y las autoridades no les habían permitido que se pusieran en contacto

con ellos. Pero todo eran rumores que no añadían nada a sus propias conjeturas. Y en cuanto a la nave Tritónide, los pocos a quienes les preguntó algo ni siquiera captaron sus insinuaciones.

Llegó al hotel a las veinte horas. De nuevo había un recado en recepción, esta vez de Urania. Éremos la llamó y la joven le contestó recién salida de la ducha, con el pelo aún goteando y envuelta en una toalla.

-¡Vaya, el señor aventurero ya ha vuelto a su cubil! ¿Qué tal fueron tus averiguaciones? ¿Lograste encontrar a ese vestigator que buscabas?

-Por el momento no. Parece que se lo hubiera tragado la tierra.

-Quizás haya muerto. Seguro que si estuviera vivo ya lo habrías encontrado, con esos contactos tan altos que tienes.

-Creo que sobrestimas mis influencias. Soy un... .. recién llegado, no me digas más. Pero no a todos los recién llegados les invitan a ir al Lusitania. La mayoría de la gente no pisa por allí en toda su vida.

-Las noticias vuelan, por lo que veo.

-Una tiene sus canales de información.

Éremos chasqueó la lengua, incómodo. Resultaba frustrante saber que todos sus movimientos eran conocidos por tantas personas. El Turco sabía de sus andanzas con Urania y Clara, así como Urania se enteraba de sus tratos con el Turco. ¿ Sabrían algo de su visita a Kaimén y del viaje que planeaba? No tenía demasiadas esperanzas de lo contrario. Pero lo que resultaba más preocupante era que los tyrsenios o los huidizos tecnos pudiesen estar tras su pista. El estaba acostumbrado a agazaparse en la sombra y esperar a sus víctimas para saltar sobre ellas, y ahora se encontraba expuesto a plena luz mientras eran los enemigos quienes seguían bien ocultos en sus escondrijos.

-¿ Piensas ir hoy al casino, o ya se sació tu codicia? -le estaba preguntando Urania.

-Tengo bastante por el momento. No quisiera caer en la ludopatía.

-Yo tampoco iré. Hoy he trabajado mucho y me encuentro muy cansada. Creo que me quedaré esta noche en casa.

-Es una lástima.

-Precisamente estaba pensando en lo relajante que puede resultar una buena cena a media luz, con una botella de vino de reserva, una velita, música suave, un masaje después... -La toalla empezó a resbalar, de una manera demasiado oportuna para ser fortuita. Urania la recogió con pocas prisas, cuando ya había obsequiado a Éremos con la vista de sus senos de adolescente. El geneto silbó entre dientes, fingiendo un nerviosismo que no sentía.

-La verdad es que casi todo lo puedes hacer sola, pero no me explico cómo te las vas a arreglar para lo del masaje.

-Ese es mi problema. Necesitaría unas manos hábiles y cariñosas. ¿Conoces a alguien?

-Tal vez. Pero me imagino que ese alguien querría participar también de la cena, la velita, el vino y todo lo demás.

-Pues si ese alguien estuviera en mi casa dentro de una hora, no creo que le cerrara la puerta.

-Abre la puerta dentro de una hora y puede que encuentres a alguien.

Éremos subió a ducharse, se cambió de ropa y volvió a bajar a recepción. Estaba pensando en la profecía de Miralles, sorprendido de hasta qué punto él mismo se tomaba en serio la fecha de su muerte, y distraído en sus cavilaciones se sentó en el restaurante. Sólo cuando llegó el camarero para ofrecerle la carta se dio cuenta de que Urania le había invitado a cenar. Con una disculpa, se levantó para acudir a la cita.

La velada empezó a las veintiuna en el comedor y se prolongó hasta las tres en el dormitorio. Urania no parecía dispuesta a dejarle marchar, pero Éremos insistió en que era demasiado pronto para quedarse a dormir con ella y logró escapar de sus abrazos. La cena había sido exquisita -sospechaba que Urania la había encargado, aunque ella no lo reconocía-, la conversación agradable, y en los postres había descubierto que la joven poseía interesantes facultades de contorsionista. Pero en los momentos más ardorosos había estado a punto de

pronunciar otra vez el nombre de Clara, y aquella fijación le resultaba tan preocupante como el augurio que había recibido por la mañana.

Empezaba a desear que los cerebros de la Honyc le hubiesen dejado descansar otros treinta años en el tanque de congelación. Allí no había sueños, ni profecías de muerte, ni nombres de mujer que se venían a sus labios sin que él los convocara.

"*De los pocos placeres que la edad le había dejado*" era una frase que Jaume había leído muy a menudo refiriéndose a la ancianidad. Bien, él había pasado los ochenta hacía ya algún tiempo y seguía disfrutando de casi todo lo que le ofrecía la vida. Mientras la mayoría de los técnicos y científicos de Opar se afanaban en una carrera contra reloj por desentrañar los secretos de los objetos alienígenas, él reposaba sentado en el cómodo campo suspensor de su habitación y se complacía en hacer anillos con el humo de su cigarro mientras paladeaba su bourbon y escuchaba los últimos compases del Neptuno de Holst antes de acostarse. Unos años atrás tal vez lo habrían sorprendido compartiendo todo aquello con alguna mujer bastante más joven que él, pero aquello ya no se lo podía permitir. Ni siquiera sentía el deseo de hacerlo: como dijera un poeta mucho tiempo atrás, la edad lo había liberado de un tirano cruel. Aunque a veces, debía reconocerlo, echaba de menos las dulzuras de aquel impulso irracional.

La música se apagó, interrumpida por una llamada exterior. Irritado por aquella intromisión, Jaume aplastó la colilla en el cenicero de metacristal y contestó:

-¿Puedo saber qué pasa?

Jaume, soy Anne. Siento molestarte a esta hora, pero debo hablarte de tu geneto.

-¿Ha descubierto algo?

-Creo que lo sobreestimas. No, es a él a quien han descubierto. Los tyrsenios ya saben que está aquí, y Puelles se ha enfadado mucho conmigo por no decírselo.

-Le habrás dicho que no sabías nada, supongo.

-Sí, pero no parece que confiara mucho en mi sinceridad. Ya te dije que no me hacía gracia este asunto. Ahora son ellos los que quieren liquidarlo.

-¿Y cómo se han enterado? Si no lo hicieron cuando llegó a Radam, es que alguien les ha informado. No habrá sido uno de...

-Ya te dije que iba a dejar estar este asunto, y así ha sido. No tengo ninguna necesidad de engañarte. Son los suyos quienes lo han delatado, Jaume, los de la Honyc.

El viejo sacudió tristemente la cabeza y apuró el último trago de bourbon.

-Siempre ha habido gente muy rastrera en la Honyc, pero no me cuadra que tiren piedras contra su propio tejado. Esto no puede haber sido cosa de Paul, seguro.

-No, no ha sido cosa del viejo. Lo han puenteado: debe de estar perdiendo facultades.

-El tiempo es muy cruel -comentó Jaume, pensando en el Saturno que acababa de oír.

-Ahora comprobaremos si tu Éremos es tan bueno -prosiguió Anne Harris-. Los tyrsenios han enviado tras él a su propia asesina. Ahora tenemos dos genetos en Radamantis.

27 De Noviembre

Aquella noche los sueños fueron más persistentes. Éremos durmió a saltos, algo que nunca antes le había pasado, y despertó varias veces durante la noche con sudores y taquicardias. Sus mecanismos internos enlentecían el ritmo de sus pulsaciones y controlaban su transpiración, pero las imágenes seguían allí, tentándole con sus rostros absurdos para que él las atrajera al umbral de la conciencia. El tercer sueño fue el más vívido. Los sueños eran una experiencia nueva para él, y por tanto también los eróticos. Para alguien que controlaba a voluntad su libido, despertar con una erección fue una sorpresa no demasiado agradable. Se sumergió en la introspección, trató de integrar aquellas imágenes aparentemente absurdas y de hilarlas con un recuerdo.

Amara era la mujer más bella que había conocido nunca. Los ingenieros de la Tyrsenus, émulos de los dioses olímpicos, habían derramado en aquella Pandora todas sus gracias. El cuerpo era esbelto, pero con curvas voluptuosas que invitaban al deseo; los rasgos, delicados; la mirada, virginal y desvalida, despertaba atávicos instintos de protección: la hermosura de su físico envolvía en seda un interior envenenado por la mente de una asesina. Éremos había estudiado a fondo el historial de Amara antes de enfrentarse a ella. Entre sus víctimas se contaban otros dos asesinos genéticos, uno de la propia Honyc y otro de la Kwell, que no habían podido vencer sus instintos masculinos y habían caído en sus redes. Se sabía que Amara, como la mayoría de aquellos agentes, disfrutaba matando. Aquella veta sádica era difícil de dominar, normalmente más y más incontrolable con el tiempo, hasta que llegaba a traicionar a los propios asesinos, que cuando ya estaban fuera de juego acababan sucumbiendo a sus errores.

Aquella misión tenía dos objetivos. El prioritario era apropiarse del prototipo de visor de neutrinos desarrollado por los antiguos laboratorios del CERN bajo el patrocinio del GNU.

El secundario, pero no menos perentorio, era deshacerse de Amara. Una tarea exigente, puesto que los ingenieros de la Tyrsenus habían creado una criatura mortífera y físicamente superdotada. Para ello habían exprimido todas las posibilidades genéticas y estructurales, sacrificando el propio tiempo de vida de la geneta. Por lo que Éremos sabía, calculaban para Amara un plazo de lo que llamaban operatividad de siete años, de los cuales ya habían transcurrido cinco cuando los caminos de ambos asesinos se cruzaron.

Fue una obra maestra de la seducción mutua. Con dos desventajas para ella: la primera, que ignoraba la identidad del contacto casual que se le había presentado aquella noche en Ginebra; la segunda, que Éremos era demasiado cerebral para sucumbir a sus encantos, mientras que ella, por más que lo creyera, no era inmune ni a los halagos del galanteo ni a las exigencias de las hormonas.

No fue una ejecución para enorgullecerse, pero en los criterios de Éremos el instinto de conservación y el pragmatismo primaban sobre la estética. En el sueño había presenciado el desenlace de la acción y era esa misma visión la que había despertado su instinto sexual. Amara estaba de rodillas sobre la cama, inclinada hacia delante y ofreciéndole incauta sus nalgas perfectas y doradas mientras él la penetraba por detrás. Aunque no fuese una postura muy airosa para un asesinato, a él le ofrecía una indudable ventaja táctica. Mientras ella, dotada por sus creadores de una ardorosa sexualidad, se cimbreaba y gemía con abandono, Éremos se extrajo dos muelas contiguas que estaban unidas por un finísimo hilo de carbono y, sujetándolas con sumo cuidado para no cortarse él mismo, rodeó el cuello de Amara. Recordaba perfectamente las últimas palabras pronunciadas por la joven, antes de que él la degollara con un tirón brutal: "*Te deseo*."

En aquella ocasión había sentido lo más parecido a la culpabilidad que recordaba. Era una culpa intelectual, porque Amara había sido una mujer bellísima y el espectáculo de su cuerpo despatarrado boca abajo en la cama y desangrándose sobre las sábanas era un crimen contra la estética.

¿Por qué aquel recuerdo concreto le venía ahora?

Paul Honnenk Jr., presidente del consejo de administración de la Honyc, se entrevistaba con su abuelo Paul Honnenk Sr., presidente honorario del mismo consejo. Respetuoso como buen nieto, había acudido al cubil ovoide en que despachaba el anciano, aunque aborrecía la costumbre que tenía de recibirle en aquel antro oscuro que apestaba a tabaco. Honnenk Jr., metro noventa, músculos de atleta, cabello moreno y espeso y ojos azules, era considerado del tipo "tiburón" y se enorgullecía de ello, pero ante los ojillos codiciosos y calculadores del anciano el tiburón se convertía en un nervioso alevín. Se movió incómodo en el rígido sillón que su abuelo dejaba para las visitas; el que tenía en su propio despacho de la estación se adaptaba solícito a cada cambio de postura y además masajeaba los riñones con una corriente suave y terapéutica.

El viejo esperaba callado y sin mover una pestaña, como hacía siempre que le concedía audiencia.

-Bien, abuelo, tú dirás.

-¿Has dormido bien esta noche? Te veo ojeras.

-Me acosté tarde, pero no he dormido mal.

-Tómate una copa de coñac y ya verás cómo te encuentras mejor.

-Déjalo, abuelo. Ya sabes que tu coñac es... un poco fuerte para mí.

La carcajada del viejo sonó como una migaja seca aplastada por una pisada.

-Espero que no tardemos mucho, abuelo -prosiguió Honnenk Jr. Los silencios del viejo tenían la virtud de hacerle hablar, y aunque lo sabía no podía evitarlo-. Dentro de cinco horas tengo una reunión en Ginebra con esos cabezas cuadradas del GNU y debería estar preparándola. Tenemos muy complicada la concesión del asteroide Tufan.

-Estoy seguro de que sabrás negociar a cara de perro.

-Es que la Tyrsenus está pujando fuerte. Creo que cien mil megacréditos es ya un tope más que razonable. Dicen que el asteroide no los...

Su abuelo le silenció con un solo dedo, flaco y amarillo como un hueso de pollo reseco. A su pesar, todavía le imponía tanto como cuando era un niño. Honnenk Jr. tragó saliva y agachó los hombros que tantas horas de gimnasio le había costado rellenar.

-Si te he hecho venir personalmente es porque no quiero arriesgarme a ninguna intromisión electrónica. Las ondas y los cables son cada vez menos seguros. Te lo explicaré con rapidez.

El viejo movió la barbilla apenas unos milímetros y en las sombras, a la izquierda de su nieto, se materializó la blancuzca figura del genedir Newton. Aunque sólo era un holograma, Honnenk Jr. se estremeció al verse tan cerca de las cuencas vacías y de aquella boca desdentada y obscena como una raja reventada en la panza de un pez. Nunca le había gustado Newton, tan devoto de su abuelo, y se había prometido infinitas veces que cuando el viejo muriera -la esperanza de que se retirara definitivamente la había perdido ya- se libraría de aquel nauseabundo cabezudo.

-Asunto Radamantis, clasificación de máximo secreto. -Honnenk Jr. volvió a tragar saliva, nervioso, mientras la voz muerta de Newton dejaba caer las palabras. Pese a que sólo era una imagen, el vello del brazo izquierdo se le erizaba de repugnancia por la cercanía del genedir-. Hace unos días interceptamos la información de que una nave Tritónide se había visto obligada a realizar un aterrizaje forzoso en esta colonia penal.

Honnenk Jr. hizo lo que se esperaba de él: dio un convincente respingo en el asiento y miró sorprendido a su abuelo, que le dedicó una sonrisa patriarcal y asintió mayest tico.

-¡Una nave Tritónide! Nunca había ocurrido algo así. La reacción de los... Es decir, ¿qué más ha ocurrido?

Newton le contestó sin verle. Su único contacto sensorial con el mundo externo era el grueso cable que penetraba en su nuca y conectaba millones de fibras ópticas directamente a su cerebro. Con su voz yerta le dio los detalles que la Honyc conocía. Cuando el genedir terminó su exposición, el viejo resumió su punto de vista en unas pocas palabras.

-Para mí la cuestión principal es ésta: que alguien puede obtener provecho de la nave alienígena y que ese alguien, por el momento, no es nuestra compañía.

Por la espalda de Honnenk Jr. empezaron a resbalar gotitas de sudor que caían gélidas en sus riñones. Casi le parecía ver cómo en los dedos sarmentosos de su abuelo crecían las uñas de rapaz. No podía haberse enterado de la reunión del miércoles en Barcelona ni de su acuerdo con Sikata y los tyrsenios. Lo repitió y lo suplicó.

-¿Qué crees que deberíamos hacer, abuelo?

-¿Tienes calor? Puedo bajar la temperatura. Es difícil que yo sienta calor, pero tú que estás en la flor de la juventud... Los jóvenes sois tan activos y acalorados.

-No, estoy bien. Es decir, si no te importa bajarla un poco, mejor.

-Precisamente te había llamado para pedirte tu parecer. ¿Qué harías en mi lugar?

-Qué hubiese hecho yo en tu lugar... Es un problema muy complicado, porque se implican...

-No te he preguntado qué hubieses hecho, sino qué harías. Hay una sutil diferencia.

-Sí, claro, qué haría -se apresuró a responder-. Supongo que intentaría averiguar algo en el propio planeta, infiltrando a algún agente eficaz que pueda transmitirnos información.

-¿Sugerencias?

Otra gota de sudor, una tortura china que su propio cuerpo le infligía. La mirada del viejo era cada vez más cínica y Honnenk Jr. no se hacía ilusiones: su abuelo era tan dado a la ternura familiar como una mantis religiosa al amor conyugal.

-Seguro que hay personal adecuado en Investigaciones de Campo. Me imagino que una formación científica sólida sería conveniente...

-La verdad es que había pensado en otra persona... pero, claro, tú eres demasiado joven para saber a quién me estoy refiriendo.

-No entiendo de qué me hablas, abuelo.

-¿Te acuerdas de Éremos? ¿Nunca te habló tu padre de él?

-Éremos, Éremos... ¿No era un geneto? Me suena bastante, sí, creo que lo retiramos de la circulación cuando la ley Chang. Pero yo era casi un niño entonces... No me digas que está...

El viejo asintió, aplastó una colilla que casi le quemaba ya los dedos y encendió otro cigarro. Honnenk Jr. pensó que debían haber soltado un ambientador en la estancia, porque no olía a tabaco. ¿O estaba tan nervioso que había perdido el sentido del olfato?

-Está vivo. ¿No te lo había dicho? Vaya descuido. Hace veinte años lo hibernamos por si la situación cambiaba y nos volvía a ser útil. Ahora ya nadie busca genetos, así que tal vez sería buen momento para descongelarlo y enviarlo a Radamantis.

-Una magnífica idea. He oído decir que era el mejor de nuestros hombres.

Honnenk Jr. empezaba a pensar si saldría vivo de aquel cubículo y lamentó haber venido en persona.

-El problema es que tenemos sospechas de que la Tyrsenus ya conoce nuestro plan; lo que ignoramos es si eso ha ocurrido porque han interceptado nuestras comunicaciones o porque alguien juega a dos bandas: Espera un momento, voy a bajar un poco más la temperatura. Estás sudando mucho. Creo que te excedes con el deporte. Seguro que eso sube demasiado la temperatura corporal. Yo jamás en mi vida he hecho ejercicio y aquí me ves, como un roble.

"*Podrido hijo de puta, por qué no te caerás a cachos ahora mismo*"

-Habrá que actuar rápido, antes de que se nos adelanten.

-Esa es una buena idea. Me he enterado de que ya ha llegado a Radamantis un geneto de la Tyrsenus, o sea, que ellos también se guardaban sus ases en la manga. Creo que se trata de un prodigio en el arte de asesinar. Hay quien dice que ni nuestro buen Éremos podría enfrentarse a ese engendro, que por cierto es una mujer.

-Cielos...

-Sí, la situación es difícil, máxime cuando el GNU también ha puesto sus zarpas en el asunto. Un juego a tres bandas, con una apuesta impresionante sobre la mesa. Tal vez no gane ninguna de las tres partes, sino alguien que sepa mediar y obtener ventaja de todos, ¿no te parece?

Paul Honnenk Jr. sintió en su muñeca izquierda el contacto helado y viscoso de un manojo de lombrices y al mirar descubrió que eran los pálidos dedos de Newton. No era un holograma. Por el cielo, se estremeció, ¿acaso no tenía huesos en las manos? El genedir habló.

-Por si hacía falta alguna confirmación el análisis del microsquid detecta lo que ya suponíamos, señor Honnenk. Ha habido alteraciones en los campos magnéticos del cerebro del señor Honnenk Jr. cada vez que se le ha comentado algún punto de su verdadero plan.

-¿De qué hablas, maldito engendro del infierno? ¡Suéltame la mano! -Se sacudió de encima los dedos fofos del genedir con un escalofrío y se encaró a su abuelo-. ¿Quieres dejar de jugar conmigo? Si tienes que echarme algo en cara, dilo claramente para que me pueda defender.

-Mi querido nieto, casi un hijo para mí... me has defraudado. Que traiciones a tu propio abuelo para hacerte con el control de la casa es algo que puedo entender y hasta disculpar: tal vez yo haría lo mismo. Mi vida es algo secundario si la comparamos con el poder de la compañía. Pero que entregues esta casa en manos del enemigo con tanta torpeza es... decepcionante. Esperaba más de ti.

-¿Cómo... cómo te has enterado? -tartamudeó Honnenk Jr., renunciando ya a sostener la máscara delante de su rostro.

-¡Me he enterado porque eres un maldito cretino! -Los labios del anciano temblaron un instante, el gesto de ira más elocuente que se podía permitir con sus exiguas energías-. Mucho biopsicólogo y mucha tontería, pero eres incapaz de tener la boca cerrada cuando te acuestas con una de tus putas. Eres tan estúpido que te creías que con tanta pantalla electrónica y tanto seguro informático no nos íbamos a enterar. ¡La pantalla te la tendrías que haber puesto en la punta del...! ¡Maldito seas!

-Yo no he dicho nada...

-¿No? ¿No recuerdas haberte ufanado de lo poco que te faltaba para relevarme cuando el Consejo se enterara de la última tontería que habían planeado el viejo decrépito y su patético monigote genético? ¿No te suenan esas palabras? ¿O me he inventado alguna?

-Yo, abuelo, no... Nunca he pretendido...

-Por llamarme decrépito te podría dar un bofetón y tal vez me conformaría. Pero lo grave es que lo has estropeado todo. Éremos era el único capaz de actuar con sutileza en este asunto. ¡Si los ineptos de la Tyrsenus y el GNU llegan a poner sus zarpas en esa nave, los Tritones nos harán volar a todos!

Honnenk Jr. bajó la cabeza, incapaz de sostener la mirada de aquellos ojillos velados. No podía sentirse culpable de traicionar a alguien de quien había aprendido la falta de escrúpulos, pero en ese momento pensaba de sí mismo lo que su abuelo le echaba en cara: que era un perfecto idiota.

-Lo de la Tyrsenus era una maniobra de distracción, abuelo. Pero con el GNU buscaba obtener ventajas muy importantes para la Honyc. Habíamos pactado explotar a medias el descubrimiento, pero a espaldas de los tyrsenios llegué a un ac...

-¡No te disculpes, estúpido! -El viejo estaba tan furioso que le temblaba la mandíbula, y Honnenk Jr. alumbró la vana esperanza de que lo fulminara una apoplejía-. La norma de esta casa y de esta familia ha sido siempre que todo el poder entre y que nada de él salga. ¡Actuar siempre en el seno de la Honyc y para su exclusivo interés! Te has mezclado con la burocracia y te has infectado de su misma ineptitud.

-¿Qué vas a hacer conmigo?

-Nada. Eres el hijo de mi hijo y no pienso mancharme los dedos con mi propia sangre. Lo que ocurra contigo ahora es asunto de Newton. EI sabrá decidir fríamente lo mejor para la compañía.

La imagen del anciano comenzó a desvanecerse como una bruma ante los ojos de Honnenk Jr., que comprendió ahora por qué el lóbrego despacho no olía a tabaco.

-Y no creas que las cosas van a salir como tú piensas –le dijo su abuelo antes de desaparecer-. Éremos va a ser más difícil de liquidar de lo que tú y los tuyos os creéis. El sí tiene las pelotas que hacen falta para beberse mi coñac.

Honnenk Jr. se había quedado a solas con el genedir. ¿Era una ilusión suya o los ojos huecos de Newton le observaban y en sus labios exangües asomaba una sonrisa de alegría?

-Eres una chica preciosa. ¿Qué haces aquí en Radam?

Amara levantó la mirada de su plato de sopa y estudió a la recién llegada con ojos que eran azules como el océano a mediodía en un atolón de coral. Su olfato era capaz de detectar cualquier emisión de feromonas y sabía perfectamente quién y cuándo se sentía atraído por ella. Aquella mujer tenía más intereses que el puro placer de la conversación.

-No me gusta hacerlo con tías -contestó desabrida.

-No me interpretes mal. Sólo quería hablar contigo. Me llamo Silke. ¿Puedo sentarme?

-Adelante, si te pagas lo tuyo. -La joven volvió a observar a su interlocutora con ojo crítico. Era alta y fuerte y apestaba a lesbiana a tres kilómetros, pero había algo más en ella; una mujer de acción, intuyó. "*Nunca se sabe de dónde se puede sacar información*", pensó, y decidió soportar su compañía unos minutos.

-Tienes pinta de recién llegada. Es curioso, suelo enterarme de todas las que vienen nuevas. ¡Un martini con ginebra, por favor! -pidió, dirigiéndose al camarero-. ¿Cómo te las has arreglado para llegar aquí y librarte del mono amarillo sin que yo me entere?

Amara la obsequió con una sonrisa a la que ni el sarcasmo privaba de belleza. Nadie hubiera sospechado que sus blanquísimos dientes eran de un material tan duro como el acero y que cuatro de ellos escondían venenos letales.

-Utilizando mi cuerpo, ¿cómo va a ser? No me gusta montar en teleférico, así que conseguí que me bajaran en deslizador. Se lo tuve que hacer al piloto y a un par de polis, claro. No me lo pasé demasiado mal. Me encanta el sexo, pero sólo con hombres. Ya te he dicho que no me gustan las tías.

-Tú te lo pierdes. Pero no venía a proponerte nada de eso. Es simplemente que pienso que las mujeres debemos protegernos mutuamente en un lugar como éste. Sabrás que somos mucho menos numerosas que los hombres.

-Por suerte para mí: así me puedo acostar con más. Ve al grano, por favor.

La voz aterciopelada de la joven contrastaba con la crudeza de sus palabras. Solía disfrutar de las sensaciones contradictorias que despertaba en los demás. Aquella valquiria seguramente había pensado que iba a encontrarse con una tierna gatita, pero ya se estaba percatando de su error.

Silke le explicó que existía en Radamantis una organización llamada Lisístrata, compuesta por mujeres, que, a cambio de una moderada cuota -las cuotas siempre son moderadas al parecer de quienes las piden- protegía a sus asociadas de cualquier agresión que pudieran sufrir por pertenecer a su sexo. Somos muy eficientes, una chica como tú debería andarse con cuidado en un lugar como Radam, etcetera.

-Pues hasta ahora no me ha ido nada mal.

-No lo dudo, y no quiero decir que... Es decir, no es que te aconseje que no te acuestes con nadie, eres muy libre. Pero nosotras podemos darte la seguridad de que sólo lo harás con quien tú quieras, ¿entiendes?

La joven asintió con un parpadeo que era una parodia de insinuación.

-Te lo agradezco, pero sé defenderme yo solita. Por el momento prefiero no recurrir a vosotras. Siempre he sido un poco tacaña, ¿sabes?, lo aprendí de mi madre.

-Espero que sepas lo que haces. -Silke hizo ademán de levantarse, con el mismo gesto indignado del varón que se ofende porque una mujer ha malinterpretado sus intenciones, cuando precisamente ella ha acertado en el centro de la diana.

-Espera un momento, por favor.

-¿Qué quieres?

-Sólo que mires esto un instante y me contestes a una pregunta.

-No tengo por costumbre responder a interrogatorios.

Amara cogió de la mano a la agente de Lisístrata y tiró de ella con falsa suavidad. El rictus de dolor que se dibujó en la boca de Silke le provocó un placer ya conocido y que sabía que debía controlar. Acercó el dedo índice al ojo derecho de la mujer y proyectó en su retina la imagen deseada.

-¡Infiernos! ¿Qué es esto?

La joven volvió a sonreír, orgullosa de su nuevo juguete, el nanoproyector que habían insertado junto a la salida del espolón retráctil de su uña.

-Esto es un hombre. Se llama Éremos, aunque seguramente aquí responda por otro nombre. Me gustaría que hicieras memoria y me dijeras si lo has visto.

La mujer de Lisístrata se apartó y se frotó los párpados con rabia.

-¿Y por qué coño iba a decírtelo?

Amara aumentó la presión hasta sentir cómo los dedos de la valquiria crujían entre los suyos. Vigiló ansiosa cualquier gesto de dolor, pero Silke logró reprimirlo, aunque empezó a palidecer.

-Porque si no lo haces te romperé todos los huesos aquí mismo, delante de ese camarero que nos está mirando y pensando que tierna escena.

-¡Gilipollas, acabas de llegar y ya te estás metiendo justo con quien no debes!

La joven apretó aún más. Por fin se marcaron pequeños surcos de dolor alrededor de los ojos de la estoica valquiria.

-¡Basta! -susurró Silke-. Me vas a romper la mano.

-¡Pero si precisamente es eso lo que te estoy diciendo! ¿Quieres que te suelte? Pues dame la información sobre ese hombre. No creo que sea nada tan difícil ni costoso.

-Lo conozco, lo conozco. Se llama Jonás Crimson. Llegó hace unos días a Radam y se las arregló para no tener que bajar a las térmicas. Ha estado trabajando para el Turco, el burgrave de Tifeo.

-Esto ya va mejorando.

Amara tiró de la mano de Silke y la obligó a que le acariciara el cuello.

-¿Te gusta mi piel? ¿Verdad que está tersa y sedosa? Eso me suelen decir los hombres... los que se saben esas palabras, claro -añadió con expresión viciosa. Un segundo después volvió a apretar la mano de la mujer y le clavó una mirada de dureza diamantina-. Escucha bien lo que te digo: ese hombre es mío, ¿entiendes? Me tienes que llevar hasta él.

-¡Ay! Maldita sea, deja de apretarme los dedos. ¿Es que crees que estoy sorda? Te diré lo que sepa cuando me entere.

-No soy idiota. Sé que me contestas así para que te suelte, pero yo quiero una respuesta sincera. Me gusta la sinceridad, ¿sabes? Necesito a ese hombre, y si me lo consigues te recompensaré. -Obligó a la valquiria a acercarse más y le posó la mano sobre sus senos. Entrecerró los ojos fingiendo placer y ronroneó-. ¡Mmm! La verdad es que hay cosas que nunca he probado y a lo mejor no están tan mal. Me lo contarás, ¿verdad?

-Sí. -Era extraña y agradable la mezcla de temor, odio y deseo que se leía en los ojos de la mujer.

-Si me engañas, te buscaré y cuanto te encuentre no te alegrarás. Pero si te portas bien conmigo, yo me portaré bien contigo. ¿Entendido?

-Sí, perfectamente.

-De acuerdo. Puedes irte a buscar mi información. Supongo que, como en tu organización sois tan listas, sabrás dónde encontrarme.

La joven se quedó sola. Probó la sopa, que de tan fría ya se estaba cuajando. Levantó la mano y el camarero acudió solícito a retirarle el plato. No tardó en llegar el entrecot, una pieza enorme y sanguinolenta que devoró con la avidez de un depredador.

Así gustaba de considerarse: una depredadora envuelta en carne humana. Como un tigre, se dejaba llevar por sus instintos cuando cumplía la tarea para la que había sido diseñada. Tal vez ahora se había arriesgado actuando así con la mujer de Lisístrata, pero era su naturaleza y no podía huir de ella. Tarde o temprano cometería un error en alguna de sus misiones y la matarían; no la habían diseñado para ser eterna. Sólo esperaba tener la oportunidad de cazar a Éremos, el hombre de la Honyc, antes de morir. Cuatro años atrás había surgido del tanque matriz, crecida y armada como una diosa, y desde entonces había oído hablar de Éremos, el asesino de su antecesora, a quien consideraba a la vez su madre y su hermana. ¿Cuántas veces había soñado Amara II, clon de aquella primera Amara que fracasó, con poseer a Éremos antes de matarlo? Pero el geneto de la Honyc había desaparecido del mundo mucho tiempo atrás y nadie sabía dar cuenta de él.

-Volverá -le decían sus instructores-. Volverá. Es una creación demasiado perfecta y cara para que la hayan destruido. De una manera u otra lo tienen escondido, y saldrá a la luz cuando sea el momento. Como hemos hecho contigo.

"*Sólo que tú eres más perfecta*", añadían orgullosos. Muchas noches se dormía con las imágenes del vídeo en que aparecían los restos ultrajados de la primera Amara, y se hundía en brazos del sueño con los dientes apretados y la palabra venganza atrapada entre ellos. Había sido una muerte humillante, pero no se repetiría. Aquella vez Éremos había ido a cazar a una Amara desprevenida; ahora el hombre de la Honyc, al que la Providencia había devuelto a la vida, sería la presa.

La caza del cazador, susurró Amara mientras desgarraba un nervio de la carne. Sonaba bien, después de haber malgastado sus cualidades en estúpidos antílopes y grasosos cerdos de dos patas. Después de triunfar en aquel reto su vida ya tendría un sentido y no importaría que la muerte llegase en cualquier momento.

Maldini era un hombre corpulento y rubio, de unos cuarenta años, que en tiempos debía de haber sido musculoso; pero ahora las carnes colgaban fláccidas de su cintura y la grasa redondeaba sus nudillos como la mano de un bebé. Tumbado en una hamaca al borde de la piscina, recibía en la tripa el calor del techo UVA mientras tres muchachas esculturales chapoteaban con desgana en el agua.

Amara observó que todos los hombres que rodeaban a Maldini tenían el mismo color de pelo, a imitación de su jefe, pero la mayoría se conservaban en mejor forma que él. La

enorme jarra de cerveza que reposaba en una mesilla junto a la hamaca, a medio terminar, era muy elocuente. Maldini parecía un hipopótamo abrevando en aquella alberca ocre.

-¿De modo que los tyrsenios te mandan a ti? Eres un verdadero bombón. ¿Le habéis leído el código, Armand?

-Sí, jefe. Es auténtico.

-Acércate, que te vea mejor. ¿No te apetecería darte un baño con mis chicas?

Amara sonrió sarcástica.

-Tengo hidrofobia y cuando me mojo muerdo. Siempre que estoy mojada muerdo, ¿entiendes?

-Vaya, eso me gustaría comprobarlo. Ya tendremos tiempo... si quieres -se apresuró a añadir Maldini al captar un brillo acerado en la mirada de Amara-. Que conste que soy un caballero. No pienses que te faltaría jamás al respeto.

-Ni se me había pasado por la cabeza. Bien, señor Maldini, tenemos un trabajo que hacer. Hace poco que ha llegado aquí un hombre que se hace llamar Jonás Crimson. Creo que ya se ha hecho notar.

Maldini se bajó de la hamaca con ciertos esfuerzos para no caer rodando y acomodó su cintura temblona en una butaca de plástico. Un trago digno de Caribdis agotó la efímera existencia de la cerveza que por unos minutos le había hecho feliz. Antes de que hiciera tan siquiera un gesto, una de las chicas ya había sustituido la jarra vacía por otra rebosante de espuma y cubierta por gotitas de escarcha que prometían paraísos de frescura.

-Así es. Ese Escarlata ha sabido arrimarse al sol que más calienta... de momento. ¿Cómo no le acercáis un asiento a nuestra invitada? ¿Qué quieres tomar?

-Una jarra de ésas me vendría bien. Aquí hace mucho calor. No sé cómo lo puedes aguantar.

-Eso me pregunto, cómo puedo aguantar el calor que siento cuando te miro... Tengo un poeta en nómina, así que cuando me escriba algo ocurrente para ti te lo recitaré.

-Gracias -respondió Amara, aunque no estaba muy claro si lo decía por la cerveza que le acababan de poner sobre la mesa o por las palabras de Maldini-. Volviendo a Crimson...

-Sí, se las ha apañado para convertirse en el nuevo protegido del Turco. Parece que le ha tomado mucho aprecio.

-Pues lo siento por ese Turco, porque tendrá que llorar a un amigo muerto.

Maldini sacudió la cabeza.

-Caramba, eres más dura que una película de piratas del espacio. Así que Crimson molesta a los tyrsenios... Lo que siento es que me enfrentas a un conflicto de sentimientos. Por supuesto que respeto a los que te han mandado...

-Creo que les debes tres de cada dos jarras que te bebes.

-...pero también siento respeto y gratitud por el señor Rye, que ha sido mi mentor desde hace mucho tiempo. No me gustaría contrariarle, porque sé que es un hombre con un temperamento muy colérico... a no ser que nuestros amigos me aseguren que me respaldarán si les quito de en medio a Crimson.

-Eso está hecho. Pero no hará falta que te manches las manos. Tú llévame hasta él y yo me encargaré de todo.

-¡Por favor, carissima Amara! Prefiero manchar unas manos tan toscas como las mías antes de que caiga una sola partícula de suciedad en esas maravillas de... -Maldini buscó inspiración en un nuevo sorbo y añadió-: alabastro.

-¿Tienes un interfaz con tu amigo el poeta? Te vas superando. Pero no tienes por qué preocuparte de estas manos de alabastro.

La jarra de grueso cristal estalló entre los dedos de Amara sin que el gesto de la joven delatara el menor esfuerzo. Dos regueros de sangre empezaron a gotear hacia su muñeca, pero las heridas tardaron unos segundos en cerrarse por sí solas.

-Creo que se me ha caído la cerveza. ¿Te importa que me pongan otra?

Maldini, impresionado a su pesar, hizo una señal para que sirvieran otra jarra a Amara y prosiguió:

-Voy a decirte la verdad: estoy hasta las pelotas del Turco, y si he de ser sincero él también está hasta las pelotas de mí. Por el momento él tiene más poder que yo en esta ciudad, pero no se atreve a borrarme del mapa por miedo a otros burgraves que me apoyan. Aún así es un venático, y sé que si le provoco demasiado le importar todo tres pimientos y vendrá a por mí. Pero ahora creo que es la ocasión de asestarle el golpe. Si me prometéis apoyarme contra el Turco, yo me encargo de Crimson.

-Te repito que me basto y me sobro con Crimson.

-¡Por favor! Después de lo que he visto, no lo dudo, pero tómatelo como una muestra de buena voluntad. Ya sé que eres muy eficiente, pero preferiría que aquí, en Tifeo, dejaras las cosas en mis manos.

Tomando la nueva jarra que le ofrecían, Amara dio un trago tan largo como para agotar el cuerno de hidromiel del mismísimo Thor, se limpió los labios con el dorso de la mano y dedicó a Maldini una sonrisa envenenada.

-De acuerdo. Haz que tus hombres se encarguen de Crimson. Si me ahorras ese trabajo, prometo que te recompensaré.

-¿Y los tyrsenios... me apoyarán?

-Eso dalo por descontado.

"*Pierde el tiempo, saco de grasa. Así entrenaremos un poco más a Éremos para que esté en forma cuando me lo eche a la cara*."

Maldini no alcanzaba a entender por qué Amara parecía tan feliz.

Por la tarde, Éremos se encontró con Kaimén en el parque Stockwell, junto al lago. Estaba muy concurrido a aquella hora: había parejas sentadas en los bancos, niños correteando por la hierba bajo la mirada de sus padres, grupos de hombres jugando al fútbol, a la petanca o al disco. Se acomodaron al pie de un árbol y Éremos conectó el distorsionador sónico. Kaimén, siguiendo sus instrucciones, traía una gorra y se había maquillado la frente para tapar la Z que lo delataba como vestigator; pero se había negado a dejar a Polifemo solo, y el mono se dedicó a subir y bajar del árbol constantemente mientras ellos conversaban. Quedaron en que al día siguiente Kaimén tendría su helirreactor en la pista, preparado para el despegue desde media mañana.

-Puedo llegar en cualquier momento del día. ¿Son seguros esos comunicadores que usan ustedes?

-Están codificados. Aquí le he traído uno.

-De acuerdo. Espero que la codificación esté un poco elaborada...

-La cambiamos cada treinta días.

También le dijo que debía tener a Miralles en el helirreactor para cuando él llegase, y le dio su dirección.

-Ya le advierto que no va a querer venir -añadió.

-¿Por qué no lo trae usted, entonces?

-No voy a estar en Tifeo. Le daré un extra de diez mil créditos por traerlo.

-Eso está hecho -repuso Kaimén con una macabra sonrisa.

-Pero no me vale si lo trae muerto o descalabrado. Dróguelo o emborráchelo si hace falta. Recuerde que Miralles me es imprescindible. -Miró a Polifemo, que estaba sacudiendo las ramas del árbol y había hecho caer una bola verde y pegajosa sobre su cabeza-. ¿ No podría dejar el mono a un vecino mientras está fuera?

-¿No le cae bien Polifemo? A mí no me gusta la gente a la que no le gusta Polifemo.

-No es que tenga nada contra su mascota, pero no quiero que nada nos estorbe. Podría haber peligro.

-Polifemo ya me salvó la vida una vez. Además, puede sernos muy útil. Tiene instalada en su cabeza una nanocámara conectada conmigo. -Kaimén se arremangó y le mostró un brazalete que llegaba casi hasta el codo; aparte del comunicador, había varias teclas cuya finalidad le era desconocida y una minúscula lente de proyección-. A veces es interesante mandar de exploración a alguien tan pequeño como Polifemo. Es más fácil que pase inadvertido, o que se cuele por sitios inverosímiles, ¿sabe?

Éremos se encogió de hombros.

-Usted sabrá lo que hace. Si no tiene nada que preguntar, hasta mañana.

Se fueron cada uno por un lado. Éremos dio un paseo hasta el borde del acantilado, y después se dirigió al hotel. Allí descansó una hora. Ajustó las pantallas de luz y sonido hasta que el silencio y la oscuridad fueron casi absolutos, se tendió en la cama, cerró los ojos y utilizó sus sistemas de realimentación internos para desintoxicar la mente. Como en la memoria de un ordenador, buscó por los rincones, limpió y recolocó recuerdos, tendió conexiones nuevas y cortó otras viejas.

Sesenta minutos después, terminado el proceso, se incorporó en la cama, inspiró profundamente y encendió la luz. Eran las veinte cincuenta. No tenía nada programado para aquella noche. Al día siguiente sería la partida contra Sharige. Hasta el momento en que pasara a recogerle el coche del Turco disponía de trece horas. Demasiado tiempo para dormir, ya que su estado físico era perfecto y eso significaba que cuatro horas de sueño serían más que suficientes. No había comido muy bien aquel día, así que salir a cenar y regalarse el paladar no sería mala idea. Se imaginó un solomillo en salsa de queso y empezó a segregar saliva como un perro pauloviano. Aquel reflejo no le incomodó, pero sí se irritó cuando los nombres de Urania y Clara acudieron sin ser convocados. O su proceso de realimentación había sido incompleto o realmente el tiempo de hibernación había causado daños en su cerebro.

Mientras se vestía con las ropas que le había regalado el Turco, salmodió entre dientes que nunca había necesitado la compañía de nadie y que seguía siendo así. Podía cenar solo, desde luego, ya lo sabía, pero tampoco tenía la necesidad de hacerlo. Una demostración destinada a sí mismo sería también una señal de debilidad.

Tratando de salir de aquellos bucles mentales que cada vez le tenían más preocupado, organizó la estrategia para la partida del día siguiente mientras caminaba. Absorto en las combinaciones del Tard, la Gashe, el Sindo y el Nahb, apenas reparó en adónde le llevaban sus pasos. Cuando quiso darse cuenta de lo que, seguramente, se había ocultado él solo, estaba ante el portal de Clara.

Una graciosa cabecita holográfica respondió a su llamada.

-¿Sí? Ah, es usted. ¿Quiere subir?

-De acuerdo.

Era curioso que aún no hubieran abandonado el trato formal, pensó en el ascensor. Clara le recibió en la puerta y le invitó a pasar. Era la primera vez que Éremos visitaba su apartamento. Había menos lujo que en el de Urania, pero el ambiente era más cálido y personal.

-Es curioso que no me haya llamado antes por teléfono. Suele ser usted tan... formal -comentó Clara, con expresión divertida.

"*Sí, sobre eso mismo estaba pensando antes*", se dijo Éremos.

-Digamos que se me ocurrió sobre la marcha. Había salido a cenar solo, pero pensé que tal vez no le importaría acompañarme.

Clara objetó que al día siguiente tenía que madrugar, pero lo hizo con poca convicción. "*Volveremos pronto*", le prometió Éremos. Mientras ella se cambiaba en su habitación, examinó los títulos de las estanterías. Muchos clásicos, como era de esperar, y bastantes autores recientes de los que no había oído hablar, la mayoría en formato óptico. Echó un vistazo a uno de los últimos, una reconstrucción novelada de los últimos tiempos de la República romana con hologramas pintorescos y un estilo ampuloso y torpe.

-Puedo dejárselo, ya que le gusta el mundo clásico, pero la verdad, no se lo recomiendo.

Éremos se volvió. Clara se había puesto una falda de terciopelo negro y una blusa amarilla que le sentaban muy bien. Su perfume la precedía: era nuevo, y tenía un toque sensual, muy distinto del aroma casi virginal que solía usar. El maquillaje resaltaba sus ojos, que brillaban con viveza y un punto de picardía.

-Bien, ya estoy. ¿Salimos?

-Está usted muy guapa. Seguro que si fuera así a clase enamoraría a la mitad de los alumnos.

-Muchas gracias. -Su sonrisa era cada vez más encantadora, y empezaba a odiarla por ello-. La verdad es que anteayer me dejaron en la mesa una carta de amor. Ya sabe cómo son los niños...

"*Pues no, no tengo la menor idea*", pensó Éremos. Se podría decir que una vez había sido pequeño, pero nunca niño.

-Por cierto, hoy pienso invitarle yo -añadió Clara.

-De ninguna manera. He venido a buscarla, así que...

Salieron a la calle aún enzarzados en la discusión, y decidieron dejar el desenlace para la hora de los postres. Clara sugirió un pequeño figón cercano.

Antes de llegar al restaurante tuvieron que cruzar una callejuela desierta. Cuando ya se veía el cartel luminoso del local, aparecieron de frente cuatro hombres altos y rubios, uniformados con cazadoras de color púrpura y pesadas botas de cuero. Clara se estremeció y apretó el brazo de Éremos.

-Vámonos de aquí, por favor.

-Esos son de Maldini -susurró Éremos.

-¿Cómo lo sabe?

No contestó. Los matones se detuvieron a tres pasos de ellos. Éremos oyó pisadas a su espalda. Una rápida mirada le reveló que venían otros dos. Permitió que sus cápsulas suprarrenales bombearan una pequeña dosis de adrenalina en sus venas, la suficiente para acelerar sus reacciones y no tanto como para hacerlas precipitadas.

-¿Es usted Jonás Crimson? -preguntó el más alto de ellos. Debía medir casi dos metros y tenía músculos de adicto a los anabolizantes.

- Cómo sabe usted mi nombre?

-Eso no importa. Venimos a saldar una deuda.

-¿Una deuda? Ignoro a qué se refieren.

-Sesenta mil créditos. ¿No recuerda haber firmado un contrato? Ya debería de haber pagado.

Éremos miró de nuevo a su espalda. Los otros dos matones se habían detenido a una distancia prudencial, y esperaban cruzados de brazos. De momento, nadie había sacado armas, pero a buen seguro aquellas gruesas cazadoras escondían arsenales surtidos. Se volvió hacia el portavoz del grupo.

-El señor Rye me comunicó que mi deuda con la empresa Caronte quedaba anulada. De todas formas, no veo por aquí a la otra parte del contrato. ¿Dónde está el señor Schmelz?

-Nosotros nos hacemos cargo de sus negocios. ¿Va a pagarnos ahora, o...?

-No suelo llevar encima sesenta mil créditos. Verá, hay mucha gente peligrosa por la calle.

-De eso no cabe duda, amigo.

-Por favor -terció Clara, que estaba temblando de miedo-. Sólo veníamos a cenar. No hemos molestado a nadie.

-Usted cállese. La cosa va con él.

-Entonces dejen que se vaya -repuso Éremos-. Yo hablaré con ustedes lo que tenga que hablar.

El gigante rubio hizo un gesto con la cabeza, indicando a Clara que pasara. Ella se resistió a dejar a Éremos.

-No se preocupe. Entre y pida mesa para dos. Yo no tardaré mucho. Supongo que aquí hay un malentendido.

-No...

Éremos susurró en un tono que jamás había empleado:

-Hágalo por mí, Clara.

Clara pasó con andar vacilante junto a los matones, evitando rozarlos. Uno de ellos hizo ademán de detenerla, pero un gesto del jefe le disuadió. Éremos se sintió más tranquilo cuando vio que ella doblaba la esquina que daba a la puerta del figón. Racionalizó: él solo se

podría desenvolver con más soltura, era mejor que ella no presenciara nada de lo que pudiese ocurrir, que se mantuviese al margen... Pero una vocecilla machacona repetía como una cantinela: "*Estás preocupado por ella, estás preocupado por ella...*"

-Bueno, ahora podemos hablar a solas. -Decidió tomar el control de la situación, más por temor a lo que ocurría dentro de su cabeza que a los sicarios-. Tienen ustedes que ver con el señor Maldini, me imagino.

-Para ser un recién llegado ya has aprendido demasiado -dijo otro, que lucía una mano de metal injertada, con pinchos en los nudillos y espolones retráctiles.

-Sí, nos han dicho que eres un tipo muy listo -añadió el jefe del grupo.

-Tengo entendido que el señor Maldini siente mucho respeto por nuestro burgrave...

La explosión de risotadas que acompañó a su comentario le recordó el primer incidente que había tenido en Tifeo, con aquellos aprendices que habían intentado hacerle revolcarse en el barro. ¿Por qué los cretinos tendían a ser gregarios, y por qué la suma de sus inteligencias solía ser menor que la de los sumandos, ya de por sí poco dotados? El hombre es un burro para el hombre, se dijo con tristeza intelectual.

-Ya que eres tan amigo del Turco, deberías haberle pedido una escolta -dijo el jefe-. Podrías haberte traído a los dos hermanitos. Joe tiene muchas ganas de clavarle los nudillos a Cástor en esa cabezota de cemento.

El tal Joe enarboló su mano forjada y sonrió para exhibir una dentadura que también era de metal. Éremos pensó en sugerirle que arreglara sus diferencias con Cástor jugando al ajedrez, pero era dudoso que supiera apreciar la ironía.

-Bueno, amigos, siento tener que dejarles, pero me conviene cenar pronto y retirarme a descansar. Mañana tengo una partida de kraul con el señor Sharige. Su patrón no querrá que se enfaden con él dos burgraves, ¿no creen?

Más carcajadas de majadero.

-Tú no te vas hasta que no terminemos contigo.

-¿No se dan cuenta de que si me hacen algo, tal vez el Turco se lo tome como un casus belli?

Evidentemente, ninguno de ellos estaba muy ducho en derecho latino. Éremos podía oler su impaciencia, pero había en ella también algo de miedo. Que él se comportara con tanto aplomo en una situación de clara inferioridad les desconcertaba. Seguramente, con lo poco que daban sus recursos mentales, estaban dudando de si faroleaba o por el contrario disponía de algún medio de defensa que ignoraran.

-Que le den por culo al Turco y a todos los suyos -decidió el jefe-. Cuando no se pagan las deudas con dinero, se pagan con dolor y sangre. Tuyos, por supuesto.

-Una frase muy meritoria -reconoció Éremos, sorprendido por la metáfora-. Ahora, me gustaría que se apartaran. No está bien hacer esperar a una dama.

El figón era pequeño y acogedor. Los clientes se sentaban en parejas o grupos pequeños y el tono de las conversaciones era quedo y sosegado. En un rincón había una chimenea auténtica, con leños aromáticos que crepitaban amistosos. Casi al lado estaba sentada Clara, pálida y fría como mármol pese a la cercanía del fuego. Cuando vio entrar a Éremos abrió unos ojos como platos.

-¿Cómo ha conseguido...?

-Razonando, negociando... Es mi especialidad.

La preocupación que expresaban los ojos de Clara se convirtió en enojo.

-Me ha dado un susto terrible. Es la primera vez que me ocurre algo así en este lugar. ¿En qué asuntos anda metido?

-Nada especial, ya se lo comenté el otro día. Digamos que soy el caballo de carreras del Turco en su rivalidad con Sharige, y al parecer hay gente a la que eso no le hace mucha gracia. Todo ha quedado en unas cuantas bravatas. No se hubieran atrevido a boicotear la partida de mañana.

"*Pero eso precisamente era lo que intentaban*", reflexionó. Maldini debía sentirse muy seguro de sus apoyos para atreverse a contrariar tan abiertamente al Turco. Lo que resultaba extraño era que Sharige anduviese detrás. ¿Tanto miedo tenía de perder la partida?

-No debería usted mezclarse con ese tipo de gente.

-No se preocupe, sé cuidar de mí mismo.

-No me refería a eso. El Turco es un criminal. Tiene las espaldas cubiertas de sangre.

-¿Y quién no es un criminal aquí? Al fin y al cabo, éste es un mundo prisión. Venimos a saldar nuestra deuda con la sociedad humana, ¿no es así?

-No sea cínico. Yo no soy una criminal, y hay muchísima gente como yo. Pero empiezo a dudar de usted.

Éremos la miró fijamente a los ojos y estuvo a punto de decir: "*Puedo asegurarle que yo no soy un criminal.*" Pero sintió un repentino cansancio de tanta mentira y prefirió callar.

-¿Hay alguna manera de emplear mis habilidades en algo decente? -se evadió.

-Podría haber dado clases en la escuela, como le dije. No es dinero tan fácil, pero está más limpio.

-Creía que el dinero no huele.

-Sí, eso decía Vespasiano, pero él lo sacaba de cobrar por las letrinas. El olor de la mierda sigue siendo mejor que el de la sangre.

A Éremos le sorprendió tanta vehemencia. De la palidez, Clara había pasado a un delicioso arrebol, y los ojos le brillaban con pasión. Se quedó sin saber qué responder, una situación rara para él. Le salvó la llegada del camarero. Aún de mal humor, Clara pidió un plato de pasta vegetal y carne en salsa de hongos locales, y Éremos siguió su ejemplo. Cuando se quedaron solos, ella reanudó la invectiva.

-No consiste en lo que hace usted, sino en para quién lo hace -subrayó con tono duro. Éremos se la imaginó en clase, imponiéndose a los niños con una torva mirada-. Trabajar para gente como el Turco es una inmoralidad.

-No se trata de moral, sino de subsistencia. Este es un mundo difícil.

-Y lo seguirá siendo si todos vivimos al margen de la ética.

-¿Seguro que no es usted una marxista renovada?

Clara soltó una carcajada y su expresión se suavizó.

-No, no lo soy. Pero soy profesora, y de letras. Es difícil encontrar una combinación que dé gente tan idealista, o quizá tan estúpida. A veces yo misma lo pienso.

-Dígame una cosa: estando desterrada en un mundo como éste, ¿sigue creyendo en la ética? ¿Adónde recurrirá para encontrar el bien que le sirva de modelo? Créame, he pasado mucho tiempo meditando qué es la ética. ¿No es la ciencia que trata de las costumbres?

-No sólo eso. Decide cuáles son buenas y cu les son malas.

-Sí, pero ¿en qué se basa para tal decisión? ¿Cuál es su fundamento? ¿Dios? Si existiera, sería una buena base, pero...

-... Usted no cree en él, claro.

-No. El fenómeno de la fe me es incomprensible porque... -Se detuvo y se llevó la mano a la boca. Había estado a punto de revelar algo sobre su propia naturaleza, y el bloqueo químico de la Honyc le había producido una embestida de náuseas-. Disculpe. Quería decir que, bueno, tiendo a tener mentalidad científica.

-¿Cree que sin Dios no se fundamenta la ética?

-Hay otras posibilidades, pero me temo que tan metafísicas como ésa o más. La idea del sumo Bien, que diría Platón. -Sonrió con tristeza-. Presuponer como hacía su maestro Sócrates que el conocimiento del bien equivale a la voluntad de hacerlo demuestra que era un optimista incorregible y que entendía poco la psicología humana. Me temo que en nuestra naturaleza no está inscrita otra ética que la del fuerte. Sólo los poderosos consiguen todo lo posible, y los débiles deben aceptarlo. ¿Recuerda lo que les dijeron los atenienses a los melios antes de devastar su isla? Que el superior gobierna al inferior, y que esa norma ya la habían encontrado en vigor y que en vigor la dejarían para el futuro. Que todos los que llegaran luego harían lo mismo... y así fue y será siempre.

"¿Qué contestaste a eso en la redacción que te mandé? Nunca llegué a saberlo", añadió mentalmente.

-Ya, el poderoso dicta las reglas y no es vergonzoso que el débil se incline ante ellas. ¿Prefiere usted ser de los fuertes, entonces?

"*Toda mi vida he estado inclinándome ante el fuerte*", pensó Éremos. El esclavo más valioso y especializado de la HoNYc, pero esclavo al fin y a la postre. Por supuesto que entendía la ética del poder, pero no por lo que creía Clara Villar.

-Véalo como quiera. No estoy defendiendo esa ética. No creo en las teorías normativas, sólo en las descriptivas. Las cosas son como son, nos gusten o no.

La copa de Clara estaba vacía. Los nervios del incidente y el calor de la discusión parecían haber avivado su sed. Éremos la llenó y pensó en algún tema de conversación alternativo, pero por alguna razón no quería abandonar aún el ruedo.

-¿No me habló usted de una organización llamada "Lisístrata"?

-Sí, lo recuerdo.

-¿Y no le parece que es una especie de mafia, tanto como pueda serlo la organización del Turco, o la de Maldini?

-No, no lo creo. Se limita a proteger a las mujeres. No quiero pensar en cómo se nos trataría aquí si no fuese por ella. Ya ha visto cómo esos matones me dejaron pasar.

-¿Por temor a Lisístrata?

-Supongo que sí. Se andan con cuidado. Lisístrata no puede evitar que ocurran cosas, pero siempre hay respuesta. No hace mucho que un matón del Turco apareció en un callejón, sin orejas y sin testículos. Había dado una paliza de muerte a una prostituta. Y no crea que el Turco dijo nada: cerró la boca y miró para otro lado.

-Edificante manera de imponer la ética.

-El procedimiento es un poco bárbaro, pero está justificado. Ya le he dicho que hay que defenderse.

-¿No sabe que la propia Mafia empezó como una organización defensiva? Todo aquello en lo que haya un gramo de poder se pervierte con el tiempo... o quizás es que simplemente descubre su verdadera naturaleza. El auténtico rostro del poder tiene las fauces envenenadas.

La copa de Clara volvía a estar vacía. Solidario, Éremos apuró la suya y llenó ambas. Mucho se temía que Clara, de seguir con aquel ritmo, acabara emborrachándose. Por un momento sus miradas se cruzaron en silencio, y Éremos capturó un chispazo fugaz en la de ella. Tal vez estaba bebiendo todo a propósito, buscando derribar las barreras inhibidoras para hacer algo que de verdad deseaba hacer.

La conversación derivó por otros derroteros, mientras venía el segundo plato y Clara seguía empeñada en acabar con la botella de vino. Fue así como Éremos se enteró de que ella había colaborado con un filólogo alemán llamado Grotte en el desciframiento del Lineal A, la misteriosa escritura cretense que había resistido durante siglos a los esfuerzos de los eruditos. La esfera de datos que le suministrara la Honyc no le había informado de aquella novedad, al parecer por no considerarla importante. Sin embargo, para Éremos tenía tanto o más interés que cualquier avance tecnológico o cambio social. Aunque hubiera querido que Clara le explicara en detalle cómo habían conseguido descifrar el Lineal, ella empezaba a estar un poco borracha y él no quería demostrar demasiados conocimientos. Pero empezó a mirar con mucho más respeto a la maestra.

De postre pidió un pastel de queso con una deliciosa miel local. Clara dijo que no tenía más hambre, pero luego sintió gula al ver el pastel y le pidió la cucharilla para compartirlo. Mientras le pasaba el cubierto y sus dedos se rozaban, Éremos tuvo la sensación de que estaba permitiendo un grado de intimidad mayor que al que habría llegado acostándose con ella. La mirada de Clara era cada vez más húmeda y peligrosa.

El camarero les trajo una botella de champán.

-Invitación de la casa.

-¿Y eso? -se extrañó Clara.

-Agradecimiento al señor -informó el camarero. Por lo impasible de sus rasgos y lo lacónico de su tono, Éremos se preguntó si habría nacido también en las redomas y matraces del doctor Puig-. Al dueño no le agrada que los matones de Maldini nos ahuyenten a la clientela.

Clara miró asombrada a Éremos, pero éste hizo un gesto sugiriendo que el camarero no sabía de lo que hablaba. Por suerte, a la primera copa de champán estaba ya tan achispada que ni se acordó de volver sobre la cuestión.

Cuando salieron, Éremos llevó a Clara hacia la izquierda para no pasar por el callejón por el que habían venido.

-Brrrr... -resopló Clara-. No sé si es que hace mucho frío esta noche o es que dentro hacía mucho calor.

Éremos, como se esperaba de él, rodeó el hombro de Clara con el brazo. Al hacerlo sintió una tibieza en el estómago que habría sido agradable de no haberle preocupado tanto. Caminaron acompasando sus pisadas.

-¿Adónde vamos?

-Usted tenía que madrugar mañana...

-Un día es un día. A veces pienso que llevo años durmiendo, así que hoy que me siento más despierta que nunca no me pienso marchar. ¿Por qué no vamos a Adagio?

Éremos miró al cielo buscando la conocida nube zodiacal, pero había nubes y ni siquiera se veía la brillante cola del cometa Wilamowitz. Clara no parecía la misma y eso le inquietaba, aunque aún peor era sentirse incapaz de prever sus propias reacciones. Las próximas horas eran una incógnita, y ya tenía demasiadas por resolver.

La música era tan lenta y arrastrada que Clara fluía entre sus dedos. Pese a lo que había bebido mantenía un lánguido control en sus movimientos. Su cintura palpitaba tibia en las manos de Éremos y su barbilla le rozaba el pecho buscando descanso en él. ¿Por qué no le sugería ya irse a la cama, como hubiese hecho Urania ya mucho antes? Con aquello sí sabía tratar.

Clara levantó la cabeza y acercó sus labios al oído de Éremos, con un susurro que le estremeció.

-Creo que me estoy enamorando de ti, Jonás Crimson.

Hubo un instante de pánico, pero enseguida sus mecanismos interiores restablecieron el equilibrio. Se separó de Clara con delicadeza y evitó su mirada.

-Perdone, pero tengo que ir al servicio un momento.

Bajó con cuidado las escaleras oscuras y resbaladizas y entró al baño, donde bebió agua aunque no tenía sed y se refrescó la cara aunque no tenía calor. Agachado sobre el lavabo, percibió algo con el rabillo del ojo, y al levantar la mirada vio que en el espejo, detrás de él, se reflejaba una figura femenina.

-Yo me he atrevido a entrar al servicio de hombres detrás de ti; ¿ Es que tú no piensas atreverte a hacer nada?

Éremos se quedó mirándola, y de pronto sintió que era él quien estaba borracho y Clara quien había recobrado la sobriedad. Huyó de ella, y apenas fue consciente de nada hasta que llegó a su hotel y se encontró refugiado entre las sábanas.

Se concentró en dormirse y no tardó en conseguirlo, pero el calor de la voz de Clara le persiguió en sus sueños.

Urania llegó a su casa a las tres de la madrugada, lo cual para ella era recogerse temprano. Las luces fueron encendiéndose a media intensidad mientras recorría el pasillo y se iba librando a jirones del efímero vestido de aerosol que se había puesto esa noche, con la esperanza de volver a encontrarse al hombre que conocía como Crimson. Descalza y desnuda pasó ante el espejo de su habitación y se complació en la elegancia de su silueta reflejada a media luz. Era consciente de cada centímetro de su piel y sentía hasta el roce del aire al caminar como una caricia. Al sentarse en su cama la asaltó el recuerdo de los dedos de Crimson y fue tan vívido que sus pezones se erizaron. Para ahuyentarlo encendió un cigarro y

preguntó al sistema de la casa si había llamadas o novedades. Frente a ella se materializó a tamaño de cíclope la cabeza de Silke, que había empezado a barbotar palabras antes de que sonara la señal.

-... dónde andas ni qué pasa con tu móvil. A ver si lo conectas alguna vez. Hoy he visto a una mujer que acaba de llegar a Radam y pregunta por ese hombre con el que andas ahora. No sé qué querrá de él, pero no me gustaría estar en su pellejo...

-¿De qué me estás hablando? -masculló irritada, como si la imagen grabada pudiera contestarle.

-Esa mujer parece una muñequita inofensiva, pero me agarró la mano y estuvo a punto de rompérmela. Tiene la fuerza de diez hombres. No sé quién la habrá mandado aquí, pero ni siquiera llegó a pasar por el teleférico. Yo creo que deben de haberla traído los tyrsenios, así que al parecer tienen mucho interés en tu Crimson. Ya te he dicho que ese tipo no es trigo limpio, y lo mejor que podrías hacer es no acercarte a él. Si tienes alguna idea de lo que está pasando, dínoslo, y ten cuidado si ves a esa preciosidad rubia: es muy peligrosa.

Terminado el mensaje, la proyección desapareció y el dormitorio quedó casi a oscuras.

-Parece que esa amiga tuya está un poco celosa del señor Crimson, ¿no es así?

Urania dio un respingo y miró a su izquierda, con las pulsaciones desbocadas. Había una mujer sentada en la silla donde solía dejar la ropa al acostarse, y aunque en la penumbra no distinguía bien su figura supo enseguida que era aquella contra la que le había prevenido Silke.

-¿Cómo has entrado aquí? Sal ahora mismo o...

-Chssss. No levantes la voz o la muñequita Amara te achicharrará con sábanas y todo. Tengo un arco de plasma en la mano y no hace falta ser muy precisa para acertar con un arma así, como ya sabrás. Porque tú lo has usado de vez en cuando, ¿no? Me he enterado de que eres asesina aficionada.

-No sé de qué me estás hablando. Si te quieres llevar algo de la casa, hazlo r pido y sal de aquí, y no diré nada. Si me haces algo, mañana toda Lisístrata estará detrás de tus talones y te arrepentirás de haber pisado Radam.

-Pretendo moverme bastante r pido en este planeta, así que no creo que les dé tiempo a hacerme nada. Por cierto, ni intentes sacar la pistola del cajón. Ya no est . Y ahora, quiero que me hables de ese Crimson al que te andas cepillando. ¿Dónde puedo encontrarlo?

La voz de Amara se arrastraba fría y resbaladiza como una serpiente. Urania se tapó los pechos con las sábanas, buscando una inútil protección, y apuró nerviosa el cigarro.

-No tengo ni idea. Es él quien viene siempre a buscarme o quien me llama. No sé dónde se aloja ni si tiene algún número para localizarlo.

-Dime algo que me sirva para algo, por la cuenta que te trae. Amara se había puesto en pie para acercarse a la cama. Dejó el arco de plasma en la mesilla, se sentó en el borde del lecho y agarró la muñeca izquierda de Urania con una presa despiadada.

-Ya ves lo que te ha dicho tu amiga la bollera sobre mi fuerza, y eso que ella tiene cuerpo de levantador de pesas. Imagínate lo que puedo hacer con unos huesos tan frágiles como los tuyos. Mira...

Urania no se esperaba que aquello sucediera tan pronto. Amara tomó su dedo índice y lo retorció en un ángulo imposible hasta que el crujido del hueso roto y el alarido de la joven la dejaron satisfecha.

El dolor subió por el brazo de Urania como un latigazo incandescente hasta paralizarle el hombro, pero no llegó a perder la conciencia como habría deseado. Si todo se apagara de golpe, no tendría que sufrir lo que iba a venir. En la voz de Amara había una cruel locura apenas contenida, en la que adivinaba su condena a una muerte horrible.

-No grites, no grites, hay que ser dura en un planeta como éste, y más cuando se es una pistolera como tú, ¿no es así? Háblame de Crimson o sigo jugando a “éste compró un huevo” con esos deditos tan finos que tienes.

-No sé mucho de él, de verdad -sollozó Urania, tratando de aguantarse las ganas de gritar-. Dice que es de la Akira, y que ha venido a Radam buscando algo que tiene que ver con naves interestelares, pero no le he podido sacar nada más.

-Te ha colado una buena cantidad de mentiras. Ese hombre no se llama Crimson. Es Éremos, el asesino genético de la Honyc. Seguro que nunca habías tenido un amante como él, porque ahora ya no permiten ciertos retoques en los cromosomas que hace años eran muy normales. Por cierto, si tenías alguna duda, yo soy una geneta. ¿Te acuerdas de los cuentos de terror de tu infancia?

Urania recordó a Crimson en su cama y comprendió el porqué de su inusitado vigor, pero esta vez la imagen de su cuerpo desnudo y armado para el sexo no la excitó.

-Y lo que viene a buscar es una nave de los Tritones que está en este planeta. ¿A que eso tampoco te lo había dicho? -Urania negó con la cabeza. La voz serpentina de Amara la tenía hipnotizada-. Ya ves, al final soy yo quien te da información. Pero ya sabía perfectamente quién era, lo que quiero es que me digas dónde puedo encontrarlo.

-Ya te he dicho que no lo sé... Pero sé dónde va a estar mañana, no sigas con eso. Va a jugar una partida de un juego, llamado kral o krol o algo así, con Sharige, el burgrave más importante de Radam.

-Así que Éremos el magnífico se permite esparcimientos durante su misión. ¿Y dónde va a ser esa interesante partida?

-En Lusitania, un palacio volante. Pero es casi imposible entrar allí, a no ser que se tenga una invitación especial. Sólo va gente muy importante, como los burgraves y los jefes de los concejos.

-Ya me las arreglaré yo para entrar. ¿A qué hora será la partida?

-Sé que irán por la mañana, pero no tengo idea de la hora exacta. No te puedo decir más.

-Creo que eres sincera, muñeca. Así que ya he terminado contigo. Siento que no puedas ver la partida que vamos a jugar tu amigo Éremos y yo, porque promete ser interesante. Ahora...

Con su propia sábana, Amara amordazó a Urania para que no se oyeran sus gritos y luego procedió a descoyuntar sistemáticamente todas las articulaciones de su cuerpo. Aquella figura juvenil y esbelta se había convertido en un amasijo de carne retorcida y doliente cuando por fin Amara sintió algo parecido a la compasión y la arrojó contra la ventana. Entre los cristales rotos, la asesina de la Tyrsenus asomó la cabeza y contempló los últimos metros del descompuesto vuelo de Urania. El golpe final no fue todo lo limpio que ella hubiese querido, porque uno de los árboles que había junto al portal desvió y amortiguó los últimos metros de caída.

Si alguien le hubiera preguntado la razón de aquella tortura inútil, Amara tal vez habría contestado como el alacrán de la fábula: "*Es mi naturaleza*."

28 De Noviembre

Éremos se despertó pensando en el número tres y no tardó en darse cuenta de lo que significaba. Tres días por delante, y esta vez no era, como en otras ocasiones, el plazo para cumplir la misión, sino el tiempo de existencia que le quedaba, si no lo remediaba un bucle del tiempo que burlara la visión de aquella entidad que moraba en el cerebro de Miralles. No dudaba ya de que había algo fundado tras las ebrias profecías del viejo, y sólo tenía la esperanza -una palabra que jamás había usado refiriéndose a sí mismo- de que en el tapiz del

tiempo hubiera el mismo grado de incertidumbre que en el baile cuántico de la realidad a su más ínfima escala.

Tenía por delante dos horas hasta la cita con el Turco. Salió a la calle sin desayunar y llamó a Kaimén para comprobar que recordaba sus instrucciones del día anterior. Quedaban veinticinco minutos para que empezaran las clases en los colegios. Clara aún no habría salido a la calle para dirigirse a su trabajo. Hacía un mal día. Entre las dos paredes de roca que delimitaban el arco del cielo había nubarrones de color plomizo y la lluvia caía en torvas de agua helada que arreciaban a los hostigos del viento. El pensamiento de la maestra chapoteando entre los charcos y arrebujándose en su abrigo despertó en él una sensación que no supo nombrar, ya que nunca antes la había experimentado. Un impulso que le brotaba del estómago le hizo marcar el número de Clara, pero nadie contestó. Volvió a llamar y escuchó las señales, que debían de estar sonando en una casa vacía. Clara ni siquiera había dejado puesto el contestador. Pero él había observado la noche antes que lo conectaba al salir de casa y además sabía que desde ésta hasta el colegio tardaba a lo sumo diez minutos.

¿Por qué la llamaba? Acaso para pedir disculpas por la precipitada huida de la noche anterior, o para tranquilizarse al comprobar que había llegado a casa bien por sus propios medios. La había dejado bastante bebida y las calles de Tifeo no eran un paraíso de seguridad a ciertas horas, ni siquiera para las protegidas de Lisístrata. Pero ¿a él qué más le daba?

Se coló en el portal de Clara aprovechando que salían dos niños de camino al colegio. Subió las escaleras de dos en dos mientras trataba de bajar el volumen de la voz que, dentro de su cabeza, repetía: *"¿Qué estás haciendo geneto idiota?"* Cuando llegó al rellano de Clara comprobó que su puerta estaba entreabierta. Llamó en voz baja y, al no obtener respuesta, se decidió a pasar. En el salón todo seguía como la noche anterior, salvo por dos pendientes dorados que había sobre la mesa, los mismos que ella llevaba en la cena. Con paso felino, se asomó al servicio y a la cocina. Nada. Sólo quedaba el dormitorio, cuya puerta también estaba entornada. Antes de pasar susurró el nombre de Clara, pero cuando entró ya suponía que no la encontraría allí. La cama estaba deshecha y la ropa que Clara había llevado por la noche yacía en un arrugado montón sobre una silla. Éremos se acercó y tocó entre las sábanas. Estaban frías, como si llevaran horas solitarias. Aquel era un enigma difícil de resolver: Clara había sido capaz de llegar a su casa, quitarse los pendientes y la ropa y acostarse, pero después se había marchado durante la noche y se había olvidado de cerrar la puerta.

Había demasiados hechos que estaban escapando de su control. No poder someter a su entera voluntad las circunstancias externas era algo que le desagradaba, pero entendía que sucediera. Lo que le asustaba realmente, y esa sensación del miedo sí sabía reconocerla, era no tener el dominio completo de sus actos.

En un momento de debilidad de la razón, se le ocurrió una hipótesis descabellada: aún estaba en el tanque de hibernación y todo lo que le estaba ocurriendo era un sueño, ahora que ya conocía lo que eran los sueños, o un delirio inducido desde el exterior por alguien empeñado en llevarlo a la locura. "*Las Furias*", susurró. Hubo un momento de pánico, un ruido atronador en sus sienes y un latigazo en sus entrañas; como respuesta, su pierna se disparó en una espontánea patada que mandó la silla con la ropa de Clara al otro lado de la habitación. Después, en un silencio tan espeso que podía oír el rumor de la sangre corriendo por sus venas, recobró las riendas con mano de bronce y decidió que condenaría al olvido lo que acababa de suceder. Sólo así podría seguir adelante.

"Dios mío, qué dolor de cabeza." Clara entreabrió los ojos, pero el techo era de una blancura dolorosa que la obligó a cerrarlos de nuevo. ¿Dónde estaba? La borrachera de la noche anterior debía haber sido de órdago para llegar a tal grado de desorientación que ni siquiera reconocía su habitación. ¿Cómo había llegado hasta la cama? Apenas recordaba nada tras la huida de Crimson. Tenía una vaga memoria de un hombre, un vecino de unos cincuenta años con el que había hablado en Adagio. Tal vez incluso la había acompañado hasta casa, pero no estaba muy segura. Por lo que veía, había sido capaz de quitarse la ropa y hasta de ponerse el pijama, toda una proeza de coordinación en su estado.

La desorientación persistía, y no era la resaca la única razón. Contó hasta tres y abrió los ojos para comprobar lo que ya se temía: que no estaba en su habitación. En un momento de horror se volvió a un lado, temiendo encontrarse al vecino en calzoncillos y roncando o algo aún peor, pero estaba sola y en una cama estrecha. El cuarto era menor que el suyo y más blanco, con una luz difusa emitida por un techo translúcido. El único mobiliario lo formaban una silla y una mesilla de metacristal. Había una puerta cerrada y otra abierta que daba a un baño de impoluta limpieza, y Clara descubrió que tenía que visitarlo por diversas razones. Mientras expulsaba por todas las vías posibles los tóxicos acumulados en su cuerpo, no tuvo tiempo de pensar, pero cuando media hora después emergió del servicio ya duchada, casi vacía y algo más parecida a un ser humano, empezó a inquietarse. En ese mismo momento se abrió la puerta y entró una robusta mujer de unos sesenta años, vestida con una bata blanca y tocada con un moño blanco que le daba un aire venerable.

-¿Ha dormido bien, doctora Villar? -le preguntó con voz grave, de tono gutural.

-¿Quién es usted? ¿Dónde estoy?

La recién llegada indicó a Clara que se sentara en la cama y ella misma acomodó su esteatopígica humanidad en la silla.

-Supongo que puedo contestar a su pregunta. Perdón, querida, ¿te importa que te tutee?

-Me da igual.

-Mi nombre es Anne Harris. En cuanto a tu segunda pregunta, bienvenida a la ciudad de Opar.

-No conozco ese nombre...

-Quizá te sea más familiar el de los tecnos. Sí -añadió, al ver el gesto de incredulidad de Clara-. No somos como el coco: existimos de verdad. Es inexplicable que hasta entonces no hayamos sabido ni tú de nosotros ni nosotros de ti, siendo como eres una lingüista de tanto talento.

-No entiendo qué quiere decir.

-Opar es una ciudad de cerebros: no sólo tenemos los mejores de Radam, sino muchos de los que podemos atraer del mundo exterior. No hay otro lugar más apropiado en ningún sistema humano para investigar, como pronto podrás comprobar.

-¿Y me han traído aquí para ofrecerme un puesto de adjunta? -preguntó Clara, sin disimular el sarcasmo-. La próxima vez, espero que me dejen vestirme.

La irritación hizo que el dolor de sus sienes fuese más punzante, y se le escapó una queja entre dientes.

-¿Te duele? -se interesó Anne. Por un comunicador de muñeca pidió el desayuno y una pastilla antirresaca, para después dirigirse de nuevo a Clara-. Entiendo que te extrañe. Lo más normal habría sido hablar contigo y proponerte este... trabajo, en vez de sacarte de tu cama y traerte aquí dormida. Además, la gente que te ha traído no ha sido muy eficiente, ni siquiera se han molestado en coger algo de tu armario. Pero no te preocupes, que enseguida te conseguiremos ropa.

La puerta se abrió sola y un servo al que le chirriaba el mecanismo de dirección entró con una bandeja en la que había un tazón de leche, café, unas galletas, un vaso de agua, un zumo, unos huevos fritos y una tableta de color rojo. Clara sintió arcadas al ver los huevos fritos y rogó a Anne que se los quitara de delante.

-Lo siento. No sabíamos cómo acertar con el desayuno, así que te hemos puesto de todo. Tómate primero la pastilla, te sentirás mejor.

Clara obedeció y comprobó que aquella tableta era casi milagrosa, mucho más efectiva que los analgésicos que solía tomar en circunstancias semejantes. En un par de minutos los peores síntomas de la resaca habían desaparecido y el desayuno, salvo los huevos fritos, empezó a parecer apetitoso. Mezcló el café con la leche y dio un sorbo vacilante al zumo.

-Gracias, me siento mucho mejor... Anne.

-Te veo nerviosa. Lo comprendo perfectamente, yo me sentiría igual, pero has de tranquilizarte. Te aseguro que no tenemos intención de hacerte ningún daño. Nos hemos

tomado la libertad de traerte para este trabajo porque es muy importante y pensábamos que no ibas a rechazarlo.

-¿De qué se trata?

-De descifrar un lenguaje desconocido.

-¿Un lenguaje desconocido aquí? No entiendo.

-Lógicamente. No te preocupes: todo se te irá aclarando.

-Podría empezar aclarándome de una vez por qué me han traído directamente desde la casa.

-Teníamos algo de prisa. Queríamos que desaparecieras de la vista de Éremos.

-No conozco a nadie que se llame así. Éremos... -silabeó, y se dio cuenta de que era una palabra griega: solitario, desierto, baldío. Derivados: eremita, ermitaño. De una raíz indoeuropea que significa "apartar", de la que provenía también la palabra rarus... Sacudió la cabeza para cortar el hilo de aquellas disquisiciones filológicas.

-Tal vez lo conozcas mejor por su falso nombre de Jonás Crimson.

Al oír aquel nombre Clara sintió que el corazón le daba un vuelco y unos dedos fríos corrían por su espalda. La sangre se le subió a la cara, y aún se sonrojó más cuando se dio cuenta de que su rostro estaba delatándola.

-Sí, yo... lo conozco.

-Os hemos observado, Clara. Ese hombre te gusta, ¿verdad? -preguntó con una sonrisa que trataba de ser comprensiva, pero tenía un punto de gelidez-. Las mujeres siempre cometemos errores de ese tipo.

-No entiendo.

-Me temo que sí. Te has ido a enamorar de quien no debías. Éremos no es una persona recomendable para ti.

"El solitario", musitó Clara, y se preguntó si lo que había visto en los ojos de Éremos era el misterio del desierto o la esterilidad de un yermo.

-¿Quién es Éremos, entonces?

-Alguien que no debería estar vivo, según las leyes de todos los mundos. Es un geneto.

Clara entreabrió los labios y dejó escapar una queja de perplejidad. La habían educado desde niña en la desconfianza y en el odio a los genetos, aunque nunca conoció a nadie que fuera reconocido como tal. Trató de hacer historia y recordó que después de la ley Chang, muchos años atrás, habían sido exterminados.

-No lo entiendo. Si es un geneto, ¿cómo es que le han dejado vivir?

-Ha estado congelado durante veinte años, y sus patrones de la Honyc lo han revivido ahora que creen que pasará inadvertido. Ellos lo han mandado aquí para descubrirnos, porque sigue siendo el mejor de sus agentes. Pero le debemos un favor, porque te hemos encontrado gracias a que lo vigilábamos a él.

-No había notado nada extraño en él. Bueno, es una persona introvertida, con un halo de...

-¿Misterio? A las mujeres nos vuelven locas esas cosas y acabamos tropezando con quien no debemos. Todo lo que ves en él, hasta ese misterio, está planificado, porque así se le diseñó.

-Diseñar... qué palabra tan dura. Después de todo, sigue siendo un ser humano.

-Apenas hay nada de humano en él, o de lo que llamamos humano. No sé qué te habrá dicho, pero si ha demostrado algún sentimiento hacia ti debes saber que es mentira. No puede tener emociones: es como un ordenador en un cuerpo humano.

Clara agachó la mirada y apartó la bandeja. De repente ya no tenía ganas de desayunar. Emborracharse para vencer su timidez y declararle a Éremos lo que sentía por él le había parecido una idea arriesgada, pero ahora comprendía que había sido catastrófica.

-Siento tener que decirte esto. Es un hombre muy inteligente, atractivo, frío y sin escrúpulos: me temo que parte de sus habilidades consisten en enamorar a las mujeres a las que quiere utilizar.

-¿ Pero... para qué quería utilizarme a mí? -preguntó Clara, con un nudo en la garganta.

-Ya te he dicho que anda detrás de nosotros. Aún no te puedo dar detalles, pero espero que confíes en mí. Es mejor que te hayamos apartado de él: Éremos es una máquina de matar. No es el cerebro lo único que tiene manipulado. ¿No recuerdas lo que hizo anoche?

-No sé a qué se refiere. Yo no estaba muy... bien.

-Os abordaron seis hombres de Maldini junto al restaurante. Eso lo recuerdas...

-Sí. El me hizo pasar y entró unos minutos después. No sé si les convenció de que se marcharan o les pagó un dinero del que hablaban, o...

-Nada de eso. Dejó tendidos a los seis, y dos de ellos están muertos. Sólo utilizó sus manos y un cuchillo.

Clara ahogó una exclamación de horror. Éremos había entrado en el restaurante con toda la calma del mundo, sin jadear, sin una sola mancha de sangre en su traje impoluto.

-Te lo repito: es un asesino, una máquina de matar, sin sentimientos. Tal vez él no tenga la culpa, ya que lo diseñaron así, pero la realidad es la que te digo y no se puede cambiar.

-¿Qué piensan hacerle?

-Nuestro sistema no es hacerle daño a nadie, pero tampoco podemos evitar lo que va a ocurrirle. Su propia gente lo ha delatado y aunque él no lo sepa hay muchas personas que conocen su identidad. Ayer llegó a Radam una asesina de la Tyrsenus. No es tan inteligente como Éremos, pero como máquina de matar resulta diez veces más eficaz.

El vehículo que los iba a transportar al Lusitania era un deslizador ligero, del tipo Colibrz, diseñado en origen para llevar dieciséis pasajeros, pero que por causa de ciertas reformas sólo admitía a seis: a estribor había un compartimiento sellado con cerradura magnética y a cola una ametralladora con un puesto de tirador en metacristal que podía desplegarse hacia el exterior.

Extrañado Éremos de que en Radamantis hubiesen vuelto los tiempos del Barón Rojo, Rye le explicó que aquello era un capricho suyo y que hasta el momento sólo lo había utilizado para cazar megápteros.

-¿Y ha cazado muchos? -preguntó Éremos, con desgana.

-¡Ni uno solo!

El Turco estuvo de un humor magnífico durante el vuelo, bromeando con sus hombres, repartiendo tabaco y granos aromáticos, palmeando hombros y espaldas. En un momento dado, incluso se empeñó en rociarlos con la misma colonia que él llevaba, un empalagoso mejunje que hizo arrugar la nariz a Éremos. *"Hay que ir a la partida del siglo oliendo bien"*, se justificó. Tan efervescente se sentía que no podía comprender el ensimismamiento de Éremos, al que veía pegado a la ventanilla y mirando al exterior con aire ausente. Era un día gris y tristón, pero pronto el pequeño deslizador remontó la capa de nubes para volar bajo un cielo despejado. Éremos alegó que estaba concentrándose para la partida, pero aún así Rye se sentó a su lado y lo apabulló con consejos estratégicos, tácticos y psicológicos para derrotar a Sharige.

Tras quince minutos de vuelo, el deslizador aminoró su velocidad para acercarse al Lusitania y conectó los chorros de sustentación vertical. El palacio volador sólo admitía en su hangar vehículos pequeños, como el Colibri u homólogos, y las maniobras de entrada exigían una extremada finura en los pilotos y controladores. Mientras aguardaban suspendidos a una prudencial distancia para recibir instrucciones del Lusitania, Éremos estudió la forma de aquella construcción. Por encima del disco que albergaba el hangar estaba la parte habitable, dos anillos concéntricos acristalados en casi toda su superficie y unidos por pasarelas cerradas; allí se encontraban el restaurante, las salas de juego y esparcimiento y las suites. Coronándolo todo y unido al conjunto por gruesos tensores estaba el globo de vacío, una inmensa esfera dividida en miles de celdillas estancas, que en su pulida superficie reflejaba el azul del cielo y la propia forma distorsionada del deslizador.

El Colibri se dejó llevar por el haz de tracción y entró en el hangar. Allí un controlador dio instrucciones al piloto para hacer rodar el vehículo hasta su lugar de estacionamiento, que le había sido asignado casi en el centro del disco. Había muchas naves aparcadas allí y

Éremos pensó que hubiera sido más lógico acomodar los vehículos entrantes desde el centro hacia el perímetro y no al contrario, para evitar maniobras tan complicadas como las que tuvo que hacer el piloto del Colibri. Cuando bajaban por la escalerilla lo comentó a media voz con el Turco.

-Puede estar tranquilo. Lusitania es un lugar neutral y nadie se atrevería a tendernos una trampa aquí.

-¿Quién garantiza la neutralidad?

-Todos los burgraves. Hay palabra por escrito de que se tomarán represalias contra cualquiera que utilice la violencia en este recinto a menos que sea por acuerdo mutuo.

-¿Y si todos los burgraves se pusieran de acuerdo contra uno?

-Nunca ha ocurrido algo así. Puede estar aquí tan seguro o más que en mi propia casa. Además, vamos bien acompañados.

Éremos asintió, no muy convencido, mientras estudiaba la situación del deslizador y el estrecho carril que le quedaba para acceder a la abertura más cercana. El piloto del vehículo, un joven flexible y atlético, peinado con una larga coleta albina, bajó detrás de ellos, y lo siguieron los Dióscuros, los gigantescos gemelos Cástor y Pólux. Todos llevaban armas ligeras debajo de sus ropas; en el Lusitania las admitían siempre que se guardasen las apariencias. Un hombre vestido con un mono azul se acercó para tomar nota de la hora de llegada del deslizador, recibió la firma del piloto y los acompañó al cilindro central por el que una rampa de caracol subía al sector habitable.

Llegados arriba, se encontraron en un recibidor circular de unos ciento cincuenta metros cuadrados, decorado con lujosas alfombras, plantas naturales y una fuente virtual. Allí los aguardaba Alba Tychov, la directora del Lusitania, una elegante mujer de unos cuarenta años y ojos rasgados y escrutadores (se decía de ella que había sido deportada a Radamantis por corrupción de menores de ambos sexos), acompañada por tres agentes de seguridad provistos de petos y subfusiles. Tras darles la bienvenida les comunicó que antes de la partida se estaba celebrando un cóctel en el Salón Chino, donde ya se encontraban el burgrave Sharige y las principales autoridades. Se encaminaban a la pasarela correspondiente cuando les abordó Gaster, vestido con un traje de etiqueta que hubiera sido impecable de corresponder a su talla.

-Señor Rye, me gustaría que me concediera unas palabras para mi periódico.

-No tendría inconveniente, Gaster, pero aquí el verdadero protagonista es el señor Crimson. Pregúntele a él, y no a mí.

Éremos se quedó un momento rezagado con Gaster, ya que éste no tuvo escrúpulos en sujetarle por el codo.

-Ahora no me podrá negar lo de la partida. ¿Piensa dejar en buen lugar el honor de Tifeo?

-Puede comunicar a sus lectores que intentaré dejar en buen lugar mi honor personal. Si éste coincide con el de la ciudad, tanto mejor. De todas formas, si espera al final de la partida podremos hablar de resultados y no de intenciones.

-¿Por qué me dijo que no sabía jugar al kraul?

-Porque en el fondo nunca se domina un juego tan complicado. Disculpe, pero me esperan...

Ya tenía un pie en la pasarela, en la que a mitad de camino el Turco le apremiaba con un gesto impaciente, cuando Gaster le preguntó:

-Por cierto, ¿tiene algo que declarar en relación con la muerte de la señorita Urania Palado, que era conocida como dirigente del grupo Lisístrata?

Éremos volvió sobre sus pasos y agarró por el brazo a Gaster con más energía de la necesaria. Al periodista se le cayó el portátil y al agacharse a recogerlo se le saltó una costura del pantalón.

-¿Qué ha ocurrido?

-¿No lo sabía? -dijo Gaster, mientras se enderezaba trabajosamente-. Esta madrugada alguien torturó a la señorita Palado en su propia casa y después la arrojó por la ventana. Pensé

que las autoridades locales lo habrían interrogado ya, puesto que últimamente se le veía mucho con ella.

-¡Crimson! -lo llamó el Turco-. Nos están esperando. Deje a ese moscón para luego y no se preocupe por lo que diga: es tan asalariado mío como usted.

-Luego hablaremos... sobre todo usted -susurró Éremos con una voz tan preñada de amenazas que Gaster se estremeció.

Mientras terminaban de cruzar la pasarela, cuyo suelo transparente creaba la ilusión de que caminaban sobre las nubes, Éremos preguntó al Turco si había oído hablar de Urania Palado. Una joven muy atractiva e inteligente, contestó él, pero poco recomendable para un hombre apasionado como Crimson. Éremos enarcó una ceja, sorprendido del epíteto que le había endosado Rye, pero al pensar en los extraños impulsos que habían guiado sus últimas acciones se preguntó si no tendría algo de razón. En aquel momento sentía lo más parecido a la ira que podía recordar y le costaba pensar con frialdad.

-¿Sabía usted que la han asesinado esta noche?

El Turco le miró con sincera perplejidad, lo cual preocupó a Éremos casi tanto como la propia noticia.

-No tenía la menor idea. Es extraño que nadie me lo haya comunicado.

-Mejor será que tengamos...

Se calló, porque ya estaban desembocando en el Salón Chino, que estaba tan abarrotado de trajes, pieles, joyas, dinero y cócteles como una recepción diplomática. Al momento se vieron rodeados de ojos curiosos por conocer a Éremos, manos que se tendían para estrechar o ser besadas y corteses presentaciones. Aquella aristocracia de los delincuentes actuaba convencida de su papel, aunque Éremos sospechaba que en ellos la educación y la urbanidad tenían el grosor de una capa de barniz.

Por fin le presentaron a Sharige. Era un hombre de su misma estatura y complexión, de unos cuarenta años y rasgos duros y reservados como la piedra. Éremos comprobó que el Turco se ponía nervioso al saludar a Sharige. Era evidente que lo odiaba, pero porque por alguna razón se sentía inferior a él y en el fondo de cada palabra y cada gesto trataba de ganarse su respeto.

-Mi amigo el señor Rye me ha hablado maravillas de usted. Espero que sea una partida interesante y que gane el mejor.

-Comparto sus deseos, señor Sharige. -Éremos dio a su reverencia la inclinación justa, hecho que mereció un gesto aprobativo del japonés.

Después le presentaron a algunos familiares y ayudantes de Sharige. Cuando le llegó el turno al último de éstos, un joven que debía de haber nacido con la sonrisa puesta en la cara, la sorpresa que sintió Éremos fue tal que se olvidó de escuchar el nombre. En aquel planeta casi había olvidado el lector de códigos que tenía instalado bajo la palma de la mano. Al estrechar la mano de aquel hombre, una señal sonó directamente en su córtex auditivo. El lector no podía descifrar todos los detalles del código químico, pero sí lo fundamental: estaba ante un agente de la Tyrsenus. Por fortuna, al propio Éremos sólo le habían implantado el lector y no un código propio y el ayudante de Sharige no dio muestras de haber obtenido una información recíproca. Apartó un momento al Turco, como con intención de discutir algún detalle de la inminente partida, y le puso al corriente sin hablarle del lector.

-En Radam la mitad de la gente está pagada por los tyrsenios -repuso Rye-. No son gente que me guste, pero no creo que haya ningún peligro por ahora. ¡Animo!

-Este hombre no está pagado por la Tyrsenus. El es un agente de la compañía.

-¡No sea tan suspicaz, Crimson! Le veo muy nervioso. Espero que eso no menoscabe su rendimiento en la partida.

-Puede estar tranquilo. Pero yo también lo estaría más si ustedes se mantuvieran alerta. Ya empiezan a ser muchos detalles los que no me gustan.

-Confíe en Cassius Rye, amigo. Nunca dejaría que le pasara nada a un hombre que ha compartido mi mesa.

Si no hubiese escuchado la historia de Yantal Cage, el invitado al que el Turco había hecho envenenar en un banquete delante de más de cien testigos, tal vez habría creído más en sus palabras.

(Preocupado por el hombre del código y más afectado por la muerte de Urania de lo que él mismo hubiera querido reconocer, Éremos no reparó en una hermosa joven que le observaba desde un rincón, a medias parapetada tras una vitrina de hologramas. De haberla visto, a pesar del cabello teñido de negro y las lentillas marrones, su memoria reforzada habría reconocido con sorpresa los rasgos perfectos de Amara, la agente tyrsenia a la que él mismo había asesinado muchos años antes.)

Salieron de aquel salón para dirigirse al lugar de la partida. Al hacerlo, cruzaron otro pasillo transparente que ofrecía una magnífica vista de la grieta del Tártaro. Éremos se detuvo un instante para mirar bajo sus pies: del lecho de nubes brotaban las inmensas paredes en quebradas y terrazas, algunas de las cuales desde las alturas parecían facetas talladas en la superficie de un diamante. La corriente ígnea del Piriflegetón asomaba con su rojizo resplandor doquiera se abrían claros entre las nubes, como un recordatorio de los poderes del infierno.

La partida iba a tener lugar en la Sala de Exposiciones, donde habían dispuesto un círculo de sillas e instalado dos grandes proyectores de virtual para que el público pudiera asistir al desarrollo del juego. Éremos dudaba de que la mayoría supieran apreciar siquiera los movimientos más simples, pero o existía gran expectación por aquel duelo o la disimulaban muy bien para adular a los burgraves. Habría entre treinta y cuarenta personas allí reunidas, la mayoría hombres y todos trajeados para la ocasión. La propia Alba Tychov ofició de maestra de ceremonias con un pequeño discurso en el que alababa las excelencias del kraul, pese a que era evidente que no sabía ni mover una pieza. Éremos hizo un ademán a Sharige para que se sentara primero y a continuación lo hizo él.

Cuando se puso las or-gafas tuvo un levísimo escalofrío. Estaba en el mundo virtual del kraul y a merced de cualquier amenaza de la realidad exterior. Despacio, plantó las manos en los brazos del sillón y extendió los dedos para engarzarlos en los sensores de control.

Tenía la sospecha de que algo podía pasar, pero no se esperaba que fuese tan rápido. Cuatro argollas metálicas se cerraron sobre sus muñecas y tobillos, entre murmullos de incredulidad del público y órdenes restallantes en japonés. Intentó librarse con todas sus fuerzas, pero fue inútil. Algo duro, tal vez la culata de un arma, le golpeó en la sien y le abrió una herida por la que empezó a manar sangre. Las or-gafas emitieron un par de chasquidos, que le llegaron directos al cerebro, y se apagaron, dejándolo a ciegas. Luego sintió cómo el sillón se movía hacia atrás sobre sus ruedas mientras oía la voz del Turco protestando airadamente.

-No te metas en esto, Rye -contestó la voz del hombre de la Tyrsenus, y sonaba apoyada por cargadores que se montaban y seguros desactivados-. Es un infiltrado que te ha engañado como a un idiota.

-¡Soltad a ese hombre, os he dicho! ¡Es mi huésped!

Aquel interés de anfitrión quedaba muy homérico, pero Éremos no tuvo tiempo para sentirse conmovido. La respuesta del propio Sharige fue demasiado inquietante.

-Llevadlo a las cocinas y sacadle esa bomba de dentro con el cuchillo más afilado que encontréis.

-¿ De qué estás hablando? -insistió el Turco.

-Traía una bomba dentro del cuerpo para hacernos volar a todos por los aires.

-Pero ¿quién...?

-Lisístrata, Rye, Lisístrata. Has tenido al enemigo en tu casa y ni te has enterado. Ahora, mientras se encargan de él, tú y yo vamos a tener...

"Una conversación", completó Éremos mentalmente. Las voces se perdieron mientras sus anónimos captores tiraban del sillón fuera de la sala. No se molestó en abrir la boca, ya

que sería inútil explicarles lo que ya sabían, que no llevaba explosivo alguno en las entrañas. Era una excusa demasiado buena para practicar con él el harakiri.

-Te vamos a soltar las argollas para ponerte en una mesa, pero no se te ocurra moverte porque te estamos apuntando -le amenazó alguien que fumaba demasiado para la salud de sus cuerdas vocales.

-Déjalo, Giafar, ¿para qué soltarlo? -repuso la voz del tyrsenio-. Ahí está bien. Quítale las gafas para que nos veamos las caras.

Éremos agradeció recobrar la visión, aunque tal merced le viniera en forma de un empellón que le arrancó las gafas. Aunque por el momento era incapaz de actuar, estaba acostumbrado a evaluar los lugares, y una rápida mirada le bastó para reconocer la cocina. Era rectangular, de unos ocho metros por cinco, y estaba ocupada por armarios metálicos, una encimera que corría por dos de las paredes, tres hornos de gran tamaño, una mesa central con fogones de inducción, una enorme nevera y, en un rincón, el evacuador de desperdicios. Allí no había cristales que ofrecieran vista del exterior. Alguien respiraba detrás de él, mientras que delante había dos hombres: el japonés de la Tyrsenus, con una sonrisa que ya no parecía tan amable, y un corpulento negro con el cráneo afeitado al cero. Ambos le apuntaban con sendas pistolas. Éremos tenía consigo sus armas, pero le era imposible realizar ningún movimiento para llegar a ellas.

-Parece que te hemos hecho una herida muy fea, hermano -comentó el negro, a quien pertenecía la voz ronca y que por tanto debía de ser Giafar. Con un trapo lleno de manchas indescriptibles que no parecía muy apropiado para tal fin, le enjugó la sien-. Mira, es como nos habían dicho: ya no sangra.

El tyrsenio agachó la cabeza para comprobarlo de cerca.

-Es cierto. La sangre le coagula enseguida.

-¡Eh, hermano! Eres como un vampiro, entonces. ¿Qué te parece si te clavamos una estaca en el corazón?

-Yo creo que es mejor que empecemos por cortarle los huevos. -Era la voz del hombre que respiraba a sus espaldas. Éremos le hubiera agradecido que se ahorrase la intervención.

-Poco a poco -dijo el tyrsenio-. Tengo una curiosidad y voy a satisfacerla ahora mismo.

El japonés se guardó la pistola en un bolsillo y se puso a elegir en un cuchillero de ominoso aspecto. Finalmente cogió una pieza de carnicero y volvió a acercarse con una sonrisa muy ilustrativa de sus intenciones.

-Vamos a empezar por poca cosa. Sepárale los dedos.

Giafar le apartó el dedo meñique de la mano izquierda, que seguía aprisionada sobre los sensores. Éremos observó casi con curiosidad cómo el tyrsenio apoyaba el cuchillo sobre la articulación de la segunda falange y apretaba con el peso de todo su cuerpo. A la vez que oía un sonido de hueso astillado, el dolor restalló por sus nervios para informar de la agresión exterior, pero fue bloqueado al momento por sus mecanismos internos y transformado en una sorda sensación de pérdida. El grotesco muñón que antes había sido su meñique sangró en abundancia durante unos segundos, pero la hemorragia no tardó en perder caudal hasta que se detuvo por completo.

-¡Sorprendente! -aplaudió el tyrsenio-. Así podremos irle cortando a pedacitos sin que se desangre.

-Si lo que pretenden es torturarme para que les informe de algo, les agradecería que primero me hicieran las preguntas y luego me fueran descuartizando. Creo que sería más operativo.

Su intervención fue saludada con entusiasmo por sus captores.

-¡Eh, eres un tío duro! -exclamó Giafar-. ¿Vas a gritar cuando te cortemos las pelotas?

-Sólo vamos a destriparte, no queremos que nos informes de nada -le explicó el tyrsenio-. Ya sabemos bastante sobre ti gracias a una preciosa muñequita morena que nos ha dicho que eres un infiltrado de la Honyc. ¿Sabes? Aborrezco a la gente de la Honyc.

-Si se te vuelve a ocurrir llamarme “muñequita” seré yo quien te destripe, chinito.

Éremos se quedó mirando a la mujer que acababa de entrar en la cocina y que ahora los contemplaba a todos con los brazos en jarras, resaltando aún más las curvas de sus caderas con aquel gesto. La figura y el rostro le eran tan familiares como la voz, pero algo había cambiado.

-No merece la pena que lo torturéis. Es un geneto y puede desconectar a voluntad sus terminales nerviosas para no sentir dolor. Pero basta con que sepa que va a morir en unos minutos para que tenga más sufrimiento del que pueda aguantar. Éremos, el asesino de la Honyc, siempre ha sido un cobarde que juega sobre seguro. ¿Cómo se ha dejado atrapar así alguien tan prudente como tú?

Éremos entrecerró los ojos para recordar mejor. No podía ser la misma mujer, desde luego, porque recordaba haberle rebanado la garganta a conciencia, pero el parecido tampoco podía ser casual.

-Así que tenías un clon... Es decir, eres un clon.

-Me considero una persona por mí misma, aunque más o menos tienes razón. Me alegro de que te acuerdes, porque así no tendré que refrescarte la memoria. ¿Te acuerdas de lo que le hiciste a Amara, sir Éremos? Pues considera que ahora ha vuelto de la tumba para vengarse de ti.

Ante el estupor de los hombres que la observaban, Amara se abrió la cremallera del ajustado vestido azul que había traído y lo dejó caer a sus pies. Pero no era su intención obsequiarles con un strip-tease, sino librar sus movimientos. Ataviada con un pantaloncito corto y una camiseta gris, apartó al tyrsenio y a Giafar, que no pusieron objeciones, tan embelesados estaban con el espectáculo, y se acercó a Éremos hasta que éste pudo sentir su aliento en la cara.

-Pensaba en tener una lucha limpia contigo, pero visto lo visto no creo que lo merezcas. Destazarte como a un cerdo ser lo más conveniente.

-Es inútil -repuso Éremos-. Hoy no será el día en que muera.

-¿Ah, no? ¿Y por qué estás tan seguro?

-Porque voy a morir el uno de diciembre, y aún quedan tres días.

En aquel momento estalló en el exterior un estrépito ensordecedor de gritos, disparos y explosiones, acompañados por un chirrido escalofriante. Tras cruzar las miradas en unos instantes de vacilación, los dos matones empuñaron sus armas y corrieron a la entrada de la cocina, seguidos por Amara, mientras que su tercer captor, al que Éremos aún no había logrado ver la cara, se quedaba detrás de él. Los batientes de la puerta se abrieron de golpe, derribando al japonés y al negro, y los gigantescos gemelos Cástor y Pólux irrumpieron en la cocina como dos búfalos en estampida. Uno de ellos propinó un tremendo puñetazo a Amara y la envió rodando por el suelo, mientras el otro corría hacia Éremos al tiempo que sacaba una pistola de la chaqueta y disparaba contra el tercer hombre, que se desplomó tan silencioso como al parecer había sido en vida. Todo aquello había sucedido en cuatro segundos.

-Muchas gracias, Cástor. ¿Qué tal si me suelta?

-Soy Pólux. No tengo ni idea de cómo soltarle. Vámonos de aquí.

El lacónico gigante se puso detrás del sillón y le empujó para salir de la cocina. Su hermano, que estaba terminando de despachar a los otros dos hombres repartiéndoles patadas en la cabeza con gran generosidad, se hizo a un lado para dejarles pasar. Éremos le advirtió:

-Dispare contra la mujer. Ella es una...

Pero ya era demasiado tarde. Cástor apenas tuvo tiempo de volverse antes de que Amara cayera sobre él con un salto digno de una pantera. La asesina de la Tyrsenus cogió aquella cerviz de toro entre sus delicadas manos y la retorció con un seco tirón hasta romperle las vértebras. Pólux dio una patada al sillón de Éremos para sacarlo de la cocina y se volvió, dispuesto a enfrentarse con Amara.

Mientras rodaba por un pasillo de unos diez metros hasta la siguiente puerta, sin poder ver nada, Éremos oyó un disparo, un golpe metálico y un grito ahogado que, como se temía, fue masculino. Después escuchó el roce de unas pisadas sigilosas y la voz de la asesina siseando en su nuca:

-Estamos solos, encanto. Déjame un momento para que piense cómo hacerlo. Por cierto, ¿qué tal se portaba en la cama la putilla ésa que te tirabas? No tenía demasiada carne para mi gusto...

-Así que fuiste...

Se callaron al ver cómo empezaba a abrirse la puerta del pasillo. Ninguno de los dos podía esperarse lo que apareció ante ellos. El bodak, observándolos con sus tres ojos azules y blandiendo en alto los espolones como guadañas de la muerte, se acercó lentamente. Pese a que tenía un yugo de control, se movía con voluntad propia, dotado de una cautela casi humana.

- Qué demonios es eso?

-¿No has visto nunca un bodak? Mi querida colega, me temo que esa criatura es capaz de despacharnos a los dos juntos.

-He cambiado de opinión. Ya no tengo interés en acabar contigo personalmente.

Éremos giró la cabeza a tiempo de ver cómo Amara volvía a desaparecer en la cocina. Por lo que había observado, ésta no tenía otra salida. No era un gran consuelo pensar que el bodak acabaría con ella después de despedazarlo a él, pero le hacía ver que existía cierta justicia en el universo.

El bodak se acercó a él y estiró el cuello para olfatearlo, a la vez que suspendía sus espolones a unos centímetros de su cabeza. Éremos había estado cerca de la muerte en varias ocasiones, pero nunca la había visto materializada a tan pocas pulgadas de su rostro. "*Después de todo, parece que se va a adelantar la fecha*", pensó. La criatura olisqueó con un sonido agudo y acelerado como el de un aspirador, retrocedió articulando dos pasos a la extraña manera propia de su especie, rodeó el sillón de Éremos cuidando de no tocarlo y se dirigió a la cocina.

-Primero te comes a la chica y luego vuelves a por mí. Claro, yo no me puedo mover... -comentó Éremos como si la bestia pudiera oírle.

La puerta del pasillo volvió a abrirse, esta vez de una patada, y tras ella apareció el Turco, salpicado de sangre propia y ajena, con la chaqueta hecha jirones y apuntándole con un subfusil láser que debía haber quitado a algún hombre de Sharige. Al ver a Éremos sonrió con filibustera fiereza.

-Señor Crimson, ¿cómo puede seguir ahí sentado tan tranquilo con todo el jaleo que se ha armado?

-Le agradecería que hiciese algo por soltarme antes de que el bodak que ha entrado en la cocina decida que no le gusta lo que hay en las cazuelas.

-Tranquilo, Edu no le dará ni un lametón hasta que se le pase el olor.

-¡Aah! -exclamó Éremos, súbitamente iluminado-. Esa colonia barata con que nos roció...

-.. Llevaba mezclado repelente para bodakes, evidentemente -explicó Rye mientras graduaba el láser para reventar los cerrojos de los grilletes-. Pero de barata nada. Por lo menos eso me dijo mi mujer el día de mi cumpleaños. ¡Ya está! ¡Libre! ¿Y Cástor y Pólux?

-Tendrá que buscarse otro par de gemelos. ¿Y su piloto?

-Espero que durante la cacería haya sabido llegar vivo al deslizador. Si no, peor para él.

Éremos se levantó, contento como jamás se había sentido de recobrar el control de sus movimientos. Miró hacia los batientes de puerta de la cocina, que estaban cerrados. De dentro no venía ningún ruido, mientras que por la parte de la que había venido el Turco sólo llegaban algunos lamentos aislados.

-Creo que convendría salir de este lugar, señor Rye.

En ese momento el bodak volvió a salir de la cocina y se dirigió a ellos. El Turco se subió la manga izquierda, descubriendo un brazalete de cuero con diversos botones y una ruedecilla, y con unas rápidas pulsaciones recobró el control de la criatura.

-Ya le dije que estuviera tranquilo. Siempre que vengo al Lusitania traigo conmigo a Edu, aunque es la primera vez que lo saco a pasear. ¡Ahora ver la que ha organizado en la Sala de Exposiciones!

Como había prometido Rye, el espectáculo era dantesco. Tal vez alguien hubiese escapado vivo de la Sala, pero era difícil creerlo al contemplar las montoneras de cadáveres mutilados que se apilaban entre las sillas, debajo de la mesa alargada y aplastados contra los cristales de la pared, que habían quedado decorados con manchas de sangre y vísceras. Había brazos, piernas, cabezas, troncos eviscerados y otros fragmentos irreconocibles esparcidos por doquier. Toda la sala estaba impregnada del olor metálico y dulzón de la sangre.

-¿Todo eso lo ha hecho el bodak?

-Con muy poca ayuda de nuestra parte. Cuando ha llegado aquí lo he dejado suelto para que actuara y en un santiamén puede ver cómo ha dejado el lugar.

Éremos se detuvo un instante, creyendo haber reconocido algo. Sí, aquella cabeza que brotaba de la mesa como un geranio en una maceta le era familiar: Gaster no volvería a cometer atentados contra la sintaxis.

-ATENCIÓN, ATENCIÓN. TODOS LOS AGENTES DE SEGURIDAD DE LA CLAVE ROJA DEBEN ACUDIR AL SECTOR CUATRO Y LOS DE LA CLAVE VERDE AL HANGAR. DISPAREN A MATAR CONTRA RYE Y SUS HOMBRES. LOS CIVILES HAGAN EL FAVOR DE PERMANECER EN SECTORES ALEJADOS DE LOS MENCIONADOS.

Azuzados por el mensaje de megafonía, Éremos y Rye atravesaron corriendo la sala de la carnicería y se introdujeron en la pasarela más cercana, seguidos por el bodak, que caminaba con las zancadas torpes y mecánicas que le permitía el yugo de control. Éremos estaba preocupado por saber qué había pasado, o mejor, qué no había pasado con Amara, ya que no había llegado a escuchar nada en la cocina; pero no tuvo demasiado tiempo para pensar en ello. Conforme pisaban el recibidor que daba acceso a la rampa, aparecieron en ella diez hombres de seguridad del Lusitania que entraban por otras dos pasarelas. Rye dio orden de atacar al bodak y a continuación, encarrilado su instinto asesino, lo dejó libre de control. La bestia atravesó de un prodigioso salto la fuente virtual que decoraba el recibidor y cayó sobre los guardias, convertido en una hélice de aspas de acero. Éremos y Rye, sin esperar a presenciar la carnicería, se abalanzaron por la rampa de caracol que conducía al hangar, escuchando el silbido de las balas sobre sus orejas y los gritos de agonía de los agentes que trataban de enfrentarse al depredador. Sobre todos ellos se elevó el chirrido del bodak, modulando una agudísima nota que murió abruptamente. Rye se paró en seco.

-¡Maldita sea, se han cargado a Edu! ¡Esos hijos de puta...!

Éremos agarró al Turco por el brazo y tiró de él. Al salir del cilindro central, ya en el hangar, les quedaban aún unos quince metros para llegar al deslizador, que tenía los motores encendidos. Pero entre los demás vehículos se había apostado otro pelotón de guardias, que los recibió con una salva de disparos. Éremos y el Turco se parapetaron a ambos lados de la puerta, pero no podían esperar ni un segundo más, porque por la rampa ya resonaban los pasos de los hombres que habían sobrevivido al ataque del bodak. El geneto sacó la pitillera del bolsillo y la abrió.

-¿Le parece ahora un buen momento para fumar?

Por toda respuesta, Éremos le mostró la metamorfosis de la pitillera de mnemometal en pistola.

-Con esa mariconada de arma no creo que mate ni a un ratón -se mofó Rye-. Cuando yo cuente tres, corra detrás de mí cubriéndose con mi espalda. Tenemos poco más de dos segundos para salir de ésta.

Éremos supuso que el Turco guardaría algún as en la manga, ya que le parecía más que dudosa su repentina conversión al altruismo. Cuando sonó el número tres, Rye echó a correr con una agilidad impropia de sus años, pero muy justificada en quien lo hacía por salvar el pellejo. Éremos le siguió, para ver durante una larguísima décima de segundo cómo los guardias abandonaban sus puestos de protección y disparaban al unísono contra ellos. Pero algo se materializó delante del Turco, una semiesfera rojiza que distorsionaba las formas, y de alguna manera los proyectiles no llegaron a su destino. La pantalla desapareció al tiempo que entraban trompicando en el deslizador; cerraron la puerta, no sin que antes una ráfaga de balas

se colara y destrozara dos sillones. El piloto empezó a mover el vehículo marcha atrás y hacia la izquierda, mientras Rye le ordenaba con gritos de histérico que acelerase.

-¡No puedo! ¡Si no tengo cuidado nos arrancaremos un ala contra otro deslizador!

Los disparos resonaban contra el fuselaje del vehículo como el badajo de una persistente campana. Desesperado por la lentitud del piloto, Éremos lo apartó de un empujón, se sentó a los mandos y subvocalizó todas las rutinas que activaban los implantes sensorios y de coordinación. Los cristales delanteros estaban aguantando de momento el tiroteo, pero al girar a la derecha para tomar el estrecho carril de salida que les habían dejado, vio con el rabillo del ojo una figura casi desnuda que corría a cámara lenta hacia el vehículo mientras armaba un lanzacohetes. Era el clon de Amara; no perdió el tiempo preguntándose cómo habría escapado del bodak ni de dónde habría sacado el arma. Había unos sesenta metros hasta la salida que les correspondía y el carril estaba rodeado por vehículos que apenas dejaban margen para el error. Uno de ellos maniobraba cerca de la salida y en un par de segundos obstruiría definitivamente el camino.

-¡Agárrense fuerte! -exclamó Éremos, con una voz tan acelerada que sus compañeros de vuelo sólo oyeron algo como "Ate", y añadió para sí en una centésima de segundo: "*A ver qué tal profeta eres, Miralles*."

Lo que hizo iba en contra de todas las normas de la aviación y del sentido común, pero la amenaza del lanzacohetes era lo bastante perentoria para saltárselas. Sin pensárselo, encendió los dos chorros de cola y sujetó el timón en manual para mantener el vehículo completamente recto. El tirón de la aceleración fue brutal. Aun entre los rugidos del motor pudo escuchar cómo el Turco y su piloto rodaban por el pasillo, mientras las paredes de la puerta de salida se le venían de frente. Las ruedas del deslizador no estaban completamente rectas y el vehículo quiso irse a babor, pero Éremos enderezó con un movimiento casi imperceptible. Hubo un sonoro golpe de metal contra metal cuando el ala rozó con la del vehículo que maniobraba, y de pronto el deslizador se encontró bañado en la luz del exterior. Éremos comprobó la pantalla de cola y, con sus sentidos acelerados por los implantes, tuvo tiempo de ver, antes de alejarse demasiado, parte del caos que había organizado al encender los cohetes dentro del hangar.

Sus sentidos volvieron a la normalidad cinco segundos después, el tiempo máximo de activación de aquellos implantes, que podían causar un derrame cerebral si no se desconectaban. La forma del Lusitania se perdía a popa, con una de las puertas del hangar escupiendo fuego. Probablemente algún deslizador se habría incendiado al recibir el chorro de los cohetes. Éremos, intentando sobreponerse al creciente dolor de cabeza, se volvió para comprobar el estado de sus compañeros de vuelo. De momento seguían vivos, y trataban de levantarse con toda la dignidad posible. Le hizo un gesto al piloto para que ocupara su puesto y se apartó.

-¡Vaya, parece que hemos salido vivos! -resopló el Turco-. ¿Me puede decir cómo ha hecho eso?

-Fui piloto acrobático antes de dedicarme a asesinar esposas. ¿Y usted cómo...?

El Turco señaló al anillo-escudo que, como todos sus hombres, llevaba en el dedo corazón.

-Sólo sirve para una vez y durante poco más de dos segundos, pero, como ve, a veces puede ser suficiente.

-Esta vez lo ha sido... Si me disculpa, tengo que reposar unos minutos.

Éremos se acomodó en uno de los asientos que habían quedado indemnes, cerró los ojos y se concentró en producir las secreciones internas que anularían la migraña y los latigazos eléctricos que corrían a lo largo de sus paramédulas.

Cuando los abrió, vio que el Turco estaba en pie frente a él y le apuntaba con el láser y un gesto que había dejado de ser amigable.

-Muy bien, señor Crimson, ahora que ya estamos a salvo creo que va a empezar a contarme unas cuantas verdades. Que se haya organizado tal destrozo en el Lusitania y que hayan desaparecido de la circulación Sharige y otros cuantos peces gordos, me da más o menos igual. Pero por su culpa he perdido a mi bodak favorito y a dos hombres difíciles de

reemplazar, y puedo dar gracias de seguir con vida. ¿Quién demonios es usted y para quién trabaja?

Éremos chasqueó la lengua y meneó la cabeza, como un maestro importunado por la reiterada torpeza de sus alumnos. A mitad del ademán, cuando sabía que el Turco aún no se lo podía esperar, estiró la mano derecha con un movimiento de cobra, agarró el cañón del subfusil y se apoderó de él. Todo ello mientras completaba el gesto de la cabeza.

-Pero... ¿cómo ha hecho eso?

-También fui prestidigitador. Ahora, siéntese ahí enfrente. Ya sé que el asiento está roto, pero no quiero que se mueva. Por cierto, antes de que se eche un farol, le recuerdo que usted mismo me acaba de informar de que su anillo-escudo ya no funcionará más. ¡Usted! -añadió, dirigiéndose al piloto, que había vuelto la cabeza para ver qué pasaba-. No me gustaría tener que dispararle, por si acaso destrozo algún mando cuando le atraviese con el láser. ¿Entendido?

El piloto asintió con tanto vigor que le ondeó la coleta. Éremos se acomodó el arma en el regazo y respiró hondo. El dolor de cabeza había pasado, pero se sentía extrañamente irritado e impaciente. Aquellos dos hombres ignoraban lo cerca que estaba de apretar el gatillo. "*Esto no es normal*", se dijo, y examinó las causas posibles. Eran demasiadas: la noticia de la muerte de Urania, la aparición de la nueva Amara, la huida del Lusitania... sí, y hasta la desaparición de Clara. Pero en circunstancias normales nada de eso le habría afectado más de cinco segundos.

-Ahora tiene usted el control de la situación. ¿Qué piensa hacer?

-Nada muy especial. Volvemos a Tifeo, donde me espera otro deslizador. Tengo cosas que hacer, pero no se preocupe: usted no entra en mis planes.

-Me imagino que, puesto que el arma la tiene usted y no yo, no se sentirá obligado a contestarme. Pero considero que tiene una deuda conmigo, ya que le he salvado la vida, y me gustaría que la pagara satisfaciendo mi curiosidad.

Éremos se permitió una breve sonrisa por la retórica de Rye y relajó el dedo que, sin querer, se le había tensado sobre el gatillo.

-¿Qué quiere saber?

-Ya se lo he dicho: ¿quién es y para quién trabaja?

-Le aseguro que, aunque quisiera, no podría decírselo. Pero ni tengo que ver con Lisístrata ni suelo llevar explosivos en el estómago.

El Turco reparó entonces en el meñique mutilado de Éremos.

-Dios santo, ¿qué le ha pasado?

Éremos observó el muñón. Estaba adquiriendo un suave color rosado y sentía en él una ligera comezón. Esperaba que, para cuando el dedo se hubiese regenerado y los demás empezaran a hacerse enojosas preguntas, él ya estaría fuera del planeta; si sobrevivía al uno de diciembre.

-Digamos que ha sido un accidente doméstico. Señor Rye -añadió-, le pido sinceramente disculpas por todo lo sucedido. Mi intención era jugar esa partida con el señor Sharige y ganarle, para después atender a mis propios asuntos. No me esperaba la emboscada que nos han tendido, aunque recuerde que desde que pisamos el Lusitania le advertí de que había demasiados indicios sospechosos.

El Turco asintió. Se había relajado, convencido de que no corría peligro mientras fuese razonable.

-Yo tampoco me acababa de fiar. Simplemente, me abstuve de explicarle las precauciones que había tomado.

-Muy prudente por su parte. Espero por su bien que siga siéndolo. Cuando lleguemos al puerto de Tifeo, yo tomaré otro vehículo y partiré con paradero desconocido. Pero me temo que gentes muy poderosas van a seguir detrás de mis pasos, y, puesto que nos relacionan a ambos, también irán por usted. Señor Rye, no dudo de que es un hombre de recursos, así que no le daré consejos acerca de la mejor forma de protegerse. Sólo le aviso.

-Supongo que además tendré que darle las gracias.

-No sólo eso. Además quiero información, y muy concreta.

-El burgrave de Tifeo no acostumbra a obedecer presiones -contestó Rye, repentinamente digno.

-El burgrave de Tifeo no acostumbra a estar encañonado por un láser.

La dignidad desapareció con una carcajada.

-En eso tiene razón. Pero no se lo cuente a mi mujer...

-Por una vez no tengo tiempo para bromas -dijo Éremos, sintiendo que de nuevo le dominaba la impaciencia-. Quiero que me diga quiénes son los tecnos.

-¡Esa es la pregunta del millón de créditos! Sé bien poco de ellos. Existen, porque de vez en cuando se hacen notar. Son muy hábiles, nos tienen a todos los burgraves enfrentados mutuamente, nos piden ciertos favores, nos suministran sus últimos juguetitos tecnológicos. Yo les debo los anillos-escudo, por ejemplo, así que, si bien lo piensa, usted está vivo gracias a los tecnos.

-¿Qué son, una sociedad secreta?

El Turco se encogió de hombros.

-Ignoro si forman una sociedad, pero sí es cierto que saben guardar sus secretos. Nunca he tenido trato directo con ellos. Me imagino, como todo el mundo, que poseen algún enclave, una ciudad, algún refugio oculto donde fabrican sus juguetitos.

-¿Opar?

-Sí, he escuchado ese nombre.

-¿Dónde está Opar?

-No tengo ni la más remota idea.

-¿Qué me puede contar de la explosión que borró del mapa la ciudad de Cerbero?

-Me enseñaron el vídeo, aunque no puedo decir que entendiera lo que vi. Sí, se me dijo que había sido un experimento secreto de los tecnos, y que debía seguir siendo secreto. Los que estábamos en el ajo decretamos censura total, porque se nos amenazó de una forma muy concreta. No me pregunte qué tipo de experimento, porque ni sabría decírselo ni quiero enterarme. Sólo espero que eso no pase en mi ciudad.

-Señor Rye, es posible que no sólo pase en su ciudad, sino en todo este planeta... si alguien no lo remedia.

-No me diga más. Ese alguien va a ser usted.

-No apueste por ello. -Éremos se encogió de hombros-. Acaso no sea yo el remedio, sino el detonante de la catástrofe. No tardará mucho tiempo en saberlo, señor Rye. Por si tiene curiosidad... intente llegar vivo al uno de diciembre.

Antes de llegar al aeropuerto de Tifeo, Éremos encerró a Rye y a su piloto en el compartimiento que a la ida había ocupado el bodak y programó el cierre magnético para que no se abriese hasta pasados veinte minutos. Después se sentó a los mandos del deslizador y lo hizo descender. Al atravesar la capa de nubes apareció subiendo a su encuentro la ciudad de Tifeo, adormilada en aquel día plomizo; entre sus edificios descollaba la aguja de cristal de la Torre Grass, lejana y pequeña como un juguete, y sin embargo lo bastante grande para haber alumbrado en sus entrañas un crimen. La pequeña Urania no volvería a visitar el casino, se dijo con algo que se parecía demasiado a la tristeza. Decidido a olvidar, enfiló el aparato hacia el aeropuerto; había tal vez una treintena de aparatos en las pistas, entre los que distinguió el helirreactor de Kaimén. Era un vehículo de camuflaje más pequeño y maniobrable que el Colibrí, aunque menos veloz, al que su dueño había bautizado Mugriento más por fidelidad descriptiva que por originalidad. Éremos llamó por el comunicador codificado y le sugirió -Kaimén no toleraba bien las órdenes- que pusiera en marcha el motor y se sentara a los mandos. "*Déme cinco minutos y estoy a bordo*".

En vez de utilizar la pista reservada para el burgrave, Éremos posó el deslizador en una pequeña parcela de hormigón que quedaba libre junto al Mugriento. Desde la torre de control le advirtieron de que aquel sitio no era el suyo, y probablemente hubo todo tipo de improperios fuera de micrófono, pero no se atrevieron a expresarlos por temor a ofender al Turco. Antes de bajar del aparato, Éremos abrió el armario que hacía las veces de arsenal y se

llevó una ametralladora de balas de dilatación y una mochila que prometía estar repleta de juguetes destructivos.

-Han sido sólo cuatro minutos -le dijo el vestigator al recibirle en el helirreactor.

-Será porque aún me mantengo en forma. ¿Tenemos todo preparado?

-¿Se ha creído que soy un novato? Atrás tiene al viejo empaquetado, como quería.

-Pues no perdamos más el tiempo.

Sin molestarse en aguardar autorización de la torre -los vestigatores consideraban humillante someterse a tales formalidades-, Kaimén desplegó las hélices para separarse del suelo y, cuando se encontraron a cincuenta metros de altura, encendió los reactores, volvió a plegar las hélices y dirigió el vehículo hacia el norte. Éremos se acomodó como pudo entre el caos que formaban los fardos que traían para la expedición y otros bultos y objetos diversos que parecían haber nacido por generación espontánea. Kaimén había comprado aquel vehículo hacía tan sólo unos meses; Éremos se preguntó cuánto tiempo tardaría en tenerlo tan lleno de porquería que no entrara ni el piloto. Como otro residuo más, Miralles dormía plácidamente sobre una colchoneta de gimnasio. Éremos, ignorando la información que le brindaban sus pituitarias, pensó que el viejo hacía juego con el Mugriento y con su piloto. Rebuscó en la mochila etiquetada como Provisiones y se preparó un bocadillo de queso y fiambre que acompañó con una lata de cerveza. El mono de Kaimén, al que hasta entonces no había visto, salió de entre los fardos para pedirle comida. Éremos le dio el final del bocadillo; después se tendió boca arriba en un pequeño espacio que logró despejar y cerró los ojos.

Entendía que su situación era complicada. Le preocupaban A) los factores externos, como el hecho de que ya no estaba de incógnito en Radamantis y tras sus pasos había gente a la que él no conocía, y sobre todo B) las sensaciones internas: la sorda ira que le revolvía el estómago cada vez que pensaba en Urania, la impaciencia por actuar y, sobre todo, la desazón que le invadía al cavilar sobre el paradero de Clara. Sus tácticas de realimentación le limpiaban la mente y lograba ver las ideas con la transparencia habitual durante unos minutos, pero las sensaciones atacaban por cualquier flanco que descuidara y de nuevo enturbiaban sus pensamientos. Si eso era parecerse a los humanos, compadecía a aquellos seres a los que nunca había considerado sus semejantes.

Un desagradable lametón en la mejilla le hizo abrir los ojos. Polifemo le miraba divertido con sus ojos de lémur. Éremos se lo sacudió de encima y se incorporó.

-¿ Qué tal le ha ido la partida? -le preguntó Kaimén, desde su asiento de piloto.

-No he perdido.

-Enhorabuena entonces.

Por no seguir pensando, Éremos se dedicó a investigar entre el revoltillo de objetos que se habían hecho dueños del habitáculo. Muchos eran indefinibles e inservibles por naturaleza, y a otros el deterioro los había reducido a la misma condición. Lo que podía valer lo fue amontonando pulcramente en un rincón, y descubrió que casi todo pertenecía al bagaje que él mismo había encargado. Reordenó el macuto de provisiones para aprovechar mejor el espacio, incluyó en él la bebida y aún quedó sitio para meter los sacos de dormir hinchables. Después, en otro fardo acomodó los instrumentos de observación, entre ellos el resonador, la alarma para bodakes y un contador con sensibilidad para detectar emisiones de neutrinos. Entre los pocos objetos útiles que había en la basura acumulada por Kaimén, limpió el polvo a un paquete alargado y descubrió que era el sustituto de los paracaídas que había echado en falta: un ala delta para trescientos kilos que se desplegaba durante la caída.

-¿Esto funciona? -preguntó en voz alta.

-Supongo que sí. No he tenido ocasión de probarlo, y espero no tenerla.

Por último examinó la mochila que había recogido en el arsenal del Turco. Dentro había varias granadas de madera de alceto, una baraja de cartas que alguien debía de haberse olvidado allí y una potente bomba de armiglán en forma de disco. Examinó con atención su mecanismo y, tras un momento de vacilación, decidió incluirla en el fardo de los instrumentos. Pensaba llevar dos mochilas, una para Kaimén y otra, la más pesada, para él; ya le parecía bastante difícil arrastrar a Miralles por túneles empinados para además obligarle a llevar carga.

Terminada su inspección, se sentó junto a Kaimén. Estaban volando bastante bajo, a unos mil metros del Piriflegetón, que en aquella zona debía superar los dos kilómetros de anchura. A ambos lados de su corriente viscosa y rojiza, se levantaban las paredes quebradas del Tártaro, perdiéndose en el techo de nubes que seguían cubriendo el cielo. De cuando en cuando avistaban una población que pasaban de largo rápidamente. Kaimén encendió la radio y empezó a barrer señales. Eran las dos cuando, por la emisora de Eurídalo, captaron un boletín de noticias que narraba los hechos del Lusitania de una forma que Éremos juzgó harto tendenciosa. Según explicaba el locutor, Sharige se había librado milagrosamente de una emboscada tendida por su pérfido enemigo Cassius Rye; gracias al sacrificio de su hijo menor y dos de sus guardaespaldas, que se habían arrojado a las fauces del bodak, el burgrave había logrado salir vivo del recinto denominado Sala de Exposiciones y que a partir de ese momento sería conocido como Salón de la Carnicería. Se buscaba en particular al hombre conocido como Jonás Crimson, alias Éremos, por intento de homicidio múltiple al encender los cohetes de un deslizador dentro del hangar del Lusitania. Su retrato y su patrón de olores habían sido enviados a todos los puestos de Radamantis para proceder a su captura, vivo o muerto, y etcétera, etcétera.

Éremos apagó la radio y se enfrentó a la mirada estupefacta de Kaimén.

-¿Alguna pregunta?

-Ninguna. Volvemos ahora mismo a Tifeo, y usted se baja de mi aparato y allá se las componga.

-Ni lo sueñe. Hemos hecho un trato y lo va a cumplir.

-¿Qué va a hacer para obligarme? ¿Va a venirme otra vez con el farol de la bomba de plástico?

-Míreme a la cara.

El vestigator obedeció y quedó clavado en el sitio por aquellos ojos gélidos e inescrutables. Éremos tenía una sospecha y quería confirmarla. Algo en su interior ya no era como antes y pudo comprobarlo cuando empezó a hablar y no hubo arcadas que interrumpieran sus palabras.

-Soy un geneto, un asesino a sueldo de la compañía Honyc. No estoy en Radam deportado, ni mucho menos haciendo turismo. Tengo una misión que cumplir y la cumpliré. Cuando trabajo, las vidas ajenas no son prioritarias. Si es necesario, ni siquiera las tengo en cuenta. ¿Comprende lo que quiero decir?

Kaimén asintió, tragando saliva. Sus ojos parecían aún más saltones y el gesto de asombro arrugaba la Z que tenía tatuada en su frente. Ignoraba que Éremos estaba más sorprendido que él, ya que nunca antes había sido capaz de articular palabras como las que habían salido del cerco de sus dientes. La barrera mental impuesta por sus creadores se había derrumbado, o acaso en el confuso estado de su mente se había establecido un nuevo equilibrio químico. Pero, en cualquier caso, lo mejor era aceptar los hechos y cabalgar dos cuerpos por delante de ellos.

-No pienso hacerle ningún daño, sólo quiero que me lleve al lugar que estipulamos. Estoy convencido de que nuestros enemigos son los mismos: quienes ordenaron disparar contra usted fueron los que me tendieron la emboscada en el Lusitania. No crea nada de lo que ha oído por la radio.

-¿Ni siquiera lo del bodak? ¿No es cierto que soltaron uno allí?

-Eso sí es cierto. El Turco llevaba un bodak escondido en el deslizador y recurrió a él cuando la situación se hizo demasiado apurada.

Kaimén silbó entre dientes, disparando un perdigón de saliva contra el visor trasero.

-¡Eso es tenerlos bien puestos, sí señor! Pero quien a bodak mata, a bodak muere.

-No entiendo ese refrán.

-¿No ha escuchado que su patrón de olores ha sido enviado? Eso quiere decir que han conseguido alguna prenda suya, han analizado el olor, lo han digitalizado y lo han enviado directamente a los yugos de control de todos los bodakes de aquí a doscientos kilómetros. Ahora más de mil dientudos deben estar relamiéndose pensando en usted. ¿Qué tal se las apañan los asesinos genéticos con algo así?

Éremos suspiró antes de contestar.

-Creo que no voy a dejar que me abandone mi desodorante durante las próximas horas.

-Clara, aquí tienes a Jaume, nuestro experto en temas biológicos; Roxanne, física; Karl, lógico de lenguajes y ordenadores.

Roxanne, una joven negra de rostro agradable, y Jaume, un anciano que no dejaba de fumar y que parecía haberlo visto ya todo en su vida, sonrieron al ser presentados. Karl, un hombre que debía tener la edad de Clara, pálido y enjuto y con el pelo muy corto, se limitó a emitir una especie de gruñido intraducible. Clara les saludó a todos con una inclinación de cabeza y se sentó junto a Anne alrededor de una mesa ovalada y provista de mandos de ordenador. Un camarero sirvió café, té y pastas para todos.

-Esta es una especie de reunión informal para ponerte en antecedentes -le explicó Roxanne-. Las cosas no nos están yendo muy bien y necesitamos tu ayuda.

-Pero, si ya tienen ustedes a un lógico de lenguajes... -dirigió una apreciativa mirada a Karl, que parecía estar muy concentrado en descubrir algún significado oculto en el dibujo que trazaban las vetas de la mesa de reuniones-, ¿para qué me necesitan a mí?

El aludido enrojeció ligeramente, sin levantar la mirada. Al parecer, no se sentía demasiado contento por tener que recurrir a una ayuda exterior. Jaume respondió a la pregunta.

-Aquí casi todos nos dedicamos a las ciencias que podríamos llamar duras.

-A lo que podríamos llamar ciencias sin más -le interrumpió Karl, en un tono ligeramente seco.

-Como quieras, Karl -contestó Jaume, conciliador-. Pero nuestras ciencias sin más no han conseguido avanzar demasiado en la resolución del problema que se nos presenta. No dudo de la corrección de tus estadísticas y tus complejísimas tablas de equivalencias lógicas, pero las traducciones que nos dan son inaceptables. Tal vez necesitemos algo de intuición...

-¿Intuición femenina? -preguntó Clara, ligeramente burlona. Se sentía como una curandera a la que hubiese acudido un equipo de médicos desesperados como último remedio.

-Si existe y la tienes -intervino Anne-, estamos dispuestos a recurrir a ella.

-No estaría de más que me explicaran para qué quieren mi intuición o mis conocimientos.

Los tecnos se miraron durante unos segundos.

-Supongo que habrá que explicárselo todo, Anne -dijo la joven negra-. Si le escondemos datos no creo que pueda averiguar nada de provecho.

Anne Harris asintió con un grave gesto de su mandíbula cuadrada e indicó a Roxanne que tomara la palabra.

-Hace unos meses supimos de la existencia de una extraña entidad aquí, en el propio Radam, algo tan fuera de nuestra experiencia que le dimos el nombre de “Objeto” a falta de otro mejor. Lo trajimos aquí, a Opar, para estudiarlo, y comprobamos dos cosas. Encierra una ingente cantidad de energía contenida, hasta un punto que ignoramos. Por precaución, volvimos a sacar el Objeto de la ciudad y lo llevamos al otro lado del planeta, donde montamos un completo laboratorio para su estudio.

-Todo eso resulta fascinante, pero no entiendo qué tiene que ver conmigo. Ustedes son los que entienden de ciencias duras. -Clara dirigió una mirada provocadora a Karl, y se. preguntó cómo se las arreglaría aquel individuo para no aguar la leche de su taza.

-Paciencia, Clara -le pidió Roxanne-. Te estaba diciendo que comprobamos dos cosas: la segunda es la que tiene que ver contigo. Creemos que el Objeto lleva meses intentando comunicarse con nosotros. Nuestro problema es que no logramos entender lo que nos quiere decir.

-¿Por qué creéis que trata de comunicarse? ¿Es que no estáis seguros?

-A decir verdad, no. El Objeto emite continuamente ondas electromagnéticas. Al principio pensamos que era un fenómeno natural, una especie de... escape de energía. Pero pronto se hizo evidente que había una pauta en la emisión de frecuencias.

-Supongo que no hará falta explicarte la diferencia entre ruido e información, ¿no? -intervino Karl.

-Hasta ahí llego. ¿Qué se sabe de esa pauta?

Roxanne miró a Karl, tal vez desafiándole a que confesara su fracaso. El lógico volvió a agachar la cabeza y se concentró en las turbulencias que su cucharilla generaba en el café. Fue la joven negra quien tuvo que proseguir con la explicación.

-Hemos utilizado toda nuestra potencia informática para descifrar el mensaje. Digamos que no existe mucho problema en leerlo como código... la cuestión estriba en entender lo que dice. No sé si me explico.

Clara asintió. El mismo problema se le había presentado a ella con el lineal A, que durante cerca de dos siglos se había resistido a los esfuerzos de los descifradores. Aquellos signos silábicos se podían leer: eran después de todo los precursores de los signos del lineal B, que, si en un principio había resultado igualmente enigmático que su antecesor, había resultado al final ser una forma de notación para representar un antiguo dialecto del griego. Sí, más o menos podía leerse lo que las viejas tablillas del lineal A decían, pero no entenderlo. El problema era comprender una lengua de la que apenas se sabía nada, de la que no existían inscripciones bilingües ni trazas claras de parentesco con otras conocidas. Había sido un desafío apasionante para el equipo de Grotte, y después de tres años lo habían resuelto con éxito.

-¿De cuánto tiempo disponemos?

Roxanne miró a Anne Harris. Sin necesidad de hacer grandes alardes, era evidente que aquella mujer tenía la m xima autoridad entre los tecnos. Con su voz gutural explicó:

-No demasiado. Me temo que no podemos permitirnos más de cuarenta y ocho horas.

Clara abrió desmesuradamente los ojos.

-¿Cuarenta y ocho horas? ¿Están bromeando? ¿Me han sacado de mi cama para traerme aquí y decirme que debo descifrar un lenguaje desconocido en dos días?

-Digamos que nuestros clientes son personas muy... impacientes.

-¿Por qué no se lo cuentas todo, Anne? -intervino el viejecillo desde detrás de la nube de humo que lo rodeaba-. No creo que trabajar en compartimientos estancos nos sirva para nada.

Anne Harris miró al biólogo durante un par de segundos y después asintió con una deferencia que no parecía debida tan sólo a su edad.

-Está bien. Roxanne, termina con tu exposición, si no te importa.

-Muy bien. Ver s, Clara, desde el principio mantuvimos nuestras investigaciones sobre el Objeto en el secreto más absoluto. En general, todo lo que ocurre aquí es secreto, porque no tenemos ningún deseo de correr el mismo destino que el planeta Kali. Pero sospechábamos que esta vez podíamos molestar de una forma muy particular a los Tritones... y resultó que teníamos razón.

La joven pasó la mano por encima de la mesa y un teclado de colores se materializó bajo sus dedos, que marcaron ágiles una secuencia de números. El refectorio en que estaban reunidos se oscureció y sobre sus cabezas apareció flotando la esfera helada de Radamantis, surcada de resquebrajaduras. Una línea roja marcaba la posición de la grieta del Tártaro y luces azules representaban la situación de las principales ciudades. Un cursor en forma de mano señaló el lugar donde se encontraba el enclave de los tecnos, no demasiado lejos del propio Tártaro. La proyección se acercó a la ciudad que habían bautizado Opar y pasó veloz sobre sus audaces edificaciones, que sorprendieron a Clara por su belleza, para después ascender y viajar a velocidad de vértigo por encima de la superficie helada y muerta de Radamantis. Miles de kilómetros más allá, sobre la llanura blanca que ningún viento podía barrer puesto que no existía atmósfera, había una construcción en forma de hexágono, un gran hangar rectangular adosado a él y una pista de aterrizaje.

-Aquí es donde estudiamos el Objeto 1-informó la voz de Roxanne desde la oscuridad-. Y aquí es donde apareció el Objeto 2.

La cámara volvió a alejarse para mostrar una panorámica tan amplia que podía apreciarse la curvatura del planeta. Una cuadrícula de líneas verdes señalaba las distancias. La

mano cursora trazó una parábola alejándose del hexágono donde habían alojado al Objeto 1, saltó sin esfuerzo por encima de un cañón y descendió de nuevo sobre otra área de hielos desnudos a quinientos kilómetros de distancia.

-Esto es más o menos lo que pasó. Lo que ves es una simulación, no imagen real, pero bastante fiel.

De repente apareció de la nada una esfera negra, semihundida en la superficie, que según la información brindada por la mano cursora medía casi cien kilómetros de diámetro. La esfera se desintegró en medio de un resplandor azulado y dejó su forma vaciada en el hielo, como si un dios lo hubiese arrancado con un gigantesco cucharón. Pero a cambio de la materia robada había dejado un regalo, un punto gris en el centro de aquel perfecto cráter. La cámara se aproximó y Clara pudo apreciar la forma del llamado Objeto 2: una estructura tal vez metálica, ahusada, de unos cuatrocientos metros de longitud. Había quedado incrustada en el hielo del fondo con sus seis gigantescas patas que la hacían parecer un insecto colosal y, sin embargo, desvalido.

-Esto ocurrió hace unas tres semanas. ¿Tienes idea de lo que estás viendo?

-Ninguna. ¿Qué es?

-Una nave Tritónide. No sé exactamente qué hicimos con el Objeto 1, pero el resultado es que una nave de los Tritones debió equivocar su ruta y en vez de aparecer donde debía, en el espacio vacío y lejos de cualquier masa planetaria, se materializó en la superficie de Radamantis. O habría que decir dentro de la superficie. Mira. -La imagen volvió atrás, al momento en que la esfera negra aparecía-. Debe de tratarse de un campo de estasis, y es lo que salvó a la nave de convertirse en un sólo bloque con el hielo... y a nuestro planeta de una catástrofe inimaginable. Pero no hubo nada: el hielo simplemente desapareció y en su lugar quedó la nave.

-Dios mío... ¿Y os habéis atrevido a tocar la nave? Los Tritones van a aniquilarnos por esto.

-Aún no sabíamos que era una nave Tritónide. Al fin y al cabo, siempre han sabido protegerse bien y ni tan siquiera conocíamos el diseño de sus vehículos. Nosotros acudimos para comprobar qué había sucedido y nos encontramos eso. ¿Qué podíamos hacer?

La imagen avanzó a toda velocidad y recobró su ritmo normal en el momento en que tres deslizadores blancos se posaban en el fondo del cráter, junto al vehículo. Un grupo de hombres ataviados con trajes de vacío se acercó a las patas de la nave. La imagen hizo zum y la mano cursora señaló diversos puntos donde era evidente el deterioro de la estructura.

-La nave no estaba preparada para tomar tierra en un planeta. Cuando la esfera de estasis se retiró debería haberse encontrado flotando en el vacío, lejos de cualquier campo gravitatorio. Sin embargo apareció sobre la superficie de un planeta, de modo que debió caer sobre el hielo y quedó clavada, ignoramos desde cuánta altura; aunque yo supongo que la nave estaba situada en el mismo centro geométrico de la esfera. Eso supone una caída de más de cuarenta kilómetros. Si fue caída libre o si los tripulantes de la nave lograron amortiguar el impacto con algún tipo de dispositivo de frenado, tampoco lo sabemos. El vehículo sufrió serios daños, pero lo esperable habría sido la destrucción total.

La parte inferior del vehículo, la panza del insecto herido, estaba a unos treinta metros del suelo. Cuatro tecnos, valiéndose de propulsores de mochila, subieron hasta ella para buscar algún modo de entrar. La imagen volvió a acelerar y le ahorró aquel fatigoso proceso. Roxanne explicó cómo habían hallado una compuerta que daba a una bodega de carga y la habían abierto con un láser gamma. "*El casco era extremadamente resistente*", explicó la física. Los exploradores paseaban por una oscura y abovedada crujía, iluminando con los haces de sus linternas las vigas que, a modo de costillas, sustentaban las paredes. Clara se maravilló de su audacia: habían forzado la entrada a un vehículo Tritónide en lo que, desde el punto de vista humano, podía considerarse allanamiento de morada -¿cómo lo juzgarían los Tritones?- y ahora recorrían su interior con el desparpajo propio de los dueños del Universo.

Aquél era un asunto muy grave, tanto que podía suponer la destrucción, cuando menos, del planeta Radamantis. Ahora comprendía algo más lo que representaba Éremos en

aquel juego. Hubo un momento de sensaciones contradictorias que se engarfiaron en la boca de su estómago, pero pasaron cuando el escenario de las imágenes cambió.

-Este era el puente de mando de la nave.

El equipo explorador había llegado a una estancia en forma de cúpula. La joven negra explicó que el puente estaba lleno del fluido ocre en que vivían los Tritones; pero el impacto había causado una fuga y para cuando entraron los tecnos el líquido sólo les llegaba a la altura de las rodillas. Del suelo, del techo y las paredes brotaban estructuras de aspecto orgánico, desagradablemente viscoso. "*Aunque no lo parezcan, son instrumentos de navegación. No están vivos.*" Clara bufó y señaló con el dedo. "*Sí, ésos sí son seres vivos*." Había varios cuerpos en el suelo, a medias cubiertos por el fluido, como marsopas varadas en una playa. Dos de ellos estaban desnudos y cuatro más llevaban arneses de herramientas.

De pronto, una roma cabeza surgió del líquido y miró a la cámara con su ojo ciclópeo en primer plano. Clara respingó en el asiento y sofocó una exclamación. El Tritón volvió a hundirse en el fondo, sin dar más señales de vida que un leve agitar de sus largas aletas laterales.

-Era el único que seguía vivo, aunque tenía heridas graves. Guardamos todo el líquido que pudimos, le preparamos un tanque y lo trajimos aquí.

-Seguro que para curarlo y enviarlo a su casita con una nota de disculpa -ironizó Clara.

-Eso hubiera sido una estupidez -terció Karl-. ¿Cómo íbamos a convencer a los Tritones de que todo había sido un accidente? Se decidió que la única posibilidad de salir airosos de la situación era averiguar todo lo posible sobre la nave.

-Perdona por mi torpeza, pero no acabo de captar la relación.

-Cualquiera se daría...

La imagen se desvaneció y las luces del refectorio se encendieron, cortando la objeción de Karl. Instintivamente, Clara se retrepó en el asiento y se recolocó las ropas, como solía hacer después de una proyección de cine. Anne Harris hizo un gesto con la mano para apaciguar a Karl y se dirigió a Clara.

-No es sólo la tentación de descubrir los secretos de una nave Tritónide, Clara. Estábamos convencidos de que ellos, una vez supieran que habíamos puesto las manos en su nave, no se conformarían con que se la devolviéramos, sino que probablemente aniquilarían el planeta entero para evitar que en él quedara la menor brizna de conocimiento sobre sus secretos.

-Estaban convencidos...

-Estábamos. Pero la situación ha empeorado. Alguien en el exterior se ha ido de la lengua y -añadió en voz baja, como si así pudiera evitar el espionaje electrónico- me temo que debe de haber sido uno de nuestros amigos tyrsenios. Ahora los Tritones saben que tenemos algo más, y tiene que ser de la mayor importancia para ellos, porque lo que nos reclaman en este momento es el Objeto 1, y sólo el Objeto 1. De lo demás parece que se han olvidado, pero en cuanto a él, quieren que se lo entreguemos antes de cuarenta y ocho horas.

-¿Y en caso contrario?

-Nos aniquilarán -explicó Jaume, con tono de chanza-. Sus amenazas suelen ser reiterativas.

-¿Y por qué no lo han hecho ya?

-Esa es una pregunta muy interesante -terció Roxanne, la física-. Suponemos que no se atreven a hacerlo mientras tengamos el Objeto 1, precisamente por la importancia que tiene para ellos.

-¿Y por qué es tan importante?

-Eso es lo que nos gustaría saber -volvió a intervenir Anne-. La información es poder, y suponemos que la que podamos obtener del Objeto más aún. Si tenemos información, si tenemos poder, podemos jugar una partida de damas con los Tritones. Al menos, ésa es la interpretación de la mayor parte de nuestros expertos... excepto del que se supone que debería ser el mayor experto -añadió entre dientes.

-Me imagino que intentaron obtener la información de ese Tritón que quedaba vivo, ¿no es así? Con ellos sí sabemos comunicarnos.

-Lógicamente -respondió Anne-. Pero, como ya te hemos dicho, ese espécimen estaba malherido, así que no vivió el tiempo suficiente para decirnos nada útil.

La mujer hizo una pausa y volvió a mirar a Roxanne. Hubo un embarazoso silencio, y después la joven prosiguió.

-Ya nos hemos hecho cierta idea de cómo funciona la nave Tritónide, y hasta la hemos reparado lo suficiente como para poner en marcha sus motores y accionar sus sistemas de navegación. Pero lo que más nos interesa no está en ella.

-¿A qué te refieres?

-Al secreto que nos trae locos desde hace tanto tiempo. ¿Cómo superan la velocidad de la luz? ¿Cómo hacen que nuestras naves se materialicen instantáneamente a años luz de distancia? -La joven plantó los codos sobre la mesa y gesticuló con las manos para subrayar la importancia de sus palabras-. Estoy convencida de que el secreto está en el Objeto 1, de que fue éste quien atrajo a la nave Tritónide, y de que si lográramos comprender sus mensajes podríamos manejar el mismo poder que hasta ahora nos ha hecho temer a los Tritones. Por esa misma razón tienen ellos tanto interés en recobrarlo.

Anne intervino con tono grave.

-Esto no lo sabe la población de Radam, ni siquiera los más poderosos de los burgraves: desde hace veinticuatro horas hay quince naves Tritónides en órbita alrededor del planeta, dispuestas a cumplir la amenaza.

-¿Y a qué están esperando para obedecer y entregarles ese Objeto?

-Cuando un criminal devuelve a un rehén, ¿qué le impide a la policía disparar contra él? No, no nos vamos a entregar atados de pies y manos. No se trata ya sólo de una cuestión de poder, sino de supervivencia.

-En unos diez minutos aterrizaremos -le informó Kaimén, sin dejar de hurgarse la oreja izquierda. Éremos se preguntó si sería el exceso de estimulación digital lo que las había asoplillado. Mirarle los dedos al vestigator le recordó la pérdida de su propio meñique, y miró el perlado muñón en el que empezaban a reconstruirse carne y hueso con un cosquilleo un tanto molesto-. Oiga, ¿qué le ha pasado en ese dedo? -preguntó Kaimén-. Juraría que ayer lo tenía.

-Yo también.

Era obvio que Éremos no iba a añadir ningún comentario. Kaimén se encogió de hombros y sugirió:

-Péguele al borracho ese una patada en la tripa, a ver si se despierta de una vez.

-Hay procedimientos más sutiles.

Éremos suministró a Miralles una inyección de viglaína que había sacado previamente de entre un surtido que llevaba para mantener al viejo en pie, tranquilo o de buen humor, según fuera necesario: había cinco tipos de drogas y tres botellas de alcohol, entre ellas una de bourbon de la que el propio Éremos aprovechó para dar un trago. Mientras Miralles empezaba a espabilarse, Éremos volvió a su puesto y estudió los controles. Ya no estaban sobrevolando el Piriflegetón, sino una serie de terrazas frondosas y picachos quebrados. Pese a la cercanía, el holorradar no mostraba ninguna proyección. A Éremos le extrañó y así se lo manifestó a Kaimén.

-¡Ah, el radar! Se me estropeó hace un par de meses y aún no me lo han arreglado. No he tenido tiempo de ir al taller.

-¿Vamos sin radar? ¿Y cómo reconoce el terreno?

-¡Por Dios! Conozco todo esto como la palma de la mano. Con el control visual me las arreglo perfectamente.

Eso parecía verdad, pero una preocupación nueva ensombreció a Éremos.

-Yo creía que volábamos con radar y resulta que sólo tenemos la pantalla de cola.

-Sí, pero ¿qué más da?

-¿Qué más da? ¿No ha escuchado antes la radio? Andan detrás de mis pasos, y si me vieron bajar de la nave del Turco también me verían abordar ésta. Aunque nos siguiera un escuadrón de cazas no nos enteraríamos con tal de que estuvieran fuera de la pantalla de cola.

-Le veo un poco nervioso. ¿No ve que todo ha sido muy rápido? No creo que hayan tenido tiempo de seguirle.

Kaimén acertaba al decir que Éremos estaba nervioso. Sentía como si un ciempiés le corretease por las sienes, pero una cosa era lo desacostumbrado de su estado y otra que no tuviese razón.

-Haga un barrido en onda larga.

-Qué tontería, si...

-¡Haga lo que le he dicho!

Se quitó cuatro puntos mentales por aquel estallido, pero ya apenas le quedaba crédito ante sí mismo. Si las cosas seguían así terminaría perdiendo el control de sus palabras y sus actos.

Había una emisión cercana y entrecortada, de la que se entendían algunas palabras intercambiadas en la jerga típica de los pilotos.

-Ahí los tenemos -musitó Éremos.

-¿A quiénes?

-A los que nos siguen.

Presa de una súbita inspiración, Éremos abrió la portezuela inferior del tablero de mandos y extrajó la placa del radar. Saltaba a la vista cuál de los relés se había fundido, y mientras maldecía a Kaimén por su desidia lo sustituyó por otro de la unidad de refrigeración.

-Vamos a tener mucho calor -protestó el vestigator.

-No creo que nos vaya a dar tiempo. Mire.

Éremos conectó el radar en modo activo, para mostrar una proyección del escarpado paisaje que los rodeaba; al orientarlo hacia la cola, un pitido intermitente les avisó de la presencia de otros vehículos. Éremos ajustó el alcance y la dirección y detectó tres puntos a unos mil quinientos metros sobre sus cabezas.

-¿Se convence ahora?

-Diablos, ya los veo. Y vienen muy rápido.

Seguramente sus perseguidores habían recibido la señal emitida por el radar al conectarlo en activo, pues la radio crepitó con una señal de llamada.

-ATENCIÓN, MUGRIENTO, ATENCIÓN, MUGRIENTO. ¿NOS RECIBE?

-No le conteste.

-MUGRIENTO, LLEVA USTED A BORDO UN PASAJERO ILEGAL. ES UN GENETO, UN ASESINO PELIGROSO. ¿NOS RECIBE?

-Veo que no me ha mentido, amigo. ¿Qué se supone que debo hacer ahora?

-No le conteste -insistió Éremos.

Los tres vehículos descendían abriéndose en abanico. Mientras, bajo el Mugriento desfilaban a toda velocidad los árboles de una extensa selva. Miralles se acercaba trompicando entre los bultos y preguntando con voz aún soñolienta qué demonios hacía en aquel aparato. Kaimén señaló con el dedo una porción de jungla delante de ellos, entre cuyos árboles sobresalía una roca casi plana de unos quince metros de longitud.

-Vamos a posarnos allí. Hay un lado de esa peña por el que se puede bajar bien.

Miralles reconoció el lugar de sus pesadillas y empezó a soltar juramentos y blasfemias que hubieran escandalizado a la corte de Belcebú. Pero Kaimén hizo descender el Mugriento con una brusca maniobra y el viejo cayó maldiciendo encima de unas cajas de cartón.

-ATENCIÓN, MUGRIENTO, CONTESTENOS O HAREMOS FUEGO INMEDIATAMENTE.

-¡Maldita sea, tengo que responder!

-Es inútil, ya viene el disparo.

El radar dibujó la trayectoria de un punto que se movía hacia ellos a toda velocidad. Kaimén volvió a levantar el morro del aparato y viró hacia la izquierda, en un movimiento de distracción que en el último momento evitó un impacto directo. Pero el relámpago cegador que estalló unos metros a su derecha sacudió al Mugriento y todos los aparatos electrónicos quedaron desconectados.

-¿Qué ha sucedido? -gimió el vestigator.

-Nos han disparado con un pulso electromagnético. ¡Hay que salir de aquí!

Éremos se apresuró a ir a cola, tomó la mochila de los aparatos, se la colgó al hombro, cogió el fardo de los alimentos, se lo puso a la fuerza a Miralles y arrancó el precinto de plástico del ala delta.

-¡Vamos a saltar, Kaimén!

-¡No pienso abandonar el Mugriento! -protestó el vestigator, pero tardó dos segundos en darse cuenta de que su pelea con los controles estaba condenada al fracaso. El helirreactor había enfilado hacia dos crestas de basalto entre las que apenas quedaría un espacio de diez metros, y era imposible que pasara en medio de ellas. A trompicones, Kaimén se levantó y acudió junto a Éremos. El hombre de la Honyc había abierto el cierre manual de la trampilla, y ahora veían a sus pies el confuso borrón verde de las copas de los árboles pasando a toda velocidad.

Éremos levantó en horizontal la barra de fibra de tres metros, sujetándola por las asas que se suponía hacían de controles de vuelo, y ordenó a sus compañeros que se agarrasen a ella. El resto era un paquete envuelto que, según las instrucciones, prometía desplegarse y convertirse en un ala delta en cuanto Éremos apretase el botón rojo. "*Hoy no es el día en que me toca morir*", se animó.

-¡Vamos a saltar! ¡Kaimén, coja esas dos armas!

El vestigator se las arregló para colgarse los dos fusiles sin soltar a Polifemo, mientras Miralles protestaba aterrorizado.

-¿Saltar, agarrados a esta escoba? ¡Una mierda!

-Allá vamos!

Éremos saltó al vacío, y milagrosamente tanto Miralles como Kaimén siguieron aferrados a la barra. Durante unos segundos que se hicieron eternos, los tres hombres y el mono cayeron hacia la jungla agarrados a una simple barra, mientras el helirreactor barrenaba hacia los acantilados. Entre los gritos de terror del viejo, resonó sobre sus cabezas el estallido sónico de un deslizador, y después una fuerte explosión. Éremos pulsó el botón rojo con escepticismo, pero, ante su sorpresa, el paquete se desenvolvió y, como por arte de magia, empezaron a desplegarse por encima y por debajo de ellos barras y tensores y una transparente superficie de polivilén que en un instante se convirtió en la tranquilizadora forma de un ala delta. La caída se frenó con un golpe seco; Miralles no resistió a pesar de la barra que ahora le sujetaba por la cintura y se soltó, pero Éremos fue más rápido y le sujetó con la mano izquierda. Esto hizo que el ala delta se precipitase hacia el otro lado, y el geneto tuvo que actuar con presteza para, en menos de un segundo, ayudar al viejo a que volviera a agarrarse, soltarlo y recobrar el control. "*Si se cae, ya no puedo hacer más*", pensó, pero el instinto de conservación de Miralles pareció duplicar sus fuerzas, y el viejo se sujetó a la barra como una lapa.

Volaban a unos cincuenta metros sobre los árboles, y a su derecha, junto a las crestas, ardían los restos del Mugriento. Kaimén mascullaba palabras de venganza, levantando la mirada al cielo, donde un deslizador blanco de gran tamaño volvía a remontar el vuelo en un rizo inverosímil. Polifemo, perchado en el hombro del vestigator, miraba a su alrededor con curiosidad y canturreaba como si todo aquello fuese muy divertido.

-¿Hacia dónde llevo esto? -le preguntó Éremos-. Apenas puede con nuestro peso.

-Siga hacia las diez, donde la roca que le dije. La entrada al túnel está muy cerca.

-Vamos allá. ¡Aguante, Miralles, es sólo un momento más!

Perdían altura con rapidez; parecía difícil que alcanzaran la roca. Sobre sus cabezas sonó el silbido de un avión en picado. Éremos levantó la mirada y, a través del polivilén, atisbó una sombra que se recortaba contra el gris de las nubes. En el último momento logró elevarse unos palmos más para evitar las copas de los árboles y llegaron a la roca, donde se posaron con brusquedad. Mientras Miralles se lamentaba de que se había roto un pie, Éremos se libró del ala delta sin miramientos y arrojó los restos lejos de sí. El vestigator señaló hacia las alturas, de donde bajaba en picado uno de los deslizadores, y sin añadir una palabra bajó a saltos por la roca hasta desaparecer en la espesura. Éremos agarró al desconcertado Miralles

por el brazo y tiró de él detrás de Kaimén. La piedra estaba resbaladiza por la lluvia y los últimos metros los cubrieron rodando hasta que se frenaron contra un esponjoso tronco gris. Unos metros más adelante, sobresaliendo entre la maleza, se veía la cabeza del vestigator haciéndoles señas para que le siguieran.

Kaimén esperó hasta que llegaron junto a él para encender el arco de plasma. Abriendo una trocha de manera tan expeditiva, se alejaron de la peña con toda la celeridad que permitían las piernas doloridas de Miralles. El estampido del deslizador bajando en picado acallaba incluso el ruidoso crepitar del arco. Hubo una explosión y a unos cien metros por detrás de ellos se levantó una columna de humo y fuego.

-¡Hijos de puta, vais a pagar por el Mugriento! -maldijo Kaimén, alzando un puño imprecatorio al cielo; y añadió, volviéndose a Éremos : ¡Y usted sí que va a pagar, hasta el último crédito!

-Si salimos vivos de ésta, le indemnizaré. ¡Pero sáquenos de aquí ahora mismo o serán mis herederos quienes tengan que pagar a los suyos!

El avance era terriblemente difícil, pero incluso a través de aquella fronda que no permitía ver a tres metros de distancia, el vestigator sabía bien adónde se dirigía. El propio Miralles, comprendiendo la emergencia, había dejado de acordarse de su pie supuestamente roto y se esforzaba por mantener el paso de sus dos compañeros más jóvenes.

-Seguramente tendrán sensores infrarrojos y de movimiento, y sabrán dónde nos encontramos. El siguiente misil... -dijo Éremos, sin dejar de saltar entre ramas y espinos que acaso fueran venenosos, pero no eran una amenaza tan inminente como los aviones enemigos.

-Hay muchos animales por esta zona: seguro que les confunden -deseó Kaimén, pero era seguro que el más tosco de los sensores podría detectar la emisión de su arco de plasma-. ¡Ahí está!

Una corta ladera de roca desnuda se ofrecía a su vista, y en ella se abría la boca de un túnel de unos dos metros de di metro. Se precipitaron en la negra oquedad sin pensarlo, espoleados por el silbido amenazador de un nuevo misil. La explosión sonó a unos cincuenta metros e hizo retemblar las paredes de la galería. Kaimén encendió la linterna de su cinturón sin dejar de correr y les animó a seguirle hasta que hubieran puesto suficiente roca de por medio entre los atacantes y ellos. El suelo del túnel era irregular y estaba sembrado de musgo húmedo que lo hacía viscoso y resbaladizo, pero el avance era infinitamente más sencillo que entre la espesura. Hubo otro estallido mucho más lejano que el anterior.

-Parece que ya no pueden detectarnos -comentó Kaimén, refrenando el paso-. Vamos más despacio: no quiero romperme la cabeza o caer en un pozo por huir de otra cosa.

Éremos encendió también su linterna y Miralles, después de comprobar que un cinturón que jamás había visto antes ceñía su gruesa barriga, hizo lo mismo. Pero mientras se adentraban en la gruta con paso más sosegado les exigió una explicación.

-Pregúnteselo al jefe -respondió Kaimén, marcando con retintín la última palabra-. Me dijo que lo trajera por pelotas y eso es lo que he hecho.

-¿Para qué me ha traído aquí otra vez, hijo de Satanás? -insistió Miralles, agarrando a Éremos del brazo y obligándole a detenerse-. Le dije que no volvería por nada del mundo.

-¿Prefiere dar la vuelta y esperar a que un misil le mande el hígado directo al depósito de basura, que es donde debería estar? Suélteme ahora mismo y siga andando por las buenas. No me conoce por las malas.

"*Ni yo mismo me conocía*", se dijo Éremos, convertido en asombrado espectador de sus propios actos. Empezaba a encontrarle cierto regusto a pimienta, no del todo desagradable, a aquella incapacidad para predecir sus propias reacciones.

Como fuere, Miralles optó por obedecer, aunque no dejó de rezongar mientras descendían. Llegaron a la primera bifurcación y Éremos preguntó a Kaimén si por lo menos había traído el resonador para orientarse. El vestigator, con un gesto de inocencia ofendida, sacó el aparato y lo niveló en el suelo de la cueva. Una proyección esférica de dos palmos de diámetro les mostró la topografía del volumen de roca ante ellos.

-Yo creo que es por aquí. -El grasiento índice de Kaimén penetró en la imagen fantasmal y señaló una línea negra más gruesa que bajaba en sinuosos meandros-. Cuando lleguemos más adelante podremos comprobarlo.

-¿Qué demonios pretende, Crimson? -volvió a terciar Miralles-. ¿Para qué me ha traído aquí?

-Me llamo Éremos. Y si le he traído es porque ahí abajo hay algo a lo que usted parece particularmente sensible y quiero comprobar qué sucede cuando nos acerquemos.

-¡Está como una cabra!

-No se ponga así. Al fin y al cabo, la última vez sobrevivió.

-¡Me las va a pagar!

-¿Qué va a hacer, vaticinarme mi muerte? Ya me dijo que era el uno de diciembre, así que no creo que pretenda acercarla más. ¿O le gustaría que fuese hoy mismo?

-No necesito el don de la profecía para saber que no vamos a salir vivos de aquí.

-Yo sí. Confío ciegamente en usted. ¡Adelante!

Durante más de cinco horas siguieron descendiendo por aquel dédalo. De vez en cuando desandaban lo andado y tomaban otra bifurcación, según las orientaciones del resonador. Aunque la esfera proyectada por el resonador representaba un volumen de roca reducido, Éremos iba añadiendo en su memoria imagen tras imagen y en su cabeza se iba formando un mapa en tres dimensiones del sistema de túneles. Estaban ya a más de trescientos metros de profundidad, por debajo incluso de la superficie del Piriflegetón, pero la temperatura había bajado y el aire era más frío y húmedo que en Tifeo. Las galerías eran extrañamente regulares: las paredes y el suelo apenas ofrecían saliente y su aspecto era el de una superficie de m rmol a medio desbastar, y el diámetro siempre oscilaba en torno a los dos metros. Éremos preguntó a Kaimén si tenía alguna idea de cómo se había originado el laberinto. El vestigator sugirió la posibilidad de que alguna especie de monstruoso gusano de piedra, similar a los que poblaban Jotunheim, hubiese perforado aquellos túneles en el pasado.

-Algo así se me había ocurrido a mí -confirmó Éremos-. Espero que haya sido muy en el pasado.

Hicieron un alto para comer y encendieron una bengala térmica. Miralles estaba exhausto, sudaba a pesar del frío y respiraba como un fuelle. Éremos le ofreció la botella de bourbon. El viejo la agarró con dedos avarientos y temblorosos y dio un trago eterno. Cuando terminó, escupió a un lado y le preguntó a Éremos si había traído también joraína.

-Sí, pero no se la daré por el momento. Aún tenemos que seguir andando.

-No me encuentro bien. Necesito...

-Eche otro trago si quiere. Con la joraína no cuente por el momento.

-Es usted muy cruel con el vejete, Crimson.

-No pienso cargar con él mientras se sienta a disfrutar de sus alucinaciones. Vayan terminando, que tenemos prisa.

Cuando volvieron a activar el resonador, la proyección reveló la cercanía de la cueva esférica. Miralles empezó a temblar de miedo y suplicó que le dejara allí o al menos le permitiera tomar una dosis de joraína, pero Éremos siguió inflexible. Su intención era comprobar los efectos que sufrían todos ellos al llegar allí y luego compararlos con lo que le sucedía a Miralles ya drogado. Avanzaron durante diez minutos más hasta llegar a la entrada de la caverna, pero donde esperaban encontrar la pantalla negra que cerraba el paso a la luz no había más que una oquedad redonda.

Éremos se acercó con cautela y apuntó con el haz de la linterna hacia el interior. Las paredes de la esfera descendían unos metros, lisas como el interior de una bombilla de Navidad, hasta llegar a la base. Allí había un cono de un metro de altura que reflejaba la luz de la linterna en su superficie pulimentada. En el zenit de la esfera había otro cono simétrico al primero, y nada más: el resto estaba vacío. Éremos buscó en su mochila y extrajo una punta de autoclavado y una cuerda de escalada. Tras asegurar la punta al suelo rocoso del túnel, se ató la soga a la cintura y entró en la esfera. El suelo era resbaladizo, una superficie sin apenas rozamiento. Éremos descendió hasta llegar al cono y lo tocó. Era terso y frío como metal, aunque dejaba en los dedos una extraña sensación de viscosidad, y la punta era tan aguzada

que no se atrevió a posar la mano sobre ella. Miró hacia arriba, tratando de averiguar algo en la estructura que colgaba sobre su cabeza. No se le ocurría nada.

-¿Nota algo especial, Miralles? ¿Náuseas, paramnesia...? -Su voz reverberó distorsionada en las paredes de la esfera.

-¡No siento nada! -gritó el viejo-. ¿Esto era lo que quería? ¡Vámonos de aquí ya!

Éremos meneó la cabeza, desconcertado. El lugar era extraño y parecía imposible que lo hubiese formado ninguna acción de la naturaleza, pero no experimentaba en él ninguna sensación que sugiriera distorsiones del espacio-tiempo. Tampoco el contador indicaba presencia de radiaciones electromagnéticas ni de partículas de alta energía. La historia de Miralles era cierta, pero algo había cambiado: algo faltaba.

-Se lo han llevado -susurró-. Lo que hubiera aquí, se lo han llevado los tecnos... cuando dispararon contra Kaimén.

"*Este era el Objeto 1*", añadió para sí. Si alguien se molesta en numerar cosas, es porque hay más de una, razonó: luego debía de haber un Objeto 2, y no podía ser otro que...

Salió de la esfera y comunicó a sus compañeros de exploración que lo que hubiese existido allí trece meses atrás ya no estaba. El vestigator asintió vigorosamente abanicándoles con sus orejas de proboscídeo.

-Eso tiene sentido. Yo no entré ninguna de las dos veces, pero está claro que el lugar era distinto entonces. ¿Qué demonios cree que había dentro?

-Creer, puedo creer muchas cosas, pero no tengo certeza de nada. Hay piezas perdidas y otras que no encajan. Me temo que tendré que localizar el refugio secreto de los tecnos para encontrar las respuestas.

-Pues lo va a tener difícil. Sin el Mugriento no sé ni cómo vamos a regresar a un lugar civilizado.

Repentinamente melancólico por el recuerdo de su vehículo destruido, el vestigator se acuclilló en el suelo y consoló sus penas empléandose con el cuarto de bourbon que quedaba. Éremos se lo quitó y volvió a guardarlo en la bolsa, aunque para ello tuvo que apartar las manos de Miralles, que habían aparecido alrededor de la botella como un enjambre de gusanos dotados de vida propia. Cuando le interrogaron acerca de sus intenciones, el geneto se limitó a tomar su carga y emprender el camino de regreso. Sus compañeros lo siguieron tras unos segundos de vacilación.

Cuesta arriba, el camino de vuelta se hacía aún más penoso, pero los continuos y nunca repetidos plañidos de Miralles lo amenizaban. Horas después, ya a mitad de la ascensión, Éremos cayó en la cuenta de que el viejo llevaba unos minutos callado. Se acercó a él y comprobó que estaba al borde del desfallecimiento, por lo que decidió que era mejor detenerse a reposar. Al fin y al cabo, el tiempo no se iba a detener porque él no durmiera y las horas seguirían acercándolo inexorablemente al uno de diciembre. Después de cenar, terminar con las existencias de bourbon y vaciar una botella de malta, hincharon los sacos y se dispusieron a dormir. Antes, Kaimén desplegó un trípode de plástico coronado por un aparato cilíndrico provisto de una lente, diversos sensores y un pequeño zumbador. Cuando Éremos le preguntó de qué se trataba, le explicó que era una alarma contra los bodakes.

-Nunca duermo sin esto, ni siquiera en mi casa. Reconozco que llega a ser una obsesión.

-Espero que este aparato sí funcione.

-Para una vez que maté un perro, me llaman mataperros. Confíe en mí, hombre. Si hay algo con lo que jamás correría riesgos es con los bodakes. Tengo pesadillas con ellos desde que era niño.

-No me diga que nació en este planeta. No parece usted tan joven...

-Bueno, he exagerado un poco. Ahora, si no le importa, me voy a dormir.

Éremos tardó unos minutos en conciliar el sueño, mientras Miralles roncaba con su sonoridad habitual y los diversos ruidos corporales de Kaimén ponían esporádicas y escatológicas notas de polifonía. Pero una voz se hacía escuchar a pesar de ellos. "*Creo que me estoy enamorando de ti, Jonás Crimson.. Creo que me estoy enamorando de ti, Jonás Crimson*." El cálido aliento de Clara acariciaba sus oídos y una tibieza desconocida se

derramaba en sus ijares. "*Yo me he atrevido a entrar al servicio de hombres detrás de ti. ¿Es que tú no piensas atreverte a hacer nada?"* Se dio la vuelta en el saco, apretó el rostro contra el suelo y se tapó los oídos, mas la voz susurraba debajo de sus manos. Para acallarla recitó versos, salmodió fórmulas, subvocalizó rutinas de realimentación, pero volvía a escucharla en cada fracción de segundo vacía, y sonaba cada vez con armónicos más deseables. "*Creo que me estoy enamorando de ti, Jonás Crimson*." No era la primera vez que unos labios de mujer volcaban palabras de amor en sus oídos, y en verdad habían sido labios más deseables que los de Clara. Pero aquellas palabras habían quedado guardadas en viejos archivos de su memoria y sólo eran unos bytes más de información, mientras que las de Clara se atrevían a acudir espontáneas a su recuerdo, sin que él las convocase.

En un momento indeterminado, después de dar infinitas vueltas en el saco, cayó dormido. Esta vez no soñó con las Erinias de serpentinos cabellos ni volvió a presenciar los crímenes de su pasado: durante incontables iteraciones contempló cómo el cuerpo desmadejado de Clara caía desde un rascacielos y se reventaba contra el suelo. Mientras, Amara reía asomada a la ventana rota y Urania, vestida con un pijama, le insistía en que dejara de mirar y tirara los dados.

29 Y 30 De Noviembre

Le despertó un zumbido ondulante y machacón. Éremos se incorporó al momento, encendió la linterna, echó mano al rifle y lo armó. Kaimén había pegado un brinco y comprobaba la alarma mientras Miralles seguía roncando ajeno a todo.

-Viene un bodak -informó el vestigator, con la voz aún desafinada por el sueño. Polifemo, encaramado a su hombro, se frotaba los ojos soñolientos-. Está a unos quinientos metros.

-Considerando su velocidad, eso no nos da mucho tiempo.

-Tranquilo, Crimson. Siempre vengo preparado para estas contingencias. Ya le he dicho que los bodakes me dan pánico.

Éremos sacudió a Miralles sin conmiseración, mientras Kaimén registraba su mochila y sacaba un par de botes de aerosol. Le tendió uno y él mismo se roció generosamente con el otro. Éremos, que tenía la costumbre de leer todo lo que caía en sus manos, hasta los envoltorios de los caramelos, no pudo resistir la tentación de hacer lo mismo con el etiquetado del repelente. Por cinco veces y en cinco idiomas comprobó que decía exactamente lo mismo:

No usar bajo ningún concepto después de la fecha de caducidad. La empresa no se hace responsable de muertes o mutilaciones entre los consumidores pasada dicha fecha. Caduca el... quince de junio del 2116.

Kaimén se le quedó mirando a medio rociar, con unos ojos tan grandes como los de su mascota Polifemo, mientras Miralles abortaba un bostezo y lo convertía en gemido.

-Enhorabuena, señor Kaimén -le felicitó Éremos-. Es usted el afortunado propietario de una partida de repelente para bodakes que caducó hace cinco meses.

-Dios... Dios mío, ¿qué hacemos ahora?

-Apunte con la linterna hacia delante, por el túnel. Así veremos lo que se nos viene encima y tal vez deslumbremos al bodak. ¿Qué dice su alarma... si es que funciona?

-Lo tenemos a menos de doscientos metros.

Llegado el momento de la acción, Éremos descubrió que volvía a tener el control de sus propias riendas. Plantó una rodilla en el suelo, apoyó el codo izquierdo en la otra, curvó el dedo índice de la mano derecha sobre el gatillo y ajustó la mira infrarroja del rifle.

-¡Menos de cien metros! -avisó Kaimén.

El túnel hacía un recodo delante de ellos, marcando el límite de visión para Éremos a veintidós metros, según informaba el telémetro. Dada la velocidad de aquellas criaturas, tendría muy poco tiempo para apuntar. Si fallaba el primer disparo, el bodak se cuidaría de que no tuviera una segunda oportunidad; pero si actuaba con precipitación el resultado sería igualmente desastroso.

Oyeron al bodak antes de verlo. Éremos ya se esperaba su penetrante chirrido, de modo que no permitió que le hiciese perder la concentración. En la mirilla del rifle apareció una forma espectral que se plantaba de un salto en el recodo, giraba en un ángulo imposible y se lanzaba hacia ellos con la aceleración de un misil. Éremos centró el punto rojo del láser en mitad de lo que parecía ser el abdomen de la bestia y disparó.

Sonó un estallido seco. Algo duro cayó sobre Éremos y lo derribó de espaldas. Rodó sobre sí mismo como un gato y se incorporó, sin soltar el arma. En décimas de segundo comprendió lo sucedido: había destrozado al bodak casi a bocajarro y era la cabeza mutilada de la bestia lo que le había hecho caer al suelo.

Kaimén lo felicitó con un abrazo que jamás se hubiese esperado y al que, evidentemente, no correspondió. Miralles estaba de rodillas en el suelo, estrujándose el pecho como si fuese a sufrir un infarto. Pasado el peligro, Éremos examinó el túnel y los restos del bodak. En aquel lugar tan angosto hubiera sido casi más difícil fallar el disparo que dar en el blanco, pero no se le hubiese ocurrido dejar su destino en manos del vestigator.

-¿Qué dice su alarma? ¿Vienen más?

-Por el momento no.

-Saque el resonador. Quiero ver cómo son estos túneles.

Cuando llegaron a la siguiente bifurcación, Éremos eligió un camino distinto del que les había llevado hasta allí. Para su sorpresa, Kaimén se dio cuenta y le agarró por el hombro.

-No hemos venido por este túnel. ¿Qué pretende, que nos perdamos?

-Lo que no quiero es salir por donde entramos. Deben estar esperándonos a la salida, eso si no hay más bodakes ya tras nuestros pasos.

-Nos vamos a perder.

-Tiene que haber más salidas. Un sistema tan complejo no puede tener sólo una.

-¿Y quién dice que no vayamos a vagar dando vueltas por los túneles hasta hacernos viejos?

-Yo. De todas maneras, si quiere, vuelva por donde vinimos. No pienso obligarle a venir conmigo.

El vestigator dio un resoplido de furia, imitado por su mascota, pero se resignó a seguir a Éremos. Les quedaban largas horas de marcha.

Veinticuatro horas, aunque fueran de vigilia regada con vasos de café, no eran suficiente tiempo para descifrar un lenguaje desconocido, pero bastaban en cambio para comprender que jamás lo conseguiría. Clara había empezado cansándose de las or-gafas, después había renunciado a la pantalla virtual, y ya ni siquiera era capaz de fijar la vista en las hojas de papel que habían invadido su mesa como un ejército de ocupación. Había asignado colores a cada frecuencia y signos a cada modulación, aprovechando el trabajo previo de Karl y el resto de los técnicos, y había confirmado algunas pautas y hallado otras nuevas, pero no eran más que granos de arena en una playa inmensa. La impresión de que le faltaba algo muy importante la rondaba, imposible de espantar.

-¿Otro café?

Se frotó los ojos y se volvió con una agradecida negativa a Roxanne. De los diversos personajes que se pasaban por la sala cada poco tiempo a comprobar sus progresos, aquella joven negra le era la más simpática. No podía quejarse del trato de los demás, pues incluso el adusto Karl se había suavizado después de los primeros roces, pero adivinaba en todos ellos muchas reservas y era Roxanne quien se comportaba con más naturalidad.

-No voy a conseguirlo -confesó Clara.

-Te estamos apretando mucho, ¿verdad?

-Da igual. No creo que lo consiguiera nunca. Esto no es un mensaje humano. ¿Qué sé yo si hay una gramática aquí, si quien envía estas señales tiene conceptos como sujeto, o verbo, o complemento, o tan siquiera futuro y pasado?

-La verdad es que yo no confiaba mucho en que sacaras algo en claro. No es porque te subestime, no me malinterpretes. Pero creo que hemos mordido un bocado demasiado grande para nuestra boca, y ojalá no nos tengamos que arrepentir.

Clara estiró la espalda, se masajeó los riñones doloridos y trató de arreglarse el flequillo.

-Aquí falta algo, estoy segura. ¿No me ocultáis nada?

-Te aseguro que no. Ha habido mucho secreto sobre todo este asunto, pero a ti te hemos dicho toda la verdad. Considerando el poco tiempo que nos queda sería ridículo andar ahora con reservas.

-Pues con lo que tengo me es imposible conseguir nada.

Roxanne movió tristemente la cabeza.

-En ese caso, que Dios se apiade de nosotros.

Clara se quedó sola, con la única compañía de sus papeles llenos de garabatos y colores. No tenía mayor interés en seguir trabajando con ellos, ni siquiera había progresado lo bastante para sentir que se encontraba ante un desafío; pero mientras pasaba la vista una y otra vez por las hojas y repasaba los recuentos estadísticos y las correlaciones lograba que el recuerdo de Éremos siguiera escondido tras el telón.

Todo lo que se refería a él le causaba un dolor insoportable en las entrañas. ¿Qué era más agónico, pensar en lo que era aquel semihombre o recordar cómo había reaccionado cuando ella se le declaró? La mirada con que había recibido sus palabras –"*Creo que me estoy enamorando de ti, Jonás Crimson*"- era la de una criatura lejana, un ser con una mente tan distinta de la suya como la del ente que había emitido aquel mensaje indescifrable. A lo largo de su vida, Clara había tenido amores, amoríos y enamoriscamientos, pero nunca le había angustiado tanto saber que alguien ocupaba el centro de sus pensamientos y que, sin embargo, ella no significaba para esa persona más que una pequeña variable en las ecuaciones que manejaba su mente. ¿Sería consciente Éremos de que el sencillo hecho de compartir un postre, de comer de la misma cucharilla en la que él había posado sus labios, la había colmado de tantas ilusiones y tal felicidad que se sentía avergonzada cuando pensaba en ello? Y sin embargo rememorar esos pequeños momentos, esas señales apenas visibles, era lo único que le ayudaba a soportar el dolor.

-Creo que te aborrezco, Éremos -masculló, pero sin darse cuenta se quedó repitiendo aquel nombre que para ella era una isla virgen, el verdadero nombre, el que ojalá volviera a susurrar alguna vez en los oídos de él: Éremos, Éremos.

El reloj decía que era de noche y que ya llevaban más de treinta horas encerrados en el laberinto de túneles. Habían sufrido el ataque de dos bodakes más, pero Éremos, siempre atento, los había abatido a distancia. El mapa de su cabeza había llegado a ser una enmarañada esfera de túneles marcados en rojo o azul, según los hubieran recorrido o no. Siempre buscaba senderos que subieran, aunque en algunas ocasiones no tenían más remedio que bajar o desandar lo andado. Kaimén estaba desorientado desde hacía kilómetros y Miralles avanzaba como un autómata, al que sólo mantenían en pie periódicas dosis de viglaína. El único que seguía alegre y optimista era Polifemo, que ante el mal humor de su amo había optado por subir al hombro de Éremos, desde donde dirigía la exploración con sus excitados canturreos y los incesantes molinetes de su cola bífida.

Por fin, Éremos olisqueó aire fresco, impregnado con fragancias de la jungla exterior. Ordenó una nueva parada, que Miralles aprovechó para desplomarse contra una pared. El resonador informaba de que había una salida tras el siguiente recodo, a menos de cien metros.

-Muy bien -dijo Kaimén-, vamos a salir de una vez de este queso de Gruyére. Tengo ya claustrofobia.

-Espérese un momento. Igual que hemos encontrado esta salida pueden haberlo hecho ellos. Después de sobrevivir a tres bodakes, no pienso salir ahí fuera silbando alegremente para que me vuelen la cabeza. Si el resonador nos pudiera dar imágenes del exterior...

-Sólo sirve para reconocer espacios cerrados. Pero no sé por qué es usted tan pesimista. Estoy seguro de que nos siguen esperando en la misma boca por la que entramos.

-También estaba seguro de que no nos seguía nadie, y teníamos tres deslizadores a cola, y eso por no mencionar lo que pasó con el repelente. No, Kaimén, yo prefiero dar por hecha siempre la hipótesis más pesimista. Por eso sigo vivo. -De pronto se le ocurrió una idea-. Oiga, ¿no me dijo que ese mono suyo tenía una nanocámara instalada en la cabeza?

-Sí, claro, pero... Eh, ¿no pretenderá mandar a Polifemo para que le peguen un tiro a él en vez de a usted?

-¿Quién va a disparar contra un animal tan pequeño? Además, si no hay nadie por las inmediaciones no correrá peligro.

Kaimén accedió a regañadientes, enojado porque la idea no hubiese sido suya. Mientras Miralles roncaba, ajeno a todo, el vestigator dio unas instrucciones a Polifemo, que le miraba con un gesto de aparente comprensión en sus enormes ojos negros. Partió el mono trotando sobre manos y pies, con la promesa de una ración extra de dulces. Kaimén buscó un lugar de la pared donde la superficie fuese más lisa y ajustó allí la proyección de su brazalete. Al principio no se veía nada, pero el vestigator programó el receptor para que amplificara hasta máxima resolución, y aunque era de noche apareció una imagen movida de árboles y espesos matorrales.

-Mire qué listo es -comentó Kaimén, orgulloso-. Ya ha encontrado un árbol como el que le dije.

Mientras el mono trepaba por el tronco, la imagen fue confusa. Pero una vez que llegó a una rama lo bastante alta, Polifemo miró en derredor para ofrecer a su amo una vista panorámica. Era difícil distinguir bien las formas en aquella proyección que prácticamente era recreada por el procesador de imagen a partir de la oscura señal que recibía; pero Éremos pudo avistar un claro en la espesura y en él una silueta de grandes dimensiones. Señaló con el dedo para mostrársela a Kaimén, pero el mono ya había dirigido la mirada hacia otra parte.

-¿Qué era eso?

-Un deslizador.

-¿Cómo puede estar tan seguro?

-Lo estoy. Mire, ahí puede verlo otra vez. Observe, esto es el morro, un ala... Ese mono se podía estar quieto un rato.

-Deje a Polifemo en paz. Bastante bien se está portando.

No muy lejos del deslizador se veía una luz vacilante, tal vez una bengala térmica, y atisbaron movimientos a su alrededor. Cuántas personas había, les era imposible precisarlo. Al cabo de unos minutos, Polifemo volvió con la mano extendida para recibir la recompensa prometida. Mientras daba cuenta de un dulce entre canturreos de placer, Kaimén y Éremos deliberaron sobre lo que harían a continuación.

-Ellos no saben que estamos tan cerca -dijo el vestigator-. Quizá sería mejor que descansáramos un poco antes de arriesgarnos a salir. Mire al viejo: no creo que lo despierte ahora ni con un pinchazo en el escroto.

-No se preocupe por eso. Si en ese pinchazo va un poco de viglaína, no habrá problema. Tenemos que salir y hacernos con ese deslizador. En cualquier momento puede aparecer un bodak por el túnel. ¿Prefiere verse atrapado entre dos frentes?

-¿Y cuál es su idea? ¿Salir gritando y pegando tiros en la oscuridad, como en Los carniceros de la galaxia?

Por respuesta, Éremos extrajo de la mochila la bomba de armiglán que confiscara en la nave del Turco, un disco ligero de algo menos de un palmo de diámetro, con un minúsculo detonador remoto.

-Cuando salgamos, ya nos habremos quitado de en medio a los hombres que están sentados alrededor de la luz. El armiglán es un explosivo muy potente.

-Pero no creo que actúe a distancia. Alguien tendrá que llevar la bomba hasta allí.

La mirada que Éremos dirigió al mono fue lo bastante expresiva. Kaimén estalló.

-¿Polifemo? ¡Y una mierda! ¡Podrían pegarle un tiro! Prefiero morir yo a que le pase algo a mi mono.

-No dudo de que sea usted tan altruista, pero el caso es que no me vale. Polifemo se puede acercar sin que se enteren, y usted no.

El vestigator no estaba muy convencido, y aún lo estuvo menos cuando vio cómo con unas correas Éremos improvisaba un arnés para Polifemo y, aprovechando que el mono le había tomado confianza, le colgaba la bomba de armiglán a modo de mochila. Kaimén, que observaba acuclillado, se puso en pie e hizo ademán de coger el fusil que estaba apoyado contra la pared del túnel. Pero Éremos era demasiado r pido para él. El vestigator se encontró con una pinza de acero que apresaba su muñeca derecha y le retorcía el brazo a la espalda, mientras el suelo se había materializado contra su rostro. Algo muy agudo estaba pinchando su nuca. Polifemo canturreaba, creyendo que todo aquello era un juego entre ambos humanos.

-Escúcheme: no tendré el menor problema en matarlo si intenta entorpecer mi plan. Ahora me voy a apartar y usted se va a poner de pie muy, muy despacio, y le va a decir a Polifemo que, si quiere otro dulce, tiene que subir a un árbol y dejarse caer sobre los hombres que están alrededor de esa luz.

-¿Por qué no se conforma con que Polifemo les tire la bomba?

-Es muy grande para que trepe con ella en los brazos. Además, no quiero que haya fallos. Por cierto, yo voy a estar apuntándole con el mismo rifle con el que partí en dos al bodak. Si sospecho que intenta modificar mis planes, si avisa al mono de alguna manera... no sentiré placer en ello, pero lo mataré. ¿Lo ha entendido?

-Maldito hijo de puta, no se va a salir con la suya.

-Lamento tener que hacer esto, pero debe usted ser razonable. No es más que un animal. Puede comprarse cien como ése, si quiere.

-¡Canalla, usted sería capaz de vender a su madre!

-Supongo que, si la hubiera tenido, sí.

Cuando sintió que Éremos dejaba de presionarlo contra el suelo, Kaimén se revolvió. El asesino de la Honyc, que parecía moverse con la velocidad del pensamiento, ya estaba a diez pasos de distancia y le encañonaba con el fusil y un gesto tan frío que el vestigator comprendió que no le temblaría el dedo para apretar el gatillo.

A cuatro patas y cargado con el disco que le hacía parecer una tortuga, el monito se acercó a Kaimén y le acarició la rodilla, mientras emitía un gorjeo interrogador. El vestigator miró con odio a Éremos.

-Es usted el hijo de puta más grande que he conocido en mi vida. Un cabrón con cara de cabrón.

-Es probable que tenga razón. Dígale al mono lo que tiene que hacer: el tiempo apremia.

Kaimén tragó saliva y, mientras acariciaba a Polifemo en la cabeza, le explicó qué debía hacer para ganarse otro dulce. Antes de que el mono se fuera, Kaimén lo agarró por una pata para retenerlo y se volvió hacia Éremos.

-No soy capaz de hacer esto.

-Personalmente, preferiría sacrificar tan sólo la vida del mono. Pero si no me deja usted otro remedio...

El vestigator soltó la pata de Polifemo, que partió alegre hacia su misión. Éremos ordenó a Kaimén que se quitara el brazalete y se lo arrojara. Después, el geneto encendió el proyector en el mismo lugar que antes y observó las confusas imágenes del avance del mono entre la fronda. Había más luz; ya el amanecer asomaba sus rosados dedos.

-Inyéctele una dosis de viglaína al viejo. Rápido.

-¿Qué más le da? -preguntó sarcástico el vestigator- Déjelo aquí tirado, y si viene un bodak que se lo coma.

-Eso haría si el viejo no me sirviera para nada, pero se da la circunstancia de que puede serme útil. En cambio, la vida de usted no tiene demasiado valor para mí. ¡Pinche al viejo de una vez!

La mirada de Éremos saltaba de la proyección que mostraba el exterior a los movimientos de Kaimén. Al vestigator ni se le pasó por la cabeza intentar nada contra él; ya había comprobado que la rapidez del asesino era casi sobrenatural. Sacó una autoampolla de viglaína y se la inyectó a Miralles en el cuello. El viejo resucitó como Lázaro y al momento empezó a protestar y a soltar sus consabidos improperios. Kaimén le tapó la boca y señaló a Éremos, que los apuntaba ceñudo con el fusil.

-En cuanto oiga la explosión, usted cogerá el otro rifle, saldrá corriendo por el túnel y se dirigirá al deslizador -le explicó el geneto-. Por lo que veo, está a la izquierda de la salida, a unos cincuenta metros como mucho. Si alguien se interpone en su camino, mátelo. Miralles, usted siga a Kaimén y procure no tropezar con nada.

-Estoy hasta las pelotas de que me arrastren de un sitio para otro -protestó el viejo.

-¿Y qué hará usted mientras? -preguntó el vestigator a Éremos.

-Ir detrás. No tengo la menor intención de ofrecerle mi espalda como blanco. Su mono ya está cerca. Si le sirve de algo, puedo asegurarle que no siento el menor placer en hacer esto.

En la proyección aparecía la rugosa corteza de un árbol deslizándose ante los ojos de Polifemo, conforme éste subía, y Kaimén se sorprendió viendo la imagen empañada por sus propias lágrimas. Juró entre dientes que el geneto lo pagaría, que mataría a Éremos en cuanto tuviese la mínima oportunidad.

Polifemo debió considerar que había llegado a suficiente altura y se desvió por una rama casi horizontal. A la luz creciente del amanecer, vieron lo mismo que el monito: un pequeño claro en cuyo centro ardía una bengala térmica. Había alrededor de ella siete hombres vestidos con el blanco de los tecnos, algunos de los cuales estaban desperezándose mientras uno preparaba café ¿ otro montaba guardia con un subfusil terciado.

Ese fue el momento que eligió la alarma antibodakes para avisarles con su zumbido de que por el túnel venía compañía. Kaimén comprobó la lectura: tres especímenes, a unos setecientos metros.

-Parece que el trabajo se nos va a acumular -sentenció Éremos-. Vamos, monito, salta ya...

Kaimén se enjugó las lágrimas, apretó los dientes y decidió que, aunque pudiera matar al asesino de la Honyc, no lo haría hasta que se libraran de la amenaza de los bodakes. Con la aquiescencia de Éremos, tomó el otro fusil y se acercó a la boca de la cueva.

El vestigator ya no quiso mirar la imagen del proyector, pero Polifemo debía de haber saltado, porque Éremos activó el detonador y al instante sonó el retumbar de una potente explosión en la jungla exterior. Kaimén, consciente de que los bodakes no podían estar ya a más de quinientos metros, salió de la cueva a la carrera y dispuesto a disparar contra todo aquello que se moviese en su campo visual. Ya tendría tiempo de lamentarse por la muerte de su minúsculo amigo.

La boca del túnel salía a una zona boscosa, aunque no tan espesa como aquella en la que habían aterrizado de tan mala manera el día anterior. Un círculo de llamas y humo negro se levantaba en el lugar donde unos segundos antes los tecnos preparaban su desayuno.

No muy lejos, un deslizador blanco de un modelo desconocido para Kaimén estaba posado en un claro renegrido que sus propios cohetes debían haber abierto.

"*Dios, que podamos entrar antes de que nos alcancen los bodakes*". Aún no oía a sus espaldas más que el resollar de Miralles, apenas audible contra el crepitar de las llamas del armiglán. Pero probablemente no tendría tiempo de escuchar a los bodakes antes de sentir sus garras en la espalda. Y ni siquiera Éremos podría con tres bestias a la vez.

Cuando ya estaba a unos quince metros del deslizador, la portezuela de éste se abrió y por ella apareció una mujer vestida de blanco y armada con un fusil. Kaimén disparó, pero a la carrera no pudo precisar el disparo, mientras que ella sí pudo hacer puntería. El vestigator sintió un golpe seco debajo de la rodilla y de pronto estuvo en el suelo, con la pierna muerta, y le fue imposible seguir corriendo. Sonó otro disparo, esta vez por detrás de él. Kaimén levantó la cabeza y vio a la mujer rodando por la escalerilla con la cabeza reventada como un melón.

Miralles pasó sobre él más rápido de lo que su panza parecía permitir, y después la figura felina de Éremos se agachó a su lado sin dejar de correr y le arrebató el fusil. ¡El maldito hijo de puta lo dejaba allí tirado a merced de los bodakes y sin siquiera un arma! Mientras cerraba la portezuela, el geneto le hizo un gesto con la mano.

-¡No es nada personal, Kaimén!

"*Cabrón con cara de cabrón*", masculló el vestigator, y empezó a arrastrarse con codos y rodillas hacia el vehículo, ya que su pierna izquierda se había convertido en un bloque de madera y ni siquiera podía articularla para levantarse. En su costado derecho sentía el calor de las llamas, que se acercaban amenazadoras, pero sabía que no tendría tiempo de quemarse en ellas. Su corazón se detuvo un instante, avisándole una décima de segundo antes de lo que sabía iba a venir.

Nunca había oído chirriar a tres bodakes a la vez: nada en el mundo podría haber producido una cacofonía tan aterradora. Se dio la vuelta en el suelo, curioso hasta en su final, como buen vestigator. Las tres criaturas habían salido ya de la boca del túnel y se acercaban a él sorteando los arbustos con zigzagueantes brincos y enarbolando sus espolones en una especie de danza ritual. No parecían tener ninguna prisa; los bodakes eran lo bastante inteligentes para saber que aquella presa no podía escapárseles.

Se detuvieron a pocos pasos de él, hasta el punto de que podía oír el siseo de sus respiraciones. Las tres bestias se miraron un instante con sus ojos de marisco, y dos de ellas se apartaron un poco mientras la del centro, un enorme macho, avanzaba un par de pasos y abría su boca monstruosa. De alguna manera, sin necesidad de pelear ni intercambiar desafíos, habían decidido quién de ellos remataría a la presa.

Kaimén era un hombre orgulloso y, aunque tendía a ser una persona sucia y desaliñada, tenía su propio sentido de la dignidad. Se concentró en apretar sus esfínteres y en mantener los ojos abiertos. Probablemente nadie encontraría los restos de su cadáver, pero no estaba dispuesto a correr el riesgo de que alguien dijese que se había cagado de miedo antes de morir.

El bodak ya estaba encima de él, exhalando su pestilente aliento de carnicero. Parecía dudar de si lo mataría de un bocado o golpeándolo con los espolones; la duda duró poco, pues el brazo derecho se levantó, dispuesto para el golpe final. Esta vez Kaimén cerró los ojos.

Hubo un siseo más fuerte que el de la respiración de la bestia, y el espolón no llegó a caer. Kaimén volvió a abrir los ojos y vio que sobre su cabeza se extendía una nube de vapor blanco dirigida a la misma cabeza del bodak. La criatura retrocedió con un par de monstruosos brincos que la llevaron a casi diez metros de distancia, y sus acompañantes hicieron lo mismo chirriando enfurecidos. El vestigator se volvió, confuso y casi decepcionado por aquel anticlímax. Allí estaba el geneto, provisto de un rociador de repelente casi tan grande como un lanzallamas.

-Pero... ¿por qué ha hecho esto?

-No me lo pregunte, porque ni yo mismo lo sé.

Éremos dejó caer el rociador y, sin esfuerzo aparente, se cargó al hombro los ochenta kilos del vestigator, mientras a una distancia que aún no era lo bastante tranquilizadora los bodakes braceaban frustrados.

Las llamas provocadas por la explosión casi estaban llegando al deslizador cuando Éremos lo hizo despegar. Elevó el morro del vehículo y lo dirigió hacia el techo de nubes, deseando alejarse cuanto antes de aquellos parajes, donde aún debían quedar más naves de los tecnos. Miró hacia atrás un instante. Kaimén y Miralles estaban en sus asientos, pero el estado de ambos dejaba bastante que desear. El viejo, en particular, resollaba y tenía el rostro sudoroso y enrojecido. Éremos casi sintió compasión por él, pensando en cómo le había obligado a caminar durante tantas horas y en ocasiones a correr.

-Déle un trago al viejo, Kaimén. Si no, se nos va a morir en el sitio.

-¿Que le dé un trago, yo? ¿Y a mí quién me cuida? Han estado a punto de volarme la pierna y me estoy desangrando y...

-No sea quejica. Pensé que los vestigatores eran gente más dura. Mírese la pantorrilla: desde aquí puedo ver que no está sangrando.

Kaimén hizo a regañadientes lo que Éremos sugería y comprobó que no tenía ninguna hemorragia; al levantar la pernera del pantalón vio que ni siquiera había huellas en la carne.

-Ha sido una descarga neurónica, como la de un bastón -le explicó Éremos-. Se ve que a estos tecnos les gustan las armas limpias.

-Pues no fue así cuando me dispararon al estómago. Y además, ¿cómo sabe que éstos eran tecnos?

-Oiga, el señor Éremos le ha dicho que me dé un trago, así que haga el favor de levantarse y... -terció Miralles, con voz menos jadeante ahora que se le prometía néctar de los dioses.

-¡Lev ntese usted, borracho! Yo sigo cojo.

Éremos se olvidó de sus pasajeros para atender al panorama frente a él. Cuando se sumergieron en la capa de nubes, ya a ochocientos metros de altitud, conectó proyección inferior. Como se imaginaba, bajo ellos había cuatro vehículos iguales que el suyo, que en ese preciso instante estaban despegando de la selva.

-Mejor será que no se levante, Miralles. Puede que tengamos que dar alguna curva cerrada.

Mientras examinaba el tablero de mandos, explicó, a medias para Kaimén y a medias para sí mismo:

-Este deslizador no se parece demasiado a otros modelos que he visto en Radamantis. El diseño de los mandos es distinto, y hay bastantes mejoras. Incluso la potencia de la unidad impulsora... Vaya, si nuestro juguete puede maniobrar fuera de la atmósfera. Eso quiere decir que vamos a ir muy arriba.

-Será usted -protestó Kaimén-. Haga una parada en mi casa y luego vaya adonde quiera.

-Aunque tuviera intención de hacerlo, no creo que me dejaran los amigos que vienen detrás de nosotros. No, amigos míos, vamos a meternos directos en la boca del lobo.

-¿Otra vez? -gimió Miralles.

Sin hacer caso de las quejas del pasaje, Éremos pasó revista al cerebro de la nave. El sistema informático era mucho más complejo que cualquier otro que hubiese visto en Radamantis, e incluso daba la impresión de superar los niveles permitidos desde el Gran Frenazo. Al parecer, a los tecnos no les preocupaban demasiado las convenciones destinadas a controlar el progreso de la tecnología. ¿Tendrían genetos también en su ciudad secreta?

Traspasaron el techo de nubes y se encontraron volando a poca distancia de la pared oeste del Tártaro. Tifeo aún no había asomado sobre la pared oriental, pero ya había desaparecido del cielo la cola del cometa Wilamowitz, última traza de la noche. Mientras seguían elevándose, aún sin saber hacia dónde dirigir su vuelo, los otros cuatro deslizadores atravesaron la capa nubosa y se abrieron en una formación en media luna que no presagiaba intenciones amistosas. El comunicador de la nave soltó un par de toses y después una voz femenina y autoritaria restalló:

-VUELVAN A POSAR EL AZOR DONDE LO COGIERON Y DESPUES SALGAN DE EL CON LAS MANOS EN LA NUCA. REPITO, VUELVAN A POSAR EL AZOR DONDE LO...

Éremos bajó el volumen del comunicador al mínimo y se volvió hacia sus compañeros de vuelo; sus miradas eran al menos tan hostiles como la voz de la tecno, pero no habían osado moverse de sus asientos. No las tenía todas consigo con Kaimén. Había salvado la vida del vestigator (no quería tan siquiera pensar en el motivo de una acción tan poco económica), pero no estaba seguro de que eso compensara la ira que sentía contra él por haber matado a su mascota y por haber causado indirectamente la pérdida del Mugriento.

-Siéntese aquí a mi lado, donde pueda verlo -le ordenó-. Tal vez tenga que hacer de artillero.

Para su sorpresa, el vestigator obedeció sin rechistar. Se levantó con precaución, comprobando que empezaba a recobrar la sensibilidad de la pierna, se acomodó en el puesto de copiloto y empezó a examinar con deleite el arsenal que le ofrecía aquel vehículo. Mientras, Éremos buscó la forma de introducirse en el sistema base del cerebro del Azor.

Estaba bien protegido, como se temía, y aquello le confirmó en la teoría de que el vehículo que habían tomado prestado era propiedad de los tecnos.

-Le paso el control de la nave, Kaimén. Ojo a los pájaros que tenemos detrás. Yo voy a trastear un poco con el ordenador.

-Encantado. Voy a mandarles a esos hijos de puta un par de pepinos por el Mugriento...

-Ni se le ocurra. Ellos todavía no han hecho fuego, y no creo que vayan a hacerlo por el momento. Pero si somos nosotros quienes rompemos las hostilidades, tenga en cuenta que son cuatro contra uno.

Los tecnos se habían saltado todas las normas habidas y por haber en la programación de sus ordenadores, pero el Código Cero de Éremos, que había conseguido décadas atrás, aún seguía siendo útil. Pensó en ponerse las or-gafas, pero no estaba seguro de lo que podría hacer Kaimén si lo veía desconectado de la realidad, de modo que se conformó con volcar pantallas virtuales a toda velocidad ante sus ojos y buscar lo que quería. Opar, leyó. Bien, había dado con la clave.

-HEMOS TOMADO EL CONTROL DE LA NAVE, AZOR -le comunicó la misma voz de antes-. LE PERMITIREMOS VUELO MANUAL SIEMPRE Y CUANDO DIRIJA LA NAVE A LA LOCALIZACIÓN QUE LE INDIQUEMOS.

-¿Por qué le ha vuelto a dar voz al comunicador?

-No he sido yo -protestó Kaimén-. Es que ellos han tomado el control.

Éremos comprobó que así era, pero le bastó marcar una orden en el ordenador del Azor para desbloquear los arsenales y el sistema de navegación. Después, al tiempo que recobraba el timón y emprendía un nuevo rumbo, conectó el emisor y respondió:

-Estoy dispuesto a obedecer sus órdenes, siempre que esa localización sea la ciudad de Opar.

-¿DE QUE DEMONIOS ESTÁ HABLANDO? SI NO HACE CASO DE NUESTRAS INSTRUCCIONES Y VUELVE A DESCENDER EN EL MISMO PUNTO DEL QUE DESPEGÓ, ABRIREMOS FUEGO CONTRA EL AZOR.

Éremos hizo caso omiso de la amenaza y utilizó el cerebro de la nave, convertido ya en un cachorrito a sus órdenes, para introducirse en el sistema principal de comunicaciones. Como esperaba, había voces muy nerviosas al otro lado, en lo que esperaba fuese la ciudad secreta de los tecnos. Opar. Un nombre muy apropiado para aquel enclave oculto que prometía secretas maravillas.

... tienen que disparar ya si...

... todavia no, hay que esperar por si él ha comunicado a...

..¡No dejéis que ese monstruo se acerque más!

-Atención, aquí Azor emitiendo a la ciudad de Opar -dijo Éremos, regodeándose más de lo que él mismo esperaba en el dramatismo de su intervención-. Nos dirigimos hacia ustedes. Posaré el Azor en... -pasó revista a una de las listas que ofrecía la pantalla virtual y después se encogió de hombros-, en alguno de sus hangares. Llegada estimada en ocho minutos. Paso a Mach 4...

El deslizador aceleró con un agradable tirón que le hizo sentirse lleno de poder.

... Si se le ocurre acercarse aquí un solo metro más haremos volar su nave.

-Gracias por reconocerme el derecho de propiedad. Pónganse en contacto con alguien que tenga autoridad y díganle que en esta nave viaja algo que tiene la clave de su problema.

Una nueva voz de mujer intervino en aquel maremágnum de emisiones.

-Expliqueme qué quiere decir con lo de “nuestro” problema y hágalo en menos de treinta segundos, que es lo que le queda de vida, señor Éremos.

-Me ahorra usted las presentaciones, señora. Supongo que la codificación de este canal ser de fiar...

-Ha perdido ya diez segundos...

-No tenga prisa, señora. Al fin y al cabo, ya han perdido bastante tiempo intentando entender a su Objeto 1, por no hablar de las ganas que tendrían de hincarle el diente al Objeto

2, la nave Tritónide. Me temo que tienen ustedes un serio problema de incomunicación con su... amigo.

-No me diga que puede usted resolvérnoslo. ¿Es experto en dinámicas de grupo?

El cerebro del deslizador le advirtió de que estaban abandonando la atmósfera. De las paredes del Tártaro había desaparecido todo signo de vida, y ahora la única variedad en el color grisáceo de la roca la ponía el blanco de los hielos perpetuos. El cielo empezaba a ennegrecer de nuevo y la cola del cometa apareció saludándolos como una estrella de Navidad que, por azar, señalaba la dirección correcta.

-No soy experto en psicología, señora, pero puedo decirle que en todo proceso de comunicación hay un mensaje, un emisor y un receptor. Ustedes, los receptores, se han centrado mucho en el problema del mensaje, me temo... sin darse cuenta de que no tenían al emisor completo.

-¿Qué demonios quiere usted decir? Todo eso me suena a charlatanería de feria.

Había más interés en el tono de la mujer de lo que querían revelar sus palabras. Éremos se permitió un atisbo de sonrisa.

-No sé si le sonará el nombre de Augusto Miralles, aunque podría ser: es el ingeniero que encontró por primera vez el Objeto 1 y llamó la atención de ustedes sobre él.

Hubo unos susurros al otro lado de la línea; al parecer, alguien estaba refrescando la memoria de la mujer.

-Sí, ya sé a quién se refiere. Siga explicándose, señor Éremos.

-Me alegro de haber despertado su interés. -"*Cuatro minutos para la llegada*", leyó. Recordó que habían perdido un día en los túneles y que era treinta de noviembre. Hoy podría poner el pie en la misteriosa ciudad de los tecnos y seguir con vida. Mañana, uno de diciembre... sería otro día.

-Pues procure no dormirlo de nuevo y aclárese de una vez.

-Cuando Miralles salió de esa cavidad parecía haber perdido la razón, pero en realidad no había perdido nada: lo había ganado. Nuestro amigo se llevó un trozo del Objeto 1 incrustado en su cabeza.

-¿De qué majaderia quiere convencerme?

-Miralles se ha convertido en una especie de profeta, y hasta ahora sus predicciones se han cumplido. Con un poco de paciencia, podrán comprobarlo. Y si no cree usted en las premoniciones enviadas por los dioses, tendrá que aceptar que estamos tratando con alguna extraña entidad que se mueve por el espacio-tiempo de una forma muy distinta a la nuestra. Ustedes necesitan esa parte que ha quedado dentro de la cabeza de Miralles para ponerse en contacto con la entidad y ser capaces de manejar la nave Tritónide. El es la clave.

-Pose el Azor en el hangar cuatro y ahí nos veremos con usted.

-Mejor ser que no intente trucos. Sé que mañana mismo expira el plazo que les dieron los Tritones. Si trabajamos todos juntos, tal vez conseguiremos algo.

No hubo contestación. Siguiendo las instrucciones que le dictaba el cerebro del deslizador, Éremos viró la nave hacia una grieta que se abría en las paredes, ya desnudas de todo rastro de vida. Se trataba de un desfiladero perpendicular al Tártaro, de unos cien metros de anchura, por el que era necesario pilotar con suma precaución para no chocar con los lados. Tres kilómetros después, las paredes se abrieron de repente y se ofreció ante sus ojos un espectáculo inesperado: una enorme depresión, en forma de cráter, que taladraba la roca hacia las profundidades, miles de metros más abajo. El aire se acumulaba en su nivel inferior, de tal suerte que desde las alturas se veía como una gigantesca cubeta de agua en la que flotaban algunas nubes como jirones de espuma. De una de las laderas salía una gran terraza y en ella se divisaban algunas formas que, desde la lejanía, parecían artificiales. Éremos enfiló el vehículo hacia ellas. El Azor se sumergió de nuevo en la atmósfera, mientras Kaimén y el propio Miralles hacían comentarios admirativos sobre el paisaje que se abría ante ellos.

Ya más cerca, la ciudad de Opar se abría como un vasto complejo de estructuras metálicas y cristalinas que crecían en círculo, unidas como ramificaciones de coral que se fueran haciendo más altas y tupidas hacia el centro. Aquí y all había hermosas cúpulas espejadas, bóvedas que se fundían unas con otras como moldeadas en azogue, arbotantes de

cristal que unían en graciosos saltos unos edificios con otros. La curva reinaba sobre la recta y el reflejo sobre el color, hasta llegar a un cilindro transparente en cuyo interior, como una frágil flor de invernadero, se albergaba una alta torre de complicados diseños. El cerebro de la nave le indicó que el hangar cuatro estaba en la terraza superior del edificio, conocido como la torre Dinath. Éremos redujo la velocidad al mínimo y sobrevoló las primeras construcciones, admirando el gusto arquitectónico de los tecnos. Se preguntaba cómo atravesarían el cilindro que rodeaba la torre, pero cuando estaban a unos doscientos metros, en aquella especie de muralla transparente apareció una mancha roja que se extendió en una r pida onda de bordes incandescentes para abrirles paso. La misteriosa barrera se cerró no bien hubieron pasado, pero no tuvieron tiempo de apreciar cómo lo hacía, pues ya estaban accediendo al hangar.

Unas líneas holográficas de colores que corrían a los costados del deslizador le indicaron dónde estacionarlo. Por las ventanas frontales, mientras ultimaba las maniobras, Éremos pudo ver que los aguardaba una nutrida comitiva, en la que no faltaban hombres armados. Se volvió hacia Kaimén.

-Ignoro si me guardar rencor por la muerte de su mascota o gratitud por haberle salvado la vida.

-No intente ponerme a prueba, amigo.

-No era mi intención hacerlo. Pero creo que aquí confluyen nuestros intereses. Este lugar es muy bello, y tendemos a pensar que la belleza es inofensiva, pero corremos peligro y estamos en inferioridad de condiciones. Supongo que no habrá olvidado aquel tiro en el estómago...

-Tengo muy buena memoria. Tarde o temprano se lo demostraré.

-Si no quiere que se repita, siga mis instrucciones

Unos minutos después, Éremos bajó por la escalerilla acompañado por Miralles. El viejo había dejado de rezongar y miraba con ojos maravillados. El suelo del hangar era de una superficie transparente sustentada sobre un complejo diseño de vigas de color ámbar. Por entre los huecos que dejaban éstas, se podía ver, al menos a cincuenta metros bajo sus pies, el piso de abajo, hormigueante de movimiento humano y mecánico. Miralles, como un niño que jugara a no pisar las rayas del pavimento, procuraba apoyarse siempre encima de donde veía una viga, como si temiese que aquel suelo cristalino pudiese fundirse de un momento a otro.

Éremos estaba más atento al comité de recepción que a la arquitectura del lugar. Entre los diez hombres armados con todo género de rifles y subfusiles, que estaban abriendo un círculo para rodearle, y las ocho personas ataviadas con batas blancas, había tres rostros conocidos: uno que suponía una amenaza, otro que le provocó una ligera e irritante taquicardia y un tercero que jamás habría pensado volver a encontrar. La amenaza provenía de Amara II, la asesina clónica, que le observaba con los brazos apoyados en jarras sobre sus caderas graciosas como las curvas de un violín. Vestía una malla gris que se deslizaba por sus formas tan sinuosa como una mirada de lujuria, y no llevaba armas; no las necesitaba. A unos dos metros, demasiado cerca de la geneta para la tranquilidad de Éremos, Clara Villar le observaba con una mirada indescifrable de sus ojos negros. Con la bata y, los mocasines blancos, parecía una más entre los tecnos. Pero Éremos no gastó más de medio segundo en pensar si así era, puesto que ya reclamaba su atención el tercer rostro, conocido e inesperado, una cara avejentada que le sonreía socarrona a través del espeso humo de un cigarro. Aquel anciano que se mantenía erguido gracias a un elegante bastón de madera no era otro que su creador, el sabio que lo había diseñado.

-Doctor Puig... -musitó, mientras aferraba el codo de Miralles como si fuese su tabla de salvación-. Usted... se supone que está muerto.

-Tan sólo muy desmejorado, Éremos. Pero habrá que verte a ti si llegas a mi edad.

Esta vez la mirada de sorpresa partió de Clara, que los miró alternativamente con una expresión del tipo *“¿pero se conocían?”*. Sólo ese gesto bastó para que Éremos se cerciorara de que la maestra no pertenecía a aquel lugar.

-Obviamente no está muerto -añadió Éremos-. Últimamente asisto a muchas resurrecciones, aunque supongo que usted no ser un clon de sí mismo... De modo que preparó

el incendio de su propio laboratorio, doctor Puig. Pero su ficha genética coincidía con los restos que encontraron. ¿Cómo pudo modificar el ADN de...?

-Siempre la hipótesis más sencilla, Éremos.

-Ya: lo que cambió fueron sus registros, sustituyéndolos por los del cadáver. Pero ¿por qué lo hizo?

-Es una historia muy larga. Tal vez te la cuente algún día, si tenemos tiempo. Ahora, permíteme que haga de anfitrión.

El genetista le presentó primero a Anne Harris, directora general y alcaldesa de Opar: una mujer robusta, de formas casi cuadradas, con el pelo blanco recogido en un moño y ojos azules que no podían disimular su frialdad. A su lado estaba Karl Burkett, del departamento de ordenadores; unos treinta años, enjuto y de gesto adusto y reconcentrado en su propia importancia.

Roxanne Devereaux era una joven negra, del departamento de física; algo entrada en carnes, pero muy atractiva, y fue la única que le sonrió. Un poco apartado de los demás, junto a Amara, había un individuo alto y moreno, con una tripa incipiente, que vestía un traje azul en vez de las vestiduras blancas que parecían el uniforme de los tecnos. El doctor Puig pareció vacilar unos instantes antes de presentarlo como Raúl Puelles, sin añadir más que un vago "representante exterior". Éremos cruzó su mirada un instante con aquel hombre y no necesitó el lector de códigos para darse cuenta de que era el factótum de la Tyrsenus en Radamantis: al igual que Anne Harris, estaba rodeado por ese halo de confianza que rodea a las personas acostumbradas a mandar y ser obedecidas.

-Por último, creo que ya conoces a la doctora Villar.

Sus ojos se encontraron unos segundos, y ambos inclinaron las cabezas en señal de reconocimiento. Éremos experimentó una mezcla de alivio por comprobar que Clara estaba bien y de irritación por sentir tanto interés en descifrar la mirada de la mujer.

Nadie le presentó a los hombres armados, ni a Amara, que con las manos desnudas y su postura indolente se le antojaba más peligrosa que ellos. Siempre meticuloso en los detalles, asintió para sí al resolver el enigma, pensando que debía haberse salvado del bodak huyendo por el evacuador de basuras de la cocina del Lusitania. Casi inconscientemente, pasó revista a sus sistemas interiores. Sus músculos acrecentados por el número de miofibrillas contráctiles, que le daban una fuerza desproporcionada para su peso, sus tendones de inserciones alteradas y reforzadas para aprovechar mejor cada ángulo y palanca, sus sinapsis mejoradas para enviar las señales nerviosas a más velocidad con el apoyo de un sistema artificial redundante: todo aquello que le hacía tan veloz y mortífero como un gran felino estaba en orden, y sin embargo sentía algo similar al temor cuando miraba a aquella bellísima mujer que lo evaluaba como el forense que estudia un cadáver durante la autopsia. En el pasado se le había informado de que Amara era físicamente superior a él, aunque no había permitido que se diese la posibilidad de comprobarlo. ¿Y si aquel clon, creado mientras él dormía el sueño inducido por sus propietarios, era aún mejor?

-Pasadas las formalidades, señor Éremos, ha llegado el momento de hablar de cosas concretas -intervino Anne Harris, recobrando el control de la situación-. Usted nos ha hecho una especie de oferta mientras venía en ese aparato que, por cierto, ha secuestrado después de asesinar a su tripulación.

-Una interpretación discutible, señora alcaldesa...

-Limítese a "señora Harris".

-Como usted guste. Sus hombres estaban esperándome con intenciones que se me antojaban un tanto turbias. No creo que se me pueda culpar de defender mi integridad física.

-No estamos juzgando sus motivaciones. Como máxima autoridad de esta ciudad, es mi deber hacer que se cumpla la ley Chang y eliminar físicamente a abominaciones genéticas como usted. -El doctor Puig hizo una mueca al oír la palabra abominaciones, pero no dijo nada-. Así que invéntese una buena razón para que no ordene que lo fusilen aquí mismo.

Miralles intentó apartarse de Éremos, pero éste reforzó su presa.

-¡Oiga, señora! -protestó el viejo-. Haga el favor de no meterme en el mismo saco que a este psicópata. Yo estoy...

Éremos le apretó el codo hasta paralizarle los nervios y susurró una amenaza letal a oídos del viejo, recordándole que bajo su manga izquierda había un cuchillo que en menos de medio segundo podía estar clavado en su médula. Después recompuso su expresión habitualmente flem tica y explicó al círculo de tecnos:

-La primera razón la tienen a mis espaldas y ante ustedes.

Levantó la mano derecha apenas unos centímetros y pudo escuchar detr s de sí el tranquilizador sonido de las cuatro ametralladoras del Azor armándose para apuntar a los hombres que le amenazaban. Hubo miradas de confusión, y todas convergieron en Anne Harris, que no parecía demasiado impresionada por aquel alarde.

-Sus vehículos son muy interesantes, señora Harris, sobre todo por lo surtido de su arsenal -prosiguió Éremos-. Una sola ráfaga los barrería a todos ustedes, pero me temo que sería aún peor que los misiles térmicos cargados en las alas arruinaran la estética de este hermoso edificio.

-Así que no está usted solo. Muy inteligente por su parte.

La sonrisa de la mujer no había perdido un ápice de aplomo. Éremos supo que su apuesta no iba a salir bien. Al ver el gesto de la alcaldesa se dio la vuelta. Un cilindro transparente similar al que rodeaba la torre había brotado de la nada y rodeaba al deslizador. Kaimén debió ponerse nervioso y empezó a disparar las ametralladoras; los proyectiles rebotaron inútiles en el blindaje casi invisible que lo encerraba y crearon un caos de trazos rojos dentro del cilindro. Una sección circular del suelo se hundió y el deslizador desapareció engullido en el piso de abajo.

Éremos se volvió hacia Anne Harris, que sonreía triunfante.

-Ahora vuelve a estar solo. No se preocupe por su amigo: no nos gusta destrozar nuestros propios vehículos. Ahora, creo que me dijo que había dos razones. ¿Cuál es la segunda? -preguntó, con el brazo alzado en el adem n de quien manda un pelotón de ejecución-. Tengo cosas importantes que hacer.

-No creo que deba usted pasar por alto así la presencia del señor Miralles -prosiguió Éremos, como si el Azor jamás hubiese existido-. Ya le he hablado de él mientras nos dirigíamos hacia esta ciudad. Ustedes tienen un problema...

-Creo que el problema es más bien suyo. Deje los faroles y hable claro de una vez.

-Eso intento, señora. Voy a resumir la historia: ustedes supieron hace unos meses de la existencia de un extraño artefacto al norte de la térmica 7; lo bastante extraño para haber provocado la desaparición de una ingeniera y alteraciones psíquicas inexplicables en otra persona, el aquí presente señor Miralles. -El viejo carraspeó para decir algo, pero se lo pensó mejor cuando Éremos volvió a apretarle el codo-. Lo trajeron aquí, haciéndole de paso una jugarreta bastante fea al señor Kaimén, el vestigator al que habían contratado. Empezaron a experimentar con ese artefacto, al que vamos a llamar Objeto 1, y no obtuvieron demasiados resultados. Pero he aquí que un día se encontraron, como un inesperado regalo, con que el Objeto 1 había atraído hasta ustedes al Objeto 2: nada menos que una nave Tritónide.

Anne Harris le miraba con irritación, pero Roxanne y el doctor Puig asentían, la primera con aire concentrado y el segundo con un gesto de orgullo mientras apoyaba las dos manos en el bastón. La expresión de Clara seguía siendo indescifrable.

-Por desgracia, no lograron obtener nada mucho más provechoso de ninguno de los dos objetos. Sus intentos hasta ahora sólo pueden calificarse de infructuosos, a no ser que consideremos como fruto la desaparición de una ciudad entera. ¿O era precisamente su intención borrar del mapa la ciudad de Cerbero?

-Puede usted ahorrarse las ironías. ¿Tiene algo que ofrecernos?

-Sé que mañana vence el plazo concedido por los Tritones para aniquilar este planeta con, dicho sea de paso, el resto de los mundos humanos. Deberían dar la bienvenida a cualquier ayuda. Ustedes saben perfectamente a quién represento y cuál es mi misión, pero quizá todos podamos obtener beneficios si trabajamos juntos. Por una vez.

-Diga de una vez en qué puede ayudarnos.

-El señor Miralles es parte de la clave. Tiene una relación muy especial con el Objeto 1 que tal vez pueda explotarse para comprender cómo funciona.

-Muy bien. Supongamos que ese hombre nos es útil. ¿Y qué necesidad tenemos de usted, señor Éremos? No nos gusta colaborar con gente de la Honyc.

-Considérenme un trabajador autónomo. Ya sé que ustedes disponen de buenos cerebros en esta ciudad, pero... -Su mente trabajó a toda velocidad. Clara podía ser la respuesta. ¿Por qué estaba allí? Ella era filóloga... - Su principal problema es de comunicación. No puede ser con el Objeto 2, puesto que conocemos la forma de hablar con los Tritones. No, se trata del Objeto 1, y están tan desesperados que han recurrido a alguien ajeno a Opar, a una lingüista. -Por el gesto que hizo Anne Harris con las cejas, Éremos supo que iba por la senda correcta-. Yo puedo tener una clave para ayudarles.

-¿Usted? -preguntó desdeñoso Karl. Su voz era tan seca como su gesto-. ¿Es lingüista, además de asesino?

-A veces los agentes tienen tiempo para sus aficiones, y la mía me servía como tapadera. -Buscó con la mirada a Clara y clavó sus ojos en ella. Satisfecho a su pesar, comprobó que la maestra se ruborizaba, aunque no bajó la vista-. Hace veinte años yo era profesor de lingüística griega en la Universidad Autónoma de Madrid. ¿No recuerda esa única clase que le impartió el profesor Molina, Clara?

Ella frunció el ceño, confusa, se concentró en recordar y después entreabrió los labios con incredulidad.

-Sí, es cierto que mi primer día hubo un... Pero eso es imposible, fue hace veinte años y...

-El hielo conserva muy bien, Clara. Por cierto, tiene algo que me pertenece.

Ella enrojeció aún más.

-¿Qué quiere decir?

-La tarjeta de chip con la bibliografía. Pero no importa, puede quedársela.

(EI nunca llegó a saber que Clara había pensado en un objeto mucho más vulgar, en la cucharilla de metal con la que compartieron el postre en su última cena juntos y que guardaba sin saber muy bien por qué, o acaso sabiéndolo demasiado bien.)

Por fin, como Éremos esperaba ya hacía unos minutos, el doctor Puig, su creador, se dignó intervenir para dirigirse a la alcaldesa.

-Es cierto que Éremos tuvo desde muy niño afición a los lenguajes, y además ya sabes que su inteligencia está reforzada. Podría ayudarnos, Anne.

-Nos sobra inteligencia en Opar, tanto natural como artificial. No creo que nos ofrezca nada nuevo.

-¿Tenemos algo que perder?

Anne Harris cruzó su mirada con la de Puelles, el tyrsenio. Este se encogió de hombros, dejándole la decisión a ella.

-Está bien. Ofrézcanos lo que tenga y podrá seguir con vida... de momento.

-No mientras me apunten con armas y mientras esa mujer esté aquí. -Señaló a Amara, que respondió con una mueca de irritación-. Todos los triunfos están en sus manos, como ya han demostrado: es su ciudad, así que no tienen por qué amenazarme de una manera tan ostentosa. ¿Por qué le corre tanta prisa matarme, señora Harris, cuando puede hacerlo en cualquier momento?

-No me gusta tener abominaciones en mi ciudad.

Amara bufó entre dientes. Tal vez los tecnos no se daban cuenta de que los comentarios dirigidos hacia él servían también para la asesina tyrsenia. "*Seguid provocándola* -se dijo Éremos-, *y todos tendremos problemas.*"

Puelles, el hombre de la Tyrsenus se acercó a Anne y susurró algo a su oído. Después hizo lo mismo con Amara, pero a ella le rodeó la cintura con el brazo mientras lo hacía. Éremos pensó que aquel tipo era ciego o estúpido al no darse cuenta de que Amara apenas podía disimular una mueca de repulsión cuando él la tocaba; estaba jugando con una cobra que conservaba los colmillos.

Los hombres armados abatieron los cañones de sus armas y se retiraron unos pasos, mientras Amara abandonaba el lugar con paso desdeñoso y contoneante. Éremos había

escuchado perfectamente las palabras susurradas por Puelles: Ya tendrás tiempo para cazarle a él, ahora ve y tráeme la cabeza del Turco.

Rye era un hombre astuto y de recursos, y acaso le hiciera a Éremos el favor de retirar de la circulación a Amara II; pero no hubiera apostado demasiados créditos por ello. Sin embargo, lo que más le inquietó fue el último gesto de la asesina antes de irse. Le había mirado a él, después a Clara, después otra vez a él, y por fin había sonreído al tiempo que se daba la vuelta. Recordó lo que le había sucedido a Urania y sintió un estremecimiento que no podía deberse al frío.

-¿Qué es esto?

Mientras Karl le intentaba explicar cómo funcionaba el programa de desciframiento, Éremos señaló hacia las hojas impresas con vistosos dibujos de colores que alfombraban en desorden el suelo de la estancia. El lógico frunció el ceño y empezó a hablar, pero Éremos lo acalló con un gesto de la mano. Le interesaba más la explicación de Clara. Ella enrojeció levemente antes de hablar.

-Una representación gráfica del mensaje. Pensé que trabajaría mejor si tenía algo que ver, pero aún así no he conseguido mucho. El tiempo es...

-¿En qué se ha basado para representar así los signos? *"¿Por qué sigues siendo tan formal conmigo?*", maldijo Clara entre dientes. Al mirar a los ojos del geneto tenía la certeza de que ella era tan importante para él como un grano de arena podía serlo en los planes del diseñador cósmico.

-Han salido de forma más o menos natural al interpretar las señales, dentro de lo arbitrario que es siempre un signo.

Clara se calló al comprobar que Éremos había dejado de escucharla. El geneto se había arrodillado en el suelo y examinaba las hojas una tras otra a una velocidad imposible, engullendo una entera a cada vistazo. Clara se sorprendió, como en aquella primera cena en el Mirador de Tifeo, admirando la precisión con que se movían sus dedos y el gesto concentrado de su perfil. Entrecerró los ojos y trató de imaginárselo con barba, y evocó sus primeros días en la facultad.

Sí, hubo un profesor que despertó el interés de toda la clase, sobre todo de las alumnas, porque parecía la clase de persona que esconde un pasado fascinante; un hombre que con su desaparición dejó un misterio sin resolver, del que los estudiantes hablaron durante cierto tiempo. Clara nunca tuvo la ocasión de devolverle la tarjeta de chip, la misma que orientó definitivamente sus intereses hacia las lenguas antiguas.

Si no hubiera estudiado griego, si no se hubiera presentado a aquella plaza, no estaría ahora en Radamantis; si no hubiese descifrado una lengua desconocida, los tecnos no habrían recurrido a ella. Si Éremos no le hubiese entregado la tarjeta, no se habría vuelto a encontrar con él de aquella manera. La serpiente del destino se mordía la cola una y otra vez y ella había quedado encerrada en su círculo junto con Éremos.

El geneto se levantó del suelo y la miró durante un segundo antes de volverse hacia el monitor principal.

-Quiero contacto con la señora alcaldesa.

-Aquí estoy. -Hubo voz, pero no contacto visual-. Y ya le he dicho que no me llame "señora alcaldesa".

-Discúlpeme. Creo que puedo hacer algo con estas hojas... ¿las está viendo?

-Si. Si puede hacer algo, ¿a qué está esperando? No tenemos tiempo que perder.

-Efectivamente, señora... Harris. Por eso no quiero perderlo jugándolo todo a una carta. ¿Han examinado ya a Miralles?

-Me dicen que si, y que no han encontrado nada especial en su cabeza. Si está usted intentando...

-No suelo intentar nada, señora: hago las cosas o no las hago. -Clara sintió algo parecido al orgullo al escuchar el aplomo con que Éremos contestaba a aquella mujer todopoderosa, y se censuró a sí misma por ello. El geneto no era nada suyo-. Aplíquenle una

dosis de joraína y vayan preparando todo el equipo necesario para llevarlo en un deslizador adonde está el Objeto 1. Creo que el Azor sería tan bueno como otro cualquiera.

-Espere un momento. ¿Quién se ha creído que...?

-Soy alguien que dispone de menos tiempo aún que usted. Quiero más cosas: necesito que instalen en ese deslizador toda la potencia informática de que dispongan, y por supuesto todos los archivos relacionados con el Objeto l. Así podré ir trabajando mientras viajamos.

-No ser necesario cargar nada -intervino Karl-. Tenemos una red entre todos nuestros ordenadores.

Clara observó fascinada cómo el desdeñoso Karl buscaba la aprobación del geneto y cómo éste apenas le dedicaba un gesto de atención.

-Mejor. Ahora, si me hace el favor de recoger las hojas y ordenarlas, iremos ganando tiempo. Señora Harris, siento importunarla, pero aún debo pedir más.

-Espero que su rendimiento lo justifique.

-Y yo, por mi propio bien. Ya he comprobado que no tienen ustedes un gran respeto por las normas del GNU, así que sospecho que dispondrán de interfaces cerebrales. Necesito trabajar en conexión directa con el ordenador... y conecten también a Miralles. Formaremos un trío, el ordenador, él y yo.

Hubo un carraspeo al otro lado de la línea y un par de segundos de espera.

-Veremos qué puede hacerse. Si no piensa trabajar ya en esa sala, mejor será que salga. La escolta le llevará al hangar.

-Agradecería un poco de alimento antes. Soy una abominación, pero no una máquina.

-Ya tendrá tiempo de comer mientras trabaja. ¿ En marcha!

Volaron hasta el Hexágono, el centro en el que se encontraba el Objeto 1, a bordo de una nave laboratorio diseñada para el estudio del cinturón zodiacal. Clara se asomó por una ventanilla de babor; los campos de hielo del exterior eran tan lisos e iguales que parecían inmóviles por más veloz que los sobrevolara la nave; no había aire que silbara en el casco y el sordo gruñido de los motores apenas se escuchaba por encima del murmullo de las voces y los chasquidos y silbidos de los comunicadores. Le era difícil convencer a sus sentidos de que estaba viajando y no se encontraba en la ciudad de Opar.

Su cuello se negó a obedecerla y giró a la izquierda, y sus ojos se empeñaron en su rebeldía y volvieron a mirar a Éremos, el geneto. En aquel momento más bien parecía un cyborg, conectado a un entramado de cables y sondas. El asesino de la Honyc era ahora el hombre más indefenso del mundo, inmovilizado y aislado del mundo exterior. Sus ojos estaban cubiertos con unas or-gafas y por sus oídos y encima de la nuca penetraban las entradas de la interfaz con el ordenador. Tenía las manos engrilladas a los reposabrazos y sus finos dedos, incluido el muñón del dedo meñique, se movían tocando el etéreo piano de la realidad virtual, realizando Dios sabía qué elecciones, mientras un suero nutritivo era bombeado por sus venas. Aunque el geneto había pedido todo aquello, aunque no había ningún gesto de crispación o dolor en lo que se veía de su rostro, a Clara le apenaba verlo así. Si tan sólo fuera pena...

Más patético aparecía Miralles, tan rodeado de cables como el geneto, pero inmóvil como un fardo y con la barbilla doblada fláccidamente sobre el pecho. Una de las interfaces unía directamente los cerebros de los dos hombres; al parecer, Éremos estaba vampirizando la mente del viejo por aquel conducto de fibra.

En cuanto a su otro compañero de aventura, el vestigator que había llegado con ellos a Opar, el propio Éremos había insistido en que lo dejaran allí. "*Trátenlo con amabilidad, pero que esté lejos de mí*", había dicho. Qué habría ocurrido entre ambos, Clara lo ignoraba, pero la expresión del vestigator cuando lo habían separado de Éremos había sido casi de alivio.

Clara apartó la vista de ellos y contempló al resto de sus compañeros de vuelo. Sentado a una mesa redonda y apartado de los demás, Jaume Puig fumaba con la misma fruición con la que paladeaba su vaso de whisky. Clara se levantó de su asiento, pasó pidiendo disculpas entre dos guardianes que no perdían de vista a Éremos y se acercó al anciano.

-¿Puedo? -preguntó, señalando la butaca frente a Jaume.

-¿Cómo no? Las muchachas bonitas siempre son bien recibidas. -El biólogo sonrió en el papel de pícaro viejo verde que tanto le gustaba representar-. ¿Quieres tomar algo? Tenemos un mueble bar muy surtido.

Clara volvió a recorrer con su mirada la sala de pasajeros. Anne Harris estaba ocupada hablando con Karl y con un hombrecillo, pero aún así la observaba de reojo con el ceño fruncido. Que se fuera al diablo.

-No, gracias, Jaume. ¿Por qué se ha empeñado en venir aquí? A Anne no le ha hecho demasiada gracia.

El anciano encogió vagamente un hombro, pues el otro lo tenía casi paralizado por la artritis, apagó la colilla con sus dedos nicotinizados y contestó:

-Nunca he tenido una nuera, pero Anne es lo más parecido. Si por ella fuera me tendría entre algodones. Pero no se atreve a llevarme la contraria. Aunque no lo creas, señorita, cuando me enfado puedo ser terrible.

A Clara le resultaba difícil imaginarse a aquel apacible abuelete en un ataque de ira, pero asintió.

-Además, mi estatuto como fundador de Opar me permite ir adonde yo quiera. Yo ya era viejo cuando vine aquí y procuré hacerlo en las mejores condiciones: sabe más el diablo...

-¿Por qué le trajeron?

-¡Oh, no me trajeron! Vine por propia iniciativa. Estaba cansado de trabajar para la Honyc y me busqué este extraño retiro... más o menos pagado por la compañía rival, pero bien retirado de sus centros de poder. Me gusta trabajar por mi cuenta.

Clara no tenía demasiado claro hasta qué punto gobernaba o influía la Tyrsenus en Opar y en el propio Radamantis, pero no era un extremo por el que sintiera demasiado interés. Señaló a Éremos con el dedo y preguntó al anciano:

-¿Era ese tipo de cosas lo que hacía para la HoNyc?

-Desde luego que ahora no tiene un aspecto muy humano, pero no deberías llamarlo "cosa", jovencita. -Hubo una pausa inevitable mientras Jaume encendía otro cigarro, ritual que llevaba a cabo respetando la eufemia, el silencio sagrado de los sacrificios-. La verdad es que no sabría decir si Éremos es mi mayor horror o mi mayor prodigio. Volqué en él todo mi trabajo de treinta años estudiando no sólo las cadenas de ADN, sino los aspectos más nimios de la anatomía humana. No lo considero un trabajo de ingeniería, sino de arquitectura. Supongo que a mi edad me disculparás que sea un poco vanidoso, pero lo considero una obra de arte.

-¿Qué le hace distinto de los demás?

-Todo... y aparentemente nada. No lo convertí en un monstruo de músculos hipertrofiados, como los Mirmidones de Öo, ni en un cerebro hinchado unido a un cuerpo seco como una pasa, como mis colegas hicieron con los primeros genedires de la Honyc. Pero conseguí que, bajo su aspecto casi anodino, tuviera el cuerpo y la mente de un superhombre.

-¿Aunque para eso tuviera que privarlo de sus emociones?

-En cierto modo... sí.

-Eso es una abominación... Perdone, no quería decir...

-Tranquila, la palabra "abominación" es la preferida de Anne cada vez que se refiere a nuestro hombre. Supongo que tienes razón: en un momento dado me di cuenta de que estaba jugando a ser Dios, y este universo es ya bastante caótico con uno solo. Por eso destruí mi laboratorio y me aparté de la circulación, y ahora sólo me adentro en parajes menos siniestros de la medicina. -Intentó suspirar, pero más bien le salió un silbido asmático-. Sin embargo, no puedo dejar de ver a Éremos como una maravillosa creación. No me hace ninguna gracia que lo maten.

Clara se estremeció.

-¿Por qué lo van a matar?

-Procuro hacer todo lo que está en mi mano para evitarlo, pero no soy quien decide. Anne no es muy proclive a mantenerlo con vida, y para qué hablar de Puelles. Para él no deja de ser un agente de la Honyc, un enemigo.

-¿Van a aprovecharse de él y luego tirarlo a la basura?

-Así funcionan estas cosas. En cierto modo es justo: Éremos ha tomado muchas vidas y ahora le toca el turno.

Clara miró al geneto, enredado con Miralles en la maraña de cables, y cerró los ojos. Cuando lo hacía sólo veía al hombre fascinante con el que había compartido aquel postre, con el que había bailado en la oscuridad de la sala. ¿Por qué había huido de ella cuando se le declaró en Adagio? Su reacción había sido de miedo, impropia de un superhombre genético.

-¿De verdad cree que es incapaz de sentir?

-Desde luego que no. ¿A qué llamamos sentir? Recibimos estímulos del exterior, producimos en nuestro interior unas sustancias y reaccionamos en consonancia. El hace lo mismo, a su manera. Pero es capaz de controlar sus reacciones para que sirvan tan sólo a sus fines, mientras que los humanos normales experimentamos a menudo sensaciones contradictorias y casi siempre hacemos lo que nuestra razón no quiere o lo que nos resulta menos conveniente.

-El problema es cuáles son los fines de Éremos.

-Su fin primario es sobrevivir, y para eso tiene que obedecer las órdenes de la compañía. Lo educamos para que se viera a sí mismo como un ser distinto entre los humanos. Es como un lobo entre ovejas, más poderoso, pero también solo. –"*Éremos el solitario*", musitó Clara-. Al encontrarse diferente y único, le es imposible sentir compasión por sus semejantes... por los que él no considera sus semejantes. En realidad, él no tiene la culpa de ser como es. Fue diseñado desde su concepción hasta su educación.

"*Pero hay algo más*", objetó Clara en su interior. Éremos era un hombre capaz de apreciar la belleza. ¿Y acaso no se consideraba semejante de sus admirados griegos? Sintió compasión por el asesino de la Honyc, enterrado en antiguos textos para buscar, entre crimen y crimen, los vestigios de su humanidad. Y entonces recordó aquella primera y última clase, tantos años atrás. ¿Es el poder el único fundamento de la moral? Aquel genio que ahora trabajaba fundido con el ordenador aún no había encontrado la respuesta.

"Ojalá pudiera yo ayudarte a encontrarla", deseó en silencio, y luego se repitió: *"Ojalá pueda, ojalá pueda."*

Cuando cayó la noche sobre Tifeo, Cassius Rye había recobrado el control de la situación, a costa de inundar de sangre las calles de la ciudad. El parque Stockwell había sido el campo de batalla principal. En lo que había sido el rincón más hermoso de Tifeo sólo quedaban árboles derribados, restos de hierba ennegrecidos por el fuego, enormes boquetes en el suelo y un montón de cadáveres para abonar un dudoso resurgir de la vegetación. Pero de los hombres de Maldini, aquella descolorida y clónica imitación de la raza aria, no había quedado ni uno de muestra; los refuerzos enviados por Sharige se habían retirado diezmados hacia su ciudad; y el propio Maldini había sido el plato principal en la cena de Maika y Turo, los progenitores del bodak que había perdido en el Lusitania.

Sentado en su despacho, el Turco se sirvió una copa de coñac mientras examinaba el último informe. Le quedaban siete deslizadores en buen estado, cinco vehículos acorazados de tierra que de poco le servirían en caso de un ataque aéreo general, y treinta y ocho hombres en un estado más o menos aceptable para empuñar las armas. Con esos efectivos podía mantener el control sobre su ciudad, pero si el resto de los burgraves se unían contra él no podría hacer demasiado. Sharige -bastante contento debería estar el bastardo de haber salido con vida del Lusitania- acababa de pactar con él una tregua para que ambos bandos pudieran rendir los honores debidos a sus difuntos. De los demás burgraves con los que había hablado, la mayoría se habían lavado las manos aduciendo que era una reyerta privada entre Sharige y él, tres le habían injuriado y amenazado y otros cuatro le habían jurado su apoyo incondicional. Eran éstos de los que menos se fiaba.

-La cuestión -se repitió, mientras se acariciaba pensativo la frente- es si esperarán a que salga el sol antes de venir.

En la puerta sonaron tres suaves toques. Rye asintió y las hojas de roble importado se abrieron obedientes a su gesto. Mashita, que tras la muerte de Bantam era su hombre de

confianza, avanzó cinco pasos, se detuvo respetuoso ante la mesa verde del burgrave e hizo una reverencia con la cabeza.

-¿Sí?

-Su mujer y su hijo ya están a salvo en el domo de un vestigator. Tan sólo Fahl y yo conocemos su paradero.

-Muy bien. Con el flanco más débil cubierto, podemos pisar firmes. -Tuvo una súbita inspiración hospitalaria-. Siéntate, Mashita. Debes estar cansado. ¿Quieres una copa?

Mashita vaciló unos segundos, mientras acariciaba el mango de su katana y trataba de escrutar en la expresión de su jefe si convenía aceptar o no la invitación. El Turco sonrió, sabedor del desconcierto que provocaba y cultivaba entre sus propios hombres.

-Insisto, siéntate.

Mientras Mashita obedecía, Rye se levantó para sacar del mueble bar la botella y otra copa, que sirvió con una dosis generosa. Se la ofreció a su subordinado y preguntó:

-¿Qué crees que deberíamos hacer ahora?

-¿Hacer? Señor Rye, yo no me atrevería a sugerir...

-¿Cómo no? Las sugerencias siempre son aceptadas; otra cosa es la decisión que yo tome.

Mashita dio un trago demasiado largo para apreciar la calidad de la bebida y contestó:

-No me tome por cobarde, señor Rye, pero en mi opinión corremos peligro mientras permanezcamos aquí. El vestigator Luwt me ha sugerido una plataforma escondida, al sur de Eaco, donde podríamos escondernos unos días, hasta ver en qué queda la situación. Después volveríamos y...

-¿Estás sugiriendo que el burgrave de Tifeo abandone su propia ciudad con el rabo entre las piernas y deje a toda esta pobre gente a merced de ese buitre carroñero de Sharige?

El Turco había hecho la pregunta con la más educada de las voces y una sonrisa que anticipaba la picadura. Mashita volvió a beber.

-Por supuesto, señor Rye, decida usted lo que decida yo estaré a su lado...

-Como tú dices, por supuesto. Confío en que...

Hubo un zumbido en la mesa del despacho. Rye conectó el intercom y preguntó qué pasaba.

-Alguien ha traspasado el perimetro, señor Rye -le informó el guardia de la garita sur-. He disparado contra él, pero me temo que se ha escapado entre los setos.

-¡Maldición! Hemos resistido los ataques de un batallón entero y ahora dejáis que se os cuele un solo intruso. Soltad a los bodakes.

-A la orden, señor Rye.

El Turco se levantó de su asiento y abrió el armario en el que guardaba la Coronet, su arma favorita. más satisfecho al sentir en su mano el peso de la pistola, salió del despacho mientras daba órdenes precisas a Mashita. Un minuto después estaba en el patio interior, el corazón de su casa, acompañado por tres de sus hombres y consultando una proyección de las cámaras infrarrojas. En la imagen tratada no se veía más movimiento que el de los bodakes recorriendo el jardín con sus prodigiosos saltos.

-¿No habrá soñado ese idiota que ha visto algo? ¿Quién está en la garita sur?

-Es mi hermano, señor Rye -respondió Álvarez, un hombrecillo moreno y delgado, mucho más peligroso de lo que su aspecto hacía pensar-. Carlos es de confianza: si dice que ha visto algo, es que lo ha visto.

-Pues casi preferiría que no fuese tan de confianza. No estaría mal que pudiéramos irnos a dormir después de un día como el de hoy.

Los hombres esbozaron sonrisas cautelosas, inseguros del talante de su jefe. A Rye le daba igual; lo cierto era que tenía un humor de perros, y cuando estaba así le gustaba hacer la vida imposible a los demás.

La imagen de las cámaras se desvaneció, y después se apagaron todas las luces de la casa. Entre maldiciones ahogadas, Alvarez sacó un mechero y lo encendió, pero su luz no duró más que unos segundos. El cristal de tornasol que techaba el patio cortaba el paso a la luz del firmamento nocturno, que en otras circunstancias habría bastado para distinguir al

menos dónde se encontraban. Pero sin corriente no era posible cambiar la polarización del cristal.

-Que alguien vaya a buscar una linterna -susurró el Turco-. Tú mismo, Mocking. Y los demás, quietos y en silencio. Que nadie dispare si yo no lo ordeno.

Rye fingía una calma que estaba lejos de sentir. Había pasado las últimas cuarenta y ocho horas entre disparos y explosiones y el cirujano había tenido que coserle dos heridas, pero en el fragor del combate la adrenalina fluía generosa por las venas y alejaba el miedo. Ahora se encontraba en su propia mansión, a oscuras y en silencio, y de pronto se sentía encerrado en un campo de batalla ajeno.

"¿Quién puede entrar así en mi casa?", se preguntó. Éremos, pensó, y sólo se le ocurría el nombre del geneto, pero no podía creer que viniera por él.

-Mocking, maldición, ven ya con la linterna... -masculló. Podía oler el miedo en la transpiración de sus hombres.

Sonaron pasos en el corredor que venía de la biblioteca y un haz de luz recorrió el suelo del patio. Rye respiró aliviado, pero su ira estalló cuando aquel estúpido de Mocking les alumbró directamente a los ojos.

-¡Aparta eso, cretino! ¡Nos estas deslumbrando!

-Perdón, señor...

En una larguísima décima de segundo, Rye entrevió tras el foco de luz un movimiento que no era el de Mocking. Las disculpas de éste murieron en un estertor borboteante y la linterna salió volando al otro extremo del patio, donde su luz se extinguió entre ruido de cristales rotos.

-¡Disparad!

Rye obedeció su propia orden y vació el cargador apuntando hacia el corredor. A la luz intermitente de las ráfagas, pudieron ver el cuerpo de Mocking sacudiéndose como un títere bajo un foco estroboscópico, sostenido en pie por el impacto de las balas.

-¡Alto el fuego!

El cuerpo de Mocking se desplomó en el suelo y el silencio volvió a reinar, tan repentino como los estampidos que un segundo antes lo habían taladrado. Los cuatro hombres que quedaban en el patio apuntaban a las sombras, espalda contra espalda, pero no había nada que ver u oír. Rye pensó que el patio era una ratonera y dio orden de salir. EI mismo había diseñado los planos de su laberíntica mansión, y aun a oscuras encontró el pasillo que llevaba hacia la puerta del jardín. Pero pronto se dio cuenta de que había dejado rezagados a sus hombres. Se dio la vuelta y llamó en susurros. No hubo respuesta. Volvió a llamar.

-Voy a por ti, Turco -contestó una voz de mujer, que bien podría haber sido la de un áspid-. Voy a llevarle tu cabeza a tu amigo Crimson como regalo antes de matarlo.

Rye vació su segundo cargador disparando hacia el frente, y después huyó por el pasillo presa de un pánico que no había sentido en los peores momentos de la refriega del Lusitania. Calculó mal las distancias en un recodo y se empotró en un mueble esquinero, maldijo a su mujer por haberlo puesto allí, estuvo a punto de resbalar con los restos del jarrón chino que había destrozado y siguió corriendo por el pasillo. La puerta que daba al jardín estaba candada y la cerradura, sin fluido eléctrico, no obedeció a su voz. Introdujo el tercer cargador y disparó, destrozando el cerrojo. Acabó la tarea con el hombro y cayó rodando por los escalones que llevaban al jardín. Los ligamentos de su rodilla izquierda ardieron de dolor, pero se levantó y corrió hacia el plátano que había hecho plantar cerca de la salida oriental.

-¡¡A mí la guardia!!

Su propio grito le pareció indigno del burgrave de Tifeo, pero no tenía otro medio para que las órdenes llegaran a sus hombres. Al difuso resplandor del cinturón zodiacal, vio cómo por la misma puerta que él había derribado salía una sombra ligera y silenciosa. Abrió fuego de nuevo, pero la silueta había desaparecido detrás de una fuente. Junto a ella había un macizo de flores locales, otro posible escondrijo. Rye volvió a maldecir por no haber dejado el jardín completamente pelado y disparó contra las flores. Así vació su tercer y último cargador, y cuando la figura flexible de la mujer salió de detrás de la fuente ya no tenía más posibilidad que tirarle la Coronet.

Ella se detuvo a unos pasos y levantó una espada sobre su cabeza. Iba vestida con un mono negro y sólo se veía su sonrisa, blanca incluso en la noche. Rye era incapaz de moverse: cada pierna parecía que quisiera huir hacia un lado, y juntas anulaban toda decisión.

-Me han pedido tu cabeza, Turco, y será tu cabeza lo que me lleve. Dale gracias a ese japonés por haberme regalado su katana: el corte va a ser más...

Un chirrido interrumpió las palabras de la mujer. Rye jamás habría pensado que iba a encontrar resonancias tan dulces en la llamada de ataque de un bodak. Miró a su derecha y allí distinguió la silueta de Maika, la hembra, agazapada para saltar a unos diez metros de ellos. La distancia favorita de un bodak para caer sobre su presa. El Turco sonrió y sus dientes de corsario berberisco relucieron en la oscuridad.

-El corte de los espolones de un bodak sí que es limpio, señorita. Ahora, como me temo que Maika no está acostumbrada a su olor...

Rye captó de reojo el movimiento de Maika. Por sí solos, sus ojos se desplazaron a la derecha y acompañaron en un veloz barrido el salto del bodak. Pero cuando ojos y bestia volvieron a posarse en el suelo, la mujer ya no estaba donde debía estar. Rápida como el mismo bodak, se había desplazado un paso atrás para recibirlo con un restallante giro de cintura. La mente de Rye, más lenta que su vista, tardó unos segundos en darse cuenta de que el cadáver partido en dos era el de la bestia y de que la figura que había quedado en pie era la de la mujer.

-Y ahora, señor Rye, espero de su fama que tenga usted a bien morir con dignidad...

Las luces de la casa volvieron a encenderse y no muy lejos sonaron las voces de sus hombres, que venían a apoyar al burgrave. Pero mientras veía la sonrisa de aquella mujer, tan hermosa como la muerte, Rye supo que no les daría tiempo a llegar.

1 De Diciembre

Durante horas el Hexágono bulló con una actividad tan frenética como, en general, inútil. Mientras Éremos no saliese de su cibertrance, nadie se atrevía a tomar ninguna decisión real. Las proyecciones recibidas de los telescopios y satélites mostraban que la red de naves tejida alrededor del planeta no dejaba de crecer. Eran ya veintisiete las que, como otras tantas espadas de Damocles, pendían en órbitas diversas sobre Radamantis. Algunas de ellas eran similares a la que yacía en el fondo del cráter, pero había muchas otras de formas y tamaños tan diversos como probablemente lo fueran los usos a que estaban destinadas. El mensaje emitido por la que debía ser la nave insignia era tan simple como pertinaz: debían entregar el Objeto 1. Ya no se referían a los humanos que hubiesen podido entrar en contacto con la nave, ni siquiera a ésta; el misterioso Objeto se había convertido en la única obsesión de los alienígenas. Johann Bell, director y único miembro del departamento de xenopsicología, logró que todo el mundo en el Hexágono se enfureciera con él al proponer que se obedeciera a los Tritones. Fuera de él, la opinión general era que tal entrega sería un suicidio.

Algo habían heredado los tecnos de las burocracias que tanto vituperaban y por cuya causa se habían refugiado en el enclave oculto de Opar, y era la tendencia a construir salas de juntas por todas partes. La del Héxagono, montada apresuradamente durante la construcción del hangar que albergaba al Objeto 1, carecía de las comodidades de sus homólogas de Opar. Los sillones estaban forrados en un material plástico que resultaba frío al principio y que al cabo de un rato hacía sudar y se pegaba a la piel. No había tapices fractales adornando las paredes, ni simulador de aromas, y la calefacción de aire resecaba el ambiente. Pero la mesa rectangular que ocupaba prácticamente toda la estancia estaba bien provista de micros, proyectores, interfaces y conexiones virtuales, y desde ella se podía controlar todo lo que sucedía en el Hexágono, en la lejana Opar y en buena parte de Radamantis.

Mientras Anne vigilaba preocupada el despliegue de naves en torno a Radamantis, Roxanne y Clara se centraban en las im genes que mostraban el trabajo de Éremos. El geneto se encontraba en la sala de control, una dependencia situada tres pisos por encima de ellos y que conectaba el Hexágono con el gran hangar en el que se alojaba el Objeto 1. El holograma que más contemplaba Clara lo mostraba rodeado de cables, cegado. Sus manos se habían ido acelerando, y ahora sus dedos se movían en el aire interpretando virtuosos una fuga en un armonio invisible. Estaba aislado en su universo mental, unido tan sólo al ordenador y al cerebro del anciano que babeaba inerte a su lado; y sin embargo los tecnos debían considerarlo tan peligroso que lo tenían vigilado con guardias armados. La actividad de su cerebro, activados todos sus implantes de cálculo y apoyos de memoria, era tan intensa que, para satisfacer la demanda de energía, habían tenido que duplicar el flujo de nutrientes que pasaba a su sangre. En cambio, el metabolismo de Miralles había bajado tanto como el de un reptil adormilado. Clara se preguntó si quedaría algo del anciano cuando Éremos terminase con él, o si lo dejaría reducido a un odre vacío, tan exangüe como exánime.

Por su parte, Roxanne miraba la proyección que, en una pantalla, mostraba lo más parecido al curso del pensamiento del geneto. Había imágenes incomprensibles entreveradas con danzantes estructuras geométricas, en las que a veces creía vislumbrar cierta lógica, y con un galimatías de signos que rodaban pantalla tras pantalla en el aire. De vez en cuando, la joven palmeaba de alegría y acercaba los ojos al rectángulo flotante, con la ilusión de haber reconocido algún orden en lo que veía, pero las imágenes se esfumaban tan inaprensibles como los sueños del amanecer y a la palmada seguía un bufido de frustración.

` -¿Entiendes algo, Clara?

La filóloga atendía un instante a la proyección que absorbía a Roxanne, y contestaba :

-No sé, a veces parece que utiliza los mismos signos que habíamos impreso en las hojas, pero va tan rápido que es imposible seguirlo.

No tenía demasiado interés ya en aquellos signos. En cambio,le era casi imposible apartar los ojos de Éremos, al que analizaba desde todos los ángulos posibles en su proyección privada. Tiene que ser humano, se repetía, tiene que ser humano. Pero no había ningún gesto en lo poco que los cables dejaban ver de su rostro, y la losa de un sepulcro no hubiera estado tan sellada como sus labios.

-¿Es que están esperando a que los Tritones devasten el planeta? -gimoteaba el xenopsicólogo, al que Anne había retirado el acceso informático para que no pudiera repetirles la cantinela de destrucción que estaba emitiendo el canal de comunicación con los alienígenas.

-Tranquilo, Bell -objetaba la alcaldesa-. Deberías saber que ése no es su estilo. Devastar es muy lento cuando se puede reducir a la nada.

Clara dejó por un instante de prestar atención a la imagen de Éremos y se dirigió a Anne.

-Entiendo que no destruyan el planeta mientras tengamos el Objeto l, pero ¿por qué no nos atacan de una manera menos... espectacular? Podrían aterrizar en el planeta.

-Eso te lo podría contestar nuestro experto mejor que yo -repuso Anne-.¿Por qué no hacen un asalto desde el espacio, Bell?

-No lo necesitan. Pueden aniquilarnos cuando quieran desde arriba.

Anne negó con la cabeza.

-Ahí está la cuestión. Normalmente no necesitan desembarcar en un planeta para imponer su autoridad, de modo que no han desarrollado medios para hacerlo. Por no añadir que a unos seres acuáticos y acostumbrados a una gravedad muy baja les sería bastante difícil. A cambio, podrían haber exigido al GNU que realizara el desembarco con naves humanas, pero para eso tendrían que haber transferido vehículos de guerra, y hasta el momento es algo que han vetado terminantemente. Están presos de su propia contradicción.

-Es fácil de resolver si se saltan su propio veto y transfieren unas cuantas naves de asalto del GNU a esta órbita -repuso Clara.

-Ya, pero no lo han hecho. ¿Por qué? Yo no habría dudado en su lugar, pero yo soy un ser humano y ellos son alienígenas. Aunque todo eso debería decirlo nuestro experto.

-Insisto en que estamos corriendo un riesgo inaceptable. Aún estamos a tiempo...

Anne le silenció con un gesto desdeñoso y se volvió hacia Clara.

-Cuando te dije que teníamos los mejores cerebros tal vez fui un poco optimista. Sin ir más lejos...

El xenopsicólogo soltó un rebufe indignado, se levantó del asiento y abandonó la sala de juntas. Para su desgracia, la puerta era de rieles y no pudo cerrarla con la iracunda contundencia que hubiese deseado. Anne soltó una carcajada, la primera que le había escuchado Clara. Al parecer, la alcaldesa de Opar encontraba muy divertido a aquel hombrecillo asustado.

-¡Ya está, ya está, ya lo tenemos! -exclamó Roxanne-. ¡Lo tenemos, lo tenemos!

La joven recalcó su afirmación ampliando y multifacetando la proyección para que todos pudieran verla. Ahora las pantallas que representaban el pensamiento de Éremos corrían más despacio, y los extraños signos eran reemplazados uno por uno por números, letras, diagramas y símbolos matemáticos que incluso a Clara le eran familiares.

-¡Lo ha conseguido! ¡Lo ha descifrado! -exclamó la joven negra, saltando en el asiento y agitando un puño victorioso en el aire.

-¿Cómo puedes estar tan segura? -le preguntó Anne.

-¡Lo estoy, lo estoy! Eso de ahí es...

Su dedo se quedó señalando a la nada cuando la pantalla virtual desapareció tragada por un punto negro. El otro holograma mostró a Éremos desconectándose el casco interfaz, retrepándose en el asiento y pasándose las manos por el cabello para recomponerlo mientras

amagaba una sonrisa de satisfacción. El mismo se quitó la sonda intravenosa y los cables de diagnóstico, y giró en el asiento, dirigiéndose al parecer a los guardias.

-Pueden decirle a la señora alcaldesa que ya creo haber solucionado su pegueño problema de comunicación.

Anne Harris dio una instrucción verbal, “reservado G”, para que Éremos no pudiera oírla, y se dirigió a los guardias.

-Cuando dé la orden, anulen al geneto.

-¿Qué empeño tienes en liquidarlo? -objetó Jaume-. Si lo haces, ¿de qué nos habrá servido esperar a que se enterara de lo que diantres nos esté diciendo el Objeto 1 ?

-Me pone la piel de gallina tenerlo por aquí. Todo lo que él ha averiguado está en los archivos del ordenador y Roxanne y Clara podrán entenderlo sin su ayuda. -Clara estuvo a punto de objetar algo, pero Anne prosiguió, después de levantar la reserva de comunicación-: No es necesario que hable por intermedio de nadie, Éremos. Le estamos oyendo desde aquí. ¿Qué tiene?

-Una historia medianamente coherente y unas cuantas resmas de ecuaciones. Pero no creo que basten para actuar. Tenemos un artefacto estropeado, y hay que repararlo. Ahora.

-¿Qué tal si nos explica a todos qué demonios quiere decir?

-De momento, habrá que preparar al señor Miralles para un encuentro con nuestro Objeto.

El viejo seguía conectado al casco, con la cabeza doblada sobre el hombro y un hilo de saliva gote ndole por las comisuras de la boca. Pero, ahora que Éremos había dejado de invadir su mente, daba al menos señales de vida, aunque fuese en forma de prosaicos ronquidos.

-¿Y cómo se supone que debemos prepararlo?

-Pónganle un traje adecuado y envienlo al hangar. Por cierto, quiero el control sobre el hangar para interactuar con el Objeto.

-¿Se ha vuelto loco? Bastante es que hasta ahora le hayamos permitido...

-Ustedes han estado operando al paciente con escoplo y martillo. Yo les he conseguido el bisturi, asi que será mejor que me dejen usarlo a mí. ¿O es que quieren enviar el resto del planeta al limbo, como hicieron con Cerbero?

-Tenemos expertos que pueden manejar el material del ordenador sin necesidad de usted.

-Le aconsejo que demore unos minutos la orden de eliminarme, señora alcaldesa. Digale a la señorita Roxanne que consulte los archivos que han intentado cargar directamente desde mi memoria.

Anne se volvió hacia la joven física con los ojos desmesuradamente abiertos, en una mueca casi gorgónica.

-¿Qué quiere decir ese engendro del demonio?

Jaume Puig carraspeó su protesta de creador, pero Anne no le prestó atención. Roxanne materializó un teclado virtual ante sus dedos y, con ciertas dificultades, pulsó ciertas órdenes en él. Las letras rojas que parpadeaban junto al icono del Objeto 1 eran tan elocuentes que no tuvo que explicárselo a nadie: ERROR FATAL. TODOS LOS ARCHIVOS BORRADOS SIN POSIBlIIDAD DE RECUPERA CIÓN.

-No los puedo encontrar -se lamentó Roxanne-. Ha burlado todos los centinelas y además creo que nos ha trastocado el sistema base...

-Y todo eso mientras se entretenía en descifrar el mensaje de nuestro objeto -añadió Jaume-. No está mal para ser un engendro de este demonio.

-¡Lo que es, es un hijo de puta! -restalló Anne-. ¿Es que no sabe jugar limpio?

-Cuando la apuesta que hay en el plato es mi vida, no. Bueno, y a decir verdad, casi nunca.

La sonrisa holográfica mostraba una inefable ironía; Clara sintió deseos de aplaudir, pero se guardó muy bien de hacerlo.

-Está bien -aceptó Anne, recogiéndose un mechón de pelo que le había caído sobre los ojos y respirando hondo para calmar su enfado-. Tendremos a su amigo el dipsómano en el hangar dentro de unos minutos.

-Hablando de sed, quiero que me preparen un plato medianamente digerible regado con vino, y después un bourbon. Todo eso para después de la ducha que pienso darme ahora mismo.

-¿Quiere también que le froten la espalda tres pornosiervas de Síbaris, o le basta con una? No abuse de mi paciencia, Éremos.

-¿Cuánto tiempo queda para que venza el ultim tum?

-Eeeh... tres horas y media.

El gesto de Éremos se torció durante un segundo.

-Asi que ya estamos a uno de diciembre... No sabia cuánto habia estado conectado. Bien, da igual. Hay tiempo, y además debo llegar aseado a la cita si es que no puedo eludirla.

-¿Otra vez hablando en enigmas?

-Este sólo me concierne a mí. Haga como le digo. No me importa que me vigile un batallón de guardias mientras me ducho, pero quiero limpiarme. ¿De acuerdo?

Anne asintió, cada vez más frustrada, y cortó la comunicación.

-¿Lo de ser tan cabrón es una alteración genética o se lo ha enseñado alguien?

Jaume sonrió entre el humo del cigarro que acababa de encender.

-Me temo que es algo que lleva en su naturaleza humana.

A la hora de ponerle el traje antirradiación, la panza de Miralles dio algunos problemas, agravados por el estado casi catatónico en que le habían dejado las drogas y la intrusión mental de Éremos. Hubo que improvisar ciertos retoques de sastrería para embutirlo en él. Después, tres tecnos igualmente protegidos lo llevaron en una servocamilla hasta el centro de la gran nave que albergaba al extraño ente. En las imágenes, caminaban solemnes y silenciosos como astronautas. Sus pasos temerosos no podían resonar en el vacío del hangar. Cuando estuvieron a unos cincuenta metros del Objeto, se retiraron y dejaron que la camilla siguiera su camino sola, hacia aquella forma que palpitaba iridiscente y errática.

Éremos controlaba el proceso desde la sala de control, un pequeño domo de techo bajo, plagado de periféricos y aparatos de medición y análisis. Los guardias que lo vigilaban, un sargento y tres rasos, habían abatido los cañones de las armas por expresa exigencia de Éremos, y esperaban pacientes entre la maquinaria y el dédalo de cables. Roxanne y Clara estaban sentadas junto al geneto.

-¿Han captado algo en la cabeza de Miralles mientras yo... hurgaba? -preguntó, dirigiéndose a la física.

-Por lo que he visto en las grabaciones, ha habido una emisión de partículas que no sabemos muy bien cómo interpretar. Podrían ser taquiones... pero eso es imposible, claro.

-¿Usted cree? -preguntó Éremos, sin dejar de teclear a tal velocidad que era imposible seguirle.

-Yo ya no sé nada. Lo que más me ha impresionado de ese hombre fue cuando aún estábamos en Opar, inyectándole la joraína. Antes de perder la conciencia, abrió los ojos de una manera muy rara, miró a Lola, una de las enfermeras, y le dijo en qué fecha iba a morir.

-Vaya, eso es que estaba animado. ¿No se la dijo a usted?

-¡Lo intentó, pero salí corriendo! No tengo ningún deseo de saber la fecha de mi muerte.

-Yo ya la sé -repuso Éremos en un tono una tercera más grave del habitual, y después musitó algo que sólo él pudo escuchar. *“Los idus de marzo han llegado.” “Si, César, pero no han pasado.”* En su conexión con el cerebro de Miralles, había llegado a sumergirse en lo que el viejo llamaba el agujero, un abismo inexpresable en cuyas profundidades se había visto por un momento a sí mismo, su pasado y su presente, pero antes de enfrentarse a su futuro sintió miedo y había salido de ahí con la premura del buscador de perlas que se queda sin aire.

Se volvió una fracción de segundo hacia Clara, y su mirada fue capturada por la de ella, que le estaba observando. Dejó de teclear, se levantó de improviso y se acercó a un

altavoz, sobre el que había dejado la botella de bourbon. Mientras se servía una copa bien colmada, un aliento conocido susurró en su nuca.

-¿Por qué no me dijiste quién eras?

-No era necesario que lo supiera.

-¿Eres incapaz de hablar de tú a nadie? ¿Ni siquiera a mí?

Éremos se volvió y enfrentó la mirada de ella. Había una humedad especial en sus pupilas, tal vez un anhelo insatisfecho, una esperanza defraudada. Llevaba un perfume distinto del de otras veces, uno que le debía haber prestado Roxanne, pero en ella siempre transportaba notas de un aroma familiar.

-Como quieras... Clara.

-¿Por qué no me lo dijiste?

El se encogió de hombros y mantuvo la mirada de Clara, aunque le era difícil soportar el reproche que había en ella; a él, que había sacrificado a sus víctimas mirando a los ojos, por inocentes que fueran.

-Ya has visto en qué juego estás metida. No dejas de ser una pieza más. Supongo que te he utilizado.

-¿Sólo he sido eso, una pieza para ti? Me imagino que no habré pasado de un vulgar peón.

-Mucho más que eso, Clara. Un peón que corona en reina. Tu trabajo anterior sobre el mensaje me ha sido muy útil... me ha hecho tener una especie de intuición, y ha resultado correcta.

-Ah, ¿es que Éremos el ordenador humano puede tener una intuición?

-Te sorprenderías de las cosas que puede experimentar un ordenador humano...

Roxanne les interrumpió, para indicar que la servocamilla ya estaba a menos de diez metros del Objeto 1. Éremos se apresuró a sentarse, dejó la copa a mano y volvió a su vertiginoso tecleo. Clara se quedó de pie junto al altavoz, mascullando entre dientes, más contra sí misma que contra él.

-¿Y ahora qué piensa hacer? -interrogó la voz de Anne.

-Podría venir a comprobarlo. Está usted invitada, y la invitación incluye una copa.

-Muy amable. Prefiero seguir aqui. Estar cerca de un geneto me levanta sarpullido. ¿Qué va a hacer?

-Tenga paciencia y lo comprobará. Ya le he dicho que lo que llaman ustedes Objeto 1 está estropeado. Voy a reponerle la pieza que le falta.

-¿Se refiere a ese viejo odre de alcohol?

Éremos no contestó y tecleó la orden final. Ni él mismo estaba muy seguro de lo que iba a suceder. Entre otras, había dos posibilidades desagradables: A) que no pasara nada, o B) que todo el planeta desapareciera engullido en otra dimensión. En caso de que las cosas fueran mal, prefería la opción A; al menos gozaría de una segunda oportunidad.

-Et... voilá! -exclamó al pulsar INTRO.

Pasaron dos segundos. El Objeto 1 se contrajo hasta casi desaparecer y de pronto pareció estallar como una supernova en miniatura. Los instrumentos quedaron ciegos durante unos momentos y en todo el Hexágono pudo sentirse un sordo bramar que se perdió poco a poco en las heladas entrañas del planeta. Cuando recobraron la visión de lo que ocurría en el hangar, tan sólo quedaba la estructura met lica de la servocamilla, negra y retorcida como si hubiese pasado por el soplete de los infiernos. De Miralles no quedaba ni rastro.

-¿Dónde está el viejo?

Éremos se encogió de hombros.

-Ha sido transportado a otro lugar que de alguna manera es perpendicular a cualquier dimensión que podamos imaginarnos, como aquella donde moran los Perros de Tíndalos. Me temo que, por desgracia para el señor Miralles, no se trata de una zona muy apropiada para la vida humana... pero ahora nuestro Objeto está reparado.

-¿Otro peón sacrificado? -preguntó Clara, mordaz. Éremos la miró un instante.

-No había más remedio. De todas formas, cuando sondeaba su mente prácticamente la he destruido.

Clara meneó la cabeza con incredulidad.

-Entonces es verdad que eres un monstruo.

Éremos intentó objetar algo, pero no encontró palabras y prefirió atender a la proyección. La imagen del hangar mostraba que algo había cambiado. El Objeto 1 había dejado de fluctuar para convertirse en una brillante esfera blanca cuyo diámetro, según las lecturas, se había estabilizado en doscientos treinta y cuatro centímetros. Las emisiones también eran distintas, aunque eso, por el momento, sólo podía captarlo él, único depositario de la clave para descifrarlas.

-Fascinante... -musitó Roxanne-. Ahora que está reparado... ¿qué vamos a hacer con él?

-De momento la pregunta correcta es qué voy a hacer yo con él. Me encantaría explicarle exactamente lo que ha pasado, Roxanne, pero le tengo cierto aprecio a mi vida y no creo que me sea conveniente desprenderme tan pronto del salvoconducto.

-De lo que me estoy desprendiendo yo es de la paciencia -restalló la voz de Anne-. Quiero información y la quiero ya. De lo contrario ordenaré que le vuelen la cabeza ahora mismo.

Éremos giró el asiento y comprobó que cuatro armas apuntaban hacia él. Un error, pensó, porque los guardias sólo formaban un arco de cuarenta y cinco grados, y si se desplazaba lo bastante rápido los cuatro fuegos se cruzarían en el mismo punto ya vacío... y él ya habría caído sobre el primero de ellos. Pero no tenía intención de recurrir a la acción física, al menos por el momento.

-De acuerdo, señora alcaldesa. La curiosidad es algo que comparto con los humanos normales como usted, así que puedo comprender su impaciencia. ¿ Por dónde quiere que empiece?

-Nos quedan dos horas y cinco minutos, asi que, empiece por donde empiece, lo ruego que lo haga rápido.

-Muy bien. Estén atentos, porque no soy amigo de repetir las cosas.

Este universo nació hace diecisiete mil millones de años o hace una eternidad, según el punto de vista que adoptemos. Fue creado como un puente más para ir completando una estructura que se desgrana por las inacabables dimensiones del espaciotiempo. Durante un tiempo, cuando era un caldo tan energético que nada minimamente organizado podía subsistir en él, sirvió de alivio para los excesos de entropia de otros universos; una trituradora de basura cósmica sería una imagen un tanto chabacana, pero apropiada. Después pasó la era de la energia y amaneció la de la materia, y la Inteligencia tomó este universo como una nueva estancia de su morada infinita. La Inteligencia existia en otros universos desde antiguo (si es que tiene sentido utilizar un complemento de tiempo para realidades que no lo comparten), y su fin primario era perpetuarse; pero no era celosa de su existencia y estaba dispuesta a consentir que otras inteligencias fueran surgiendo. Su sistema no era destruir competidores, sino esperar a que trascendieran a la realidad múltiple y alli asimilarlas.

-Pero, ¿se puede saber qué est diciendo?

-Paciencia, señora alcaldesa. Sólo les estoy leyendo el libro de instrucciones. Si la parte publicitaria no les convence, no es culpa mía.

La Inteligencia sembró de Objetos nuestro universo, en una red diseñada de acuerdo con un criterio geométrico. Los Objetos eran en realidad los nódulos de dicha red, los puntos que permitian el contacto instant neo a varios niveles, según el grado de trascendenria a que hubiese llegado la especie usuaria. La Inteligencia podia saltar por ellos a cualquier punto y momento de cualguier universo, mientras que especzes en estadios inferiores veian su acceso limitado a cierto número de dimensiones. Para las menos evolucionadas, en fin, sólo cabia desplazarse por su propio cosmos. Los Objetos emitían continuamente un mensaje, en realidad un libro de instrucciones que explicaba a los potenciales usuarios las posibilidades de viaje que se les ofrecian y el procedimiento para llevarlos a cabo. Pero dicho mensaje estaba

expresado en unas matemáticas tan elevadas que no todas las especies estaban capacitadas para desentrañarlo, aunque hubiesen dado el primer salto a las estrellas.

-¿Eso cuenta el... libro de instrucciones? -se extrañó Roxanne.

-Más o menos. El Objeto también guarda algo de historia en él, y avisos para navegantes: no es tan difícil acabar en el sitio erróneo si uno aplica mal las instrucciones, y los resultados son mortales en casi todas las ocasiones. Sobre todo cuando falta parte del libro, que es lo que les sucedía a ustedes.

-¿Qué quiere decir? Ah, ya entiendo. Miralles tenía que...

-Sí. Cuando entró en aquella caverna se acercó demasiado al Objeto, y de alguna manera que aún no he comprendido del todo, pero relacionada con las virtudes iluminativas de la joraína, una parte del artefacto se fundió con su mente. De esa manera quedó dividido en dos partes incompletas, y por eso mismo los códigos que teníamos estaban mutilados: uno era el de ustedes, y otro el que Miralles utilizaba para emborronar su cuaderno en las horas de inspiración. La clave era unirlos... y aprovechar el trabajo previo que habían hecho tanto ustedes como yo.

-¿A qué cuaderno se refiere? -preguntó Anne.

-Al que tuve buen cuidado de incinerar para que no cayera en sus manos... después de memorizarlo cuidadosamente. Mejor será que cuide mi memoria, señora alcaldesa. Le recomiendo sazonar con fósforo mis comidas.

-Todo eso me suena a cuento chino. Muy literario, pero cuento al fin y al cabo, amigo.

-Señora alcaldesa, el tiempo me apremia más que a usted. No tengo la menor intención de inventar ficciones ahora. Nos encontramos ante un artefacto; de increíble poder, sí, pero una creación artificial, una máquina que, como tal, se puede manejar. Los principios teóricos son difíciles de comprender y creo que el gran Bernard los encontraría apasionantes si estuviera vivo, pero ahora no tengo tiempo ni intención de desarrollarlos. A nuestro nivel, manejando sólo lo que podríamos llamar su superficie, nos permitirá hacer lo mismo que los Tritones. La puerta de las estrellas está abierta.

Roxanne palmeó emocionada, pero la alcaldesa de Opar no se dejó impresionar.

-¿Qué quiere, que aplauda mientras suenan las fanfarrias? Digame qué podemos hacer ahora con ese... artefacto.

-Este equipo que han montado aquí es bastante útil, señora alcaldesa. Trasladándolo a una nave preparada para viajes introsistema, podríamos servirnos del Objeto para salir de Radamantis y aparecer a unos cuantos años luz. Una solución interesante para nuestro problema, ¿no cree?

-Efectivamente. Si fuese verdad.

-¿Quiere una demostración?

Hubo unos instantes de vacilación. Éremos miró de reojo a Clara, que seguía observándole atentamente. Parecía interesada, y sintió algo similar al halago; a continuación vino una sorda irritación por caer en una emoción tan pueril.

-Tal vez le creeria... y no les vendria mal a nuestros amigos los Tritones.

-Así es. Nosotros tenemos la sartén por el mango, porque este Objeto está bajo nuestro control. ¿ Sabe lo que pasó cuando lo movieron de sitio y empezaron a trastear con él? Me imagino que no, porque actuaron ustedes con la torpeza de un curandero tratando una lesión cerebral, pero el caso es que tuvieron suerte. Este artefacto en concreto había quedado atrapado en una masa de materia y por eso estaba prácticamente desactivado; cuando ustedes lo encendieron, trastocaron todo este sector de la red. Eso explica que la nave Tritónide se materializara dentro del hielo, y lo que me sorprende es haber llegado con vida a este planeta y... quién sabe cuántas naves habrán aparecido en el corazón de una estrella o en otro universo ardiente en los últimos días.

-Según eso, no es muy seguro utilizarlo para salir de aquí -intervino Roxanne.

-Eso me temo. Creo que sería mejor esperar aún. ¿Y qué hacemos con los Tritones? -intervino la voz de Karl.

-Creo que desintegrar una de sus naves sería un buen aviso para que las demás se rindieran. No se atreverán a destruirnos, porque nosotros tenemos el Objeto y ellos no.

-Entonces, si no van a atreverse, ¿por qué atacarlos? -preguntó Clara-. Podríamos ofrecerles un pacto pacífico.

-El problema, Clara, es demostrarles que nosotros poseemos el poder, y con esa base negociarán. No creo que los alienígenas sepan lo que es un farol: lo mejor será que les mostremos un hecho consumado, y propongo hacerlo ahora mismo.

-Por una vez estoy de acuerdo, señor Éremos -terció Anne-. Si no está usted mintiendo como un bellaco, extremo del que aún dudo, puede dar un ultimátum a los Tritones para que abandonen nuestra órbita y a continuación destruir alguna de sus naves.

-Un momento. -Era la voz de Jaume Puig, que hasta entonces había permanecido en silencio-. Tal vez no sea necesaria una solución tan drástica. Si queremos pactar una tregua con los Tritones, empezar atacándolos no es demasiado recomendable. ¿Qué tal si te sirves de otro blanco para tu demostración, Éremos?

-Estoy abierto a sugerencias.

-Algo gue sea grande, llamativo... y que no sea imprescindible para la supervivencia de los humanos en este sistema.

-Creo que ya le entiendo, doctor Puig. Señoras y señores... despídanse del cometa Wilamowitz.

Entre exclamaciones de incredulidad e incluso algunas discusiones airadas, Éremos tecleó una larga secuencia que, aun a la velocidad de sus dedos, le demoró cerca de cinco minutos. Ahora se sentía seguro al cien por cien de lo que hacía, pero tal vez el universo o el buen Dios estuviesen equivocados. Mientras, los tecnos habían programado una gran proyección en la sala de juntas y otra más pequeña en la de control para mostrar la posición del cometa Wilamowitz.

Éremos volvió a pulsar el fatídico INTRO, se cruzó de brazos y deslizó hacia atrás el asiento, esperando que se produjeran dos reacciones.

La primera tardó cinco segundos, y fue humana.

-¿Qué tomadura de pelo es ésta? Ese maldito cometa sigue ahí tan campante.

-El cometa está a dos minutos luz, señora alcaldesa. El Objeto actúa instantáneamente, por más que le pese a Einstein, pero los fotones que nos van a traer la información de vuelta le siguen obedeciendo. Le sugiero un poco de paciencia.

La segunda reacción tardó ciento treinta y cuatro segundos más. En torno al cometa se materializó una esfera de negrura absoluta que se recortaba contra la vaga lechosidad del cinturón zodiacal. Cuando unos instantes después desapareció el campo de estasis, todo lo que encerraba su interior había desaparecido. La cabellera del cometa seguía ondeando al viento solar, en su vuelo de millones de kilómetros, pero ya no había cabeza que la sustentara.

Éremos no esperaba ningún comentario de Anne Harris, así que no se sorprendió cuando, en efecto, no hubo ninguno. Lo que sí le llegó por otro canal fue una salva de aplausos. Al parecer, alguno de los equipos técnicos del Hexágono debía estar compuesto por norteamericanos.

-Bien, señora alcaldesa, ahora le toca a usted encargarse de la diplomacia con los Tritones. Esa ya no es tarea mía.

-¿Y cuál es su tarea, si puede saberse?

-Conseguir un pacto entre ustedes los tecnos, la Tyrsenus y mi propia compañía para la explotación del Objeto.

-Se ha vuelto muy altruista para ser un asesino a sueldo.

-No me mueven fines filantrópicos, señora. Es sólo que quisiera obtener alguna garantía de que voy a seguir con vida.

Consultó su reloj interior. Quedaba menos de una hora para que acabase el día uno. En los últimos días le había invadido una sensación de fatalidad inevitable, de modo que lo que sucedió después no le halló desprevenido. Sabía que los tecnos no atentarían contra su vida mientras ignorasen el modo de arrancarle su secreto, pero no podía olvidar a Amara.

Ocurrió cuando se dirigían a la sala de juntas. Salieron de la sala de control por un corredor gris, con filtraciones de humedad, y llegaron al descansillo de los ascensores, un vestíbulo cuadrado de unos diez metros de lado, desnudo y vacío salvo por la barandilla que daba al hueco de las escaleras. El sargento, armado con una pistola, precedía a Éremos, mientras los tres rasos seguían tras de él; venían, por último, Roxanne y Clara libres de vigilancia. El sargento llamó el ascensor y taconeó en el suelo, impaciente.

Las luces principales se apagaron, y un segundo después se encendieron los pilotos amarillentos de emergencia. "*Tendremos que bajar por la escalera*", gruñó un guardia. Sonó un sordo impacto cuando algo redondo se estrelló contra el panel de dígitos que mostraba la situación del ascensor. El objeto dejó una mancha roja en la pared y cayó al suelo junto a los pies de Éremos. Este se agachó a recogerlo y al dar la vuelta a lo que creía una pelota, comprobó que un rostro familiar le miraba con ojos que en la muerte habían perdido parte de su fiereza. Era la cabeza del Turco.

Hubo una serie de detonaciones tan seguidas que casi sonaron como una sola. Aun antes de ver nada, Éremos se parapetó con el cuerpo del sargento, le arrebató la pistola y se volvió. Todo había sido muy rápido, incluso para él. Los tres guardias yacían en el suelo, con las cabezas destrozadas por sendos disparos, mientras Roxanne se acurrucaba contra una pared, incapaz de moverse. Amara apuntaba a Éremos con una pistola de cañón largo, y, al igual que había hecho él con el sargento, ella tenía como reparo el cuerpo de Clara, a la que sujetaba por el cuello.

-No le hagas nada...

Éremos se arrepintió al momento de sus palabras, pero ya estaban pronunciadas y era esclavo de ellas. Amara, vestida con un ajustado mono negro, sonrió con crueldad, prescindiendo ya de toda ficción de ternura o amabilidad, y apretó la presa sobre el cuello de Clara.

-Ya me había olido yo algo así. Mi admirado sir Éremos... ¿es que has caído en las redes del sexo, o del amor, o como quieras llamarlo? Así me tendiste la trampa en el pasado, de modo que es justo que hoy sea al contrario.

-Yo no te tendí ninguna trampa. Tú no eres ella, sino otra persona.

-Ahórrate las discusiones metafísicas. He venido a matarte y es lo que...

-No creo que tu compañía lo desee en este momento. Mi cabeza guarda una información vital.

-Si vuelves a interrumpirme rebanaré el cuello de esta putilla. -Amara abrió la mano que sujetaba a Clara y desplegó el espolón de su dedo medio-. Es un veneno instantáneo, así que no intentes nada.

-¿Qué pretendes?

-Lo primero, que apartes a ese oficialillo que te escuda. Hazlo ahora mismo, o ella...

Éremos soltó al sargento y lo echó a un lado. El tecno intentó alejarse corriendo, pero Amara sólo necesitó apartar una décima de segundo el cañón de la Coronet para atravesarle las sienes con una bala. Roxanne empezó a sollozar, mientras que Clara seguía inmóvil entre las garras de aquella mantis. Éremos estaba ahora expuesto al fuego de la asesina. Amara se refugió detrás del cuerpo de Clara, escondiendo hasta la cabeza, y guardó la pistola en la cartuchera.

-¿A qué juegas?

-Ahora no puedo dispararte, pero estoy detrás del cuerpo de tu putita. Si te mueves a un lado para apuntarme, no te dará tiempo a evitar que le clave el espolón en la garganta, y ella morirá. Claro que también puedes disparar a través de su cuerpo para alcanzarme a mí, y entonces podrás salvarte, pero ella también morirá. ¿Quieres que le ocurra lo mismo que a esa jovencita sin tetas, cómo se llamaba, Urania?

La voz de Amara dejaba una ponzoña bífida en el aire. Éremos se dio cuenta de que estaba sudando; por primera vez en su vida, no era la respuesta al calor ni a una orden consciente.

-Bien, sir Éremos, estoy corriendo un riesgo por el que mis jefes me harían matar, pero la vida es más divertida así. Si a pesar de tu programación sientes algo por ella, dejarás caer el

arma antes de que cuente hasta cinco, porque si no la mataré. Pero si eres el asesino al que en el fondo admiro, para no decepcionarme me mandarás a la tumba junto con esta putita. Uno...

Éremos incluso llegó a levantar el arma y a apuntar, pero no podía apartar la mirada de los negros ojos de Clara, que le miraban suplicantes. Su dedo se había convertido en una barra de acero, imposible de doblar. "*Soy yo el geneto que está fuera de juego, y no ella*", se dijo, y dejó caer la pistola cuando Amara aún no había terminado de contar.

-Tú ganas.

La asesina apartó a Clara de un empujón,y se arrojó sobre Éremos con una carcajada de salvaje alegría. El hurtó el cuerpo en el último momento, la agarró por un brazo y la estrelló contra la puerta del ascensor, pero Amara hizo presa también en él y ambos se trabaron cuerpo a cuerpo.

Una lucha entre asesinos genéticos debiera haber sido una exhibición de llaves y golpes maestros, pero lo que Clara y Roxanne presenciaron fue el salvaje combate entre dos fieras con ansias de destrozarse. Agitándose con una velocidad y fuerza imposibles, las manos se convertían en garras, los pies en martillos, las bocas en fauces. Mechones ensangrentados del cabello de Amara quedaron entre los dedos de Éremos, mientras que la oreja izquierda de éste colgaba casi rebanada por un zarpazo de la geneta. El hombre de la Honyc logró encadenar una serie de puñetazos sobre el cuerpo de Amara, rápidos como el batir de un émbolo, pero la tyrsenia se agachó, hizo llave con su hombro en la cintura de él sin importarle la lluvia de golpes y lo estrelló contra la barandilla de la escalera. Venciendo con su terrible fuerza la resistencia de Éremos, le introdujo la cabeza entre los barrotes de metal, y después, clavándole salvajemente las uñas, le agarró por una oreja y por lo que quedaba de la otra y dio un giro brutal, capaz de quebrar el cuello de un toro. Sonó un crujido espantoso cuando las vértebras del geneto se rompieron. Los brazos de Éremos dieron una última sacudida y después colgaron fláccidos a los lados. Cuando Amara lo soltó, su cuello roto se deslizó entre los barrotes y su cabeza quedó colgando inerte sobre el hueco de las escaleras. Amara se volvió hacia las mujeres, únicas espectadoras de aquel combate que había durado menos de un minuto, y desenfundó de nuevo la Coronet.

-Si hubierais tenido un mínimo de redaños, habríais cogido alguna de las armas que hay por el suelo para dispararme con ella. Tal vez habríais matado a Éremos, pero estaríais a salvo. -Meneó la cabeza, despectiva-. Pero hay cosas que no se enseñan en los colegios. ¡Caminad por delante de mí!

En la sala de juntas ignoraban lo que había pasado. Anne estaba convencida de que el apagón había sido una argucia de Éremos para escapar, pero Jaume sacudía la cabeza. Las cámaras habían seguido al geneto todo el tiempo; era imposible que él hubiese sido el causante. Anne envió a un par de guardias y a Krantz, supervisor del Hexágono, para averiguar lo que había sucedido; después se sentó en su sillón y apoyó la barbilla entre las palmas de las manos, tratando de contener la irritación.

Cuando volvió la corriente principal, se abrió la puerta de rieles y en ella aparecieron Clara y Roxanne, ambas con las manos cruzadas detrás de la nuca. Los dos guardias que quedaban en la sala, un hombre y una mujer, hicieron ademán de acudir en su ayuda, pero una voz de hielo que venía del corredor los detuvo.

-Que nadie intente nada raro o estas dos amiguitas pasarán a mejor vida. Según mis cálculos, hay dos personas armadas en esa sala. Quiero ver cómo sus armas se deslizan por el suelo hasta donde pueda verlas, delante de la puerta. Después, quiero que todo el mundo se siente en sus sitios con las manos sobre la mesa. Un mensaje para los aprendices de héroe: aunque no os vea, puedo oír y oler lo que hacéis. Y lo que más me gusta es el olor de la sangre que yo derramo.

Los guardias sabían quién era Amara y no osaron desobedecer. La asesina ordenó a Clara y a Roxanne que pasaran por delante de ella y se sentaran ante la mesa, y después entró en la sala con el porte desafiante del rey Senaquerib al penetrar en una ciudad conquistada. Cuando vio que todos habían seguido sus instrucciones y, con las palmas apoyadas sobre la mesa, esperaban nuevas órdenes, se permitió una sonrisa y empezó a pasear dando vueltas por

la sala, con la pistola apuntada descuidadamente hacia el suelo. A nadie se le pasó por la cabeza tratar de quitársela.

-¿Piensa tenernos así mucho tiempo? -preguntó Anne. Su voz no había perdido un ápice de aplomo.

-No creo que sea mucho. Lo suficiente para que llegue mi superior -pronunció esta última palabra con un desdén que no presagiaba nada bueno- y me explique qué debemos hacer a continuación.

-No creo que a su superior le haga ninguna gracia esto.

-Eso, por el momento, lo ignoro.

Clara, a la que Amara había obligado a sentarse frente a la puerta, concentraba su mirada en las dos hojas de metal. El seco crujido del cuello de Éremos al partirse había quedado clavado en sus encías. Era curioso que tan sólo pudiera sentir dentera al pensar en su muerte.

-Daré una queja formal a la Tyrsenus -protestó Anne.

-En la Tyrsenus no están muy contentos con ustedes, señora Harris. Piensan que no han jugado limpio, y creo que quieren darles un escarmiento. No es que sean asunto mío sus relaciones con la compañía, pero me han encargado a mí que consiga en exclusiva ese secreto por el que tanto han sudado.

-En ningún momento habíamos pensado guardárnoslo...

-Déjelo, no tiene que convencerme a mí. Ahora, mientras recibimos nuevas instrucciones, creo que podríamos hacer más amenos estos momentos de espera. Se me ocurre que podríamos jugar a algo.

Clara tragó saliva y entre dientes maldijo a Anne Harris por haber hablado. Dirigirse a aquella asesina era enviarle un tipo de estímulo; un estímulo siempre provoca una reacción, y aquella psicópata no podía tener reacciones buenas. Sintió cómo Amara pasaba por detrás de su espalda, y después notó en el hombro el contacto de su mano, que apretaba con fuerza. Ahogó un gemido.

-Vamos a jugar a una especie de ruleta rusa. Lo malo es que no tengo revólver, así que aquí la apuesta no puede ser si hay bala en el tambor. Lo haremos de otra manera: la emoción estará en saber a quién de vosotros le voy volando los sesos y a quién no.

-¡Eres una maldita chalada!

Había sido Karl, que estaba sentado frente a Clara. Esta oyó un estampido y entrevió un fogonazo. La cabeza del lógico se fue para atrás y las manos se contrajeron un momento. No llegó a caer del asiento; su cadáver quedó tan inmóvil como lo estaban las demás personas de la sala, mientras la sangre brotaba perezosa del boquete que había florecido en su frente. Nadie se atrevió a pronunciar una palabra. Clara apretó los párpados y suplicó que todo fuese una pesadilla y que al despertar se encontrase en cualquier otro lugar del universo. Pero cuando abrió los ojos volvió a ver a aquel guiñapo ensangrentado que una vez había sido Karl. Amara reanudó su paseo y contó en voz alta mientras iba pasando detrás de cada uno.

-Una –"*Por mí*", se dijo Clara-; dos -"*Por Anne*"-; tres -"*Por el guardia canoso*"-; cuatro -"*Por Roxanne*"-; cinco -"*Por Jaume*"-; seis, pero no cuenta -"*Por Karl*"-; siete -"*Por la guardia del pelo rapado*"-. Bien, siete menos uno, seis: sería un buen número si tuviera un revólver, pero ya hemos visto que no. Creo que tengo balas de sobra para todos, así que supongo que tendréis que apelar a mi clemencia para que alguien quede vivo.

-Supongo que si nos estás haciendo esperar por tu jefe, él preferirá encontrarnos vivos -intervino Anne de nuevo. Amara se giró hacia ella y apuntó a su frente, pero la alcaldesa le sostuvo la mirada.

-Lo que no sabe es a quién preferirá encontrar vivo. Tal vez no sea a usted.

-Tal vez -reconoció Anne.

O aquella mujer tenía la sangre de metano congelado o era partícipe de la trampa. Clara sintió cómo una gota de sudor resbalaba por su espalda y caía helada en los riñones, provocándole un escalofrío, pero no se atrevió a moverse.

La siguiente detonación llegó por sorpresa. Clara no pudo evitar dar un respingo. Tardó un par de segundos en ser consciente de que aún seguía viva y de que el cuerpo del

guardia canoso se había derrumbado del asiento. Era increíble el júbilo que, en medio del terror, podía sentir por recibir unos segundos más de regalo.

Morir era sumergirse en un remolino tibio y placentero. Éremos se dejó llevar por su negrura sin resistirse, abandonado a la dulce laxitud de sus miembros. Ni siquiera sus heridas y su cuello roto podían estropear aquella paz; la muerte los curaba con un suave paño y era curioso observar cómo desaparecían a la vez la conciencia y el dolor.

¿Qué le pasaría a Clara? Aquel pensamiento apareció repentino e insolente y echó a perder la placidez del momento. No era bueno desaparecer con aquella sensación de ira. En las sombras que lo rodeaban centelleaban puntos de luz. ¿Acaso la mirada de las Furias, ansiosas de recibir su presa? Pero los puntos se convirtieron en líneas, y las líneas en planos. Sus ojos estaban abiertos. Ante ellos, una espiral de escaleras perdiéndose hacia abajo y una gota roja que caía premiosa. Su propia sangre, manando de las heridas de su cabeza, roja como la de cualquier mortal. Desvanecido el sopor, su cerebro resonaba con chasquidos que arrancaban chispazos incandescentes a la visión. Su cuerpo era una continua emisión de señales lacinantes y su cuello se había convertido en el sordo peso de un yunque.

Por qué seguía vivo era un enigma, pero que pudiera mover el brazo izquierdo para hacer presión contra el suelo y tratar de incorporarse llegaba al grado de milagro. Ayudándose de las manos, logró sacar la cabeza de entre los barrotes. Se sentó, apoyó la espalda contra la barandilla y después de unos segundos comprendió lo que había pasado. Los dos finos cables orgánicos, las paramédulas que corrían paralelas a su columna vertebral, seguían intactas y habían tomado el control; el sistema de apoyo se había convertido en soporte vital. Cerró los ojos e hizo introspección en sus implantes. Parte del hardware había asumido la tarea de mantener la respiración, el latido del corazón, todas las funciones básicas de su cuerpo. Pero la tarea estaba destinada al fracaso. Tapar tantas vías de agua era imposible; todos los canales le informaban de que el colapso era inminente.

Levantarse fue más complicado de lo que esperaba. Su estado físico era lamentable, pero el problema no era la debilidad, sino el hecho de tener que coordinar cada movimiento. Los primeros pasos fueron tan titubeantes como los de un bebé. Acostumbrado a caminar con la flexibilidad de una pantera nunca había reparado en hasta qué punto era complicada aquella sucesión de movimientos automáticos. Pero tras los primeros metros aprendió a programar una secuencia económica, y pudo avanzar en línea recta, ya que no con dignidad

No había creído en el destino hasta que lo viera en los ojos de Miralles. Alguna finalidad debía encontrar en aquellos minutos de prórroga que se le concedían. Decidió que, para salvar una vida, por última vez, se cobraría otra.

Frente a Clara, los rieles de la puerta volvieron a abrirse. Puelles, el representante de la Tyrsenus, que en teoría debería estar en Opar, entró precipitadamente en la sala de juntas y casi tropezó con el cadáver de Karl. Se quedó allí, abriendo los brazos para evitar que se cerrara la puerta, y estalló:

-¿Puede saberse qué estás haciendo, Amara? ¡Tus órdenes eran exclusivamente anular a Éremos y a los que pudieran entorpecer tu misión!

-Yo siempre soy disciplinada -contestó la mujer con un paño de seda en la voz que apenas lograba encubrir el filo del metal-. Cualquiera de estas personas podría entorpecer la misión en un momento u otro. Desde luego, los que están muertos ya no podrán hacerlo.

-¡Los registros del Objeto 1 que había grabado Éremos han desaparecido! Alguien de aquí ha trasteado en el ordenador, y ahora me es imposible comunicarme con esa cosa. Imagínate que el secreto lo hubiera tenido ése en la cabeza -dijo, señalando al cadáver de Karl-. Ya me dirás cómo lo averiguamos ahora.

-Pero ¿de verdad es tan importante para usted comunicarse con esa cosa? -preguntó Amara, fingiendo ingenuidad-. ¿Por qué?

-¡Porque si no actuamos enseguida, los Tritones van a vaporizar este planeta, y da la casualidad de que yo estoy en él, maldita estúpida!

Amara volvió a levantar el brazo y disparó dos veces seguidas contra Puelles. Los ojos del tyrsenio desaparecieron, convertidos en sendas bolas de sangre; su cuerpo se desmadejó y cayó al suelo. Cuando la puerta intentó cerrarse de nuevo, sus hojas quedaron detenidas entre la rodilla izquierda y el hombro derecho del cadáver.

-¡No deberías hablarme así! Siempre cumplo las órdenes a la perfección, para aguantar que tipos como tú me miren como si fuera un monstruo. ¡Pues no lo soy, maldito asno engreído! -protestó Amara mientras se acercaba al cadáver, al parecer para que pudiera oírla mejor. Clara miró de reojo a la guardiana, con la esperanza de que se decidiera a actuar ahora que la geneta estaba de espaldas, pero la joven apenas se atrevía a parpadear.

-Creo que ya no puede oírla, así que no debería desgañitarse -intervino Jaume.

Clara cerró los ojos y apretó los dientes, esperando el disparo. Pero no se produjo aún. Cuando volvió a abrirlos, vio que Amara observaba a Jaume con los brazos en jarras y una mirada de la que ya se había adueñado la absoluta locura. Entre los ojos le caía un colgajo de pelos y cuero cabelludo casi arrancado, y tenía la cara salpicada con manchas de sangre seca.

-¿Le tiene poco aprecio a la vida, abuelo?

-Por el contrario -explicó Jaume con voz pausada, sin dejar de mirar al frente-. El tiempo es como el dinero: cuanto menos se tiene, más valor se le da. El problema es que ahora nos queda muy poco a todos, si no recobramos el control sobre el Objeto 1. La clave está en lo que grabó Éremos, y ahora por lo visto lo hemos perdido. Si no podemos utilizar el Objeto 1, los Tritones nos destruirán.

Amara apoyó el cañón de la pistola entre los ojos del viejo, que bizqueó un instante al tratar de centrar la mirada en la Coronet. "*No, por favor, a él no*", suplicó Clara.

-¿Y quién tiene ahora esos archivos? No pretenderá hacerme creer que usted, abuelo, y que su vida es imprescindible para todos nosotros.

-No creo que nadie tenga esos archivos. Los ha debido borrar el propio Éremos.

-¿El tipo ese que ya es paleontología? ¿Y por qué razón?

-Porque así no tendríamos más remedio que recurrir a él, y de esa manera se podría mantener con vida. El conocimiento era su rehén.

El dedo de Amara empezó a curvarse sobre el gatillo.

-¿Y dónde puede haber escondido los archivos?

-En su cabeza. Tenía la memoria reforzada.

-Algo no demasiado útil para un asesino. Yo tengo que usar una agenda para recordar las cosas, y sin embargo soy mejor de lo que era él.

Casi de modo casual, disparó. El impacto hizo saltar el frágil cuerpo del anciano en la silla; el cadáver resbaló y cayó al suelo, fuera de la vista de Clara. Esta sólo tenía ojos para Amara, que la miraba sin parpadear, con la fijeza de un reptil, mientras se acercaba a ella.

-Un asesino genético jamás deja caer su arma porque amenacen a un rehén. Es una falta de profesionalidad imperdonable. ¿Qué le dabas a Éremos para que hiciera esa gilipollez por ti, putita? Cuéntame algo interesante si no quieres que te vuele la cabeza.

Amara apoyó la pistola en la sien de Clara. La boca del cañón, ardiente por los disparos, quemaba en su piel. Se preguntó si llegaría a escuchar la detonación antes de que todo se convirtiese en negrura.

-¿Le da igual morir usted también? -preguntó Anne, tratando de distraer su atención-. Deberíamos ocuparnos de esos archivos. Si están en el cerebro de Éremos...

-Silencio -silabeó Amara-. No soy tan idiota como pueda parecerle. Los Tritones no van a hacernos nada por el momento, porque no se atreven. Yo también escuché la explicación del profesor Éremos. No se arriesgarán a destruir el Objeto. Juegan de farol, amiga. Pero yo no, y eso es lo que estoy explicando.

-¿Por qué tiene que matarla? ¿Qué más le da que viva o muera? -insistió Anne. Clara estaba tan concentrada en no respirar, en no pestañear, en olvidar que su piel estaba en contacto con el metal de la pistola, que apenas captaba el significado de lo que oía.

-Éremos sólo mataba cuando era necesario. Yo soy al revés: sólo dejo con vida cuando no tengo otro remedio. Ahora, en cuanto acabe con la putita, iré por usted, señora...

Clara cerró los ojos convencida de que era la última vez que lo hacía. Hubo una detonación y un roce caliente en su sien. No supo qué reflejo le hizo abrir los ojos de nuevo, pero vio lo que menos se esperaba.

Éremos estaba vivo, y apoyado en una de las hojas de la puerta, que aún seguía abierta. Lleno de heridas, sangrando por la nariz y los oídos, con el cuello poseído por un movimiento convulsivo y un rictus que torcía su boca, casi parecía el cadáver que todos esperaban que fuese. Pero estaba mirando a Amara con decisión y sostenía una pistola en su mano derecha.

-Clara, haz el favor de apartarte de esa mujer.

Clara se levantó de la silla con tanto atropello que la derribó, y corrió a refugiarse al rincón más alejado de la sala. Los demás siguieron su ejemplo, excepto el cadáver de Karl, que seguía clavado a su asiento. Entre ambos genetos tan sólo quedó la mesa de juntas.

Amara se sujetaba la muñeca derecha, allí donde le había alcanzado la bala de Éremos, y observaba a su rival con una mirada de incredulidad.

-No puedes estar vivo...

-Tu comentario es ocioso. Ya ves que sí lo estoy -contestó Éremos con sequedad. Al hablar, empezó a gotearle un hilillo de sangre por la comisura de la boca. Clara se preguntó, sobrecogida, cómo podía aguantar en pie un hombre que parecía estar deshecho por dentro-. Y ahora...

Un nuevo disparo, a la rodilla de Amara. Las detonaciones ya se habían hecho tan habituales que Clara apenas cerró los ojos. La asesina de la Tyrsenus cayó al suelo y al momento trató de levantarse, pero Éremos la derribó alojándole una bala más en la otra rodilla.

-He preferido disparar primero y explicártelo después, por si se me movía el blanco. Me encuentro un poco bajo de forma. Verás, una bala ha sido por Urania, y la otra por el Turco. Al final he descubierto que hay que rendir cuentas, Amara. Y la última...

De rodillas en el suelo, a punto de ser sacrificada, la asesina se negó a agachar la testuz como una res y prefirió mirar a los ojos de su verdugo.

-¿Por quién, hijo de puta?

A pesar de la crispación de su boca, Éremos se permitió una sonrisa que aún guardaba un resto de elegancia.

-La última es para terminar lo que empecé hace más de veinte años.

Sonó el último disparo y Amara cayó fulminada, con el rostro aplastado contra el suelo. Un charco de sangre empezó a formarse alrededor de su cabeza.

Incapaz ya de mantener el esfuerzo, Éremos dejó que su espalda resbalara por la puerta y quedó sentado como una marioneta abandonada por el titiritero. Clara corrió hacia él y lo abrazó, evitando que terminara de caer.

-¡Dios santo, Anne! -gritó-. ¡Haga que traigan a un médico!

-Es inútil, Clara -musitó Éremos-. Apenas puedo mantener ya el pulso... esto no fue diseñado para...

Éremos cerró los ojos. Clara le sacudió la cabeza para que los abriera, y comprobó con horror que su cuello estaba tan fl ccido como gelatina. El geneto volvió a tomar aire, con un silbido asm tico, y la miró. Sus rostros estaban a menos de un palmo.

-Que me trepanen el cráneo, Clara. Todo está guardado en mis implantes. El software es compatible...

-No hables, por favor. Espera a que llegue el médico.

Anne Harris dio una orden a la guardiana, y ésta partió a la carrera. Roxanne se acercó a ellos y se arrodilló junto a Éremos.

-Venga, amigo, aún tenemos que discutir mucho sobre esas ecuaciones. Yo sola no puedo...

-Todo está en mi cabeza, línea por línea. Lo comprenderá fácilmente. Clara, por favor, quiero saber la hora y la fecha.

Ella miró su reloj, sin dejar de sujetarle la cabeza. Entre las lágrimas que nublaban su vista, leyó la hora.

-Son las veintitrés horas y sesenta y dos minutos del día uno de diciembre.

-Me gusta llegar a tiempo a las citas. Clara, ha sido...

Sus últimas palabras fueron tan débiles que no llegaron a distinguirse. Clara completó “un placer”, inconscientemente. Lo acunó contra su pecho y lloró, y le besó en los labios manchados de sangre, y lamentó no haberlo hecho unos segundos antes, cuando aún había vida en ellos.

La mano de Anne apretó su hombro.

-Déjalo ya, Clara. No puedes hacer nada por él. Pero él sí lo puede hacer por nosotros.

Minutos después, llevaron el cadáver de Éremos a un improvisado quirófano. Estudiar la estructura de su cuerpo llevó un día entero a un maravillado cirujano. Los secretos que albergaba la parte artificial de su mente dieron trabajo a generaciones de físicos y matemáticos.

Abril Del 2131

La proyección de popa mostraba una bola de escarcha que se alejaba en la negrura del espacio. Cuando la trayectoria de la nave la llevó a estar en conjunción con Radamantis y Hades, la cara en sombras del planeta helado se recortó contra el inmenso disco rojizo de su sol mortecino. Clara apagó la imagen, con un nudo en la garganta. Aquél era un mundo que los hombres habían considerado tan spero y cruel como para convertirlo en una colonia penal y bautizarlo con nombres infernales, pero Clara había llegado a enamorarse de su belleza. En Nueva Arcadia no encontraría mares de hielo ni ríos de fuego, tan sólo bucólicas praderas extendiéndose de horizonte a horizonte y alguna desgastada colina rompiendo la tersura del llano. La paz que había añorado; tal vez demasiada.

El asiento de su izquierda estaba vacío. Su inquieta hija Alicia había ido a la cabina de astrogación, dispuesta a importunar a su padre con mil preguntas. A Iván no le importaría: era un hombre paciente y amable, que adoraba a Alicia tanto como la niña a él.

Eran una familia unida y feliz. Después de lo que le había ofrecido la vida en sus primeros años en Radamantis, Clara no podía quejarse. Un marido cariñoso y sensible, una hija despierta que crecía en inteligencia con el descaro de su juventud, y ahora un nuevo hogar en otro mundo que, por fin, habían elegido los humanos por sí mismos sin tener que mendig rselo a los Tritones.

Pero a veces la invadía la melancolía, cuando pensaba en un tiempo tan breve que apenas había sido, en un recuerdo tantas veces conjurado que ya le era difícil saber qué partes de él habían sido reales y cuáles eran adorno de la memoria. Ella había participado en los hechos que los cronistas consideraban el descubrimiento más importante en la historia de la humanidad, pero no era la evocación de aquellos días intensos lo que en ocasiones hacía que su apacible presente se le antojara más borroso que el pasado.

-Señoras y señores pasajeros -anunció por el circuito la voz de Iván-, nos acercamos al punto de transferencia. Pueden estar tranquilos: no sentirán nada, y para cuando quieran darse cuenta nos encontraremos a setenta y cinco años luz de aqui. Aunque esto pueda parecerles extraño, lo rierto es que...

La voz familiar de su marido explicó, con tono sedante y palabras accesibles para los profanos, cómo se producía aquel milagro de la física. Pocos sabían que el secreto del viaje a las estrellas era una herencia recibida del testamento de un asesino. La historia oficial, dictada por los tecnos, no había reservado en su libro un lugar para el nombre de Éremos, y sin embargo a él le debían el salto en el espacio que los trasladaría al sistema de Nueva Arcadia.

Clara cerró los ojos y recordó aquel rostro elegante e impasible que la observaba desde el otro lado de la mesa. Éremos había desaparecido cuando ella era casi una niña, y después, cuando ya era una mujer, había vuelto al mundo de manera fugaz. Ya entonces su existencia era casi desconocida para los demás; pero ahora no quedaban registros de él, su último don no había sido agradecido y ni siquiera había tenido hijos para perpetuarse de alguna manera. Cuando la propia Clara muriera, ¿quién recordaría al solitario? Sería como si nunca hubiese existido, el breve paso de una sombra. Aquel pensamiento era para Clara un recordatorio aún más apremiante de su propia mortalidad.

-Cinco segundos para el salto... Tres, dos, uno...

Cuando se produjo la transferencia, Clara apretó con fuerza la cucharilla que guardaba en un bolsillo, la reliquia de su único momento de intimidad con aquel hombre oscuro y fascinante. Por un instante una lágrima tembló en sus ojos. Fue sólo un segundo, pero la lágrima derramada por Éremos, el asesino, recorrió decenas de años luz mientras la nave saltaba por las entrañas del espacio-tiempo.